Rafael Cabanillas Saldaña

Enjambre

Rafael Cabanillas Saldaña

Enjambre

Rafael Cabanillas Saldaña

Enjambre

A Muna, que crecía en la barriga de su madre mientras su abuelo construía -moldeaba el barro, amasaba- este relato A sus padres, Rafael y Libertad, que la crearon. Los libros y los instrumentos musicales tienen alma. El alma que se ha ido dejando el propio autor, el lutier de los cuentos, al escribirlos. Manos tallando la madera, destilando un gota a gota de letras, hilvanando las palabras, tejiendo las historias. Como si en esa transmisión se le fuera poco a poco parte de su vida para entregársela a la persona que llega. Alma y esperanza para la vida nueva

Índice

Triste paradoja la de esta tierra, llamarse Enjambre y estar vacía.





Lo peor no es irse, sino no saber cuándo regresar.

”

La mañana se ha puesto plomiza. De un gris mercúrico. Desde lo alto de la sierra, las nubes aparecen señoriales, henchidas, dueñas de las cumbres, para dejar caer sobre el valle una luz tenue, apagada, del color de la ceniza. La sierra se llama de Altamira. De mirada tan altanera, sí, que parece que el cielo con sus pájaros y sus nubes gordas y la tierra con su monte espeso y sus hombres fueran dos universos opuestos. Ese cielo soberbio, tan alejado de las penurias del suelo.

Aunque tuviera otra marca, eso no importa, porque el viejo trasto que timonea el alcalde de Anchuras para ellos es un *Land Rover*. No existe otro vehículo –por no haber, ni siquiera hay un tractor, aunque sobran carros, arados y caballerías–, que no sea un *Land Rover*. Salvo los de las fincas y el del herrero, al que ha acoplado un remolque con una bola de acero. Cuando los vecinos necesitan desplazamiento, avisan a un taxi que viene del Horcajo y los lleva a la capital o adonde se tercie. El coche está para el arrastre, para el desguace, pero sigue vivo. Una metáfora de la gente que puebla estos montes: decrépitos, abandonados, con mil achaques y fatigas, pero resistentes. Insensibles a la precariedad y al desánimo. Quizás porque sea algo ya congénito. Cronificado desde hace un tiempo, cuando las ilusiones, los planes de futuro, los deseos de mejoras y cambios, han desertado con los más jóvenes a los extrarradios de las ciudades. Aquí se ha quedado, con un poso de inevitabilidad, esa especie de resignación tolerada, bonachona e imperturbable: el que quiera mudanzas y alborotes que se vaya a la ciudad o a la guerra a pegar tiros. Una excusa irracional, a la defensiva, para los que decidieron quedarse en esta trinchera del olvido.

Podían haber viajado en el coche del ingeniero de la *Telefónica*, pero Valeriano, el alcalde, ha preferido ir en este cacharro. A pesar del ofrecimiento del señor ingeniero, que se ha desplazado desde la capital. La capitaleja de provincia. Don Arcadio por aquí, don Arcadio por allá… Cuestión de orgullo institucional. Pobres, pero con la dignidad intachable. Deben recorrer diez kilómetros de estrecha carretera llena de curvas y luego tomar el desvío por el camino de tierra que se prolonga unos siete. En el cambio del asfalto a los baches y las piedras, el viejo trasto vibra con un traqueteo de chapas y puertas. Como si fuera a deshacerse vivo y a quedarse desnudo, mostrando obscenamente su esqueleto metálico. Un amasijo de hierros que para su conductor lo conforman el motor con su tantas veces nombrada junta de culata, la caja de cambios, el diferencial, las ballestas y las zapatas. El resto, sólo chapas. Inservibles chapas.

Algunas sujetas con cuerdas y tornillos con arandelas de extravagante procedencia: recortes de latón, madera o corcho, tapones machacados de botellines, monedas de dos reales.

El traqueteo no es que impida hablar, porque no hablan. Que cualquier cómplice vale para no verse obligados a soltar una palabra, cuando el que manda es el silencio, el mutismo de la gente de estos montes. Las mismas nubes que doblegan y amansan el valle con esa luz depauperada y ruin, son las que a la noche lavaron la montaña con su cabellera de agua. Pues eran rachas, cortinas de lluvia lo que han estado soltando sobre el bosque. Con tal virulencia, que el jaral se columpiaba como las olas, convertido en un mar de jaras. Ahora las encinas y los quejigos, los alcornoques y los rebollos, los abedules, acebos y tejos de la umbría, los brezales, los majuelos y las madroñas, se han lavado la cara y resplandecen combatiendo contra esa luz tacaña, cicatera, para mostrar sus colores avivados por el agua. Si saliera el sol e iluminara con sus rayos el valle y la sierra, sería un espectáculo maravilloso. Un milagro de color, de luz y de vida. Pero el sol no sale, ni saldrá en unos cuantos días. El tío Humero, el pastor al que todo el pueblo consulta cuando hay dudas en la predicción meteorológica, ha sido taxativo: el temporal durará cuatro días. Hasta el jueves, Dios mediante. Y estamos a lunes. En cuanto deje de llover, bajan las temperaturas y hiela. Que estamos en febrero: a la noche, hielo. A pesar de que febrero sea un mes fulero, un día sol, otro brasero. Interesa saberlo por cuestiones domésticas y logísticas, y ante la duda acuden al tío Humero: sacar o no las pieles de los chivos al raso para que las oree la escarcha, no vaya a ser que se pudran en el establo con tanta agua. Que estamos *aguachinaos*

1

de lluvia. Pues hasta para la lluvia el reparto en estas sierras es injusto: diez meses de secano y dos de agua. Visto el interés y la importancia del asunto, el tío Humero deja su quehacer, le pille en el corralón de las cabras o en medio de la sierra, y echa una lumbre sin soltar palabra. Cuando el humo empieza a ascender y ya caracolea al baile del viento, el tío Humero saca de su zurrón una petaquita de cuero, la abre e introduce meticulosamente los dedos tomando un puñadito de polvos. Después tararea una especie de rezo incomprensible, el salmo del hombre del tiempo, y los suelta encima de la lumbre. Al instante, tras un fogonazo, sale un humo denso, muy negro, que la lumbre escupe al aire como si se ahogara, hasta elevarse por el cielo. Cuando la lumbre vuelve a su humo gris y el pastor al silencio, se gira hacia el demandante y dicta su previsión meteorológica. Su sentencia de lluvia, de sol, de granizo o de viento.

Nadie conoce el origen de esos polvos, aunque a su espalda especulan y cuchichean si será un mineral de las entrañas de la tierra, unas sales, unas hierbas. O las vísceras secas y machacadas con su sangre renegrida de algún bicho diabólico: murciélago, cuervo, sierpe o topo. Ganas de hablar, pues el tío Humero no suelta prenda y con seguridad, por la falta de descendencia, se llevará su secreto a la tumba. Pero siempre acierta, vaya si acierta.

El camino de los siete kilómetros conduce a la pedanía del Enjambre. Un anejo de Anchuras en el que ya sólo viven dos familias. La del tío Jacobo y la de Eustaquio. El resto se han marchado. Poco a poco, en un goteo incesante. El gota a gota del que se va desangrando y palidece, igual que el tiempo y el abandono amarillean la cal de las paredes de sus casas. Si la tristeza tuviera color, podría ser ese amarillo macilento, amarillo de cera y de palidez de muerto. Casas a las que han echado el cierre, con la llave gorda, sin saber cuándo volverán a abrirse. Lo peor no es irse, sino no saber cuándo regresar. En el camino, los baches se han llenado de lluvia y son ahora profundos charcos de agua turbia, espesa y anaranjada. El naranja de la tierra, que el coche va sorteando como puede y, cuando no lo consigue, las ruedas desbaratan el reflejo del cielo en el agua. Por eso digo timonel navegando sobre los charcos de nubes argentadas. A derecha y a izquierda monte, monte y más monte. Con algunos ranchos de cereal que ya verdea, recio y tupido más de una cuarta. Mezclados con unos cuadros de olivos verde plata, por aquí y por allá, recortados e incrustados en el paisaje como piezas de un rompecabezas. Igual que algunas tiras marrones y grises, sucias y moteadas por cuatro matas, que los labriegos han dejado de barbecho para que la tierra descanse y se cure de las heridas de la reja del arado. El barbecho es el pulmón que oxigena la tierra, la cama para su respiro, libre de siembra. Entre las jaras, igual que culebrillas, múltiples veredas del trajinar de las cabras y algunas claras con el terreno ronchado donde los animales sestean su rumiar pausado. Postueros, les dicen por aquí.

A finales de los 70, con la llegada de la Democracia, trajeron al Enjambre el agua. Vinieron las dos parejas, corriendo por su ley o terreno natural: la Democracia y el agua. El agua corriente para las casas. Porque frente a la iglesia ya había un pilón de piedra en el que bebían los animales y las personas llenaban sus cántaras. Por lo que se recuerda, lo del agua corriente fue en el año 77. Canalizaron el manantial de la Garganta, lo bajaron hasta un depósito de piedra, bien rebozado de cemento en sus tripas, que habían construido en la solana, y desde ahí distribuyeron los tubos a las casas de los vecinos que lo demandaban. Su nombre completo, con apellido, es Garganta

de las Lanchas. Entonces vivían cuatro familias. Pero fueron doce los que solicitaron el agua, porque aunque hubieran emigrado a la gran ciudad querían tener el agua en sus casas. Bendita señal. Esperanzadora, así sobrevivía el deseo de regresar algún día al pueblo. El regreso del exilio por mor del agua. Esperanza líquida de agua. Como el manantial de la Garganta era abundante y corría uniforme tanto en verano como en invierno, pues venía de las entrañas profundas de la montaña, los gobernantes de entonces decidieron no poner contadores y, por tanto, no cobrar el agua. El tío Jacobo, el vecino más viejo, pastor de oficio, quesero y mielero, que para explicar los enigmas y secretos de las cosas le gustaba poner ejemplos de la naturaleza, decía que el manantial de donde brotaba con fuerza el agua debía de ser dentro de la tierra más grande que el pantano del Cíjara. Un embalse que él vio una vez y le impresionó de tal manera que todos los ejemplos de lo grandioso, de lo descomunal, pasaban por asemejarse a ese pantano. Así, también, demostraba ser una persona de mundo, *corría* y viajera, aunque todos supieran que lo único que había visto en su vida fuera ese gigantesco embalse. Pero cierto es que la bolsa interior de agua de ese manantial, su panza o barriga, era fabulosa: en cientos de años, según habían ido contando los más viejos a los más jóvenes, no había menguado ni una gota. Por eso les pusieron el agua gratis: ni contador, ni pesetas. Sin conseguir vaciar ni un ápice esa balsa colosal del vientre de la tierra.

La luz llegó tres años más tarde, por el 80. La luz eléctrica, que la de candiles, teas, carburos, lámparas de aceite, velas y linternas, era la común en la lobreguez de esa sierra. Velas muchas, de la cera de las colmenas. Las autoridades, según dijeron en una reunión en Anchuras para pedir el voto de los parroquianos, querían sacar a las gentes del Enjambre de las tinieblas. Es decir, hablando en plata, llevarles la luz eléctrica. Que los políticos, cuando quieren convencerte de algo, mayormente para que les des el voto, hablan igual que los curas. Muy redichos y zalameros, los unos y los otros. Después…, si te he visto no me acuerdo. Pero como explicó nuevamente el tío Jacobo, el agua corre sola por su caída natural, pero para traer la luz eléctrica hay que clavar en la tierra muchos postes y enganchar en ellos los cables que llaman el tendido. Y da igual que sea cuesta arriba que cuesta abajo, que para la electricidad no cuentan repechos ni despeñaderos para seguir la línea. A la luz, insisto por ser cosa curiosa, mágica y sobrenatural nunca vista, le da lo mismo que el terreno se ponga bravo y pino. No menos de cincuenta postes por kilómetro, recios como troncos de rebollos y tan altos como un chopo. Primeramente se discutió si sería mejor traer la acometida de Anchuras o del otro lado de la sierra: Piedraescrita, Navaltoril, Robledo del Buey. Discutir

discutieron los técnicos, que les dicen peritos o *péritos*, dependiendo si el que lo nombra es de hablar fino o de pueblo, porque a los pastores se lo dieron todo resuelto. Por lo que el tío Jacobo, continuando con sus cábalas, añadía que si la traían de Anchuras eran quince kilómetros en línea recta y, por tanto, setecientos cincuenta postes. En línea recta, ciertamente; pero igual que si fuera un bosque si se colocaran apiñados. De decidirse por cruzar las cumbres de Altamira, el cálculo se complicaba al pasar sobradamente del millar. Sin contar las dificultades de trasegar por las alturas con sus pedrizas y *riscaleras*. Eran cálculos modernos, porque aunque el tío Jacobo rondara los setenta años de edad, prefería hablar de kilómetros y no de leguas, como le enseñara su padre. De toda la vida de Dios se había dicho que del Enjambre a Anchuras había tres leguas y media. Según relataba, prefería el kilómetro porque es una medida de longitud exacta. La legua, contrariamente, señala la distancia que recorre una persona, a pie o en cabalgadura, durante una hora. Explicado así, no parece muy riguroso, proseguía, pues no es lo mismo ir a pie que a caballo, en mula, en carruaje o ser cojo. Como no es lo mismo andar en solitario que en compañía, que dándole a la sinhueso se alivia el aburrimiento pero no el terreno. Y a pesar de acabar discutiendo con su difunto padre, creándole cierto desasosiego y remordimiento pues el viejo decía que no hablar de leguas era faltarle al respeto, el joven Jacobo siguió utilizando el kilómetro. A pesar de que él lo llamara *kilometro*, con el acento en la *e*, ya que veía en ello una irrevocable muestra de adelanto y de progreso.

La luz eléctrica sí la cobraron, y bien que la cobraron. Que para eso colocaron unos buenos contadores en las puertas con unos números en blanco y negro y una ruletilla que no paraba de dar vueltas. Como un molinete diabólico, sin descanso. Con la primera factura, entre que no le tenían cogido el cálculo ni el tranquillo al consumo y venía acumulado de varios meses, al tío Jacobo casi le da un soponcio y, con el arrebato, las ganas de arrearle un estacazo con la garrota al artilugio y dejarlo tieso. Pero lo dicho de la resignación: pagó la factura y enfundó el garrote, por respeto. Ley, orden y respeto. Y dejarse de problemas y conflictos. Aunque el gasto se redujo al mínimo: un par de bombillas en el establo para ordeñar cuando se echaba la noche tan a priesa, dos más en las alcobas y otra en la cocina de la lumbre que más que luz daba tiniebla. Televisión no tenían ni esperaban contar con ella porque no había señal por faro malditos votos –si es que vienen a votar, que sólo lo hicieron en las primeras elecciones por elta de lo que llamaban repetidor, que era una antena gigante, *reonda* como un embudo metálico, que se debía colocar en lo alto de la sierra.

La radio que gastaba Tiresias, el hijo de Jacobo, funcionaba con dos pilas de petaca unidas exteriormente al aparato con varias vueltas de esparadrapo renegrido y áspero. Después de tres años, pues una vez que te metes en la cosa de los avances ya no hay quien lo pare, ahora tocaba el turno al teléfono. Agua, luz y teléfono. Los tres pilares indelebles del progreso. Valeriano, el alcalde, no quería que las dos únicas familias que seguían viviendo en El Enjambre, aisladas y sin medio de locomoción, salvo una mula y un jumento, tuvieran un día un problema y no pudieran ni pedir socorro por teléfono. O que le diera a alguno una noche un berrinche y muriera abandonado como un perro en esa abrupta sierra. Lo decía de corazón. De corazón sincero y bueno. Nada de politiqueo, que para cuatstrenar la cosa de la Democracia– no merecía tanto y tanto jaleo. Hablar y requetehablar mil veces con los de la *Telefónica*, conseguir autorizaciones y permisos, para convencerlos de la necesidad de acometer el proyecto. Además de las perras que iba a costar, que mejor no saberlo, no vaya a darte un arrechucho. A sabiendas de que jamás llegarían a amortizar lo invertido y que era una cuestión de solidaridad y no de dinero. Una Cosa Social, que ya por entonces empezaba a nombrarse de esa manera, para referirse a los pobres de solemnidad. Que hasta para los más desgraciados, el jugar con el lenguaje, suavizando las palabras que hacen daño, parece que ayuda aunque lo que te den no sea un celemín de trigo. Que es lo que verdaderamente arregla los males y el vocabulario. No es lo mismo decir en el pleno del Ayuntamiento: lo del Enjambre es una cuestión social, que decir a las claras que los del Enjambre son unos *arrastraos* muertos de hambre. Unos miserables. En definitiva, un favor particular del alcalde, que quería borrar del debe histórico la incomunicación de esos vecinos. El problema, que bien conocía el ingeniero don Arcadio por las conversaciones mantenidas desde meses atrás con el regidor, era decidir a cuál de los dos vecinos enganchaban el único teléfono que se instalaría en la aldea. A eso iban al Enjambre. A resolver un problema o entuerto. Un problema serio, retorcido, porque los vecinos no se hablaban desde hacía siglos.

1

“Glosario” en la página 268

.

Al tío Jacobo lo pillaron en casa. En la oscuridad de una especie de bodega sin vino, con un único ventanuco con una tupida cortina de telarañas, donde tiene mil cachivaches cubiertos de una capa espesa de polvo y un bidón de doscientos litros lleno de miel. Hasta los topes. Miel solidificada más que la pez, que tapa con una corcha gigante hecha a medida para que no entren las moscas. Que aunque sea invierno, relata, las muy putas golosas siempre andan al acecho sin saber de dónde salen ni por donde entran en esta negrura, las muy



El teléfono

El Tiresias, que es el hijo primogénito y legatario del tío Jacobo y de la Remigia, no sabe por qué no se hablan con los únicos vecinos del pueblo. ¿Para qué saberlo? Igual que no lo saben, de la parte contraria, los muchachos del Eustaquio y la Encarna, dos primales de ocho y diez años. Primales en un sentido metafórico. Que aunque no vivan en la aldea, pues el gobierno los tiene recogidos dándoles estudios en un centro, no lo saben porque nunca nadie se lo ha dicho. Probablemente porque ya nadie lo sabe de cierto. Que tienen el odio larvado en su cuerpo y transmitido, de generación en generación, por sus ancestros, es lo único verdadero. La causa, de puro añeja y diluida en el cieno de la tinaja del tiempo, no es que sea lo de menos, es que no importa ya y casi mejor no indagar en ello. Odio con solera. Algo de la propia naturaleza. Es como si tuvieras que estar preguntándote por qué el sol gira sobre nuestras cabezas, por qué tras la noche se viene el día o por qué siempre escampa tras el azote de la lluvia. El odio, el rencor, es algo consustancial a tu cuerpo, te pertenece, como el hígado, las manos o los dedos, igual que por las venas circula la sangre sin preguntarte cómo es eso. Un odio que por viejo se ha

interiorizado en tu vida y se maneja de manera natural: se odia las veinticuatro horas del día, en vela o durmiendo. No hay resquicio para la reconciliación, pues nadie sabe qué hay que perdonar ni reconciliar si la razón es etérea y, como la niebla, no tiene peso ni consistencia. Se refiere uno a ellos, a los otros, no por sus nombres propios sino como *esos*, y con mucho desprecio. Siempre unas buenas dosis de desprecio. Nunca puedes cruzarte en la calle ni por camino o vereda, ni tú ni tus cabras ni tus perros. Bastante es que se gruñan sin ser azuzados como lobos rabiosos desde la distancia; pues aunque sean animales, se matarían a mordiscos igual que, de cruzarse, lo harían sus dueños. Anda, explícame a mí por qué se matarían a colmilladas los perros, si nadie, tampoco, ha revelado ni expuesto el motivo de su odio. Por eso, cada cual acude al abrevadero de la fuente en su horario preciso, cada uno transita con su ganado por una calle diferente, por un camino distinto; y la sierra, sin pacto hablado ni escrito, se ha dividido partiendo de la Garganta: Para el tío Jacobo el poniente y para el Eustaquio el oriente. Ahora, pásate de la raya si tienes huevos, piensa el Eustaquio afilando el hocico al viento, igual que si afilara la navaja del rencor y el resentimiento.

Alguna *coseja* de estas, es la que va relatando el alcalde, gastando las palabras mínimas por si el uso en exceso quitara veracidad a los hechos, convirtiendo su relato en puro *chascarreo*. Y si no fuera por prevenir al señor ingeniero de la *Telefónica* y darle los antecedentes o argumentos para tomar la decisión ajustada a derecho, no soltaría prenda. Que, como ya fue dicho, en esta sierra duele más gastar palabras que gastar los dineros.

La suerte quiso que al coronar el cerrillo que dicen del tío Avefrías y avistar el valle de cuadraditos y cercas de piedra, con el pueblecillo al fondo, se toparan con el Eustaquio, que en la linde del camino estaba podando unos olivos. Al verlo, el alcalde frenó en seco con un chirrido metálico de conejo. Y, apeándose, con el brazo en alto en señal de saludo, se dirigieron al hombre que, a pesar de haber visto el coche y haber oído el *quejío* de los frenos, no se dignó en volverse ni en dejar el hacha que desnudaba de ramón un olivo viejo. Tras presentarle al ingeniero, al que Eustaquio era incapaz de mirar a los ojos por lo derecho, el alcalde no se anduvo por las ramas y se lo lanzó todo tieso: Mira, Eustaquio, ponte en un suponer. Si por un casual te instaláramos en tu casa el teléfono y una noche de mil demonios se pusiera malo el tío Jacobo o uno de los suyos ¿Le dejarías entrar a llamar por el aparato? A lo que el Eustaquio, elevando por primera vez la mirada al cielo, como suplicando, al tiempo que golpeaba en un acto reflejo la culata del hacha contra la palma de su mano, vino a decir: *Esos* no entran en mi casa a no ser que yo esté

muerto. Y más vale que así sea, porque antes monto un escabeche con esto. Por lo que el alcalde, tirando del ingeniero sin mucha diplomacia, se dio la vuelta sin ni siquiera decir hasta luego. Después, ya en el coche, el silencio y la mirada lo expresaban todo: ¿Se da usted cuenta, don Arcadio, lo que es lidiar en los pueblos con estos energúmenos? Maldito favor que les hacemos. Estos son de los que después irán diciendo que les puse el teléfono para llevarme unos cuartos, una comisión. ¡Vaya una sierra canalla plagada de alimañas!

cabronas. Su afán, destapando la miel, no es trajinar con ella de acá para allá, ni tampoco llenar algún envase o puchero con algún provecho, es, simplemente, comprobar que la miel sigue ahí, en la raya de la última marca, y que nadie, animal o persona, le ha robado ni un dedal de su contenido. Que ya es difícil, pues esa miel es un turrón que no hay quien, ni a cuchillo, le meta mano. A no ser que esperes a que suban las temperaturas de la primavera y el verano, para licuarse de nuevo con las calores ¡Menudo cemento! Si se tercia, cosa que rara vez ha acontecido, y tiene que vender algo de miel a algún cliente que aparece milagrosamente por allí, tira de una especie de cincel y martillo, le saca una buena tajada y la pone a calentar en un cazo. No mucho, con atención y cuidado, pues si te descuidas la lumbre convierte la miel en caramelo. Por nosotros no se apure, tío Jacobo, que de miel vamos sobrados, le dice el alcalde. Que don Arcadio tiene su buen sueldo y no le hace falta convite, aunque venga de muy lejos. A lo que Jacobo responde que los quiere convidar con un tazón de miel por el gesto de venir a visitarlos. Pues a hospitalario, rumia en voz alta, no hay quien les gane en El Enjambre. ¡Joder, si sólo hay dos vecinos! piensa el ingeniero. Palabras que agradece el alcalde pues, con la negativa del Eustaquio, de pronunciarse el tío Jacobo en los mismos términos o semejantes, ya pueden volverse a escape y de vacío. De vacío es… sin teléfono. Por eso le siguen la conversación, tanto uno como otro, pues don Arcadio, que no tiene un pelo de tonto, sabe que el negocio del teléfono se puede ir al garete en cualquier momento. Si continúa helando a la noche, tío Jacobo, en vez de gubia y martillo va a tener que echar usted mano de un soplete de butano para deshacer esa miel. En mi pueblo, continúa don Arcadio, cuando está borbollando el cazo en la lumbre, le añaden almendras tostadas, lo revuelven bien hasta que traba y lo extienden sobre papel de estraza, bien alisado. Luego lo cortan en rectángulos o a cuadros, eso ya va en el gusto de cada uno. Cuando no hay miel, se hace con azúcar. Guirlache, le decimos. Aunque hay que reconocer que donde esté la miel, que se quite el caramelo. A lo que el tío Jacobo añade: Nosotros, que de almendras no disponemos, le echamos higos secos, cuarteaditos, que de higueras sí andamos *sobraos*. Hay años que no

damos abasto a vendimiarlos y son presa de los pájaros, que se ponen ciegos de brevas y de higos. Después, ya en la cocina, saludan a la tía Remigia. Una mujercilla de negro que fregotea unos cacharros en un barreño y extiende la mano mojada por debajo del mandil, haciendo una ligera reverencia. Aunque desaparece al instante, como si la visita y lo que esos señores traigan de malo o de bueno, sea cosa de hombres y no de mujeres, platos y pucheros. Mire, usted, tío Jacobo, este señor es el ingeniero de la *Telefónica*. Don Arcadio, de nombre. La misión que trae, por orden del Ayuntamiento, es la de instalar en El Enjambre un teléfono. Sólo uno, pero que valga para el buen uso de todo el pueblo. Un teléfono público, en la casa de uno de los dos, no sé si me entiende. Valeriano, el alcalde, intenta ser legal, aunque tiene su recelo. Por eso anda con circunloquios. Legal es hacer exactamente la misma pregunta, con idénticas palabras, que lanzó al Eustaquio. Para no jugar con ventaja. Pero visto el bufido que les soltó el del hacha, quiere endulzar la pregunta, adornarla con arrumacos y explicaciones, envolviendo, como si dijéramos, las palabras en terciopelo. Pero, quieras o no, es un hombre de ley y, como tal, el representante de la justicia y del gobierno en esa pedanía y por eso le suelta: Mira, tío Jacobo, ponte en un suponer. Si por un casual te instaláramos en tu casa el teléfono y una noche de mil demonios se pusiera malo el Eustaquio o uno de los suyos ¿Le dejarías entrar a llamar por el aparato? A lo que el tío Jacobo, rascándose la barba canosa de muchos días, contesta tras unos segundos de reflexión: Si el mal es de vida o muerte, les dejaría entrar y usar ese maldito teléfono.



Silba: ¡Fssschchiiiiiiiiuuuu, Fssschchiiiiiiiiuuuuu! Y con su silbido acalla el canto de un macho perdiz en su celo tardío ¡Cuuuchiiichi, cuuuuchiiichi, cuuuuchiiiichi!, que alza el vuelo sobre su cabeza ¡Prrrrrrrrrrrrrrr! dejando una estela del zumbido de su aleteo.

Cuenta la tía Remigia que estando a boca de parir, con la madre ya a punto de dilatarse, soñó que se le aparecía una especie de hechicero, brujo o encantador, llámalo como más te apetezca, envuelto en un resplandor, que le dijo: ¡Remigia, el muchacho que vas a parir se llamará Tiresias! Nombre que confundió a la tía Remigia y más al tío Jacobo, cuando le relató el sueño, pues era un nombre jamás oído en esas tierras. Ni tampoco más allá del pantano ya citado del Cíjara; a partir del cual acababa la sierra y se extendían, por kilómetros y kilómetros, las dehesas de alcornoques y encinas de Extremadura hasta llegar a la raya de Portugal. A ver si lo has oído mal, mujer, y has confundido Tiresias por Teresio, Teótimo o Telesforo. Que todos empiezan por *T* y tienen cierto parecido. Anda, haz memoria y recapacita, no vayamos a meternos en un lío con las autoridades. Lo que la Remigia negaba y negaba, rebajando al suelo la cabeza como una becerra, para ratificar: Te digo, como hay Dios y yo me llamo Remigia, que el nombre es Tiresias. Y como en esa sierra tenebrosa, a todo lo que sean encantamientos y resplandores de brujos se les tiene mucho respeto, por no decir más pánico que miedo, al chico le pusieron Tiresias. Pensando, en su razonamiento rústico y utilitario, que mejor tener problemas con las autoridades que con esos hechiceros de los sueños. Les ayudó la carencia de cura, ni siquiera en Anchuras, adonde acudía a los meses a causa de alguna defunción y ya aprovechaba el entierro para bodas, comuniones y bautizos. Celebraciones por sorpresa. Aquí te pillo, aquí te mato: que ya que ha fallecido el tío Heraclio, bautizamos al muchacho. Pues siempre mandan más los muertos que los vivos. Total, que cuando el cura acordó a bautizarlo ya tenía el recental más de un año y el nombre de Tiresias bien asentado. Puesto y registrado en el libro del Ayuntamiento, aunque al firmar el tío Jacobo con el dedo mintiera al secretario o escribiente arguyendo que ese nombre era de un antepasado centenario. Pues más vale una mentira piadosa que encabronar al brujo del sueño. Encantador o brujo era, afirmaba igual de contundente la Remigia, pues de haber llevado alas y corona la cosa cambiaba. Cambiaba porque pasaba del mundo de la hechicería al de la religión. Convirtiéndose en un ángel. Un ángel alado. O arcángel. Sea Gabriel, Miguel o Rafael. Con sus buenas alas y su luz, enviado por el Altísimo. ¡Cómo va a ser lo mismo! Aunque para la rudeza de su mente todo se tejiera en el ámbito de lo sobrenatural o, como diría un sabio, de lo metafísico. Y como tal, daba miedo. En la oscuridad y la soledad de esa sierra, allá en la linde del horizonte, mucho más miedo. Ángeles alados, brujos o demonios. Que a todo lo que no se le pueda hincar el diente, es propiedad de espíritus a los que

mejor espantar para no tener nada que ver con ellos. ¡Jesús, qué miedo!

Le pusieron Tiresias sin oposición del cura, al que no le merecía discutir ni contrariar a estos aldeanos. Pues, de puro pobres y desgraciados, la admonición les dejaría –a él como clérigo y a la Santa Madre Iglesia como sociedad mediadora entre Dios y los hombres– muy poco provecho. ¡Anda y que pongan los nombres que les vengan en gana! Le pusieron Tiresias y el muchacho les salió lelo, o digamos, raro. Algo difícil de determinar. Y ante la dificultad de la calificación, tiraron por lo más sencillo: un retraso mental. No muy acentuado, pero que se hizo notar en la tardanza del chico en el andar y en el hablar. El Tiresias el pobre, un retrasado. Un niño enfermizo y escuchimizado que no se murió de milagro. Un ser extraño. Después de tanto arriesgar con el nombre. Que parecía que nos iba a traer un don divino, un pan debajo el brazo, y mira cómo nos ha salido. El primogénito. Y pare usted de contar, porque ya no vinieron más hijos. De no haber nacido en la soledad y la miseria de esa sierra, de haber sido pudientes, de haber tenido medios… Lo habrían llevado a algún doctor especialista de la capital. Un doctor bueno que vaya usted a saber qué síndrome extraño le habría diagnosticado. El Tiresias es un bicho raro, un *adobe*, Remigia, y es un milagro que con tus manos y las mías, pues no hay otras en este muladar de vida que nos ha tocado, lo hayamos sacado adelante. Dios nos lo ha dado y nos lo quería quitar; pero al final se ha convencido de dejárnoslo, aunque sea ajado y maltrecho. O malhecho, porque el Tiresias, aceptémoslo, es un chico… particular. Cuando consiguió dar los primeros pasos, dos años más tarde del plazo corriente que lo hace cualquier infante, estiraba las manos como un invidente para evitar chocar con los obstáculos. Señal, sin tener que ser adivino, según dijo la Remigia entre gimoteos, de que este chico está medio ciego. Y ojalá el mal hubiera quedado en eso, pues fue llevarle a la capital con gran esfuerzo y sacrificio, y endosarle el oculista unas gafas de culo de vaso que agrandaban sus ojos al fondo igual que los de un monstruo. Unos ojos saltones de sapo. Aunque esto era lo de menos, la verdad. Que no está la sierra ni sus moradores para ocuparse de la estética. Claro que no. La utilidad y el aprovechamiento de los recursos lo primero. Por eso el tío Jacobo le ató, por el miedo a perderlas o romperlas, una goma bien prieta. Con tanta fuerza, que las gafas se incrustaban en la piel como si fueran un apéndice natural de su nariz y de su cara. Que era plástico, lo sabemos, pero que con el tiempo se fue convirtiendo, entreverando, en carne y pellejo, también se puede dar fe de ello. Que de puro miedo a la pérdida no se las quitaba ni para dormir ni mucho menos para lavarse, pues de aseo andaban un poco escasos. Por mucho que

corriera el agua de la Garganta. Gratis. Así estaban las lentes, sucias y arañadas, que cuando el Tiresias te miraba arrugaba la cara, en la que se fueron formando cicatrices tempranas, frunciendo el ceño, apretando los dientes y achicando los ojos para poder ver algo delante de esos cristales. Lo peor, siendo pobres de solemnidad, hay que joderse, era el crecimiento. Cada cinco o seis años hubo que viajar a la capital y cambiarle las puñeteras gafas. Las últimas cuando cumplió los veinte, que son las que lleva *hastasahora* que ha cumplido veinticinco.

Que el tío Jacobo le tiene a Valeriano, el alcalde, en alta estima es cosa verdadera. Mucho aprecio. Incluso podría decirse, que la aceptación de instalar el teléfono en su casa, donde en ese preciso momento revisan con el ingeniero la ubicación exacta, viene en parte motivada por el respeto que le profesa a su alcalde. Un alcalde bueno que, en lo que puede, vela por ellos. Unos años antes, acudió a su casa de manera pareja a esta visita de la telefonía. Aunque entonces no acudiera con ingeniero, sino con la que resultó ser la Asistenta Social. Asistente, tío Jacobo, asistente. Que lo de asistenta es cosa de criadas y sirvientas. Venían por lo del Tiresias y su retraso mental. A ver si por mediación de la asistente, cumplimentando mil formularios y papeles, podían conseguirle una paga. Una *pagueja*. Que por escasa que fuera, permitiera al tío Jacobo y a la Remigia irse al otro mundo con la conciencia tranquila. Es decir, dejando a su muchacho la faltriquera llena. Si no repleta, en la linde o raya de la subsistencia. Las cuatro tierras de la herencia y la *pagueja*. Le digo, don Arcadio, que el teléfono debe ir aquí en la entrada, pegado a la puerta. Que una cosa es dejar a *esos* que entren a tu casa a llamar y otra muy distinta que se te metan adentro. Si te descuidas, a *guisopear* por la alcoba o la cocina. Eso sí que no lo consiento, mire usted. Bien está que vaya en la puerta y ni un paso más para adentro.

El pobre Tiresias, que no se está enterando de la visita del alcalde y del señor ingeniero, aunque desde lo alto de esa morra que llaman de las Hiruelas haya sentido la llegada del vehículo. Porque estará mal de la vista, pero el oído lo conserva bien fino. Ahí anda por el medio de esa sierra con su hato de cabras, más de una centena, a las que con un solo chiflido y una carrera de los perros, una mastina y un carea, mete en vereda. Silba: ¡*Fssschchiiiiiiiuuuu, Fssschchiiiiiiiuuuu*! Y con su silbido acalla el canto de un macho perdiz en su celo tardío ¡*Cuuuchiiichi, cuuuuchiiichi, cuuuuchiiiichi*!, que alza el vuelo sobre su cabeza ¡*Prrrrrrrrrrrrrr*! dejando una estela del zumbido de su aleteo.

Como el día está de lluvia, se ha puesto el impermeable de plástico amarillo, con el gorro incluido y las botas katiuskas. Un

amarillo fosforito. Para que el gorro, que es ancho, no se vuele o se enganche en las jaras, se ha atado un pañuelo por fuera, en el contorno de la cara. Con un lazo en la barbilla que, unido a las gafas prietas, parece un espécimen de otro planeta. Así le miran los perros, extrañados, que aunque los animales se guíen por el olfato y sepan de sobra que el que va dentro de esa vestimenta estrafalaria es el Tiresias, su amo, no por eso dejan de sorprenderse por su extravagancia. Si se sabe por dónde pastan las cabras es por el sonido de sus esquilas, mientras al pastor Tiresias se le localiza en esa arisca sierra por el color amarillo de su aguadera. ¡Vaya pinta!

La asistente social rellenó todos los papeles y los visitó de nuevo para que el muchacho los firmara. También, y esto era lo más principal, según explicó a la familia reunidos en la cocina, para hacer al chico una serie de recomendaciones y advertencias al objeto de que cuando viajara a la capital a pasar la revisión médica fuera convincente. Hablando en cristiano: que demostrara fehacientemente que era un poco retrasado. Por lo que no se anduvo tampoco por las ramas ni con diplomacias y rodeos: Mira, Tiresias, tú eres un buen hijo y un buen muchacho. En esa entrevista te juegas que te den una paga o que no te la den. Si te la dan, es por el retraso que tú tienes, no te lo tomes a mal. Por tus dioptrías y porque a veces no entiendes las cosas como debieras o las entiendes al revés. En fin, ya sabes, tus rarezas. No es un delito reconocer que eres un joven raro. Especial. Extraño. Vamos a ser prácticos, Tiresias. Esa paga es para toda la vida y te la vas a traer para tu casa. Si te tienes que hacer el tonto, un poco más de lo que… pues podremos cantar victoria.

Meses más tarde, cuando le citaron por escrito, con mucho boato y palabras retorcidas, a la revisión a la Seguridad Social, su papel fue patético. Entender la entelequia de Seguridad Social, cuando uno, en la cortedad material de tu mente, sólo se relaciona con animales y alguna persona, es complicado. El no poder poner cara ni cuerpo a una entidad abstracta, la Seguridad Social, todo lo complica. Que bastante agobio era que te pasaran de un despacho a otro, firme aquí aunque sea con el dedo, quítese esas gafas, dígame qué letra ve en esa pantalla, sin saber leerlo. Con esa camisa que le ahogaba el cuello que le había puesto la Remigia, por debajo de un chaquetón de borrego. Heredado de no se sabe qué antepasado. Hasta que un médico con bata blanca, le sentó frente a frente para decirle: Por favor, dígame su nombre y apellidos. A lo que el muchacho, recordando a la asistente social, le soltó: ¡Apellidos, apellidos! ¿Qué es eso de apellidos? ¡A mí nadie me ha dicho si tengo o no tengo apellidos! Cabras tengo, pero de apellidos no sabría decirlo. ¿Y su nombre? preguntó el médico. Me llaman Tiresias, el bolo del pueblo. Un tonto *perdío*. A lo que el de la

bata cortó: Pues querido Tiresias, yo no te veo tan tonto. Y el Tiresias: ¡Ni yo a usted tan listo!

Por lo que se vino sin paga y con el sentimiento de culpa que trepana el *celebro* por no haber sabido hacerlo. Eras tonto y ahora eres tonto y medio. Tonto sin paga y sin dineros. Rumiando su fracaso de mal actor. De mediocre titiritero que no ha conseguido la paga para su sustento. Con el rumia rumia del fracaso, que se le ha agarrado al pecho. Entre el estómago y el pecho. Como una alimaña que con sus uñas te va arañando por dentro. Esperemos que no se enquiste y le salga la rabia para fuera. A los meses, la asistente social hizo una reclamación por no haber valorado con justicia su mal de la vista. Por lo que acabaron reconociéndolo y concediéndole una pequeña ayuda. Escasa, no como la equivalente y pretendida del retraso mental. Pero qué leches, paga era. Que menos da una piedra. Y que más vale paga en mano, por pequeña que fuera, que ciento volando. Que el mundo está lleno de tontos es una perogrullada. Los hay a miles. ¿Qué digo a miles? ¡A millones! Y no por eso a todos les van a dar una paga. Gracias a ello, cuando recibió la nómina con los primeros dineros, parece que se le calmó el pernicioso *rumieteo*.

El tío Jacobo, cuando está muy cabreado, refunfuña con que va a quitar las cabras. Que las va a mandar a tomar por culo. Cualquier día de estos, cojo la navaja capadora y me lío a cortar gañotes hasta que se forme en el suelo una charca de sangre. Tanta, que se ahoguen los chivos en ella. Pues no me dan en el ayuntamiento una carta de Sanidad que me ha leído el alguacil, por la que nos obligan a montar una sala de ordeño fuera del corralón, para que no se mezcle la leche con la suciedad de las cabras. ¿Qué te parece, Remigia? ¿Como si no tuviéramos cuidado? Vamos, que, con otras palabras, vienen a decirnos que somos unos guarros. Te juro, mujer, que las degüello en un santiamén y se acaba la historia. A tomar por culo el ganado. ¿Sabes cómo acaba la *jodía* carta? Pues que termine como quiera, Jacobo, no te ofusques así, que te va a dar una apoplejía. Remata la puta carta con que la sala de ordeño debe ir alicatada del suelo al techo. No me hagáis reír, cabrones de veterinarios: ¡Con que no tengo alicatada mi cocina y se la voy a alicatar a las putas cabras! Le van a dar mucho por culo a



El reloj y las cabras

Si hay vidas que transcurren como un reloj, la vida del Tiresias es un buen ejemplo. Un reloj de cuco, que con su canto natural marca del crepúsculo a la aurora. Toda la noche con el *cu cu, cu* . ¡Vaya pájaro cansino! Sea lunes, martes, sábado o domingo. Que los animales no entienden de calendario. Si acaso, el cambio de las estaciones, siempre asociado al estómago. El almanaque de las tripas, que es el que vale entre tanta miseria. Y dicta que en invierno y primavera haya mucho verde. En la sierra, si te manejas bien y no haces pereza, manduca para empacharse. No como en verano u otoño, que si viene seco y con

mala uva, si te descuidas y no tiras de piernas para recorrerte esas sierras, las rañas y las rastrojeras, lo mismo tienes que estar echándoles comida ajena. Ajena es la hierba o paja que no se comen las cabras directamente de la tierra. La comida de ley, que corresponde a los animales, igual que a las reses del monte: corzos, gamos, ciervos y algunos muflones. Escasos estos últimos, pues son los que se escapan de las fincas alambradas, las fincas de postín de los ricachones. Unos buenos haces de cereal, trigo cabezón, cebada o avena, que hay que guardar para cuando vienen las malas fechas. Pero lo dicho, en la sierra, si sabes pastorear sin holgazanería, la comida cae segura. No cae del cielo, vamos a entendernos, sino que brota de la madre tierra.

El reloj del Tiresias es el mismo que el de su ganado. De un paralelismo sagrado. Levantarse, asearse una *miaja* sobre todo esos pelos lacios y largos, echarse al gaznate un tazón de leche manchado, por no añadir gasto, de café, con pan ensopado. Hacer el ordeño de la mañana ayudado por el tío Jacobo, que cuando el muchacho se marche se ocupará de gestionar la leche robada a esas tetas, menudas manos; mientras la tía Remigia le prepara el zurrón con el avío. Guiar los pasos hacia la sierra, con sus perros que ya ladran como locos y su hato de cabras. ¡*Fchchsssiiiuuuuu*! ¡*Fchchsssiiiuuuuu*! Una vez por unas suertes, cuerda arriba hacia los postueros; otras por el valle abajo o por los cortaderos. Que es su libertad más grande, sin pasar al otro lado de la Garganta, eso sí que no, Dios mío. Libertad para decidir para dónde tiran tus piernas. La libertad de guiar los pasos con la brújula del pensamiento, hoy toca al sur, mañana al norte, pasado ya veremos.

Cuando la tarde se echa a lomos de la sierra y el sol, ya sin fuerza, busca su encame, el Tiresias regresa al pueblo y al ordeño. El segundo ordeño del día, ya casi noche, si no fuera por esas pulverulentas bombillas. Cabras al corralón, con el tío Jacobo en los porches esperando con el tajo de corcha para sentarse en una mano y el cubo de zinc en la otra. Esta sí, esta no, y dale que te pego al pezón de esas ubres que, del mucho comer, vienen a reventar de leche. Que de uno a dos litros no hay quien te quite, Tiresias, hijo mío. El tajo de corcha, el cubo de zinc y las manos como zarpas: sus armas de guerra. Para las cabritas buenas, guarronas, con sus ubres cargadas de leche. Leche que es vida para la familia: el tío Jacobo, el Tiresias y la Remigia. Ocho o diez gatos, no se sabe muy bien cuántos, un gallo y ocho gallinas siempre picoteando por el estercolero, los dos canes, el mulo y un par de cerdos en la pocilga. El verraco y la marrana de cría.

Ni domingos ni festivos ni fiestas de guardar. Ni día de la Virgen

ni día del Señor o Corpus Christi, ni vacaciones ni Pascuas. Que esas bocas tienen que comer sin contar con religiones y dioses, descansos ni hostias. Y si piensas que me refiero a las cabras, Tiresias, hijo, llevas en parte razón. Pero sólo en parte, porque antes que sus bocas, están las nuestras. Quédate un día o dos sin comer y verás cómo protestan las tripas. Se rebelan retorciéndose por dentro dando *gemíos* que no hay quien soporte. Sin hablar de las dentaduras, que sus dientes son blancos y brillantes como perlas, mientras los míos están huérfanos ya de un montón de piezas. Mira, muchacho, mira qué estropicio de boca tengo.

las cabras y al gobierno.

Pues marque usted, tío Jacobo, con esta tiza el lugar exacto donde quiere que se instale el teléfono. Y no se hable más. Que cuando vengan los técnicos que le voy a mandar en unas semanas no lo variarán ni un milímetro. Digo unas semanas y quizás sean meses. No puedo asegurárselo, porque aunque el cableado va a seguir el tendido de la luz, créame usted que sólo con permisos y autorizaciones, la negociación con la compañía eléctrica y demás, se nos echa el verano encima. Don Arcadio, no se preocupe. A ver si en siglos no hemos tenido teléfono, ni agua, ni luz, y ahora, por unos meses de demora, vamos a perder la paciencia. Por nosotros no se apure, como si quieren tardar años. Que yo sepa, no tenemos que llamar a *naide*. Por ahora, por ahora, rompe el alcalde, que ya verás cuando lo tengas montado, el gusto que da, sin abusar, el comunicarte con el mundo civilizado. ¡Menudo adelanto! Que lo que no invente el hombre, ya lo inventa el diablo. Muchas gracias por esa miel. Siento no haber podido saludar al Tiresias, al que tengo en buena estima. Adiós, tía Remigia. Siga usted a lo suyo, que nosotros vamos ya marchando. Que don Arcadio tiene el coche en Anchuras y de ahí a la capital sale chutando. Cuídese mucho, tío Jacobo. Nos vamos contentos del acuerdo. No se va a arrepentir. Seguro, hombre, seguro que no se va a arrepentir. Ese teléfono les va a cambiar la vida.

Subsistencia es vivir de lo que uno tiene y produce la tierra. De sus manos y de la tierra. Ni mar ni río, que de eso no disponemos; pero sí de cielo, si eres capaz de echar algún pájaro al puchero. Perdiz, torcazas y tórtolas, zorzales, gurriatos. Si aprieta el hambre, estorninos, pinzones, tordos y arrendajos. La preñez de una cabra dura cinco meses. Cuando pare, no siendo egoísta ni exigiendo a la naturaleza y al animal más de lo que generosamente ya te da, hay que dejarla mínimo un par de meses para que de nuevo se empreñe. Por lo que hay que tener un buen macho, dos o tres si son muchas las hembras, para que las monte y las cubra. Si son más de cien, el animal

no dará abasto, que en esto del fornicio no hay contención ni descanso. Sea animal o humano. Pues en ello se urde la perpetuación de las especies. Puede que el macho esté en los huesos, en el pellejo puro de tanto cubrir, y mantenga el ansia de seguir cubriendo. Sin saciarse. Tanto, que como no le ate un plástico grueso en el vientre o un saco de arpillera por delante de sus partes, el muy cabrón sólo quiere tirar de verga. Hasta el año y medio no pueden aparearse porque siguen siendo chivas. Pero una vez que paren, lo suyo es dejar unas semanas que mamen las crías y a partir de ahí ya puedes ordeñarla nueve o diez meses seguidos. Depende, según más te convenga: leche o chivos. Tú eliges, Tiresias. En cuanto se seque la ubre, ya está el macho andorreando con el hocico para empreñarla de nuevo. Cuando juntes varios cabritillos, si es en vísperas de Pascuas será tu mayor alegría, enjaezas el mulo con la albarda nueva, que vean que eres todo un caballero, y los llevas a Anchuras. Se los entregas a Machaco, el tratante, que ya él los manda en un camión a la capital para que se los coman los señoritos en la Navidad. Con la leche no te queda otra que hacer quesos. Bebértela hasta emborracharte y hacer quesos. Cuando almacenes una buena carga, ya sabes: a escape al pueblo a venderlos. Que tienen mala venta los *jodíos* quesos, pues todo el mundo en esas sierras hace lo mismo y están los precios tirados por el suelo. Vale más el pan, que el queso. Igual que la miel, aunque esta del Enjambre, quizás por la fama que le ha dado el nombre del pueblo, es la preferida. El problema del tío Jacobo con la miel es el envase: cada frasco que consigue es como un regalo divino, un tesoro. Que la tía Remigia le roba los que puede para conservar el tomate crudo, las judías verdes, las mermeladas, pimientos asados y pistos, envasados al vacío. Al baño María. Para ir tirando en invierno que no hay huerto. Una noche que el Tiresias con la escasa luz de la despensa y el mal de su vista rompió tres tarros de vidrio, a la tía Remigia le dio un ataque de nervios. Al padre no, pues se lo ocultaron, perdonándole la el berrinche que habría pasado sin cura ni remedio. Pues vale más el frasco que el contenido.

Esa es buena parte de la subsistencia: miel, leche, quesos y chivos. Aunque estos últimos ni catarlos, pues son para las bocas finas de los señoritos. Si tienes suerte, algún aborto o cabritillo que se desgracia por cualquier enfermedad o daño, y va derecho al cocido. Son productos con los que sacar un dinero para mercadear cuatro cosas en la única tienda del pueblo: unas pilas para el *arradio*, unos alpargates, una linterna nueva, aceite, cerillas, unas latas de sardinas. De las de tomate, picantonas, tía Emilia, que están para chuparse los dedos. El resto, la huerta. Añadiendo los frutos y hierbajos que da la sierra. Muy buena huerta, pues sobra sol y agua, y mejor sierra. Para nosotros una

madre con las tetas bien recias y orondas de las que no paramos de mamar. Además del cereal de las cuatro fanegas de tierra. Se lleva al molino del pueblo y te vuelves con cuatro sacos de harina. Harina para todo el año, no te pases de la raya Remigia, con el que hornear pan y si estás de humor alguna candelilla. La caza, salvo algún cepo o trampa para pelo y pluma de caza menuda, ni tocarla. Pues la ley es bien severa. Si hay furtiveo, adiós a las cabras de la sierra. Tú decides Jacobo, igual que le he dicho al Eustaquio, si andáis jodiendo con la caza y luego los *caceros* de la capital no pagan las monterías, se acabó meter las cabras en el monte. Vosotros veréis lo que hacéis: o sierra, con comida gratis para las cabras, o caza. Y no me vale que uno cumpla y el otro no. Pues, por una vez, los dos, mal que os pese, tendréis que remar en la misma dirección. Si pones a dos mulos atados de culo, frente a frente cada uno de su montón de paja, los dos se lían a tirar para su lado para llegar a la comida. Tiran tan fuerte, tan fuerte, que ninguno alcanza el montón. Acaban por quedarse sin aliento, de tanto tirar y tirar, y sin probar bocado. Exhaustos y muertos de hambre. Hasta que uno de ellos, el más listo, y con esto no quiero señalar a nadie, se da la vuelta y se pone parejo a su anterior contrincante. Primero se comen un montón de paja. Cuando acaban, se giran los dos a la vez y se comen el otro. Quizás de ahí venga el dicho de la unión hace la fuerza. Donde yo añado la inteligencia. Espero que os sirva esta fábula, que parece sacada del Evangelio igual que una parábola, y dejéis a la caza en paz.

Dice el Tiresias que de todos los animales de pelo que cría esa sierra, los corzos son los más sociables. Los menos ariscos. Si me apuras, te diría que les gusta la gente y el compadreo con otros animales sin ser de su especie. Les pica tanto la curiosidad, el saber, que se quedan mirando como bobos y sólo salen espantados cuando se aseguran de lo visto. Si se asustan mucho, te echan un ladrido; igual que un perro: ¡*Gjuuaaaaaoo*, *gjuuaaaaaoo*! E insisten e insisten según se alejan como si estuvieran hablando contigo. Que no hace falta ser adivino para traducir lo que están diciendo con su *jipido*. Pues no se meten los muy tunantes en medio del rebaño de cabras, pero bien metidos, engañando a los perros, como tomándote el pelo. Hasta que se cansan u oyen algo que no les gusta, algo que puede poner su vida en peligro, y huyen dando botes por encima de las cabras. Que parece que les hubieran puesto un muelle en las patas. Menudos brincos. Así de fácil mueren los pobres luego, cuando vienen los señoritos al rececho, con sus rifles y sus miras telescópicas. ¡Vaya mérito! El animal, tan curioso, se te queda mirando extrañado. Mirando extrañado esa ropa de estreno tan chula que te has mercado en El Corte Inglés. Con sombrerito de tres plumas de faisán incluido. Y tú le sueltas un tirascazo que le revienta el pecho. ¡Qué merito, don Agapito, ya puede usted contar la hazaña a sus amigos!

Tras el ordeño, viene la calma. Una calma chicha, adornada con el tintineo de las esquilas de alguna cabra que se remueve en los porches: *Tlinnn, tlinnn, tlinnn*. Ya duermen, mientras rumian. Ese sí que es un buen laboratorio, Remigia. Transformar la hierba que te has comido en la sierra, a la carrera y cuanta más puedas, llevártela de nuevo a la boca regurgitada del buche, amasarla bien con las mandíbulas, rumia que te rumia, para trocarla en leche. Hierba siempre con algo de tierra, que es lo que ayuda al buen rumiar. Ese sí que es un gran milagro, mujer, convertir la hierba en leche. Que no hace falta ser Dios con su milagro de panes y peces, con ser una humilde cabra sobra. Anda, Jacobo, no digas disparates ni sacrilegios. No está el percal para andarse con herejías tentando al demonio. Es una calma pesada, silenciosa, plomiza. Pues después de toda la jornada trajinando por esa sierra uno siente en su cuerpo el peso del día. Tiresias se asea de nuevo un poco y acude a la cocina donde le esperan sus padres con la cena puesta. En esta casa y en estas sierras, la comida fuerte se hace a la noche. Que no será muy bueno para la digestión comer y acostarse al rato, pero peor es acostarse sin cena. Cuando el cuerpo está reventado de cansancio y hambriento, no hay horario para digestiones. Comen sin hablar, con las cabezas gachas y

las bocas pegadas al plato. Según acaban, se van sentando a la lumbre, cada uno en su tajo de corcha. Ya ha echado el tío Jacobo su buen haz de leña, cuyas brasas resistirán toda la noche, mientras la tía Remigia sirve a cada uno su tazón de leche con un chorreón de café, a modo de postre, que para algo somos pastores y no vamos a tirar ni una *miaja* de leche. En ese preciso momento es cuando Tiresias conecta la radio que ha colocado sobre la repisa renegrida de la chimenea. Renegrida, pero sin desmerecer el detalle de la tira de ganchillo que colocó hace mil años la Remigia. Debajo, una cadena donde se cuelga el embutido de la matanza. El embutido que queda, que en estas fechas es bastante. Se gasta muy poco a poco, pues es principalmente para el avío del muchacho en la sierra. Aunque la madre, de vez en cuando, le tire un bocado al chorizo. Estíralo bien, Remigia, que te tiene que durar todo el año. Chisporrotea la lumbre y chisporrotea el dial que lucha por enganchar bien la emisora. Es el otro reloj que marca sus horas. *Pchsssssssuuusuuu*. Al acabar la cena, cada noche de sus vidas, ya está ahí el locutor dando primero el parte de noticias y luego el de la meteorología. Primero España, luego el mundo. Los líos de unos, de las cosas de la política a dos robos y un asesinato, a las lejanas guerras. Todo tan distante de su existencia. Interesa, particularmente, el parte meteorológico. Que por no tener a mano al tío Humero, hay que fiarse del gacetillero de la radio. Que falla más que acierta. Acierta por aproximación por lo grueso. Es decir, si está encima la borrasca o el anticiclón. Nos ha jodido, eso también lo sé yo en cuanto me asome a barruntar el cielo. Pero sin precisión alguna, no como el astrólogo de Anchuras que concreta si habrá viento, hielo a la noche, litros de agua por barreño y, si le aprietas mucho, hasta la temperatura. Cuando acaba el parte, es el turno de la palabra. Medida a cuentagotas y siempre reiterativa. ¿Dónde has pastoreado hoy, Tiresias? Ya veo que te ha parido la Rabona en medio de la sierra. ¿Cómo andan por ahí arriba las pasteras? Aunque hoy es una noche muy especial. Que no te visita el alcalde todos los días. La última vez hace tres años, cuando trajo a la asistente social para lo de la paga. ¡Qué disgusto, hijo mío! ¿Pero a quién se le ocurre contestar así al médico? Después del trajín de esa mujer, todos esos papeles, el gasto del taxi, la camisa y los zapatos nuevos que te compró tu madre. Esos que, encima, decías que te hacían tanto daño. ¡Puñetero! ¿Cómo pudiste contestar al doctor de esa manera? Pues que se me cruzaron los cables, padre. No puedo decir otra cosa. Que me salió de dentro como si me hubieran apretado un gatillo. Un disparo a bocajarro, como si no fuera yo el que hablara, sino que fuera otro el que me sacaba esas palabras. ¡Hay que tener los huevos bien gordos, Tiresias, para decir al de la bata: Ni tú tan listo! ¿Pero no comprendes, muchacho, que dependía de ese hombre que te dieran la paga? Paga

me han dado, padre, aunque no sea la que usted y yo queríamos. Pero le voy a decir una cosa, padre: ¿Cree usted que está bien que me lo tenga que recordar cada noche al sentarnos a esta lumbre? En eso lleva razón el muchacho, tercia la Remigia, siempre dispuesta como buena madre a interceder por un hijo, que si no se lo dices cada noche, revientas. ¡Mal hombre! No es que seas pesado, Jacobo, es que eres machacón, agobiante y agotador. No me extraña que el Tiresias esté angustiado, dale que dale con tu matraca.

Pero esta noche es especial. Hay que contar palabra por palabra, revivir una y cien veces en la noche presente y en las venideras la visita del alcalde y del señor ingeniero de la *Telefónica*. Don Arcadio de nombre, Tiresias, para que no lo olvides nunca. Que bueno es tener relación con la gente que manda, pues nunca se sabe cuándo salta la liebre de pedir un favor a los señores que nos gobiernan. Mira, hijo mío, levántate que te enseñemos la marca donde hemos decidido colocar el teléfono. Una y cien veces, repetir, con idéntica liturgia, la historia de la visita. Asistir cada noche al espectáculo de recrear el encuentro con el alcalde y el ingeniero. Repetir las palabras exactas, con una precisión inaudita ¿De qué hablar si no? Que a veces falla la memoria, pero para la relación con el poder no caben amnesias. En eso hay que reconocer que la memoria del chico es portentosa.

A ese *arradio* hay que cambiarle las pilas, Tiresias. Que cada noche suena más floja y con eco de pozo. La antena no es, no la toquetees más. La radio del Tiresias, para que te hagas una idea aproximada, es del tamaño de un ladrillo. En cuanto sale para la sierra la *enchisca*, se la echa encima del hombro, pegada a la oreja. Así no le impide caminar ni desatender a su ganado. Aunque parece que le salga un cuerno de la cabeza que es la antena. De tanto en tanto, cambia de oreja, no vaya a ser que con el soniquete tan pegado se le atrofie el oído y acabe por quedarse sordo. Lo que te faltaba, Tiresias, quedarte sordo. Anda, muchacho, quítate el *arradio* de la oreja, que bastante tenemos con las gafas. No la apaga ni cuando echa una cabezada después del almuerzo, con las cabras sesteando tranquilas vigiladas por los perros, encima de una brazada de lavanda o de espliego. Que lavarse no se lavará mucho, pero huele a monte que es gloria bendita. Una limpieza natural. Los días de lluvia le pone un plástico que ha recortado con las tijeras de pelar las crines del mulo. Un plástico duro bien recortado con unos agujerillos, igual que un colador, en la parte del altavoz. La radio para Tiresias es la vida. Una ventana al mundo, una puerta a la civilización. La luz en su tiniebla. Un balcón al espacio, un mirador del planeta. Así que ahí anda siempre, batallando con el problema de las pilas. ¿Verdad, Remigia, tú que llevas las cuentas tan bien llevadas, que lo que más se gasta en

esta casa es en pilas? Muchas pilas. Demasiadas pilas. Muchas más pilas que comida. Pero en fin, es el antojo del muchacho. Que para un capricho que tiene no vamos a quitárselo. Anda que recibe un jornal o algo, Jacobo. Además, te recuerdo que la paga es suya. Claro que es suya mujer, que desde que se la dieron no la hemos tocado. Ni encentarla. Según le viene de… donde venga, va derechita al banco. Yo, tú lo sabes, Remigia, no he visto ni una peseta. Ni la vas a ver, Jacobo, que esos cuartos hay que dejarlos ahí que vayan haciendo engorde. Para el futuro del muchacho cuando a nosotros nos lleve el Altísimo. Y no vuelvas a decirle que come más que gana. Ni que come más que el mulo. Pues cualquier día, de seguir así, igual que tú dices de tus cabras, te va a mandar a tomar por culo.

La radio funciona con tres pilas redondas y gordas de tres voltios. Van metidas en su interior. En las tripas del aparato, levantando una tapa negra. Y es verdad que esas pilas se gastan en un santiamén y son caras. Muy caras para la economía de estas sierras. Tanto, que acudieron un día el propio tío Jacobo y el Tiresias al pueblo en busca de un arreglo. El arreglo o solución lo tenía el señor Macario, el herrero, al que en el pueblo llaman de apodo, con razón, Manos Negras. En el pueblo, a algunos oficios, si son de postín, le ponen delante el "señor"; pero a los pastores, guardas, carboneros y corcheros, con el "tío" les sobra y basta. Menos al guarda mayor, que aunque no sea señorito, sí le llaman señor. Manos Negras en su herrería fabrica todo tipo de artilugios y herramientas de fragua. Y desde que llegó la luz eléctrica, le da a la soldadora y a la radial y lo mismo te hace unas puertas que una reja para el arado. Pero eso es poco en su polivalencia, pues también le pega a la electricidad y a la fontanería. Su fragua es un milagro y él un dios de la industria y el acero. La fragua de Vulcano. Por lo que planteado el problema del gasto en exceso de la radio, sacó las pilas, las observó y en un instante dio la solución. Solución fea, pero económica y operativa. No va a quedar muy bonito, tío Jacobo, pero el ahorro va a ser grande. Muy grande. Ahora vosotros decidís: belleza o pesetas. Porque hay que anular esas pilas y sacando los dos cables, positivo y negativo, del compartimento donde se alojan, poner por fuera dos pilas de petaca que duran una eternidad y son baratas. Yo te dejo preparados los cables soldando esta pletina para que tú enganches las pilas con comodidad. Ya sabes, Tiresias, el rabo corto es el positivo; el largo, el negativo. Los bornes, tío Jacobo, los bornes. Los dos polos hermanos deben ir unidos. Lo más feo es que tendrás que acoplarlas al aparato con unas vueltas de esparadrapo o con una goma. Te aseguro que esas pilas de petaca te durarán meses. Puedes llevarte unas cuantas y tenerlas de repuesto. Colocarlas en un sitio seco, sin humedad, y

santas Pascuas. A olvidarte del problema. A nosotros, señor Macario, lo que nos interesa es que suene y hacer el menor gasto. Así que, con la autorización del muchacho que es el dueño del aparato, proceda usted a la operación. Porque tú, Tiresias, que tanto asientes con la cabeza ¿te estás enterando de algo? Claro que me entero, padre. Tres pilas de tres voltios, hacen lo mismo que las dos de petaca de cuatro y medio. ¡Así me gusta, chaval! Le suelta el señor Macario dándole un porrazo con su manaza en la espalda que le hace tambalear. ¡Para que luego digan que eres tonto! ¡Ahí lo tienes: sin haber pisado ni un solo día la escuela!

A las diez menos cuarto de la noche, la tía Remigia zascandilea con un tintineo de metales, *tlasss, tlonnn, tliisss,* por la cocina, que es salón y cocina de lumbre, todo en uno, a la que se arrima el Tiresias buscando el calor de los rescoldos. El tío Jacobo sale al zaguán, mira y remira la marca de la tiza, y tras sus cavilaciones reiterativas sobre el asunto, se llega al corral para echar un cigarro. No es un gran fumador, que se lo tiene prohibido el médico y él es un hombre, como ya fue dicho, respetuoso con las órdenes de la superioridad. Se lo prohibió hace ocho años y ya no ha vuelto. Pero tiene enganchada la costumbre de toda una vida de salir a la noche a mirar el cielo y a echar su cigarro. Una asociación imposible de desmembrar: ventear la noche, husmear la luna, las nubes y las estrellas, al tiempo que el ascua del cigarro al chupar ilumina tu rostro marchito. Ajado por la sierra y el tiempo. Antes de pisotear con empeño la colilla en el suelo, que aunque sea invierno siempre ronronea el pavor a los fuegos, aparecen sus dos perros. Eternamente vigilantes y atentos. A saludar a su amo, sin un ladrido que desentonaría el ambiente asustando a las cabras, pero moviendo el rabo. Que como uno de estos ladre a la noche, destemplando el silencio, ya puedes levantarte a la carrera y echar mano de la escopeta con los cartuchos de postas. Pues nada bueno puede ser. Alguien merodeando por ahí en la



La escuela

Hablando de escuelas. Cuando se dirigen al coche, que han aparcado en las eras, el alcalde y el ingeniero, don Arcadio pregunta qué fue ese edificio semiderruido que está a unos cien metros, como desgajado del pueblo, a las afueras. Las escuelas, don Arcadio, son las

viejas escuelas. En plural, aunque sea una única construcción con un boquete en el tejado, las ventanas reventadas y los muros agrietados. Se acercan paseando, mientras uno y otro contemplan desde el alto el panorama que se ofrece a su vista. El conjunto de la aldea, que se acurruca en la falda de la montaña, en el sopié, como el aliviadero en el que desemboca la Garganta: una docena de casas de pizarra, su fuente de piedra, varias zahúrdas redondas y techo de tierra, una pequeña iglesia con sus dos columnas en el pórtico, siempre cerrada. Y mirando al horizonte del poniente, el viejo cementerio con una cruz en su entrada con un brazo amputado y comido de hierbajos, los nombrados cuadritos de cereal y olivas, unos cercados de pizarra, dos huertas, la de Eustaquio y Jacobo, los cortaderos del monte y unas manchas de pinos de la repoblación forestal. En las pocas casas que quedan enteras, las zarzas y las ortigas devoran sus paredes, enredadas en la piedra y en las rejas de las ventanas como la hidra, serpiente de mil cabezas y aliento venenoso, que trepa por las hendiduras y se mete hasta tragarse cualquier atisbo de esperanza y de vida. Donde los tejados de maderas y vigas carcomidas no han resistido la batalla y se han desplomado, la maleza se ha adueñado de ellas y son sólo un montículo abombado, como los túmulos donde se pudren los cadáveres hasta convertirse en la tierra de la que nacieron. Polvo, tierra, lluvia y barro.

Caminan en silencio, cada uno a lo suyo, pero coincidentes en esa ensoñación del pensamiento con lo que están viendo, que sólo les habla de decrepitud y abandono. Con la única satisfacción, fuera de esa melancolía envolvente, de haber cerrado la negociación del teléfono. Muchas gracias, don Arcadio, por haberme ayudado con esta idea, que, como usted puede observar con sus propios ojos, es un poquillo de oxígeno, quizás el último aliento, ante el desamparo de esta pobre gente que se muere por la asfixia de la soledad y el aislamiento. ¿Cómo no ayudar a estas dos familias, alcalde, que han renunciado al exilio? No como hicieron los otros, los que huyeron a la ciudad en el éxodo masivo. Una huida que ha dejado estos campos como un erial. Un páramo sin corazón ni vida. Triste paradoja la de esta tierra, llamarse Enjambre y estar vacía.

Igual que esa escuela, a la que se acercan con todas las prevenciones por el peligro de derrumbe. Aunque se asoman por el hueco de la puerta arrancada. En su interior todavía se muestran, entre un montón de escombros, unos trozos de pupitres desportillados, unas perchas, un tubo herrumbroso de la estufa y un vértice de su pizarra. Sepultando los gritos de los niños, sus juegos, sus carreras, sus risas y sus palabras. Si pones el oído en una de sus oquedades, buscando el sonido arcano de los chavales, aún puedes escuchar el

coro con su lección infantil que contesta a las preguntas del vozarrón del maestro. “Mil veces ciento, cien mil; mil veces mil, un millón”, que le recuerdan a don Arcadio, el ingeniero culto, los versos del poeta. Ahora, sin embargo, hay un silencio atroz. Como si los gritos, cánticos y voces de los juegos de los niños fueran vida y este silencio espantoso muerte y desolación.

Rastrear el cielo, olfatear el viento y aventar los nubarrones de la nostalgia en busca del recuerdo. Eso nos queda, señor alcalde, los recuerdos. Que cuando nada reste de esto y la modernidad se lo coma todo, cuánto lo echaremos de menos. Ahora se habla mucho de Conservación de la Naturaleza, mira las siglas del ICONA, pero para mí que más que conservación es desidia y abandono.

oscuridad. Joder qué canguelo, Remigia. Anda y llama al muchacho, que me da no sé qué salir solo al patio. El peligro grande es que sea persona y no animal. A los animales no les tenemos miedo. El riesgo de disparar al bulto que se mueve en la tiniebla. Ojalá sea la zorra que en un descuido te roba un chivo o una gallina. La muy pelleja. Porque si fuera *ese*, bendito disparo que se llevaría en el vientre con el puñado de postas. Ahí se iba a desangrar, reventado en el suelo. Disparo y muerte justificada. No haberte acercado a lo mío. Venía a robar, señor sargento, se lo tiene merecido.

El carea se llama Corbato, porque siendo negro y de pelo duro, el pecho es blanco. Una tira, igual que una corbata, blanca. Es listo y pastorea como nadie. Él solito manejaría el rebaño. La mastina, grandona y con el andar destartalado por su tamaño y corpulencia, es de pelo alobatado. Ya no hay lobos ¡*Auuuuuuuhhh*! en esas sierras, gracias a Dios, que añoranza de esos bichos no tenemos. Santificada sea su extinción ¡*Auuuuuuuhhh*! Pero qué buen agarre habría hecho la Trujillana, con su ladrido ronco y los colmillos de tres dedos. Porque ese es su nombre, en recuerdo del famoso poema de *La Loba Parda*. La perra Trujillana. El que recitan todos los buenos pastores, los pastores sabios, el tío Jacobo incluido, aunque sea analfabeto. Pues no está reñido el ser un iletrado con la poesía y la memoria, ni con ser listo. Cosa del rato en la lumbre, recitar poesías y contar historias. ¿De qué hablar, si no hablamos nunca? Historias de los montes. Pregúntale al Tiresias, verás cómo te la recita de corrido. En cuanto le pinches con: “*Estando yo en la mi choza pintando la mi cayada, las cabrillas altas iban y la luna rebajada…*” te la suelta entera sin una falla. De corrido y con buen temple. Los sabios pastores que han ido guardando en su cabeza, de generación en generación, de boca a oído, los relatos de los montes. Historias para espantar sus miedos y exorcizar los demonios, transmitir sus costumbres, sus sueños y preocupaciones, sus alegrías y

congojas.

Después, el tío Jacobo y la Remigia dan las buenas noches a su muchacho, son las diez exactas, y se recogen a la alcoba refunfuñando sobre no sé qué. No sé qué del teléfono, va rezando todavía el tío Jacobo. ¡Qué cansino! Reza a Dios un padrenuestro y déjate ya de teléfonos. Se despiden como traspasando al Tiresias la posesión y la propiedad de la casa. La cocina y la lumbre. Es su rato de asueto. Los gatos corretean de un lado a otro, buscando cama y abrigo. Un tanto revueltos, porque la tía Remigia se ha dedicado a poner alfileres en los cojines de los dos butacones y las cuatro sillas. Para evitar que los gatos se encamen en ellos, se los arañen, sacando los hilos, y se los ensucien más de lo que están. Que de puro viejo, las telas han perdido su color original. Lo peor es que se le olvide quitarlos, que ya le va fallando la cabeza, y se claven en el culo de su marido o de su hijo. ¡Cuidado, Remigia, si se te ocurre ponerlos antes de la visita del alcalde y del señor ingeniero! ¡Para matarte, mujer, vaya ocurrencias!

A las diez en punto se levanta y sintoniza otra emisora de radio. No ha de buscar mucho, pues parece que la raya del dial se lo sabe de memoria. Tiene querencia a esa voz de la emisora. Es una cita ineludible, de lunes a jueves, a la que acude sin dilación. Su cita, su escapada, el ratito de intimidad del pastor Tiresias. Rapsoda de poemas y narrador de historias.

La escuela, va relatando el alcalde ya de regreso a Anchuras, se cerró hará unos veinte años, allá por los 60. Cuando empezó la fuga incesante, la estampida de la gente de la sierra. Estaban pasando hambre, mucha hambre y aquí no había porvenir. Unos se vinieron a Anchuras, los menos, otros se marcharon a las grandes ciudades y a la costa. Madrid, Bilbao, Barcelona, Valencia. Albañiles, camareros y mano de obra barata, sin cualificar, para la incipiente industria. ¿Su vivienda? Una chaboleja de chapa y uralita en los extrarradios, o, con suerte, la lotería de una portería. Conejeras en los bajos de los edificios, donde dormían revueltos los padres con los hijos. Convirtiendo el salón en dormitorio, al que se echa una cortina para que no te vean por el cristal desde afuera los señoritos que acuden a sus buenas viviendas. No sólo da de comer la portería, pues ella, la mujer que abandonó estas tierras buscando un futuro mejor, buscando el pan para esos hijos que no paran de nacer, se ocupa de limpiar el inmueble, el recibidor y las escaleras. Si cuadra, también limpia y friega, rodilla en tierra, las casas de los señores, aunque te paguen cuatro perras. Afanando sin parar, portería, muchachos, ropas, comidas y cenas, limpieza, hasta que te quedas sin fuerza. Del trabajo de portera en sí, no saca una peseta. Pues es portera día y noche a

cambio de esa mísera vivienda. Y nuestra casa del pueblo, tan hermosa, cayéndose a trozos. Cuando acude tu marido de la *Barreiros* o la *Seat* estás derrotada. Hecha trizas. Y todavía el muy cabrón, ya en la cama derrengados, me da la vuelta y se me pone encima. Sólo una vez en meses… y me empreña. Si ya no cabemos, Dios mío, en esta ratonera.

Esa escuela, don Arcadio, derruida como esas vidas, se abrió en los años de la República. Lo he mirado e investigado en los archivos del ayuntamiento. Estuvo funcionando como escuela unitaria treinta años seguidos, salvo un breve parón de la guerra. Por ahí pasaron en aquellos años tres maestros y una maestra. Del 1933 a 1962, año en el que le echaron el cerrojo por falta de muchachos. Imagínese cómo estaba el pueblo entonces, unos años antes del cierre. Hecho un vergel, de ganado, de huertas, de hombres y mujeres pariendo hijos para esa escuela. Qué casualidades y perversiones tiene la puñetera vida, don Arcadio. Si la Remigia y el tío Jacobo rondan los setenta años, es que nacieron sobre el 1912. Entonces no estaba construida la escuela y se quedaron, por tanto, sin aprender a leer. Ni cuadernos ni enciclopedia. Analfabetos perdidos. Te amuelas, que no sé para qué vamos a querer pastores que sepan leer. El Tiresias tiene veinticinco. Nacería por el 57 o el 58. Un cagón de cuatro años cuando clausuraron la escuela. Vamos, que no le dio tiempo al muchacho y se quedó, como sus padres, sin instrucción alguna. Ahí lo tienes, como un salvaje. Un animal más de esas sierras. Joder, los que no huyeron, se quedaron sin escuela. El Jacobo, la Remigia y el Tiresias. Porque los muchachos del Eustaquio, que son unos pimpollos, como ya le dije, están recogidos en un centro por la zona de Talavera de la Reina.

Bastante bien encaminado iba el señor ingeniero cuando anunció que para la instalación del teléfono se echaba el verano encima. Estamos en junio y hace un calor de mil diablos. Qué buen refrán ese que dice que las cosas de palacio van despacio. Pues si depende de uno sólo y no de terceros, tarde o temprano acabas haciéndolo. Me refiero a las labores ordinarias de los ganaderos de estas sierras que en ocasiones dan pereza: sacar el estiércol de los porches donde te acribillan las pulgas a picotazos, castrar unas colmenas provisto del fuelle ahumador, aventar las parvas en la era con este sol de justicia. Pero si depende de papeles, firmas y autorizaciones de ajenos, esas son ya palabras mayores. Que si se ha extraviado el papel, que si don Fulanito no ha pasado hoy a firmar, ni el señor Gobernador ha dado la autorización para el cableado. La cosa es que los papeles se pudren en los cajones del poder y a ti, anda y que te zurzan. ¡Cuántas vidas de desdichados no se habrán quedado por ahí tiradas, apolilladas en esos cajones de los despachos! Arrojadas al albañal del olvido y el abandono. Pero ahí está ya instalado el teléfono. Reluciente y hermoso. El aparato más hermoso del mundo. Un teléfono negro, duro y brillante como el ébano, colgado en su plataforma de madera, junto al zaguán, en el lugar exacto donde marcó el padre. Sabemos que no es de madera, que tan tontos no somos. Es de baquelita, pero brilla igual que un lucero. ¿Quién inauguró el teléfono, si no contamos las llamadas de prueba del *périto* y los operarios? ¡Pues don Arcadio, el ingeniero de la *Telefónica*! Que tuvo ese gesto, ese detalle de llamarlos para darles la enhorabuena y comprobar el buen funcionamiento del aparato. ¿Qué leche gesto? ¡Ese regalo, un regalazo! Una muestra de cariño, llámalo ya amistad, Remigia, que hermanaba a unos pobres pastores de la sierra con los hombres del poder, los señores del mundo de los negocios y los dineros. Don Arcadio, un honor que nos llame usted desde tan lejos. Si parece que está aquí mismo, a mi lado. Aunque el Jacobo, digamos la verdad, no se apaña muy bien con el aparato. Grita, se queda callado, pasmado, con el auricular en la mano. Es cosa de su cerebro, qué duda cabe, pues su mente no acepta que por el audífono te llegue un sonido desde cientos de kilómetros, a la vez que tú hablas para devolverles tu voz a ellos. Vamos, que el tío Jacobo no se apaña. El tío Jacobo es un *solocho* que no sabe hablar por teléfono. Un hombre de las cavernas que sólo sabe dar voces para que le oigan. Cuanto más lejos, más voces. Su teléfono particular de gritos y teatreras gesticulaciones: ¡*Cagüe en diez cevino*! Se me hace un cortocircuito en las sienes, como si me saltaran por dentro los plomos de la luz y me explota la cabeza. Será por la falta de costumbre, tío Jacobo. Seguro que en unos meses se afianza y aprende. A la Remigia,

sin embargo, aunque sea igual de serrana y primitiva, se le da mejor: ¡Mujeres siempre más listas! ¿Pero quién es el que no tiene competencia? Efectivamente, el Tiresias. Joder, hijo mío, si hablas igual que un oficinista. ¡Qué envidia! Ya entiendo lo que es el choque generacional. Ha telefoneado varias veces Valeriano, el alcalde, tan orgulloso de ver realizado su proyecto, y también el alguacil. Que desde entonces los llama para comunicarles que tienen en el ayuntamiento varias cartas o para informarles de cualquier novedad que se tercie: leerles un bando, dar la fecha de la visita de los veterinarios o la apertura del plazo para las solicitudes de ayudas para el ganado. ¡La subvención! Ejecutando las órdenes del alcalde, pues ha dicho que ese teléfono debe servir para integrar a esos vecinos en el pueblo. Que aunque El Enjambre sea una pedanía, no deja de pertenecer a este consistorio. Integrar en el pueblo quiere decir, según el alcalde, poner a esos vecinos en la senda del desarrollo y del progreso. Aunque lo repita muchas veces, no se cansa de decirlo: La senda del desarrollo y del progreso, Aquilino; pues es así como se llama el alguacil del ayuntamiento. Según el alcalde, lo de la senda lo había leído en un libro sobre un pueblo que le dicen Macondo. A Eustaquio Guerra Segura, ya que esos son los apellidos del otro vecino, le mandó una carta certificada explicándole todo lo relacionado con la instalación del teléfono. Incidiendo muy notoriamente en el uso público del mismo y, por tanto, en su uso propio y de su familia. Es decir, animándoles a la utilización. Pero ahí está la carta esperando, muerta de pena. Apolillada y amarillenta. Pues aún no ha venido a recogerla a Anchuras… ni creemos que venga. Todo lo contrario a la Remigia, que no saca el dedo de la ruleta. Por la novedad y por estrenar el aparato. Pues sabe que cuesta. Aunque lo primero que ha aprendido, la muy *jodía*, es llamar a cobro revertido. Pero se ha permitido telefonear a unos primos que abandonaron el pueblo hace años. Ahí están, emigrados, en Barcelona y en Valencia. ¿Cómo no sorprenderse su marido que la escucha, de que llegue con tal rapidez la voz de los parientes desde Barcelona? ¡Esto sí que es magia! ¡Te digo que es un milagro, Tiresias! ¡Un invento de la ciencia!

A la noche continúa invariable la liturgia, aunque anochezca un poco más tarde. La cena, la cama para los viejos, la radio. Porque a las diez en punto, ya sólo con su tazón de leche en las manos, sigue conectando con esa emisora de radio. La escucha unos minutos y al rato se la lleva a la cama, como a una esposa, pues la intimidad de la cocina todavía le parece poca. Es el secreto que le pertenece. Secreto íntimo a no desvelar. Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia

Bayker. Tu madre, tu abuela, tu hija, tu amiga, tu mujer… o tu novia. Tu amante de las ondas. Tú decides. Porque sabes que Desde la Distancia Te Quiero no necesita presentaciones. Estamos aquí cada noche, contigo, de lunes a jueves, a través de la distancia y las frecuencias. Quizás sea esa distancia que se interpone entre nosotros, desde donde quiera que estés, la que permite que sigamos queriéndonos. Así, amor a distancia. Sin vernos, sin tocarnos, sin olernos. Lo que no se materializa, lo que no se consuma, es lo que perdura. Esta distancia que a nosotros nos separa, la distancia insalvable que impedirá unirnos, es la garantía de la continuidad de nuestro amor. Soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero. En el 96.4 de la Frecuencia Modulada. Allá donde te encuentres, en el mar, en la ciudad, en el desierto o en la montaña, Sophia Bayker te lleva esta canción a tus oídos a través de las ondas. Escucha la caricia de mis palabras. El siseo dulce e hipnótico de mi voz. Esta canción, cálida y embriagadora, va dedicada a ti porque… Desde la Distancia Te Quiero.

Mientras suena la música, Tiresias permanece en la cama, paralizado por el placer de escuchar esa voz que le tiene loco. Esclavizado, subyugado, aprisionado en el eco de esa locución de almíbar. Más dulce que la miel de ese bidón que ahora, con el calor del verano, se ha derretido. Como se derrite y se deshace su cuerpo debajo de las sábanas imaginando a esa mujer que le habla desde no se sabe dónde. El espacio sideral del deseo y de las ondas. Está tumbado en la cama y el sueño lo vence. Hay una luz vaporosa de la claridad de la luna que entra por la única ventana de su alcoba. Una luminosidad etérea, flotante, que mezcla las palabras de la radio con la imaginación del muchacho. Lo vence el sueño y bastaría con estirar la mano hasta la mesilla, como hace cada noche desde unos meses atrás cuando descubrió a esa locutora, para apagar la radio. Pero resiste, porque es mayor el gozo que sale de ese aparato que el rapto del sueño y el cansancio. Te habla Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero, en el 96.4 del dial. ¿Te ha gustado la canción? ¿Te ha acercado a mí? ¿Has notado mi caricia a través de esas notas musicales? Espero que sí. Como espero haberme ganado tu confianza para decirte ciertas cosas. Para hacerte algunas confidencias y susurrarte al oído algunos secretos. Por eso me da tanto placer hablarte con esta libertad. Dirigirme a ti con el respeto de decirte libremente lo que pienso. Decirte que este micrófono es tan tuyo como mío. Si tienes algo que contarme, llámame. Si no me llamas, yo seguiré hablando, contándote historias. Unas reales, otras inventadas, soñadas por mí o por los oyentes. Radioyentes que me escriben para que lea sus cartas y sus relatos. Llámame o mándame tu historia. Soy

Sophia Bayker y déjame decidir si tu testimonio nos interesa. Seguro que sí, pues estamos ya conectados en el universo de las ondas. No lo olvides: Desde la Distancia Te Quiero. Estoy metida en este estudio que no tiene ventanas. No es claustrofóbico ni solitario, porque desde aquí siento vuestros cuerpos, vuestros oídos, vuestros ojos, vuestras miradas. Estoy con los cascos puestos, haciendo señas a mis compañeros que están detrás de una mampara de cristal que nos separa. Tenemos establecido nuestro propio lenguaje, nuestro código de signos. Un lenguaje similar al de los sordomudos. Pero diferente. ¿Quién nos lo enseñó? Nadie. Ha ido naciendo poco a poco, según crecían los programas. Ahora me comunico con ellos moviendo mis manos y mis dedos. Para que entre una canción, para dar paso a un oyente, para subir o bajar el volumen de mi voz. También para poner un fondo mientras te hablo: la voz de la lluvia, el rumor de las olas sobre la arena de la playa, el canto de los pájaros. A veces escribo notas en unos tarjetones que tengo aquí y se lo muestro por el cristal. Una duda, una pregunta, un requerimiento. En este momento preciso, me gustaría saber si ahí afuera está lloviendo. Pero no se lo voy a preguntar a mis colaboradores a través del cristal, te lo voy a preguntar a ti a través de las ondas. Por favor, necesito saber si llueve. Llámame y dime si la lluvia está empapando tu piel, si la ves caer detrás de la ventana con una taza de café en la mano, si la oyes golpeando el tejado. Quizás desde donde me escuchas el cielo está estrellado. Cuéntamelo al oído. Soy Sophia Bayker y necesito saberlo. Esto es el 96.4 de la FM y Desde la Distancia Te Quiero.

Cuando Tiresias se despierta porque está amaneciendo y las cabras ya se remueven sonando sus galdarras, es como si regresara de otro planeta. Ha dormido con ella, con Sophia Bayker. Abrazado a sus palabras y a su cuerpo toda la noche entera. Tiene unos muslos vigorosos, unos pechos recios, una espalda musculada que se curva como una hoz al darse la vuelta. Para que él la abrace por detrás acoplando su cuerpo en el de ella, en una simetría perfecta. Mordisqueando su cuello, el lóbulo de su oreja, cuando vuelca su pelo hacia atrás, su melena que huele a hierba, para tapar la cara del Tiresias. Debajo de esas sábanas. Para que nadie los vea. Un abrazo que dura justamente lo que dura la noche. Acariciándola igual que a él lo acaricia el sonido de su voz y ahora también la suavidad de sus manos. Ese susurro embriagador, ese palpitante tacto. Sin embargo, ahora ha desaparecido de pronto. Se ha esfumado de esa alcoba como un hechizo. Se ha desvanecido y ya no está en esa cama, ni en ese cuarto tan suyo, ni siquiera en su cabeza, pues la realidad ahora es otra. Volatilizada al abrir los ojos, porque esa mujer fantasma no puede permanecer ni un momento más en su mente. Sophia Bayker no

puede recibir la claridad del día. Igual que una luciérnaga. Ella es noche y cuando recibe un rayo de luz se desintegra. Se evapora pues está hecha de niebla. Un ser de otra dimensión. De la galaxia intangible de las ondas. ¿Cómo meter a Sophia Bayker entre esas cabras, al olor de ese estiércol y llevártela contigo a esa sierra? No, eso es imposible, Tiresias. Algo inverosímil, por la incompatibilidad sideral de vuestras formas de vida. Anda, muchacho, olvídate de ella. Por favor, quítatela de la cabeza. Hay que matarla al amanecer, para resucitarla a la noche cuando se enciendan las estrellas.

Ahora toca el ordeño, que se hace tarde y el tío Jacobo está ya protestando en el corralón. Por nada importante desde luego, sino porque es así su carácter. Un gruñón de malas pulgas que sólo sabe quejarse. Lo peor, madre, es que con la edad se le va avinagrando el genio y va a llegar un momento que no va a haber quien lo aguante. Que usted, madre, tiene más paciencia con él que el santo Job, como usted siempre dice.

El tío Jacobo está especialmente nervioso con el ordeño porque en cuanto acabe se va a liar con los quesos. Quiere que el muchacho se largue pronto a la sierra, hoy se encamina hacia Majalasburras, para quedarse con su Remigia y echar el día con la quesería. Para algo tiene leche acumulada de varias jornadas. Las que dan de sí, antes de que fermente y se agrie. Que todavía es aprovechable, la leche agria digo, que aquí no se tira nada. Si ya se pudre y no da provecho a los hombres, ahí están los perros, las gallinas, los cerdos. Pero mejor es elaborar queso. Una buena lumbre y lista la olla grande. Calentar la leche colada de las cántaras sin que llegue a hervir, pues hoy se trata de hacer queso de leche cruda. Por eso no hay que hervirla, Remigia. Perdona que te lo diga, que sabes más tú de este negocio que yo mismo. Aunque yo sepa bastante, que teniendo dos años, según contaba mi madre, me caí a un puchero de la lumbre y me quemé los brazos, el vientre y las piernas. Mira, mujer, que todavía tengo las quemaduras. Al tiempo que se arremanga los pantalones dejando lucir la pantorrilla, más blanca que la harina, sin un pelo ya y llena de cicatrices, alguna variz y muchas mataduras. ¿Cuántos siglos hace que a esa pierna no le ha dado el sol? Que me imagino yo, Remigia, que no me caería al puchero, sino más bien me lo voltearía encima. Lo que pasa es que según avanza el tiempo, las historias se van cambiando, agrandando a tu antojo, exagerando, y después de muchos años, cuando ya falla la memoria, nadie sabe a ciencia cierta lo que hay de verdad o de mentira. Según esto, el tiempo es un engaño, un ilusionista trilero que transforma a tu antojo los recuerdos.

Cuando se retira la leche del fuego se añade el cuajo. Para eso es

precisamente, para que en la mezcla se cuaje la leche. Bien disuelto. Después de un reposo de dos horas, se corta el cuajo con la espumadera. El cuajo es lo sólido, el líquido el suero. Sólido igual que un flan. Separas el suero con el colador y la masa que te queda es el queso. Masa que vas metiendo en los moldes, con mucho mimo, escurriendo todavía un poco para que suelte algo más de suero. En esta sierra, a los moldes los llamamos pleitas o cinchos, que para algo los hacemos nosotros mismos, de esparto. Pero ojo, Remigia, que si presionas mucho sobre el molde, estrujando demasiado como una esponja, y te quedas sin suero, ya sabes que el queso te va a salir más duro que un pedrusco. Cuando elaboramos queso fresco, pues esta quesería del Enjambre hace a todos los palos, no hay que escurrir tanto el suero. Dejarlo casi líquido. Pero eso será otro día, hoy no toca queso fresco. Por tanto, proseguimos. Cuando coja fuerza el cuajo y se asiente dejándolo otro par de horas, ya puedes desmoldarlos. No te digo, Tiresias, que en esto del queso se echa todo el día. Ahora toca salarlos. A tu gusto, por las dos caras. Bien envueltos en sal por los dos lados. Como si quieres rebozarlo con pimentón o ceniza, que ayuda a madurar y le da un sabor muy gustoso en estas sierras. Me los colocas bien en las tablas de la bodega, Remigia, pues todavía van a ir soltando suero. Que vayan sudando y curando con la mejor guisandera que se llama paciencia. Semanas de paciencia. Y cada día a darles la vuelta, que se curen igualmente por las dos caras. Sin asustarte del moho que les va a salir, pues esa es la medicina y la señal de que el queso se está fraguando tan ricamente. A partir de aquí ya va en el gusto de cada uno, pero en pasando del mes, según vaya la meteorología, ya puedes echarle un tiento. ¡Verás qué delicia, tía Remigia!

En la noche trescientas cincuenta y una, Scheherezade contó al rey: Había un hombre en la ciudad de Bagdad, que vivía en completo desahogo y tenía grandes riquezas. Aunque su palacio era pequeño, poseía un bello jardín con olorosos arrayanes y una fuente donde canturreaba el agua, a la sombra de un naranjo cuajado de flores de azahar. Sin embargo, nuestro hombre no era feliz, buscaba y buscaba y no acababa de encontrar su destino ni su felicidad. Pronto su situación cambió, empezó a derrochar su dinero y en poco tiempo se quedó sin nada, hasta el punto de tener que mendigar la comida. Cierta noche, mientras dormía cohibido y asustado, al borde de la desesperación, vio en sueños a una persona que le dijo: ¡Tu fortuna, tu suerte y tu felicidad están en El Cairo! ¡Ve, corre a buscarla! Nuestro joven soñador emprendió su largo viaje, atravesó el desierto y, tras muchas dificultades, llegó a El Cairo. Estaba anocheciendo y se fue a dormir a una mezquita. Cerca de la



Scheherezade

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a esta cita de los besos y las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Tu amante secreta y misteriosa. Tu Sophia Bayker, sólo tuya. Preparaos esta noche para viajar conmigo al desierto. Quitaos la ropa, desnudaos para atravesar conmigo las dunas ardientes del deseo. No tengas miedo. No seáis pudorosos. Pues yo hace tiempo que me desnudé para vosotros. Si acaso, poneos un pañuelo a modo de turbante sobre vuestras cabezas, pues ese sol quema. Abrasa más que mi voz y mis dedos. Soy Sophia Bayker y voy a llevarte al desierto. Mientras te desnudas para este viaje, escucha esta música que te transporta al oasis de los sueños.

Este libro tan voluminoso que tengo entre mis manos se titula *Las*

mil y una noches. Algunos de sus cuentos os sonarán: *Aladino y la lámpara maravillosa*, *Simbad el Marino*, *Ali Baba y los cuarenta ladrones*… No son inventos de la televisión, son de este libro. Ojalá los compañeros periodistas de la tele, a quienes mando un saludo desde este micrófono, fueran capaces de inventar estas historias. Yo, humildemente, no llego a tanto. Por eso leo. ¿Sabéis por qué se escribió este libro? Pues preparaos para viajar al lejano Oriente, más allá del caluroso desierto, y escuchad con atención mientras suena esa música que a través de las notas cuenta la misma historia. Palabras y acordes unidos. ¿Estás listo? Soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero, en el 96.4 de la FM. Si no te quisiera, si no te amara tanto, no podría contarte esto. Ponte cómodo, toma asiento. Túmbate desnudo en el diván de las caricias y los sueños. Porque el viaje da comienzo:

Resulta que cuando el rey Shariar cruzaba a galope las doradas dunas montado en su caballo pura sangre en busca de su amada esposa y, al llegar a su palacio, la encontró abrazada a uno de sus oficiales, sacó la daga y con toda la rabia acuchilló a la sultana y a su amante. Desde entonces, el rey Shariar perdió la fe en las mujeres y, para vengarse, ordenó a su visir, su primer ministro, que cada noche le preparara a una joven y la llevara a sus aposentos. Tras pasar la noche con ella, al amanecer, la mataría. Desde aquel suceso, el reino se vio sumido en una gran tristeza y una terrible angustia: los padres y las madres lloraban la muerte de sus hijas o se lamentaban por la posibilidad de verlas morir cualquier día.

Cuando le tocó el turno a la propia hija del visir, de nombre Scheherezade, probablemente la joven más bella e inteligente del reino, esta llamó a sus sirvientas que la bañaron, la perfumaron y la vistieron con sus mejores trajes. El rey quedó impresionado por su belleza, aunque no renunciara a matarla como a las otras. Así estaba de dolido y vengativo. Antes de que esto ocurriera y cuando ya despuntaba el día, Scheherezade se dirigió al sultán y le dijo: ¡Oh, majestad! ¿Me permitirá concederme un deseo antes de morir? A lo que Shariar contestó: Con mucho gusto, princesa. ¿De qué se trata?, preguntó. Simplemente, dijo, de que me permita contarle una bella historia acaecida muy cerca de su reino. Y como el rey dio su autorización, Scheherezade, mirándole fijamente a los ojos, comenzó a narrar: Había una vez en Basora, un rey muy rico que tuvo un hijo al que llamó Zeys al-Asjasam. Una noche de luna llena… Pero mientras Scheherezade hablaba, el tiempo transcurría y el amanecer alcanzaba ya las persianas de palacio, indicando que debía ejecutarse la orden del rey. Sin embargo, la historia de Scheherezade era tan bella e interesante, sus palabras tan dulces y embriagadoras, que el rey

Shariar suspendió momentáneamente su ejecución y le pidió que volviera a la noche, pues quería conocer el final de esa historia tan apasionante.

Al atardecer, acudió Scheherezade y relató el final de la historia, por lo que el rey Shariar quedó tan admirado y agradecido que le pidió que le contara otra. Y así fue; Scheherezade comenzó un nuevo y apasionante relato, suspendiéndolo al amanecer, para continuarlo igualmente a la noche. Y no fueron una, ni dos, ni tres, sino mil y una noches de palabras y amor. Hasta que el rey Shariar derogó aquella ley cruel e injusta, misógina y machista, y vivió feliz con Scheherezade el resto de sus días.

mezquita había una casa y el azar dispuso que una partida de ladrones entrara en la mezquita para asaltar la vivienda. Los habitantes de esta se despertaron al oír el ruido de los ladrones y empezaron a gritar. A los gritos acudió el jefe de policía con sus soldados y entró a la mezquita, aunque, para entonces, los ladrones ya habían huido. Al encontrarse a nuestro joven de Bagdad, lo detuvieron y lo azotaron con golpes tan dolorosos que estuvo a punto de morir. Después lo encarcelaron y le tuvieron tres días en prisión encadenado, sin más alimento que un cuenco de agua. Al cuarto día, el jefe de policía lo llamó y le preguntó: ¿De qué país eres? ¡De Bagdad, señor! ¿Y qué motivos te han traído a El Cairo? He visto en sueños a una persona que me decía: ¡Tu Fortuna está en El Cairo! Vete a buscarla. Pero al llegar a El Cairo me he dado cuenta de que la fortuna prometida sólo eran los azotes y palos que ustedes me han dado. El jefe de policía se rio a carcajadas y le dijo: ¡Hombre de poco entendimiento! ¡Pobre idiota que cree en los Sueños! Durante tres noches yo he soñado que se me aparecía una persona y me decía: Hay una casa en Bagdad, con un hermoso patio. En el patio hay un jardín de arrayanes, un naranjo y una fuente. Debajo de la fuente hay un tesoro con riquezas enormes jamás vistas. Y yo, a pesar de esto, no me he movido de aquí. Sin embargo tú, pobre idiota, has emprendido un largo viaje de una ciudad a otra por una visión que has tenido en un sueño. Y dándole unas monedas, añadió: Toma, regresa a tu ciudad y no vuelvas nunca más por aquí.

Cuando el hombre regresó a Bagdad, llegó a su domicilio y de manera inmediata se puso a cavar debajo del surtidor. No había cavado más de un metro de profundidad cuando halló el mayor tesoro jamás visto en el planeta Tierra.

Por debajo del risco de Peñafiel, al otro lado del arroyo del Salobral, el Corbato *ha jipado* avisando de algo. Al *jipido*, ha salido una

corza a la carrera, parándose a cada paso como si no quisiera de verdad marcharse. El Tiresias está mal de la vista, para eso lleva las gafotas de culo de vaso todavía con la goma, pero la distingue perfectamente al otro lado del arroyo, en el testero de enfrente. Conoce tan bien ese bosque, está tan integrado en él, que lo que no ven sus ojos se lo imagina y lo convierte en real. Igual que un invidente palpa con la yema de los dedos para llevar la imagen que toca a sus ojos ciegos y a su cerebro. Tiresias, un animal más de esta sierra. Un bicho más de este bosque, su bosque. La corza huye a mitad de barrera, se para y ladra: ¡*Gjuaaaaajjj, gjuaaajjj*! Como si le costara dejar lo que deja. Su bien más preciado. Pero el miedo a que ese perro salga detrás de ella y la atrape es más poderoso. O lo mismo quiere eso, que se arranque el perro detrás, que la persiga, alejándolo de ese matón de rebollos, tupido, con la seguridad de que no va a engancharla nunca. Pero ese cabrón de carea es más listo que el hambre y no va a entrar al engaño. La Trujillana, siempre más torpona, se mantiene a los pies de su pastor, que se llama Tiresias. Cuando el carea ladra de nuevo tres veces seguidas a parado, su amo, que sabe interpretar como nadie el *jipido* de sus canes, tiene la certeza de que ha encontrado algo. Está tan seguro, oyendo ladrar de parado, que echa una carrera antes de que sea demasiado tarde. Pero ese Corbato es tan bueno, tan listo y de corazón tan noble, que jamás haría daño si no es necesario. A dos metros de él, sepultados igual que culebras bajo unas matas de espliego bien espesas, asoman las patas de dos corcillos. No se mueven, están petrificados, pues su instinto les dice que su inmovilidad puede salvarles la vida. Se lo ha explicado cien veces su madre en su lenguaje de corzos. Si yo tuviera que salir huyendo, no es que os abandone, lo hago para atraer al enemigo. Para alejarlo de vosotros. Encamaos debajo de cualquier planta, pues vuestra piel se confundirá con los colores del suelo. En un mimetismo perfecto. Pero sobre todo no os mováis, permaneced quietos en silencio como si fuerais troncos, piedras, ramas del terreno. Y eso es lo que están haciendo los animalillos. Defender sus vidas con su boscoso hermetismo. Esa es la teoría, pero luego están los linces, antiguamente los lobos, las jinetas, las garduñas y los zorros. Incluso los jabalíes, que aunque parezca extraño, les gusta comerse a los muertos. Pues a nadie le amarga un dulce, en este caso, tan tierno. Que en este cruel mundo, siempre hay más alimañas que amigos. Hasta desde el cielo, si te descuidas, puede engancharte con sus garras un águila imperial o un buitre carroñero. No pongáis cara de asco y os andéis con remilgos, que el que ha aprendido las lecciones de la madre naturaleza por los libros, en cuanto se entera, por ejemplo, de que los jabalíes comen cadáveres, igual que lo hacen las liebres, ya le da repugnancia. Me gustaba mucho el arroz con liebre de su taberna, tía Frasca, caldoso y

negrito, pero desde que me he enterado que rebuscan en los basureros y se comen hasta los muertos, se acabó el arroz con liebre. Pero lo que pasa es que no conoce la realidad del campo, la verdad del monte, sólo la teoría, los dibujos, las fotos de su libro de ciencias naturales. Esa realidad no escrita que dice que aquí se comen unos a otros, si puede ser vivos y si no muertos. Sin hacerle ascos. Algo natural y necesario. La ley de la supervivencia. Aunque luego esté escrito en el papel que tanto jabalíes como liebres son animales herbívoros. Ya, ya, herbívoros. Pero volvamos con los corzos. Si por la vista y el oído fuera, tranquilos, corcillos, que estáis salvados. Seguid ahí sin moveros. Pero, ay, amigos, no contabais con el olfato del perro. Y dad gracias a que es el Corbato, que de ser otro ya os habría clavado el colmillo. A tomar por culo los corzos. A ver para qué los quiero muertos, si casi sobran los chivos en casa, aunque sean para los señoritos y no podamos hincarles el diente. Mejor vivos, sin tocarlos, Corbato. Di que sí. Que tú no tienes corazón para hacer mal a nadie. Ládralos todo lo que quieras, que yo sabré recompensar tu hallazgo de perro noble y listo. ¿Pero ahora qué hacemos, Tiresias, con esos bichejos? Si parecen sacados de un cuento. Con ese pelo rubio, sus motitas blancas y el hociquito negro. Estos no tienen más de un mes. Nacerían en mayo, tras diez meses de gestación. El doble que una cabra y un mes más que una mujer. Pero déjate de curiosidades biológicas en este momento, que tenemos un problema serio, Tiresias. Hay que decidir si nos los llevamos al pueblo, al corralón de las cabras, a una de las pocilgas libres. O dejarlos aquí, como si no los hubiéramos visto. Vamos, Tiresias, apura, decide ya lo que sea, hombre. La cuestión es que probablemente, así de cruel es a veces la naturaleza, la madre ya no vuelva. El olor de los perros y del pastor, todo este jaleo y el *huellerío*, harán que los aborrezca. Si no vuelve, dales unas horas de vida. Sólo unas horas para ejecutar vuestra sentencia. De muerte, claro está. Llámalo, como hemos dicho, águila, lince o zorra. ¡Bocado exquisito! Hay que tomar una decisión, muchacho. Sin saber cuál es la buena. Que el que no decide nada, nunca se equivoca. Tú tienes derecho a errar, pues tu intención es honesta. Por eso se acerca a ellos y agarrándolos de los remos traseros, que son finos como un palillo, ha vaciado su zurrón y los ha metido dentro. Ahora los pobres, traicionados por el silencio, la inmovilidad y el hermetismo que de nada les sirvió, comienzan a pitar. Sí, los corcillos pitan: ¡*Piiiiuuuuu, piuuuuuu, piuuuu*! Como si tuvieran un chiflato en la boca. Un pito en el hocico. Llamando a la madre para que los salve de esas manos ásperas que los apresan al barruntar nada bueno. ¡Dónde andará ya la madre! Mejor que os deis por huérfanos para empezar una nueva vida. Así es la naturaleza en cuanto el hombre entra en contacto con ella. La intención puede ser sana, nadie

lo duda, pero en cuanto el ser humano la toca, se envilece, se malogra.

Cuando llega a su casa, como era de esperar, el tío Jacobo comienza a protestar. Hasta de lo bueno se queja. No hay que tomárselo a mal, sabiendo que así es el hombre de puñetero. Pues aunque *reguñe*, dispone. Ahí lo tienes: un pastor ejecutivo del monte. Que en seguida ha preparado una pocilga, de las tres que están libres la de la pared más alta, ha quitado los trastos de su interior, que cuánta guarrería se acumula, madre mía, la ha barrido con un escobón y ha metido a la Paloma. Una cabra joven que parió hace un mes y que bien podía ser la madre de los corcillos, ya que tiene un pelaje y un tamaño parecido. Las ubres no, que las de la corza son pequeñas y duras, escondidas en el vientre, y las de la Paloma blandas, colgantes y bien gordas. Mejor para los bichejos, que en cuanto huelan la leche de esos hermosos pezones, se van a olvidar de la madre. A ver si con el estómago lleno dejan ese pitido que me está volviendo loco. Ay, Jacobo, dice la Remigia mientras acaricia con cariño a los corzos, de haber sabido que te ibas a volver tan *reguñón*, no me habría casado contigo. El Tiresias los deja hacer, apartándose a un lado de la pocilga. Como si su actuación en esa obra hubiera finalizado y ahora fueran otros los actores que interpretan. Segundo acto de la comedia: Corzos a la cochiquera. Se distancia para dar el protagonismo a sus padres y que se encariñen con los animales. Hacerlos suyos. Los dos corcillos, macho y hembra, pues así lo tiene determinado siempre la naturaleza. Sí o sí, siempre una pareja. Cuando los sueltan en la pocilga echan unas carreras locas, como huyendo a ninguna parte, chocando con las paredes, hasta que se tranquilizan y se topan con la Paloma. Chico, no hizo falta mucho aprendizaje, que se lanzaron a sus tetas, cada uno por un lado, que parecían arrancárselas a tirones. En esta vida putañera, no hay mejor enseñanza que la del hambre. Menos mal que el tío Jacobo ha hecho buena elección de la nueva madre, que aunque cocea asustada al primer envite de los bichos, aguanta sin rechistar porque también, igual que el Corbato, es una cabra noble. Nobleza y generosidad animal para adoptar a esos dos desconocidos delgaduchos que tiran de mis ubres cuando a mis propios hijos hace unos días se los llevaron a Anchuras. ¿Adónde, Palomita? ¡Al matadero! Aunque la nobleza grande, si cabe, es la del Tiresias, que después de un buen rato de silencio, mientras los padres discuten y maniobran en la pocilga, suelta: En unas semanas ya les podemos echar verde y algo de grano. Y en unos meses soltarlos en el monte para que recuperen la libertad.

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a esta cita de las ondas y los deseos. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Tu compañera que acude cada noche a este encuentro sin demora. ¿Cómo fue ese viaje al desierto? El Cairo, Bagdad, palacios y mezquitas. ¿Qué tal dormiste abrazado a Scheherezade? ¿Es verdad que su piel perfumada tiene el aroma de las especias de Oriente? Cardamomo, vainilla, canela. ¡*Ummmm*! Olor a espejismos y a ámbar. A traiciones y a dagas. Scheherezade, voz y piel de melocotón, desnuda, recién bañada por sus doncellas a la luz y a la fragancia de las velas. ¿No es menos cierto que la caricia de su voz, el roce de sus palabras, te dejan somnoliento como si fuera un bebedizo de droga? Una pipa de opio. Un narcótico que te arrastra y arrastra hasta el final de su historia. Empujado sin voluntad al precipicio. Tirando de ti para no morir cada noche. Para sobrevivir antes de que llegue el alba con la única arma de tus palabras. ¡Cuánta belleza! Las palabras son una droga, los cuentos un estupefaciente. ¿Acaso no es lo que hacemos aquí, también, cada noche? Mil y una noches de radio con tu Sophia Bayker, llevándote a conocer a Scheherezade. Mi amiga, mi amante, mi hermana. El espejo en el que me miro cada tarde antes de acudir a la cita contigo. Para arrastrarte, después, cada noche, igual que ella, con mi voz. El susurro de mis palabras que llega a tus oídos desde este micrófono para sobrevivir contigo. Para resistir, después, cuando llegue el día. El sedante para poder seguir viviendo. Soy Sophia Bayker, tu otra Scheherezade, y esto es Desde la Distancia Te Quiero que regresa de su particular viaje al desierto. Sé que esa odisea te gustó. Te cautivó. Conquistó tus oídos. Te esclavizó a mis palabras. Lo sé porque sois muchos los que nos habéis llamado. Gracias por hacerlo y por confiar en nosotros. Por darnos vuestras opiniones, por contarnos vuestras experiencias, por hacernos tantas y tantas propuestas. Son siempre un regalo que nos ayuda a mejorar el programa. Por desgracia no podemos sacar a antena todas vuestras llamadas. Soy Sophia Bayker, es cierto, pero soy humana. Para ti, quizás, algo sobrenatural, una hechicera, una bruja, una maga. El genio de tu lámpara que se te aparece cuando le pides tus tres deseos. Aunque no valga que los tres sean el mismo: que Sophia Bayker se vaya contigo. Sólo por la noche, mi amor. Pues ya sabes que si me da la claridad de la luz me eclipso. Soy humana y no puedo atender a todos los radioyentes. A algunos sí, como a Alejandro. Que nos llama, si no me equivoco, desde Barcelona. Desde ese mar Mediterráneo de la Barceloneta. Yo también, como dice esa hermosa canción, nací en el Mediterráneo. Hola, Alejandro, buenas noches: ¿Qué tal la vuelta a tu

mar desde el calor de ese desierto? Hola, Sophia. Buenas noches, si no te importa prefiero que me llames Alex. Me he atrevido a telefonear para darte la enhorabuena por tu programa. Es…, no sé cómo definirlo, lo mejor que me ha pasado últimamente. Miro el reloj, cuento las horas, luego los minutos, para oírte cada noche. Muchas gracias, Alex, por esas bonitas palabras. Pero cuéntame qué te parecieron esas *Mil y una noches*. ¿Conocías ese libro y sus historias? Bueno, creo que como todos los niños había leído los cuentos de Simbad el Marino o Aladín y su lámpara maravillosa. Pero no lo había relacionado con el libro de *Las Mil y una noches*, la verdad. Me sonaba algo de *Las Mil y una noches*, pero no como tú lo contaste. Fue divino. Además, elegiste un cuento precioso. Lo he memorizado, el 351. Me encantó. Sobre todo cómo lo leíste; pero también la lección de esa maravillosa historia. ¿Te refieres al hombre de Bagdad, Alex? Me refiero a la moraleja del cuento de esa noche, sí, la de Bagdad: Todos llevamos un tesoro dentro. Un tesoro escondido, demasiado oculto. Para ser felices, sólo hay que saber encontrarlo. ¡Qué bien lo has explicado, Alex! Enhorabuena, perfecto. Muchas gracias por expresarlo tan bonito. Gracias, porque te dejo. Adiós, amigo. Un placer hablar contigo. Ponemos una canción que huele a hierba buena y a flor del azahar, ideal para estos calores que comienzan, y seguimos con otro radioyente y una pregunta al aire: ¿Qué calor es peor, el de la meteorología o el del interior de tu cuerpo? Soy Sophia Bayker y esta canción es un obsequio, un *cadeau*, especial para ti, porque… Desde la Distancia Te Quiero, mi amor.

Hola, Zenobia, buenas noches, cariño. Te he dado prioridad por ser mujer, así de claro y selectivo. ¿Si no nos apoyamos nosotras quién lo hará? Pues me encanta que nos llamen mujeres. Para romper con ese prejuicio de que Sophia Bayker sólo habla a los hombres. Acabar con esa suspicacia de que Desde la Distancia Te Quiero va dirigido exclusivamente a hombres. Machismo puro y duro. No es cierto. Por eso está aquí con nosotros Zenobia, desde Madrid, con ese nombre tan bello. ¿Sigues ahí, Zenobia? Sí, aquí estoy. Muchas gracias por sacarme a antena, soy una fiel oyente de tu programa. Me dicen que llamas desde Madrid ¿Tú a qué te dedicas, Zenobia? Como suele preguntarse en los prolegómenos del *ligoteo*. Cuando se acerca el macho alfa, dispuesto a devorarte en un momento y para romper el hielo te pregunta: ¿Tú estudias o trabajas? Yo trabajo. Trabajo en el Teatro Real de Madrid. ¡Oh, Zenobia, qué lujo! Principalmente te he llamado por eso, para aclarar que la música que sonaba de fondo en tu narración de *Las Mil y una noches*, era precisamente *Scheherezade*. Me parecía muy interesante que todos los oyentes lo supieran. Para que valoraran esa combinación perfecta que hacen las palabras y la

música. Si cierras los ojos y escuchas ese poema sinfónico, te imaginas perfectamente la historia del desierto. Efectivamente, Zenobia. Es como si la música te transportara al desierto. Cuánto agradezco tu llamada y tu aclaración. Los radioyentes pensarán que estaba preparado, cocinado, pero no es verdad. El azar es en ocasiones el mejor aliado. Perdona, Zenobia, nuestra querida asesora musical del Teatro Real de Madrid: ¿Tú qué instrumento tocas? Pues te lo voy a decir, Sophia, porque no tengo nada de qué avergonzarme, a mucha honra, y porque sé que los que me oigan no se van a reír. Si alguno se riera, pues que vaya a mirárselo al psicólogo o al psiquiatra. Porque el instrumento que toco es la bayeta. La bayeta, el cubo y la fregona. Soy una de las limpiadoras del Teatro Real. Llevo ya siete años. Pero, será del roce o de la pasión que pongo al oír los ensayos, el contacto con los músicos que me saludan y me hablan, que me he convertido en una enamorada de la música. Una melómana. No tengo novio ni novia. Ahora te diré quién es mi novio. Es más, te juro que un día dejaré el trapo del polvo para subirme a ese escenario. De entrada, el año pasado me matriculé en el conservatorio. Me admitieron, cuando entre otras cosas les demostré que la música es mi vida. Me gasté todos mis ahorros y me compré el instrumento que más amo: el chelo. Ya estoy en segundo de violonchelo del grado elemental. Mi novio, al que abrazo por la espalda permanentemente, se llama Violonchelo. ¿Sabes que a los trabajadores del Real nos hacen una buena rebaja en las entradas? No voy mucho, porque a pesar del descuento siguen siendo caras. Y porque tengo una manía, mi butaca tiene que estar en la platea, cerca de los músicos. Así que cuando me siento allí, tan cerca de ellos y empiezan a tocar, es que me… Perdona, casi me sale una vulgaridad. Perdón, perdón. Pues por eso llamaba, para explicar que la música que sonaba era la suite titulada *Scheherezade* de Rimski-Korsakov, el gran genio ruso. Se compone de cuatro movimientos. El primero se titula *El mar y el barco de Simbad* y el último *Festival en Bagdad*. Eso era lo que quería aclarar. ¿Pero qué me estás contando, Zenobia? Déjame que me seque las lágrimas porque me has hecho llorar. Es tan emotiva tu historia. Si nos hubiera llamado el director del propio Teatro Real para contarnos todos esos detalles de *Scheherezade*, lo habría agradecido mucho menos que tu llamada, Zenobia. Eres un cielo. Un ejemplo de superación. Y de honestidad. Qué campeona, Zenobia. De la escoba al violonchelo y pronto codeándote con esos profesores y maestros. Te aseguro que vas a conseguir cumplir tu deseo, no lo dudes. No es un espejismo, es una realidad. Tú sí que has sabido, como el hombre de Bagdad, descubrir el tesoro que llevas dentro. Anda, anda, Sophia, no es para tanto. Sí que lo es Zenobia. Y que sepas que desde hoy, si aceptas mi propuesta, te conviertes en mi asesora musical y en mi referente de vendedora de

sueños. Sueños que acaban cumpliéndose. Guardamos tu teléfono y te llamaremos de vez en cuando. Para que nos cuentes cómo va tu carrera musical y tu vida. No te olvidamos, Zenobia. Queremos tenerte siempre presente, muy cerca. Muchas gracias, mi amor. Me has dado una lección tan grande, que me has hecho llorar de emoción. A ti, cariño, Desde la Cercanía de mi Corazón Te Quiero.

El teléfono, que parecía una imposición del alcalde para acallar conciencias, les está rindiendo un buen servicio. Al tío Jacobo, a la Remigia y al Tiresias. Ir a Anchuras, a cualquier menester, son tres leguas y media. Con buenas piernas o dándole *jinchonazos* al mulo, tres horas no hay quien te las quite. Más las tres de vuelta. No es que eches la jornada entera en el viaje, por mucho que aligeres en el mercadeo que allí te lleve, pero casi. Pues el viaje siempre es cosa de compra venta. Esto te doy, esto que me llevo. Puro trapicheo. A Dios gracias, salvo una vez al médico con el tío Jacobo y los viajes a la capital para las gafas y demás arreos, la visita a Anchuras siempre es cosa de comercio. Y, como iba diciendo, no es que eches el día, es que al menor descuido se te monta la noche encima. Dale mucho a la sin hueso, saluda que saluda a unos y a otros, o pásate por donde la tía Frasca a echar unos chatejos, que verás cómo se te hace de noche por esos caminos, veredas y jarales. No por miedo a perderse, estaría bueno. Que al mulo le vendas los ojos y te lleva igual haya o no haya luna. Pero te da desasosiego andar por ahí *barrutos* por esos cerros, cargados de comestibles y algunos enseres, por lo oscuro. Aunque ya no haya lobos como antaño. Ahora, sin embargo, el teléfono está rindiendo un buen partido. Lo expresa ya muy bien el tío Jacobo, que ha integrado en su lenguaje el vocabulario telefónico: Tiresias, muchacho, da un telefonazo a Machaco, a ver si puede pasar a llevarse los chivos. Aunque el aprendizaje del uso del teléfono tiene un resultado desigual, más bien escaso, en el tío Jacobo. Quizás por eso, a falta de uso, habla como un hombre moderno y de mundo, un hombre de negocios. Dale un telefonazo, Tiresias, que como nos descuidemos esos chivos se pasan de grandes y luego el Machaco no los quiere y tienes que quedártelos. Ya sabes lo que te va a decir, que si son menos de diez no le merece trajinar por ese camino de polvo y piedras. Pero, mira por dónde, esta vez pasan de la docena. Así que… échale un telefonazo, muchacho.

Para el negocio de la miel, también el teléfono les está haciendo apaño. Pues en la tienda de la tía Emilia, la tiendecilla de ultramarinos que igual vale para un roto que para un *descosío* porque tiene cualquier producto imaginable, le dieron el número de esos tratantes de Guadalajara. Los marchantes que recorren España comprando miel. Si es buena, claro. Miel de calidad. Pues eso, que cuando el bidón está

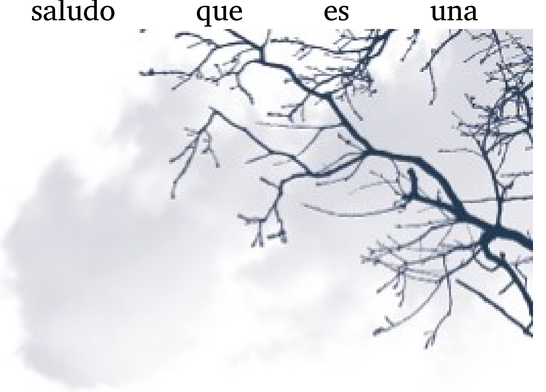
bien lleno, el Tiresias les echa un telefonazo como le manda su padre, avisando de que, si les va bien, en El Enjambre está esperándoles una buena carga de ese oro líquido. Sin hacerse de rogar. Que en eso está la clave del negocio y de la dignidad. En general, si son buenas fechas, se presentan a escape. No pagan muy bien, pero te quitan un buen problema. El de los tarros, el primero. Pues ellos la vuelcan en unos recipientes metálicos, tipo cántaras, de cincuenta litros cada uno, que con cuatro de ellos te vacían el bidón. Luego ya en su tierra, allá donde tengan la fábrica, la limpian, la envasan y le ponen un sello o etiqueta que reza: Miel de La Alcarria. Y debajito: Miel de Romero. 100% Cosechada en La Alcarria. La mejor calidad de España. ¡Anda con los mieleros de La Alcarria! Qué buenos negociantes… y fuleros. Calculo yo, Remigia, que esa Alcarria está del Enjambre a no menos de trescientos *kilometros*. Pegan la etiqueta en el frasco y se quedan tan panchos, los muy tunantes. Por eso te digo yo, mujer, que vete a saber lo que nos comemos con tanto engaño. Por mí que no probaba nada no siendo de lo mío. Igual que andan ahora, erre que erre por todos lados, queriendo vendernos ese veneno. Que tengo la seguridad de haber llegado a los setenta años por no haberlo probado nunca. Ni pienso hacerlo. ¿A qué veneno te refieres, Jacobo, que no me entero? ¡A cuál va ser, mujer! A ese veneno con el que cocinan los modernos. Ese veneno que llaman butano. Mi trabajo me ha costado, setenta años sin probar ni un bocado de esa cántara naranja con una manguera con la que cocinan ahora. El butano ese, que mata los sabores y a las personas. ¡Joder, Remigia, nosotros qué suerte con nuestra lumbre de encina y jara!

La mayor liberación con el teléfono ha sido para la Remigia. En dos sentidos. El primero llamando a sus parientes cuando le da la gana. De los cinco con los que suele hablar con mayor frecuencia, con tres de ellos es a cobro revertido. No diré que sean ricos ni que se hayan convertido en señoritos. Pero tienen buenos negocios y pueden permitírselo. *Hastasahora*, dice la Remigia defendiéndose, ninguno de esos tres me ha puesto una pega ni me lo ha echado en cara. Por eso con ellos hablo todo lo largo que quiero. Horas, Remigia, horas, corta Jacobo. Que algunos días te tiras hablando la tarde entera. Hablando por demás, rutinas. El otro beneficio, probablemente más ventajoso en lo económico, ha sido el de los alcarreños. Pues ya no tiene que estar robando los tarros para conservar sus verduras. Una liberación que ha provocado que aumente la despensa, ahora toda repleta de envases para pasar el invierno y la primavera. Que la huerta es de verano y, si apuras, te llega al otoño. Pero el invierno, con los hielos, *na* de *na*: cuatro acelgas, unos cardos, unas coles y alguna zanahorias y nabos, si no se las come la helada, que es lo que suele ocurrir cuando el

invierno viene encabronado.

El otro beneficiario del teléfono podría ser el Tiresias. Pero ¡*Miauuu*!, que hay mucho miedo y no se atreve a llamar a la radio. Miedo a hacer el ridículo con esa gente que habla tan bien y tan fino. Otro nivel, Tiresias. Que tú eres un pastor de la sierra, un tipo rústico, casi prehistórico. Por no hacerte daño, feo y andrajoso, mal vestido, a más no poder. Un hombre de las cavernas. ¿Cómo te vas a comparar, Tiresias, con esa gente tan moderna que llama? Lo mismo telefoneas y se ríen de ti. Se mofan y te humillan. No me extraña que tengas miedo, que te avergüences. Si sólo de pensarlo, que ya llevas días y días dándole a la mollera, se te traba la lengua. ¡Recuerdas aquel día que, en plan prueba, llegaste a descolgar el teléfono y tuviste que salir pitando con la cagalera? ¡Cobarde! Que casi te lo haces en los pantalones de puro miedo. No hay en el cuerpo órgano más hermano del miedo que el vientre. Chico, qué tendrá eso por dentro que en oliendo el miedo venir te entra descomposición. Por lo pronto ya te has hecho con el número. Bien está. Es verdad que tienes muchas historias que contar. Hermosas historias de la sierra. Originales, digamos. Que lo que aquí ocurre, no le ocurre a nadie. ¿Pero vas a atreverte, Tiresias? ¿Vas a controlar el temblor de tu voz? Es cierto que esa mujer, cómo se llama, sí, la Sophia Bayker esa, habla para ti. Está comprobado. Para ti solito, Tiresias. Como si te conociera. Como si supiera lo que está ocurriendo cada noche en esa alcoba. Alcoba de los deseos y los secretos. Mejor me callo y no lo cuento. Cuando en uno de esos últimos programas dijo lo de si me da la claridad de la luz me eclipso. Así, textual, pues lo has aprendido de memoria, sentiste una convulsión interior. Casi te quedas sin respiración y caes como un guiñapo al suelo. Es verdad, muchacho, dijo exactamente lo que tú vienes diciendo. Esa mujer te está robando las palabras y hasta el pensamiento. Tus propias palabras y tus propios pensamientos. Te está volviendo loco. Es normal que la hayas hecho tuya. Venga, valiente, ahí está ese teléfono negro. El teléfono de baquelita. Tus padres ya están durmiendo. Roncan, puedes hacerlo. Venga, Tiresias, llama. Llama si tienes huevos.

Mientras fueron niñas y se dejaron seducir por mi enfermedad hasta conseguir liberarse, nos daban pequeños conciertos caseros. El ritual comenzaba con la preparación del programa que escribían con esmero en una hoja de color satinado. Yo ocupaba mi asiento, con la solemnidad y el nerviosismo previo al inicio de un concierto. Después llegaban, vestidas de blanco y negro; se colocaban frente a nosotros, nos hacían el saludo que es una



Alma

Muy buenas noches, queridos radioyentes que acudís fieles a la cita de las ondas. Las ondas, las frecuencias, las caricias de mi voz y los besos. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Sophia Bayker, la confidente que te susurra todos los secretos. Hoy os voy a leer una carta. Una carta muy especial. Necesito una música adecuada, diferente, como necesita el viento a las nubes, las olas al agua, las dunas a su desierto. Me la ha escrito un radioyente que prefiere no desvelar su nombre. Vamos a respetar su anonimato. Es una carta con alma. Con mucha alma. Ahora veréis el porqué. La ha escrito un radioyente y va dedicada a Zenobia. Nuestra querida Zenobia. Lo que nos contó el otro día ha partido muchos corazones. El primero el mío. Pero nadie lo ha explicado tan bien como el autor de esta carta. Nadie ha expresado de manera tan bella el amor a la música. Melómanos enamorados de las corcheas y los instrumentos. Soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero. Va por ti, Zenobia. Por ti y por esa persona de corazón sensible y gigante que la ha escrito.

El título dice: Alma, para Zenobia y su trapo. Música, por favor.

De violonchelo, por supuesto.

Si hay alguien a quien siempre he envidiado es a los músicos. A los virtuosos instrumentistas capaces de hablar sin palabras. Una envidia insana, como es la verdadera envidia, pues no existe otra. Envidia de los que le ponen melodiosa voz al teclado de un piano o a las llaves de un saxo de reflejos dorados. Celos del aire que entra y sale por los vericuetos de una flauta travesera como ulula el viento por los callejones de mi mente. Ansia por la caricia del arco haciendo vibrar las cuerdas de una viola y las arterias rojas de mi sangre. Y un espasmo, cuando veo abrazar por detrás el cuerpo del chelo, como se ciñen los brazos a la espalda desnuda de la persona que amas. Apenas una caricia leve y delicada, un susurro; de golpe, un arrebato de fuerza, un desgarro ¿Acaso no es el chelo un cuerpo, con su bella curva de lira trazando tu espalda?

No sé tocar ninguno de ellos. Mi incapacidad, mi ruda torpeza me parecían una profanación a su perfección divina. Y, sin embargo, amo tanto esos instrumentos que me pasaría las horas muertas contemplándolos.

Un día de cumpleaños mi mujer me compró un saxo, y fue el mejor regalo de cualquier aniversario. Quizás, porque muchas veces, a lo largo de mi vida, les había contado que cuando fui a París por primera vez me traje clavado el sonido de un saxo. Estaba anocheciendo y era el final de una primavera cualquiera. Yo caminaba despistado y sorprendido por tanta belleza por la orilla del Sena, por *le Quai des Orfèvres*, cuando atraído por una especie de misterioso imán que tiraba de mí, descendí la escalera por debajo del *Pont Neuf* y allí estaba. Un tipo negro –para mí el mismísimo *Bird,* Charlie Parker en persona– apoyado contra el pilar del puente, retorcía de dolor su saxo hasta sacarle los gemidos a su canción *I´ll Remember April*. Reteniéndome, prisionero de aquellas notas, como Charlie Parker retenía el mes de abril en la *S* serpeada de su saxo, para que nadie le robara esa primavera.

Fue una herida profunda que nunca llegó a cicatrizar. Por eso, en las tardes melancólicas la canción vuelve a mí, golpeándome con un aguijonazo envenenado de nostalgia. Y ahora que lo tengo aquí a mi lado: ¿Quién se atrevería a tocarlo? Lo acuno, le saco brillo y recorro su cuerpo con mis manos. Como un ciego surca con sus dedos los cuerpos extraños. Acerco con miedo mi boca a sus labios. Los humedezco, nervioso, para no hacerle daño. Busco su pequeña lengüeta de caña de bambú y siento un estremecimiento. Soplo con suavidad y no me responde. Se evapora mi aire silente, mientras él –

impasible, duro, metálico– calla. Aparto mi boca y lo intento de nuevo. Hasta que le saco apenas un leve quejido, una protesta dulce, benévola y complaciente.

Después, cuando nacieron mis hijas, como todos los padres cometemos el mismo error de desdoblarnos en nuestros descendientes y no satisfechos con reproducirnos en ellos, pretendemos saldar nuestras viejas cuentas y frustraciones, yo quise que se convirtieran en músicas. Las dos, un dueto. Y aprendieron a tocar el violín. El violín, ese instrumento que expresa lo que nadie nunca será capaz de expresar con palabras y que a mí me ha proporcionado mis pequeños momentos de éxtasis. La felicidad, ya se sabe, es un chispazo, un disparo de nieve, un rayo de luz, el pellizco de una cuerda lanzado al aire en el instante extremo, que los italianos llaman *pizzicato*.

especie de reverencia a la japonesa, pero envolviendo con ternura el violín en su regazo… y la audición comenzaba. Al finalizar, las aplaudíamos con entusiasmo, intercalando *bravos, bravísimos*, y dando saltos en el sofá. Saludaban y, al instante, extendían su mano para que les diera la moneda que liquidaba sus honorarios.

En cierta ocasión, uno de los violines dejó de sonar. O, para ser más exactos, sonaba mal. Su armoniosa vibración sonora se había convertido en doloroso quebranto, un sollozo desabrido, un aullido destemplado. Por lo que, temerosos de un final agonizante, nos dirigimos con urgencia a Madrid en busca del lutier que lo había fabricado. ¿Se imaginan más bello oficio que el de construir instrumentos con tus manos? Traer las maderas de allende los mares: pícea para la tapa y arce para el fondo y la voluta de parra. Ébano africano para el diapasón, jacaranda o copaya para las clavijas y el cordal. Flexible madera de Pernambuco o palo de Brasil para el arco, con sus crines de cola de caballo compradas a un mercader de Ulán Bator, en la gélida Mongolia esteparia. Cortar las piezas con la minuciosidad y la finura de un cirujano. Ensamblarlas con delicadeza, acariciarlas, golpearlas con suavidad poniendo el oído al contacto, para escuchar el sonido de su corazón de árbol. Igual que hiciera, hace siglos, un tal Stradivarius.

Cuando llegamos a casa del lutier, sacó con sumo cuidado el violín de su estuche, donde reposaba moribundo arropado en su gasa de seda verde; lo depositó sobre su mesa y lo observó en silencio y con expectación durante un rato. Después deslizó un dedo sobre la cuerda del *MI* –siempre clara y brillante– y tiró de ella. Al momento, el violín soltó un estertor apagado y mortecino. El lutier se apartó de pronto, poniendo cara de espanto: – ¡Lo siento mucho, ha debido ser un mal

golpe, un golpe bajo, pero a este pobre violín se le ha roto el alma!

Al decirlo, sentí un desgarro al comprender que, además de ese palito interior que llevan los violines para unir las tapas de la caja, algo más hondo se había roto por dentro: ¡El Alma!

Y porque, al pronunciar ese hombre aquellas palabras –¡cuán deliciosa metáfora!–, se me vinieron de golpe los recuerdos de una vida pasada. Cerré los ojos y escuché en mi memoria el saxo de *Charlie Parker*, alias *El Pájaro*, volando muy alto y suplicando que no le quitaran más primaveras. Más abriles robados en el atraco a mano armada de vidas fugaces. De hacerlo, sería como matar la música. Tanto como romperte el Alma.

La sierra de Altamira también tiene alma, como esos instrumentos. Aunque en lo tocante a las personas que la pueblan, es un alma amputada, rota, roída por la miseria. Igual que si la mordisqueara una rata. Que estos montes son un *penaero* para sus vidas. Pues habiendo miles de alcornoques y millones de encinas, todavía en número ganan las desdichas. Ante ellas, resistencia, sin queja. El vivir pausado, sin exigencias. Dejando que la vida pase inadvertida, rozándote apenas, sin hacerte más daño que el dolor intrínseco a la subsistencia. Conformándote con poco, casi con nada, buscando un cachito de felicidad en la humildad y la candidez que sin reclamar te regalan. El olor de ese queso que madura con aliento propio, un haz de sol que entra por el ventanuco convirtiendo las partículas suspendidas de polvo en un milagro para tus ojos, el cigarro de la mañana mirando a esa Garganta. Cuando el tío Jacobo ha dado la vuelta a todos los quesos de la bodega sale a la luz del corral. Aunque el sol le ciega, se acerca con la mano en visera hasta la cochiquera de los corzos y les echa una gavilla chica de paja y unos puñados de grano. Son algarrobas. Ya no maman de la Paloma, que se la retiraron hace unas semanas. Anda, pobre animal, menudo verano le han dado los mamones. Habrá que soltarlos pronto. Ahí afuera, en el *espesinar* de esa sierra, tienen una cita con una dama blanca que se llama libertad. Agosto va declinando su fuerza, muriendo poco a poco, recortando y mordisqueando también sus tardes. Aunque todavía el sol, a la hora de comer y a la siesta, quema. En cuanto llueva una *miaja* en septiembre, con el otoño llamando a la puerta, saldrá nuevo verde y ese será el momento de soltarlos. Están hechos unos primales que corretean y dan saltos exigiendo ya su liberación. Si el Tiresias no los levanta una tira de alambrada por encima del muro de la pocilga, se habrían escapado. Menudos brincos. El cereal y las legumbres los han puesto fuertes y sanos. Pronto habrá que licenciarlos. Porque para nosotros, Remigia, tal y como te anuncié cuando los trajo el

muchacho, el provecho ha sido escaso. ¡Qué coño escaso, ha sido un gasto! Pero en fin, otro antojo. Que la juventud ya se sabe, siempre llevando la contraria y haciendo lo que les viene en gana.

Las faenas del tío Jacobo están concluidas en la sesión de la mañana y sólo espera la llamada de la Remigia para tomarse el *ajocano* fresquito y unos tasajos de cabra. A la cena vendrá la manduca buena y abundante, de cuchara. Siempre de cuchara, que es la única que llena a la noche el bandullo. Tasajos de una cabra que murió de unas calenturas y ellos le hicieron trizas enterita. Comen y comen y comen sin hartura. No han salido muy duros, saladitos y con ese punto a pimentón y orégano tan rico. Lo de no muy duros es un decir, que no hay tasajo de cabra blando. Si no andas bien de dentadura, como es el caso en este matrimonio de ancianos, ya puedes machacarlos con una piedra. Que no hay en España mejor encarnación de la pobreza que esas bocas desdentadas y negras a las que apenas les quedan piezas. Ahora tiene un rato de asueto para descansar. Pero es un culo de mal asiento y no sabe parar quieto. A la espera de que le llame la Remigia a fajina, ha sacado su viejo zurrón de cuero y una caja de madera llena de cachivaches y herramientas. Se ha sentado en el poyo del patio, donde tanto le gusta sentarse, con todos sus trastos. Esa es la felicidad a la que me refería, sentarse en su poyo al sol de la mañana con su caja de herramientas. La vida acariciándote levemente, pasando desapercibido para ella. Inadvertido y ajeno al resto de los mortales, para que no se fije en ti y te deje en paz. Para que no te joda más.

Hay que echarle un remiendo a la correa del zurrón, pues se ha rajado el asa derecha de ese morral centenario. Por añeja y de la mucha carga. Se dispone a coserla con una maestría cirujana. De una pieza de cuero de piel de ciervo va cortando tiritas finas con unas tijeras que, a modo de hilo, tras mojarlas en una lata, va insertando y cosiendo entre los agujeros que perfora con su lezna. Entre las herramientas sobresale ese juego de punzones que, de mayor a menor, se clavan en un perfecto estuche artesanal de corcha. Cuando es incapaz de enhebrar la corredera en su agujero, protesta por la pérdida de vista: ¡Manda cojones que esta mala vista, con estos ojos cansados de tan viejos, no me deje acabar la faena! Cada día que pasa, voy comprendiendo mejor a mi muchacho, el Tiresias, con esos ojos echaditos a perder. Y esas gafas que habrá que cambiar, me *cagüe* en la leche, bien pronto.

Cuando hay que viajar a Anchuras o a la capital, por cualquier necesidad, la familia se organiza estupendamente. Siempre el viaje es por necesidad, por supuesto; que a estos pastores el ganado, la tierra y

el resto de animales nunca les dan descanso. Ni siquiera un día de vacaciones. Ir a Anchuras siempre será a algo inevitable, nada ocioso. En una ocasión que el tío Jacobo se enteró de que en las ciudades y en los pueblos grandes la gente va corriendo o paseando por los caminos y los parques, haciendo deporte, dijo: ¿Habrá cosa más tonta que ir de acá para allá, pasando fatigas, sin llegar a ningún sitio? ¡Un cansancio sin provecho! ¿Adónde irán por esos caminos? Si estuvieran bien cansados de trasegar y afanar como nosotros los pastores, verías cómo no andaban tanto. Y encima, tío Jacobo, se ponen para caminar una prenda especial que llaman chándal. Entonces igual que yo, añade el tío Jacobo, que en eso vamos a ser coincidentes: también me avío para ordeñar el mono de faena. Ellos por andar, yo por no oír a la cansina de la Remigia, diciéndome que soy un guarro y que llevo la ropa hecha una porquería.

Pues siguiendo con mi hilo. Si el que ha de viajar es el Tiresias, su padre se ocupa de las cabras. Tiene setenta años, es verdad, pero según dice le sobran piernas para pastorear y subir a esos collados. Usted verá, padre. Cualquier día se lo comen las águilas imperiales con un vahído que le dé por esos peñascales. Si a la fuerza han de viajar los dos hombres de la casa, la que ejerce de pastora es la Remigia. Transmutándose por un día de guisandera en ganadera. Sin que se le caigan los anillos que no lleva, pues pastora fue de niña, de joven y ahora lo sigue siendo si se tercia. Cabrera de niña, cabrera de vieja. Lo único diferencial, es que saca las cabras a esos bajos, al sopié, sin alejarse del pueblo. A los pastos y rastrojeras aledañas. Con los perros a sus piernas y en su mano un buen cayado. Por si aparece la culebra que lleva persiguiéndola toda una vida, desde chica. La gorda, la que sisea: ¡*Schzzzsssssssssssss*! Con ese miedo ancestral que sienten todas las mujeres por si la bicha consigue meterse dentro de tu cuerpo por semejante sitio, la muy puta.

Si por una emergencia, cosa que jamás ha sucedido a Dios gracias, tuvieran que salir los tres de najas, echarían a las cabras unas buenas *alpacas* de paja, encerrarían a los perros con ellas y le dirían al Corbato: Mira, Corbato, ha surgido una emergencia y tenemos que salir a escape. Ocúpate con la Trujillana de las cabras y que nada les pase. Lo raro es que viajen juntos los viejos. Antiguamente sí. Cuando el tío Jacobo la montaba a la Remigia en la mula. Caballera en la albarda como una novia. Pero ya es complicado, pues a sus setenta años, subirla a la bestia es una temeridad. No te apures, Remigia, le dice Jacobo el insensato. Que te pongo una silla de anea, mientras el Tiresias sujeta el ramal de la caballería para que no se mueva. No vaya a darte yo el impulso desde el culo y te quedes en el aire sin mula. Hace años que no va al pueblo. Por eso no es de extrañar el

vicio que ha pillado con el teléfono. Normal, padre, si se tira meses y meses sin hablar con nadie. Salvo con nosotros, que no contamos. Pues sois menos que nadie. Los nadie de la sierra de Altamira.

Si las faenas del campo o del resto de animales requiere la presencia de los dos hombres, del ganado se ocupa también la Remigia, tal y como fue contado. Faenas como arar con el mulo, trillar en la era, segar, castrar las colmenas, echar el huerto o cortar leña. Esos días las cabras se quedan sin subir al monte. Para el Tiresias, aunque no sienta la monotonía del pastoreo en esos collados pues cada jornada trae su afán y su provecho, es como un día de fiesta.

Gracias al teléfono se han enterado de que está el pueblo *alborotao*. Pero revuelto de cojones. Ha llamado Aquilino, el alguacil, para contarlo. No expresamente para contarlo, no vaya a quedar el buen hombre por alcahuete. La verdad es que ha llamado para dar la noticia y pedir colaboración y ayuda. Si por un casual vierais… La historia tiene sus antecedentes, que no hay consecuencias sin causas, y sin conocerlos bien puede que no te enteres de nada. ¡El Brunillo, que ha desaparecido! Lleva desde ayer tarde perdido, no se sabe dónde. Y anda toda Anchuras y las fincas de los contornos buscándolo. Los hombres se han juntado y han hecho una partida para localizarlo. Haciendo batidas. Llevan toda la noche en el campo, alumbrándose con las linternas y los carburos. Por el día, unos registrando los pozos de los *cercaos* con una arrastraderas, otros las cuevas del monte y las *riscaleras*. Por la noche a gritos y faroles. ¡Bruniiiilloooo, Bruuuniiiilloooo! ¿*Aónde* andas? ¿*Aónde* andas, Bruniiiilloooo? Que muy lejos no ha podido ir el angelito. Mucho menos como está esa criatura. Los hombres buscan, las mujeres lloran. La madre se tira de los pelos y, si no la sujetan, se revuelca por el suelo levantando una polvareda. Sea como sea, es su hijo y ella lo ha parido. Por si era de por sí poco triste la historia del Brunillo. Un zagal de cuatro años y sin poder hacer carrera de él. Más inquieto que una peonza, un viborilla. A no ser que le dieras un papel y un lápiz. Eso sí. Entonces se pasaba las horas pintarrajeando la hoja hasta deshacerla, con la cabeza inclinada sobre el papel moviéndola como un péndulo. Sus ojos monstruosos y asimétricos, cargados de miedo, repitiendo más de mil veces, en un incesante y ensordecedor martilleo con su lengua de trapo: ¿A que, si soy bueno, no vas a pegarme? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? Digámoslo a las claras: un niño deforme, hijo de dos hermanos. Dos pastorcillos adolescentes, la Guadalupe y Manolo, que dormían juntos en un chozo del monte. Peor que los animales, Remigia, que son más nobles y más respetuosos. Dice el tío Jacobo que lo conoció, por casualidad, hace unos meses. Iba el

hombre en busca del alcalde, para darle unas quejas de ya podéis imaginar quién. Era domingo, por la tarde, y Valeriano, el alcalde, estaba en el baile. Ellos lo llaman discoteca. Sí, había un tocadiscos y un globo de luz multicolor que brillaba como las estrellas. Allí estaba Brunillo también, el hijo del incesto, bailando muy abrazado a su madre. Dando cabriolas por el aire, en la tierra más cercana al coto privado de la felicidad, en la linde del edén. Mientras su padre, el muy canalla, acodado en la barra, todavía lanzaba a escondidas lúbricas miradas sobre su hermana, entre copa y copa de anís. Demasiadas copas de anís para combatir el mal que provocan algunos recuerdos. Menudo bellaco el Manolo. Si hubiera tenido agallas, se habría ahorcado hace tiempo de una viga o de un chaparro, elige lo que más te convenga, como hace un hombre de verdad. Estos son los antecedentes y las consecuencias son que el muchacho se ha perdido y nadie lo encuentra. Que hasta a la Guardia Civil del Horcajo han tenido que dar parte y, cuando vengan, puede que sea al propio padre al primero que detengan.



Cuando el sol, derrotado como tú, partido a la mitad con un cuchillo, se echa a lomos de la tarde para alumbrar el otro lado del planeta.



Aullidos a la luna llena

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a esta cita de las olas y las mareas, en este mar con luna llena que se llama radio. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Y digo mar y digo luna, porque es de noche. Muy de noche. La hora a la que acude el miedo. Así estamos, tú y yo, como niños escondidos en la oscuridad. Miedos nocturnos que no son otros que el temor a que te lleven. A que te rapten, a que te secuestren. El rapto de Perséfone a manos del dios Hades, dios de los infiernos. Conducida al averno – ¿adónde si no?–, para que se acaben las flores y mueran contigo las primaveras. Mira, escucha bien lo que vengo a decirte. Soy Sophia Bayker. La curandera de tus miedos. Acércate, pega tu oído a la radio y llegarás a sentir mi respiración. Cierra los ojos, concéntrate en esta melodía que suena y escucha con atención:

Mi padre me había dicho que cuando un perro aúlla mirando a la luna llena es que su dueño va a morir. Por eso, cuando su terrorífico aullido me despertó bien entrada la noche, corrí a la ventana porque no recordaba si la luna, en ese preciso momento, era una barquilla de plata que se balanceaba en la tiniebla infinita del espacio, o una moneda acerada y luminosa de una sola cara. Un denario colgado del universo igual que un péndulo del tiempo poniendo precio a mi alma. Pero era llena y redonda como un cráter de luz fluorescente, con unas sombras en su interior como si fuera la escritura o el tatuaje –no lo sé muy bien– de mi propio epitafio. Miré el reloj de arena de la cómoda. Ese que derrama incansable sus horas de desierto a su hondo vientre, a esa panza de duna. Noches y más noches vertidas en su agujero negro que todo lo traga. Su curva de huracán acristalada era tan luminosa como tu espalda, por los reflejos de esa luna que ya había dictado mi sentencia. Esa espalda desnuda que dejaba al descubierto la sábana. Pero tú dormías sin saber nada. Ajena a ese aullido, a esa luna, a esa muerte anunciada. Y yo, en tu abandono, más solo que nunca, contando números como un loco obsesivo –1, 2, 3, 4, 5–, de manera compulsiva; para calcular los minutos –6, 7, 8, 9, 10– que faltaban para –12, 13, 14, 15, 16 – el próximo aullido. El último aviso. Aullido de garganta invertida, turbia y oscura, como el hocico del apocalipsis. Como el hocico acerado de la hoja de una guadaña. Entonces emergiste de esa sábana, como una sirena que se escapa del agua. ¡Oh, Venus! Soy Sophia Bayker, mi amor. Y vengo a espantarte los miedos. No llores, era sólo una pesadilla, era sólo un mal sueño. No hay aullidos, ni luna llena, ni números de loco para contar las horas que te quedan. Deja de rezar, deja de contar, deja de gemir. Ven

a mis brazos para que te acune. No hay ningún perro. No suenan aullidos por las esquinas. No hay luna llena, repito. Es tu cabeza, mi amor. Deja de sollozar, nadie va a llevarte, mientras yo esté a tu lado. Déjame que te abrace. Que te dé calor. Que seque tus lágrimas y ahogue tus miedos. Déjame, amor mío, que repare tu sueño. Soy tu Sophia Bayker, la hechicera que avienta los terrores nocturnos, la que ahuyenta las angustias, la que espanta los miedos. Ven, acércate, estremécete conmigo al son de las caricias y los besos. Soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero. Ahora suena esta canción y, seguidamente, atendemos una llamada que hemos concertado para esta ocasión.

Hola, buenas noches. Eres Gorka y vives en Bilbao. Gorka tiene la gentileza de atendernos, en representación de la asociación de la que es miembro. Digo gentileza porque nos va a contar cuestiones muy personales, casi íntimas, que no suelen hacerse públicas y menos en una radio. Por eso le dejo hablar. ¿Según me cuentan, Gorka, tú, como el protagonista de esa pequeña historia, tienes problemas para dormir? Buenas noches, Sophia. Así es. Soy un insomne empedernido. ¿Quizás tú también eres de los míos? No, que va, Gorka, todo lo contrario. Yo duermo como una ceporra. Llego a casa muy tarde –por culpa de los oyentes –, me doy una ducha relajante e, imitando a mi querida Marilyn Monroe, me pongo sobre mi piel desnuda las cinco gotas de *Chanel nº 5* y me quedo anestesiada. Ese es mi narcótico, las cinco gotitas de mi *Chanel nª 5*. Ya pueden regalarme o hacerme un buen descuento con la publicidad que les estoy haciendo. Perdona, Gorka, que te he interrumpido. No, que va, en absoluto. Has contestado a la pregunta, quizás un poco indiscreta, que te he hecho sobre el sueño. Nada de indiscreción, Gorka, me desnudo ante mis radioyentes cada noche. De cuerpo y de voz, de alma y de corazón. ¿Entonces tú eres de los que te acuestas y te lías a dar vueltas y más vueltas? ¿A la cama y a todos los problemas del día? No, Sophia, yo no soy de esos. Yo me acuesto y al momento estoy dormido. El problema es que a las dos o tres horas me despierto. Y ahí empieza mi calvario. Esas vueltas que tú dices. A repasar los errores del día, a corregirlos, a hacer planes, a cambiar esto y lo otro, a contar y a contar números y más números. Una locura. Bueno, es que ese es mi verdadero problema y por eso he atendido vuestra petición de hablar sobre este tema. ¿No me digas que tú eres de los que cuentan números sin parar? Eso es. Pero no me lo tomo como un drama. Si así fuera, no habría accedido, como te digo, a hablar en tu programa. Ni se lo contaría a los radioyentes avergonzado. Es una enfermedad sí, no es ninguna broma. Pero, ojo, una enfermedad que hay que aprender a convivir con ella. Esa es la cuestión: controlarla, no dejar que te lleve,

dominarla sin someterse a sus dictados. ¿Y eso cómo se consigue, Gorka? Te cuento, es una especie de Trastorno Obsesivo. Lo de contar números es una de las manías, sólo una. Las más comunes son las de andar sin pisar las rayas de las baldosas, la preocupación por la simetría de los objetos y el orden perfecto, el cerrar puertas, comprobar alarmas, electrodomésticos. Actos repetitivos que debes hacer un número exacto de veces. Dar golpecitos con los pies en el suelo o con las manos contra algo. Cosa que pone de los nervios a los de al lado. ¿También, Gorka, creo, la obsesión por la higiene? Efectivamente, lavarte las manos permanentemente por el miedo a infectarte con algo, llevar tus cubiertos al restaurante, tu gel, tus toallitas humedecidas, para no tocar nada suyo pues crees que estará contaminado. Pero lo de los números es… la leche. Mi mujer dice que está casada con un matemático loco. Tengo necesidad de contar. Unas inmensas ganas de contar que no hay quien reprima. Bueno, me tomo unas pastillas para dormir mejor, pero en vez de tomármelas al instante, me dedico a contarlas y a recontarlas. Si no lo hago, me ocurrirá algo malo. Seguro, alguna desgracia. ¿Ese es el problema siempre, Gorka, el miedo a que te ocurra algo? Sí, sí, todo radica en la obsesión. Hay que actuar de tal manera, hacer esto o lo otro un número determinado de veces o te la estás jugando. Tú, o lo que es peor, tu familia y tus amistades. Sumas, restas, modificas cifras… hasta que te toque un número de la suerte. Nunca impares, por favor, y mucho menos un 3 o un 13, que es el peligro de muerte. ¡Es increíble! Muchas gracias, Gorka. Esperemos que acabes controlando a esa voz que te manda lo que tienes que hacer. Seguro, como tú mismo has dicho, que acabarás domesticando esas manías y a esa bestia interior. Mucha suerte con tu asociación de Insomnes Obsesivos, gracias y ánimo a todos los socios. Gracias, Sophia, si me permites, ya para acabar. Sí, sí, por supuesto, habla. Quería decir que a ver si a raíz de haber explicado esto, la gente que nos oye va a pensar que tiene una enfermedad. Porque ¿quién no ha tenido o tiene la manía de no pisar las rayas o las juntas de las baldosas del suelo? ¿O de comprobar varias veces si ha apagado el fuego de la cocina? ¡Todos! Es decir, que todos somos un poco maniáticos. La cuestión es la escala de las manías. ¡A ver si mañana, por intentar aclararlo a mi manera, van a estar las consultas de los psicólogos y los psiquiatras llenas!

Vamos, Tiresias, muchacho, anímate y llama. Tus padres están dormidos, la puerta de su alcoba está cerrada, el teléfono muy alejado de ellos. Para que no te oigan. Entre los ronquidos cavernarios y la distancia que os separa, no pueden oírte. Venga, Tiresias, sé valiente y llama de una vez. Inténtalo al menos. Acércate a ese teléfono, descuélgalo, introduce el dedo en esos números de la ruleta que has

memorizado como si fueras una máquina. ¿Qué puede ocurrir? Al mínimo problema, cuelgas y sales huyendo metiéndote en la cama. ¿No ves que ahí llaman hasta los locos, como ese que acaba de hablar? ¿No harás tú mejor papel, con tu sencillez, tu humildad, que un tarado como ese que no puede pisar las líneas del suelo y camina de puntillas y a saltos? Desde luego, Tiresias, tú ese problema no lo vas a padecer, pues en tu aldea y en tu sierra no hay rayas ni baldosas. ¿Por qué no llamas y les explicas que esa manía aquí no es posible, pues en la sierra que tanto amas sólo hay curvas? Diles, por favor, que la única línea recta es la raya del horizonte. La raya del infinito, la linde del horizonte que observas admirado en cada crepúsculo. Cuando el sol, derrotado como tú, partido a la mitad con un cuchillo, se echa a lomos de la tarde para alumbrar el otro lado del planeta. Ese momento crucial en el que se debate el cielo contra la tierra, en el que ya no es de día, pero tampoco de noche y puede ocurrir cualquier cosa. Por favor, llama y cuéntaselo, Tiresias. Diles que es de una belleza soberbia.



Pero queremos ir con los nietos, a enseñarles la casa de nuestros antepasados, los animales, las huertas. A buscar las raíces, Remigia. Una familia sin raíces es un árbol que se seca.



Brunillo y las pieles de los chivos

Otra fuente de ingresos en esta sierra son las pieles de los chivos y de los corderos. Las de los borregos más, por su lana suave y virgen. Tan blanca y relimpia. Los cabritos no tienen lana, tienen pelo. No lo digo por guasa. La otra noche en la lumbre, la Remigia contaba que había hablado con los parientes de Barcelona, los que se marcharon hace veinte años, allá por 1960. Le dijeron que tenían muchas ganas de volver al pueblo, de visita, claro, Remigia, que ya nos hemos hecho catalanes y no sabríamos vivir en otro sitio ni de otra manera. Incluso, *ja parlem català*. Pero queremos ir con los nietos, a enseñarles la casa de nuestros antepasados, los animales, las huertas. A buscar las raíces, Remigia. Una familia sin raíces es un árbol que se seca. Lo decidimos cuando escuchamos a mi nieto, que le hemos puesto Arsenio por el abuelo, decir que la leche sale de las botellas. *Jodío nen*. Porque el pobrecillo no ha visto una vaca en su vida. Mucho menos una cabra, con las que criais por allí tan hermosas, Remigia. Por eso viene bien explicar lo de la lana, añade el tío Jacobo, pues ese muchachillo de la ciudad pensará que su zamarra ha salido directamente de la tricotosa, sin pasar por la oveja o borra.

Machaco, el tratante, según las estaciones del año, una vez te pide los chivos vivos y otras desollados. Si es así y son suficientes, da un telefonazo a uno de los pastores para que avise a los otros y estén todos preparados en día y hora. Mandando una furgoneta que es una cámara frigorífica. Es decir, una furgoneta nevera. ¡Vaya adelantos, la Virgen! ¿De dónde saldrá el frío ese que hace hasta hielo en las paredes? Entonces los matas y les sacas la piel. Sin una rotura más allá de la raja de la garganta al vientre, igual que si fuera una funda. Les echas unos puñados de sal gorda y las cuelgas en una cuerda donde se oreen bien. Preferentemente en la troje si hay buena ventilación o en el patio a cubierto, en los porches. Ojalá hiele, pues la mucha agua, como ya fue dicho al principio de esta historia, no sólo no seca sino que pudre. Que todas las cosas de esta vida en demasía acaban siendo dañinas. Incluso tratándose del agua y la lluvia. Cuando juntas muchas pieles, tanto tú como los otros pastores, pues esto funciona sin almanaque ni aviso por el reloj natural del tiempo, echas un telefonazo, otro diferente, porque en esta ocasión es al señor Conrado, el pielero. Este también es señor. Para algo tiene un camioncillo, con una caja abierta con barrotes que los ganaderos de las aldeas cercanas –Anchuras, Gamonoso, Las Huertas del Sauceral, Encinacaída– y de las fincas van llenando con sus pieles secas. ¿A cómo nos las va a pagar, señor Conrado, que aunque no sean de borrega tienen un pelo y un lustre que parecen hurones? Las pieles, en esta lucha por la

subsistencia, suman. Todo suma. Hasta el carrizo, el esparto y la espadaña para la cestería y las pleitas de los quesos; los espárragos, los berros de los arroyos, las acederas y cardillos de los caminos, las setas si es otoño y los madroños en invierno. Poquito de aquí, poquito de allá, para seguir malviviendo. Las pieles se las pagarán mal. Poniendo el precio que él quiera. Pues el señor Conrado sabe que esos pobres pastores están en sus manos porque no tiene competencia. Manda él y punto. Te las pagaré, tío Amancio, al precio que marca el mercado. Y si no las quieres, llama a otro. A ver quién tiene huevos de venir hasta aquí por esas carreteras y caminos del diablo. La última vez me dejé una ballesta volviendo de Helechosa. ¿Sabes cuánto ha costado el arreglo? Mira, Amancio, no me toques los cojones: del Horcajo a Anchuras hay treinta y tres kilómetros exactos. Curvas no las he contado, pero seguro que pasan de mil. ¿Se te hace mucho? Pues da la casualidad que vengo de Navahermosa, por Hontanar, saltando el Risco de las Paradas. Recogiendo pieles por esa serranía. Que cuando he llegado a la finca de Ciguiñuelas, la de don Diógenes Acero, he tenido que parar de lo mareado que estaba. Curvas, curvas, curvas y más curvas. Más de cien kilómetros llevo, tío Amancio, para que me hable usted de precios.

De nuevo la salvación vino del teléfono. No directamente, que en el caso que concierne no es ni causa ni consecuencia. Pero sí el medio, tío Jacobo, por el que se da la noticia y el enredo o alarma quedan resueltos. El teléfono milagroso actuando como medio. Al siguiente día de la desaparición del muchacho –del Brunillo, me refiero, que gustándome tanto hablar pierdo el hilo–, el señor Conrado llevó un susto que casi le da un infarto. En serio, padece de corazón, pues está gordo como un tonel y tiene la tensión *dispará*, y casi se queda allí tieso. Tieso al sacar las pieles en su cobertizo de Navahermosa y, ya con las últimas, ver el cuerpo de un muchacho, escondido, tumbado en un rincón de la camioneta. Tapándose la cara, el pobrecillo, para que no lo vieran. Aterido de frío, pues había dormido allí, y de pánico. Las mejillas llenas de churretes de no haber parado de llorar: ¿A que, si soy bueno, no vas a pegarme? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? ¿A que, si soy bueno, no vas a pegarme? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? Cubriéndose el rostro, encorvado sobre el suelo de la caja del camión, todavía con varias pieles por encima. ¡Qué susto, Dios mío! ¿De dónde habrá salido este cabrón de muchacho? ¡Anda, vente para acá y dime de dónde has salido! Pero Brunillo no quiere acercarse, pues piensa que va a golpearle. Llora, gime, haciendo un gurruño de su cuerpo, retorciéndose en posición fetal, cubierto por sus manos y brazos, para que no le peguen. Repitiendo como un autómata: ¿A que, si soy bueno, no vas a

pegarme? ¿A que el tito Manolito no es mi padre?

Entonces el señor Conrado llama a la mujer, la tía Dorotea, que con mucho mimo y paciencia consigue calmar y coger en su regazo al niño. El Brunillo, el chico deforme, hijo de dos hermanos. ¿Y tú, *alelao*, grita la tía Dorotea, haz un repaso de todos los sitios por los que has estado, a ver si sacamos de dónde ha salido el muchacho? Ella es "tía" Dorotea y no señora. Pues aunque sea dueña del camión por los gananciales, es propietaria consorte y eso no da para el título de señora, ya que no es conductora. En vez de título tiene genio. Cuando alguna noche, el señor Conrado se acerca a tomarse un chato al bar de Lorenzo el Águila y se retrasa un poco, los amigotes, que tienen mucha retranca, le dicen: Espabila a casa, pielero, que esta noche vas a cenar morros de cerdo. Al envite de su esposa, pues envite es y de Miura, menudo carácter, el señor Conrado saca un lapicero y un cuaderno, y en una hoja limpia va trazando el itinerario de su ruta. Recuerda y cavila. Habla en alto y, chupando la punta del lápiz, toma nota. Hasta que, tras rascarse mucho la testuz, suelta: Pues ha sido en Los Alares, en Valdeazores, en el Bohonal o en Anchuras. No hay otra, Dorotea. En uno de esos cuatro sitios. Joder, Conrado, después de tanto pensar y anotar: ¿No te parecen demasiados sitios? Esto va a ser buscar una aguja en un pajar. Pero no es aguja, que es muchacho… y verraquea y llora. ¡Pero, bueno, ya veo que tu cabeza no da para más! Anda, arrea, llama a la carrera a la Comandancia de Puesto de la Guardia Civil de esa zona. A ver si encima nos vamos a meter en un lío. Que no sé cómo este niño no se ha despeñado en una curva, ahí por un barranco de esos. No llores mi vida, que pronto vas a estar con tus padres. ¿A que, si soy bueno, no vas a pegarme? ¿A que el tito Manolito no es mi padre? El señor Conrado se pone muy próspero y severo, muy gallito, para fijar el precio de las pieles con los pastores, pero con la Dorotea el muy cobarde tiembla, un *caganvilo*. Guardia Civil de Horcajo, de Los Navalucillos, del Robledo del Mazo o de La Nava de Ricomalillo. A ver por cuál empiezo. Pero quiso la suerte que la primera llamada telefónica fuera al cuartel de Horcajo. Donde, por el aviso de Valeriano, el alcalde de Anchuras, ya estaban al corriente del percance. Y en un instante se disponen a telefonearle, por algo es el alcalde, para darle la noticia y que corra a decírselo a la madre, antes de que, sin corresponderle, se cuelgue de una encina por haber perdido al muchacho.

Enreda de crío. En un descuido de la Guadalupe, su madre, trepó por las barras del camión, sin que nadie lo viera, y después, asustado, se escondió en un esquinazo debajo de las pieles. ¡A ver quién lo veía ahí metido, tapado como una comadreja! ¿Y al arrancar el camión por qué no saliste o gritaste? Pero no tiene respuesta, aunque tampoco

esté en el viento. La respuesta es: ¿A que, si soy bueno, no vas a pegarme?

Parece que con la buena nueva respira la sierra. Se alivia. Igual que cuando el levante se lleva la lluvia y las nubes negras y sale el sol. Que ya las cabezas estaban poniéndose en lo peor. Pues la mente humana para los malos pensamientos es muy prolija. Para los buenos, más bien rácana. Aunque la madre, llorando de emoción y alegría, le dio unos buenos achuchones y unos besos nada más entregárselo la Guardia Civil, cierto es que cuando lo metió para la casa le iba dando, además, sopapos y azotes. Todo mezclado, besos con capones. De los nervios y del alborozo. La tía Reme, que es una vieja envidiosa y más mala que la tiña, que observa el recibimiento, dice: ¿Para qué iba a salir el muchacho de la camioneta? ¿Para que le molieran a palos? ¡Qué mala no será la tía, que la llaman Reme la Pelleja! Por lo que la vecina de la Guadalupe, en su defensa, le contesta: ¡Ya me gustaría a mí, tía Reme, verla a usted con un niño así! A lo que la Pelleja apostilla: ¡Bueno, eso de “niño”, para este “ser”, es mucho decir!

La noche que Tiresias decidió llamar estaba también, como ese muchacho, muerto de miedo. En un estremecimiento de terror. *Cagao*. Quizás por eso se preparó de antemano, siguiendo un protocolo que sólo sucedía una vez al mes y, si me apuras, a los varios meses. Liturgia que pilló a los padres tan de sorpresa por lo inesperado que pensaban que al muchacho le pasaba algo: El Tiresias se nos ha puesto malo. Bajaba de la sierra aligerando el paso, después de estar todo el día dándole y dándole vueltas a la cabeza. Reflexionando. Que para algo el pensar es gratis; incluso para los pobres, aunque hagan poco uso. Mejor no pensar y dejar que la existencia de mierda que llevas transcurra como algo inevitable. Aceptado e irremediable. No vaya a ser que la conciencia les diga que esto no puede seguir así y echen mano de las hachas y los *calabuezos*. Antes que de la soga, que esa está reservada como el último remedio. La conciencia que se te rebela por dentro de las sienes prendiendo la mecha del levantamiento del pueblo. Pidiendo guerra. El pueblo miserable que ya no aguanta más en este *penaero*. Esa conciencia que te recuerda otra vez que en esta sierra son más las penas que las encinas. Pero dejemos por el momento esa historia, que tiene demasiada enjundia para despacharla aquí en un instante, y sigamos con el Tiresias y su firme decisión de telefonear a la tal Sophia Bayker. Bajaba ligero, digo, de la sierra. Tal que si llevara alas en las albarcas. Tan ligero y presto como fue el ordeño. Después, puso a calentar agua en la perola grande. La que se utiliza en la matanza. Cuando hirvió, la fue volcando al barreño que se colocaba en el hueco del corral, detrás del retrete. Lugar reservado al baño y al aseo. Ducha no, que en esta sierra se trata de barreño y bote

de hojalata. Muy meticuloso el muchacho, mientras los padres escondidos en la bodega lo observaban desde el ventanuco, colocando en el clavo junto al espejo una muda, ropa limpia y una toalla. Giró la cabeza hacia la casa para comprobar que no lo veían y mezclando el agua caliente con fría, no fuera a escaldarse como un pollo, metió los pies en el barreño. Era un barreño ancho y profundo, de zinc, con dos asas, aunque el agua no le llegaba ni a las rodillas. Pero como de la necesidad se hace virtud, comenzó a echarse tazones de agua por la cabeza que le sabían a gloria, a enjabonarse el pelo y el cuerpo con un cepillo y una esponja. El cepillo es para los calcañales, aunque mejor le va un trozo de teja que te levanta los callos y las durezas. Más negras que el carbón. No te diré cómo quedó el agua para no humillar al muchacho. El caso es que al acabar, la vertió sobre el albañal que daba a la calle, corriendo como un arroyejo gris de espumas de jabón. Luego se vistió y se peinó esa melena delante del espejo. ¡Vaya pelos, Tiresias, no me canso de decírtelo! Al que miraba y remiraba con inseguridad. Hasta con cierta indecisión cargada de vanidad. Sin decidir si le iba mejor con una raya al medio, a un lado o echado para atrás. Igual que la camisa de franela, de cuadros verdosos, que siempre abotonaba hasta el último botón del cuello, ahogándole un poco, y ahora frente al espejo había decidido no abrocharlo. Nada, que esa noche estaba valiente el muchacho. ¡Que se nos ha puesto próspero! Valiente y rebelde, dispuesto a saltarse todas las normas. Joder, este es mi Tiresias: un revolucionario. Porque, por último, cogió las gafas que había dejado delicadamente en un saliente de pizarra de la pared, las lavó con esmero, las secó y, al ver esa goma que unía ambas patillas, tan deteriorada, vieja y sucia, tiró con rabia hasta arrancarla y se la lanzó a las gallinas. Actos de bravura sí, pero nimios actos ante la gran decisión de telefonear a esa mujer. Por eso lo hacía, qué duda cabe, pequeñas acciones subversivas –bañarse cuando no tocaba, cambiarse de ropa, desabotonarse el cuello de la camisa, arrojar al estercolero esa goma que le había acompañado media vida–, por si fallaba en lo otro, en lo verdaderamente importante, en lo vital. Así, no quedaría humillado como un cobarde despreciable. También, puestos a meternos en la piel del Tiresias y a escudriñar su mente, quería ir al encuentro con la Bayker limpio, purificado, inmaculado. Igual que esas vírgenes antes de ser sacrificadas en los altares en ofrenda a los dioses. Porque de esta guisa va a acudir Tiresias a la cita del zaguán, como a una inmolación. Una ofrenda menor que la de cortarse las venas o lanzarse a la pira donde ardería tu cuerpo recién bañado. El primer encuentro oficial, los otros son secretos, de un novio con la novia. Lo dicho, Jacobo: este chico está enfermo o se nos ha vuelto loco.

Porque de nada sirve intentar sacarle algo en la cena. Nada, ni una palabra. Siempre le ha costado hablar, pero ahora se ha vuelto mudo. Loco y mudo. También porque no le preguntan directamente, con franqueza. ¡En la calma monótona de sus vidas, tienen tanto miedo a la respuesta! Miedo a que les diga que está enfermo. ¡Con la buena salud de hierro de estos últimos años! Madre mía, que de chico casi se nos muere, pero ahora está bien sano. Miedo a que les diga que se marcha de la casa. No sé, miedo a cualquier chifladura. Por eso preguntan con rodeos y evasivas: ¿Parece que te has aseado mucho, hijo? o ¡No está la otoñada para andarse con tantas aguas! Para obtener una única respuesta, un poco agria y seca: Estaba sucio, madre, y tenía necesidad de lavarme. ¡Como si el estar sucio en esa sierra fuera un argumento de peso! ¡No me hagas reír, Tiresias, que algo gordo andas tramando!

Respuesta seca que tensa el ambiente de la cena y de la lumbre, siempre con el tazón de leche manchada en las manos. Intencionada, sin ánimo de hacer daño, para que se vayan cuanto antes a la cama, despejando el terreno. Para que el ambiente destemplado de las palabras en esa cocina mande a los viejos a la cama. Antes de su hora incluso. Pues los ancianos también saben protegerse: Vámonos a la cama, Remigia, que no está el horno para bollos. Así, el sueño será también, como el perfume de Sophia Bayker, su mejor narcótico. La liberación de sus temores y de su ansiedad. Si el chico no se ha ido tras bañarse, no creo que se marche ya, con la noche encima. ¿Adónde coño va a ir? Nos dormimos, Jacobo; verás como el sueño nos arropa y lo arregla todo. Tampoco hay que darle tantas vueltas. El chico se ha bañado, aunque sea un lunes y el almanaque no marque fiesta alguna, porque le ha dado la gana. Eso es, Remigia, porque le ha salido de los cojones. A ver si en esta puta sierra, va a ser un delito bañarse.

Ahora, al miedo del Tiresias se le une la zozobra de que sus padres no se duerman y estén vigilantes, preocupados. Espiándole a ver qué hace. De entrada se han metido a la alcoba y han cerrado la puerta. Vamos a esperar a ver si roncan. Cuando enganchen el sueño, ya duermen como niños. El espía ahora es él, al acercarse hasta esa puerta y poner el oído. Silencio. No hablan. Buena señal. Silencio sedante que traerá el sueño de inmediato. Al rato empieza el festival de los ronquidos. Un coro: el del tío Jacobo más áspero y hondo, el de la Remigia más fino. Cuando se dirige al zaguán va temblando y no es de frío. Respira profundamente, llena los pulmones igual que un globo y expulsa el aire despacio, echando fuera el desasosiego pero no el miedo. Le cuesta introducir el dedo índice en la ruleta porque parece que tirita. Vamos allá, Tiresias, que te está dando un ataque de pánico. Déjate ya de gilipolleces. Cuando consigue meterlo en el número 9,

afianza el pulso y continúa con el 1… y con los siguientes. Hecho, valiente. Di que sí. Tras unos segundos interminables de mutismo eléctrico que suena de fondo, el tono de llamada. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Al décimo se corta. El programa ya ha empezado, pues ha conectado la radio y oye a Sophia Bayker: Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a esta cita que hoy nos lleva a las montañas, sus valles verdes, sus arroyos, sus nieblas espesas de algodón. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Al oír la palabra montañas le entra un sudor frío, un dolor en el pecho que le obliga a desabrocharse dos botones más. Su aturdida y disparatada mente cree que Sophia Bayker, maga y adivina, se ha adelantado a su conversación. Antes de que se produzca, ya sabe que estoy ahí, con ella: nieblas, valles, montañas. Es mi sierra, repito, y sabe que voy a hablar en su radio. Por eso respira más hondo todavía, se arma de valor y marca de nuevo. Ahora con mayor determinación y aplomo. A la tercera vez, ya no le tiembla el dedo. Mucho menos a la séptima y a la octava. Y siempre igual, siempre lo mismo. Tono, tono, tono… silencio. Tono, tono, tono… y más silencio. El programa se acaba, Tiresias. Tanto y tanto, para nada. Anda, muchacho, cuelga ya ese teléfono, apaga esa radio y vete a la cama. No te pongas triste, no te vengas abajo. Sophia Bayker no se va a ir. Seguirá ahí, esperando tu llamada.



Somos pastores de la sierra, estamos curtidos en la desdicha, igual que esas pieles en sal gorda. Sal gorda, aunque rabies de dolor, para cicatrizar las heridas abiertas en tu carne.



Repitió la operación el martes, el miércoles y el jueves. Y pare usted de contar, pues el resto de días no había programa. Sophia Bayker se quedaba descansando, imagino yo, en una gigantesca y sedosa cama. Sería lo propio en una mujer de su talla. Una mullida cama: sábanas que huelen a mar o a primavera, edredones de pluma, almohadas. El muchacho se hundió el lunes ante el fiasco del primer contacto. Y se hundió mucho más el martes, aunque menos que el miércoles. Cuando colgó el teléfono en el último intento de conectar ese día, tras más de quince tentativas, estaba derrotado. Con cada tono sin respuesta de ese aparato, descendía un par de metros en el pozo del desengaño. Ese miércoles llegó a su fondo, lleno de frustración y lodo. El jueves, sin embargo, aunque no se lo cogieran, empezó a remontar. No quedaba otra, Tiresias, que mirar al frente y tirar para adelante. A ver si porque no te descuelguen un teléfono te vas a amargar la vida y vas a pillar una depresión. Esa enfermedad de moda en la que la tristeza se apodera de tu cuerpo, no tienes ganas de nada y, finalmente, la nostalgia acaba por comerse tu alma. No era una renuncia, era la aceptación, tan interiorizada en esta sierra, de conformarse con lo que hay como algo inevitable. Resignación. Es así y así debe ser. Mejor no contrariar al destino. Aguanta, sopórtalo, no vaya a ser que ese destino, sea quien sea y tenga su morada en el cielo o en el infierno, se líe a hostias contigo: que se enfermen las cabras, se prenda fuego la sierra, vengan las langostas, nos entren las fiebres Malta. Acéptalo… y calla. Ni una queja, ni una mala cara. Somos pastores de la sierra, estamos curtidos en la desdicha, igual que esas pieles en sal gorda. Sal gorda, aunque rabies de dolor, para cicatrizar las heridas abiertas en tu carne. Si llueve, bien; si nieva, mejor; si un sol justiciero abrasa los campos y resquebraja la tierra, te jodes y buscas agua donde la haya. Debajo de las piedras. Si se mueren de sed, te meas en sus bocas. Pastores que aceptan lo que les echen porque están curtidos en el dolor y en el espanto.

Para salir del pozo, tras el nuevo fracaso del jueves, le ayudó el comprobar que no era fácil conectar con el programa. Asumió que serían, probablemente, centenares de personas las que llamaban a la vez. Admitiendo, con un punto de celos y rabia que jamás sería expresada, que eran también cientos de hombres, miles, una multitud, los que se llevaban a Sophia Bayker a la cama. Un reconocimiento doloroso al constatar, en su fracaso, que él no tenía, aunque quisiera, exclusividad alguna sobre esa mujer: ¡No es tuya, Tiresias! Hazte cuenta de que no te pertenece. Una Sophia Bayker que se manifestaba, despreciando sus múltiples llamadas, en su más pura libertad e

indiferencia. Incluso con orgulloso desdén.

Aprendió la lección, al constatar la dificultad de que cogieran su llamada. Como aprendería unos días más tarde, quizás el mismo lunes, quién sabe, que si le descolgaban el teléfono no sería la propia Sophia Bayker la que le hablaría como él pensaba. Ay, Tiresias, muchacho, no tienes ni idea de cómo funciona esto. Hay que estar explicándote todo. ¿Qué sabes tú de radio, chaval? Entiendes de pilas de petaca, eso de que tres pilas de tres voltios equivalen a dos de cuatro y medio, cien veces más baratas. Pero de los intríngulis de la radio, nada de nada. Mira, Tiresias, para no meter la pata: lo primero que debes hacer, ya conectado con el personal técnico del programa, es apagar tu radio o separarte mucho de ella para no hacer interferencias. Interferencias son unos ruidos muy desagradables, como de crepitar de fuego, que impiden la conversación y molestan a la locutora y a los oyentes. El técnico que te hable, te preguntará tu nombre y tus datos personales. No vaya a ocurrir algo, no sé, que digas alguna barbaridad, te denuncien y pidan responsabilidades. Debes saber, Tiresias, que lo que ahí digas, en directo, y oiga media España, es una responsabilidad exclusivamente tuya. Sin asustarte. Es sólo una advertencia que te van a hacer siguiendo sus protocolos radiofónicos. Imagínate, por ponerte un ejemplo, que te pasan al directo y, a viva voz, sueltas este disparate: ¡El Eustaquio, el único vecino de mi pueblo, es un malnacido y un hijo de la gran puta, más malo que el demonio! Aunque te corten rápido, lo habrán oído todos los españoles. Y tú ya sabes: Atente a las consecuencias penales. Lo explica muy bien tu padre: Causa y consecuencia, causa y consecuencia. Pero olvídate, no te tensiones, eran ganas de… fastidiarte. De bromear un poco a tu costa. Tranquilo que nada de eso pasará. Mejor continuamos con los preparativos. Después, ese técnico, hombre o mujer que controla la mesa de sonido al otro lado del cristal, te hará unas preguntas fuera de antena, en plan cariñoso, intentando adivinar tu origen, tus intereses, tu trabajo, tus aficiones. También para quitarte los nervios. Por favor, Tiresias, di siempre la verdad. A ver si consigues que te cojan el teléfono por una vez y lo vas a estropear con patrañas y mentiras. Tiresias, muchacho, lo primero es no perder la dignidad. Que de esa a ti te sobra. Pastores pobres, pero honrados. Le dices la verdad porque no tienes nada de lo que avergonzarte y porque, seguramente, tu verdad esté más limpia, sea más pura y cristalina, que la de todos los oyentes del planeta. Comprobado que eres una persona legal y que tienes algo interesante que contar, pasarán una nota a Sophia Bayker. Ella la leerá aprovechando la tregua de una canción y decidirá si pasas o no pasas a antena. Ojalá sea que sí, Tiresias. Ojalá esa mujer con la que sueñas y duermes cada noche te dé el visto bueno para hablar con

ella. Si así fuera, te dirán: ¡Pasando a Directo! Por favor, en ese momento no hables ni hagas ruidos hasta que no se dirijan a ti. Mantente en silencio, mudo, aunque ya oigas hablar a Sophia y tu cuerpo empiece a derretirse de placer.

El sábado y el domingo, para celebrar que son días feriados, menos en esta sierra de los confines del mundo, se decidió castrar unas colmenas. Antes que la otoñada se eche encima afilando la navaja del frío. Hacía sol, no había ni una nube en el cielo. Pues es un requisito imprescindible para el encastre: el sol atonta, el viento las enrabieta. Pues nadie soporta que te lleven de acá para allá como hace el aire con las abejas. La Remigia se calzó el traje de pastora, que consistía únicamente en añadir a sus ropajes negros una gorra colorida que nadie sabe su procedencia, pero que a la mujer le quedaba peor que a un santo tres pistolas. Una gorra de un banco. Anda y que te jodan, le soltó al Jacobo por reírse de ella. Bastante es que me quite este sol abrasador. Eso iba *reguñendo* a su marido, mientras sacaba las cabras ya ordeñadas del corralón, para dirigirse al sopié de la Maliciosa, cerca de la aldea, hacia el oeste, dirección a Sevilleja de la Jara, pues por allí acudirían pronto sus hombres en busca de las colmenas.

El tío Jacobo, la Remigia y el Tiresias juntan cincuenta colmenas. En gananciales también. Algunas las fabricó mi abuelo y mirad cómo resisten. Con mil apaños y reparaciones. Pues algunas tenían remiendos de corcha y en las fisuras una capa de ceniza y boñigas de la mula a modo de pegamento. Hay que sacar la corcha de un tronco o rama gruesa. Ni muy grande ni muy pequeña, menuda, para que te puedas manejar luego al trajinarlas. Un corte limpio del alcornoque, uno vertical y dos horizontales, y que salga la pieza limpia. Luego tienes que juntar el corte, clavando astillas de jara hasta que cierre bien el cilindro, y hacerle una tapa ajustada que clavarás en la parte superior. El fondo no lleva tapa, pues irá apoyado en el suelo. Preferentemente en una o dos lanchas de pizarra, elevándola un poco para evitar humedades y frío. Que estas abejas son animales *mu sentíos*. Sólo hay que cortar un triangulito pequeño, ahí abajo, a modo de puerta. En el interior, una cruceta con dos palos atravesados para que las abejas puedan apoyarse en algo para construir sus panales.

Las colmenas las tienen colocadas al socaire de unos peñones por encima del sopié de la Maliciosa. Para evitar que les dé el cierzo, pues ese viento fuerte y racheado es el peor enemigo de las abejas. Son cincuenta colmenas de corcha, aunque diez vacías, de repuesto para castrar. Colmenas como las de toda la vida. Que para el tío Jacobo, aunque presumiera de la modernidad de sus *kilometros* en vez de

leguas, en esto no transige con modernidades. Donde esté una buena colmena de corcha, Tiresias, que se quiten esas cajas que parecen cárceles o ataúdes de niños. Más blancos que la nieve. Lo natural es lo natural. Mira cómo las abejas, de por sí, no se van a enjambrar a una cajonera que haya por ahí tirada en el campo o en un estercolero. Pero bien que buscan los huecos de la corteza de los árboles. Pues dicen, padre, que las de caja son más limpias y más productivas. Se trabaja mejor el encastre y no se hace tanto daño a los panales, porque salen las bandejas de una pieza. Anda, anda, muchacho, déjate de habladurías y ponte el mono blanco, la escafandra esa que te hice de alambrada y cuero de res, y átate estas cuerdas al pantalón, por encima de las botas, que por ahí es por donde más les gusta colarse a las abejas.

Han preparado el mulo, con las alforjas grandes en las que han colocado dos recipientes gigantes. Al regreso, si Dios quiere, vendrán atestados de torteles chorreantes de miel. También han echado a las alforjas las ahumaderas, los raspadores, los ganchos… y la merienda. A ver si cuando lleguemos, tu madre ha hecho una buena *chosca* para tener brasas para las ahumaderas. ¿Y cómo es eso, padre, que a usted no le pican las abejas? Será por viejo y por las carnes prietas, hijo, que me he inmunizado. Picar, sí que me pican algunas. Pero, chico, algo no debe de gustarles de mi sangre, que aunque me claven el rejo a mí no me da escozor ni molestias. También es que me quieren, las *jodías*. Que lo mismo son ya sesenta generaciones de abejas las que han pasado por estas manos. Pues ya me traía mi abuelo Prudencio a su pastoreo. Para ellas soy uno más de la familia, con permiso de las reinas. Verdad debe ser, padre, que cuando veo esa marabunta negra, esa costra corriendo por sus manos sin picarle, me parece un milagro. Pero tú, Tiresias, ándate con ojo, que tienes alergia y con dos o tres que te piquen ya andamos con problemas. En eso piensa el tío Jacobo, en que si le pican al chico, hay que salir atacando en busca del contraveneno. Que para el alérgico, el barro del arroyo se le hace poco. Ahora que va sanando el muchacho. Igual que piensa y se sorprende del vocabulario tan refinado que maneja su hijo, sin lugar a dudas de tanto escuchar esa radio. A ver si estábamos confundidos con el Tiresias y su inteligencia o *celebro*, da para más de lo que pensábamos. Que fue muy fácil de chico endiñarle lo de *retrasao* y más fácil mantenerlo de por vida. Porque cuesta más rectificar y aceptar una equivocación, que estar toda una vida con el san Benito que te ha caído encima. Un apodo vitalicio: un *retrasao*. Ya lo dice el refrán: Si rezar es de hermanos, rectificar es de humanos. Y tú y yo, Remigia, somos más que hermanos, aunque no seamos frailes, que somos esposos y lo mismo erramos hace años. Lo mismo no era retraso, era

algo diferente nunca visto. Algo muy especial, relacionado con la inteligencia y la sensibilidad, tío Jacobo.

Por delante del peñón que sirve de cobijo a las colmenas corre un arroyo que llaman de Valsequillo. Mal nombre, pues no dice la verdad, porque no se seca ni en invierno ni en verano. Que pongan al campo los nombres que quieran, pero que los nombres no mientan, que no sean falsos. Pues falsedad y agravio es para ese arroyo tan pródigo en agua. Por eso están colocadas ahí las colmenas, además de por la protección de los peñones, para que las abejas beban agua limpia y fresca. Valsequillo no falla y nunca falta el agua. Igual que el alimento, que es lo que más sobra: lavanda, romero, albahaca, salvia, *aguinaldas*, tomillo, jaras, *mistranzos*, menta, flor de *berezo*, blanca y rosa. ¡Menudo néctar, Tiresias!

La cosa es sencilla si se hace con paciencia y delicadeza. Castrar no es otra cosa que sacar la miel de la colmena, parte de la miel. Si me apuras, robar a las abejas media casa de la que comen, sin desastrar el enjambre. Es decir, con mucho cuidado para no matar a la reina y a las abejitas. Lo primero es ahumarlas por la puerta, también con prudencia. Para que se pongan en movimiento ¡*Bzzzzzzz bzzzzzzz*! y se dispongan a salir afuera. Hay que levantar la tapa y tener lista una colmena vacía. Al humo y a los golpes que das sin parar en la corcha, van huyendo como un rebaño de ovejas entrando en el redil o corcha nueva. Para eso tienes que poner bien juntas las bocas. Salen y salen como si se vaciara una masa de arrope. Humo de vez en cuando y sin parar de dar golpes de tambor en las paredes. Si hay suerte, Tiresias, lo mismo ves pasar en esa *madrebunta* que tú dices a la reina. Esa es la que cuenta. ¡*Bzzzzzzz bzzzzzzz*! Pues unas veces sale y otras se queda dentro con la cría. Algunas abejas levantan el vuelo y no entran, pero son muy pocas. Además, no te preocupes, que ya volverán cuando tengan que volver. Con el corcho nuevo lleno, lo cubres bien con un saco, lo atas y atrancas la puerta para que no se escapen. Ahora es tu momento, Tiresias, voltea la colmena y con el rascador y el gancho ve sacando los panales cargaditos de miel. Despacio, con mucha atención. Con delicadeza. Rompe los torteles con cuidado y los vas echando a las banastas. Sólo puedes sacar del medio para arriba, respetando el centro que es donde está la cría, pues es esa parte la más caliente de la colmena. Si pones las manos sentirás el corazón caliente de la colmena. El calor de la vida. Cuando acabes, le das la vuelta, y al suelo. Ahora la parte de abajo está vacía, sin panales ni miel. Pero cuando mañana, pues está bien dejar a las abejas un día de encierro, metamos de nuevo por abajo el enjambre de la otra corcha, las bichas se lían a limpiar, a arreglar lo roto y a construir sus nuevos panales. Mi abuelo decía que no se lo tomaban a mal, que era como sanear su

casa. No sé qué decirte, Tiresias, porque más que casa es destrozar su despensa. Llevándote esta miel que es su comestible. Así se quedan las pobres: con media casa y la mitad de alimento. Cuando construyan una nueva y la llenen de miel, ya vendremos otra vez los hombres a robársela. Así es la vida, Tiresias, el pez grande se come al chico. Los poderosos y fuertes se zampan siempre a los débiles.



La sierra, con su abrigo de otoño encima, ha cambiado el pelaje. Secando sus hojas verdes, ahora ocres, castañas, rojizas, marrones de tierra, grises como sus troncos, rosáceas como sus ánimas.



Cuando el lunes, más temprano que otros días, acaban el ordeño, el tío Jacobo y el Tiresias preparan la suelta de los corzos. Decisión tomada en las conversaciones del encastre. El padre ha dicho que lo más seguro y beneficioso para su futuro, es decir para su supervivencia animal y salvaje, es soltarlos donde fueron apresados. Pues después de meses viviendo aquí de bicoca, a mesa puesta, si los dejas por estos bajos, capaces son estos bichos de volverse a la cochiquera. Y de enredar mucho por la aldea, no te extrañe que uno de los perros de *ese*, les eche el diente al gaznate. Que no sé quién es más canalla, si los perros o el dueño. Anda que el disgusto iba a ser chico, después de criarlos como los hemos criado, a capricho. Incluyendo a la Paloma, que se ha dejado las tetas amamantándolos. Ahí está la pobre, recuperándose, pues se ha quedado en los huesos. Mejor allí arriba donde los pillaste, Tiresias, entre los rebollos y quejigos de las Hunfrías, que así es como se llama ese valle por debajo de los riscos de Peñafiel. Allá en lo más alto de la sierra de Altamira. Ese *espesinar* es la mejor defensa para estos bichos. Que en cuanto huelan los rastros de otros corzos, habiendo como hay buen verde, enseguida se aclimatan. Es verdad que no ha llovido, que la otoñada viene seca. Pero en esos altos tan fríos, del relente y el rocío de la noche sale pasto. Lo mismo, padre, anda por allí la madre, y los reconoce y los cuida y enseña, que estos bichos andan bien de memoria. Prefiero, hijo, que anden mejor de remos que de memoria. Para que salgan corriendo como centellas ante cualquier peligro y nuestro esfuerzo no haya sido en balde.

Dictada la sentencia de hombres de sierra, han echado la albarda al mulo y encima las aguaderas. Después el tío Jacobo ha entrado a la pocilga y, engañando a uno de los corzos con un puñado de grano, le ha echado las uñas. Le ha atado las cuatro patas juntas, inmovilizándolo totalmente, ha metido al bicho en un saco de arpillera, no vaya a asfixiarse, y lo ha embutido en la aguadera derecha. Al introducirlo, la mula, a la que llaman Candela por el color rojizo de su pelaje, ha dado un respingo. Por lo que el Tiresias, siempre atento, la ha sujetado del cabezal de donde cuelgan las riendas, le ha echado un trapo tapándole los ojos para que no vea a los corzos y la ha calmado a base de caricias y palabras al oído. Si no ve, no siente; pues su miedo es a esos animalitos extraños. Ya tranquila, han procedido de idéntica manera con el otro corzo. Tú verás, Tiresias, puedes ir caballero o tirando del ramal. A ratos, padre, según vea el terreno y ordene el ganado. Un tiempo a pata y otro caballero. Por lo que enganchando su zurrón con un cordel a la

albarda, ha llamado a los perros y con cuatro silbidos ha puesto al rebaño en marcha.

No sirven prisas, que hay que ir al ritmo del careo del ganado. Puedes meter prisa si quieres a esas cabritas guapas, azuzando a los perros; pero más te vale que las dejes a su amor, no vaya a atragantárseles el almuerzo. Luego empiezan las caguetas, las toses y los mocos verdes, los abortos incluso, y no sabemos de dónde han venido. Maldecir y maldecir sin saber la causa y el origen. El rebaño y los animales son las agujas del reloj del monte. Funciona de manera acompasada al corazón de la sierra y el hombre, bicho ajeno ya salvo el Tiresias, no puede romper el compás de los latidos de ese corazón. Otra cosa es que hagan lo que les dé la real gana y se vayan por ahí, *barrutas*, buscando la comida que más apetece. No, eso no. Que para algo hay un pastor dirigiendo el rebaño. Si las dejas al libre albedrío, estas se meterían en la cocina y se comerían hasta tu merienda. Un silbido a los perros basta, que lo entienden mejor que los hombres las palabras. Aquí no hay mentiras, mientras los discursos y las conversaciones de los hombres están llenas. O un buen cantazo con la honda a la Manteca, que se queda rezagada, de pie, estirando el cuello de *pingarza* para zamparse las primeras bellotas que ya están saliendo. Así espabilas, Manteca. Buen nombre le puso la Remigia a esta golosa, que siendo chiva ya llamaban la atención sus lorzas. ¿Qué es albedrío, padre? El albedrío es… El albedrío, para que me entiendas, es… Cómo te diría, es el capricho, el antojo. Si actúas a tu libre albedrío es que haces lo que te ordena tu voluntad. Si se trata de las cabras, como es el caso, es que hacen lo que les sale de las ubres. ¿Comprendes, hijo?

Tras estas reflexiones, ha enganchado por el cordel del Miravete hasta el arroyo de los Reales. Desde ahí hasta el collado de Valdepuercas no hay quien te quite dos horas. Y ya a un paso, échale otra media, hasta la rehoya de las Hunfrías. Lugar que ha bautizado y determinado su padre para la suelta. Demasiado tiempo para llevar a esos animalillos ahí atados en el saco, a punto de que les dé un jamacuco por el ansia de ir prisioneros con esas ataduras. A ratos se remueven, con tirones, asustando a la mula. No pían, pues ya se les pasó la edad de los pitidos. Si acaso podrán echar algún ladrido. O ronquido. Igual que a los niños les cambia la voz y se les pone ronca al convertirse en adultos. Así andan los corzos, hechos unos mozalbetes. Verás qué carreras, hijo mío, en cuanto los sueltes. Bonito será verlos corretear por esas cuerdas. Envidia me da, Tiresias.

Cuando la cuesta se pone brava subiendo esa morra que llaman de la Milana, el pastor se ha montado en la mula. Que para la Candela, con esas nalgas de hermosura, esa cuesta es una broma. Así,

sujeta e intenta calmar a los corzos que van dando botes porque ya no aguantan más. Si por mí fuera, padre, los soltaba aquí mismo. Pero como ha empeñado su palabra de pastor, azuza a los perros y clava el talón de sus albarcas en los ijares de la mula al sonido de su lengua con varios *chest, chest*, para que apriete el paso con alegría. Cuando vuelve la cabeza, llegando al collado, el espectáculo del monte es extraordinario. Al fondo, en los bajos, verdean limpios, tras quitarse la sequedad polvorienta del estío, los alcornoques y las encinas. Renovando su fuerza. Más al sur, perdiéndose de vista, vienen las rañas marrones y sus pálidas rastrojeras, del color del marfil. Bordeadas de pizarrales de tono azulado. Pero la belleza verdadera la tiene más cerca, de frente: toda la umbría de quejigos y robles melojos, con su abedular y algunos arces, que era verde hasta hace muy poco, ha transformado sus colores, se ha cambiado de traje por el rojo, el amarillo, el anaranjado y el granate. La sierra, con su abrigo de otoño encima, ha cambiado el pelaje. Secando sus hojas verdes, ahora ocres, castañas, rojizas, marrones de tierra, grises como sus troncos, rosáceas como sus ánimas. Las primeras hojas, las más frágiles, que ya alfombran el suelo en estos collados: ovaladas, partidas, lanceoladas, algunas enteras, otras dentadas, aserradas, acorazonadas. Qué belleza, Tiresias. Estas hojas, aunque estén muertas, no han perdido la vida. Porque, si me apuras, son aún más bellas, y la muerte es fea. ¿O es puro azar el tener forma de corazón? Por eso siguen vivas por el suelo, latiendo en la tierra. Primero en el árbol, en la metamorfosis de búsqueda de su color, para caer después en un balanceo de mariposas arrastradas al albur del viento. Sólo los acebos y los tejos de hoja perenne se mantienen al margen de esos vuelos, especialmente los madroños que conservan su verde brioso y brillante, con sus racimos de flores blancas y rosáceas. Dime de un árbol que ame más al otoño que el madroño. Pues es en esta estación cuando nos regala sus flores sin esperar a la primavera. Árbol rebelde, cuyas flores se convertirán en frutos rojos a destiempo. Madroños de invierno y hielo. Un rojo insultante, coralino, de extraordinaria belleza. Acebuches, cornicabras de oloroso tronco y racimos púrpura, torviscos también de flores otoñales, algún espino albar añorando su dulzona flor blanca. Y las salpicaduras del otro verde que resiste al frío de estos altos: jaras, coscojas, espinosas *abulagas* de erizo, brezales que todavía conservan sus campanillas de flores secas, blancas y rosas. Vamos, Tiresias, no te entretengas más ante este regalo de colores que te da la sierra. Espabila, que hay que soltar a los corzos ahí mismo, en cuanto pases el arroyo del Salobral. Que aunque estés mal de la vista, muchacho, bien que te gusta mirar y remirar.

A los pies del arroyo, en un remanso, ha atado las riendas de la

mula para que beba; ha desenganchado el zurrón y ha descolgado las aguaderas. Después ha llamado a los perros, los ha acollarado y, con la misma pita, los ha atado a la raíz sobresaliente de un arce. Uno de los pocos arces que crían estas sierras, convirtiéndola por una vez en montaña de otras latitudes. Algo separados, pero no mucho. Pues no cree que ladren asustando a los corzos. Tras meses de convivencia en el corralón se han hecho hermanos. O, por no exagerar, primos hermanos. Están tranquilos, porque les ha echado a cada cual un mendrugo de pan y un cuarterón de queso que se ha puesto rancio. Porque no estaría bien estar toda la mañana trabajando detrás de ese ganado sin cobrar un duro. Sólo entonces ha oteado de nuevo el bosque buscando algún inconveniente y ha cogido los dos sacos. Las cabras carean por el bajo. Suenan sus esquilas y, si me apuras, hasta su ronchar plácido y manso. Con los sacos al hombro se ha alejado unos metros, justo hasta las matas de espliego donde fueron capturados. Y ya, sin más demora, los ha soltado. Ha desatado ambas cuerdas a la vez y, abriendo las bocas de los sacos, les ha dado suelta. Entonces… ¡Sorpresa! ¡Menuda carrera echan, qué brincos pegan! Pues no, nada de eso. Primero han dado unos pasos torpes. Inestables, por llevar tanto tiempo atados. Tambaleantes. Han mirado el monte, escudriñándolo. Buscando en los recovecos ocultos de su memoria una relación con su pasado. Giran la cabeza mirando hacia un lado y hacia otro. Dan diez o doce pasos más, los dos hermanos bien pegados, rozándose los costados, y vuelven la mirada a Tiresias. Se espanta una *mielra* y chilla, agitando el monte. Los corzos se asustan, tienen demasiado miedo. Entonces se dan la vuelta y acuden a meterse debajo de las piernas, buscando las caricias de las manos del pastor. Joder, esto no lo esperabas. Ni siquiera el tío Jacobo, que tanto sabe de la vida y del campo. Verás cuando se lo cuente. Ay, Tiresias, amigo del bosque, hermano de la sierra. Si hubieras ido a la escuela, si no hubieran cerrado esa escuela por desahucio de niños y derribo de ladrillos, habrías aprendido tantas cosas. Si te hubieran dado estudios, muchacho, quizás verías la vida de otra manera. Si al menos supieras leer, querido Tiresias, quizás habrías leído en un libro de historia este acontecimiento que voy a contarte. Escucha: Hace años hubo en España y en el mundo una gran epidemia. Una plaga de enfermedad que se extendió por el planeta. Moría tanta gente, que las autoridades obligaron a las personas a refugiarse en sus casas huyendo de la enfermedad. Un confinamiento, Tiresias. Escondidos, cerrando sus hogares a cal y canto, con mil cerrojos, para que no entrara el mal. Un mal que no se veía y por eso causaba mucho más miedo. Una especie de gripe, para que lo entiendas, Tiresias, que mataba a la gente igual que se pisotea a las hormigas. Miles y miles de muertos, millones de contagiados. Tantos muertos, muchacho, que no daban abasto para

enterrarlos. Cuantos más contagiados, más miedo; cuantos más muertos, más pánico. Cadáveres por todos lados. Un espanto. Cadáveres que nadie se atrevía a tocar ni siquiera para enterrarlos. Tanto miedo, Tiresias, que no sólo se cerraron las puertas de las casas, también los postigos, los balcones, las ventanas. Poniendo trancas, candados, barras de hierro, tablas de madera clavadas, aldabas de acero. Para que no entrara ni la luz. Por si acaso esa luz, ese aire de partículas doradas, fuera lo que les estaba envenenando. Cuando ya no hubo nada que cerrar, cerraron sus ojos, sus bocas, sus oídos y sus corazones. Todo cerrado, hermético, clausurado. Sin saber, los pobres inocentes desgraciados, que el miedo se había quedado dentro de ellos. Corriendo por sus venas, inoculado en sus cuerpos y en sus cerebros.

A los cuatro meses, igual que a estos corzos su encierro, la epidemia pasó y los dejaron salir de sus casas. ¡Bien, bravo, victoria! ¡Ya somos libres!, gritaron llenos de entusiasmo ¡Hemos vencido al mal, quitemos las aldabas, los cerrojos, los candados y las trancas! ¡Reventemos las cadenas, abramos las puertas y las ventanas! ¡Salgamos a las calles, a los campos, abracemos a los otros seres humanos! Sin embargo, Tiresias, cuando abrieron las puertas y dieron unos pasos al frente para salir, no pudieron. Estaban bloqueados, igual que estatuas de mármol. Quisieron salir a la calle, pero había algo que se lo impedía. Una barrera invisible, una barricada incorpórea, un parapeto sobrenatural les impedía salir. Estaban las puertas abiertas, el campo rojo de amapolas libre y despejado como este bosque tan bello, pero no podían traspasarlo. La belleza ahí, la vida palpitante a tu lado. La libertad en tus manos, Tiresias, y sin poder dar un paso. Sin poder atraparla para meterla de nuevo en tu mente. Justo igual que tus corzos, que regresan a ti porque les da miedo su libertad.

Tu miedo es de otro calibre, de otra materia. Tu temor se cuece a fuego lento en otra lumbre. En esencia, también está relacionado con tu propia libertad, es cierto. Pues al final eres tú el que decides libremente, sin coacciones. Tu miedo es un teléfono y una llamada. Pero eres libre: ¡No llames! Olvídate del asunto. Échale, como a esas puertas y postigos, el cerrojazo. Ponle una cadena a tus manos. Manda al albedrío ese a tomar por culo. ¿Quién te obliga? Me obliga esa mujer que tengo metida en la cabeza, confinada, también, en mi mente, sin posibilidad alguna de salida. Se ha ido injertando lentamente, a través del sonido de esa radio. Su voz aterciopelada y embriagadora ha entrado por mis oídos y ha llegado al centro de mis sesos y los está devorando, se los está comiendo desde dentro. Esa mujer se alimenta de tu sustancia gris y ahora pilota la nave de tu vida. Sophia Bayker, mujer timonel que gobierna tus noches y tus días

en ese mar aciago de la incertidumbre.

Sin embargo, Tiresias, creo que has vencido la ansiedad de los primeros días. Me refiero a esos días en los que te armaste de valor y decidiste llamar. Que no te cogieran ese teléfono te quitó la ansiedad de un plumazo. ¿Cuántas veces marcarías en los cuatro días? Si calculas quince intentos por noche, te salen sesenta. Puede que fueran más de quince y salgan ochenta o cien. No sé, muchacho, una locura de llamadas. Todas fallidas. Quizás fueran necesarias para traerte esta calma, esta resignación, que ha amansado tus ansias. Mejor así. La codicia no es buena compañera de viaje. Si decidieras llamar hoy, lunes, pues nadie sabe si vas a hacerlo igual que no sabemos los pensamientos que bullen en esa cabezota, es mejor con sosiego. No quiero ni imaginar el papel que hubieras hecho si descuelgan el teléfono con ese estado de nervios. Estabas como un flan, amigo. Temblando de miedo. ¿Sabes lo que te digo, así, a toro pasado? Que me alegro de que no te lo cogieran. ¿Fue un golpe bajo? Sí. ¿Sufriste mucho? También. Pero peor hubiera sido hacer el ridículo y que pensaran que eres un payaso. Un tonto de pueblo. Sin ánimo de ofender. ¿Qué habrías hecho luego? ¡Contesta! ¿Qué cuerpo se te quedaría tras una actuación grotesca? ¿Te habrías llevado esa noche a la cama a Sophia Bayker? ¿O habrías atrancado la puerta a cal y canto como esos enfermos? ¡Sophia Bayker, la famosa locutora de radio, repudiada por un pastor del Enjambre! Entrevistado el joven pastor ante la alarma que ha provocado ese insólito rechazo, dice que ya no quiere saber nada de esa mujer y mucho menos acostarse con ella.

Por eso, Tiresias, cuánto se envidian tu paz y tu entereza. Ya veremos, esta noche. Si es que llamas, por no meternos donde no nos importa pareciendo que tenemos algún interés, pues es cosa tuya. Tu libre albedrío, que tan académicamente ha explicado tu padre.

Una paz que te permite sacar del morral el almuerzo: un queso, por supuesto, una cuarta de morcilla patatera y media hogaza de pan. Bebida no, que está la sierra llena de refrescos. A cuál más exquisito. Los más sanos del mundo. Sólo tienes que meter el morro en el arroyo y sorber para adentro. Los corcillos ya corren libres en busca de sus congéneres. A ver si los aceptan y los meten en la cuadrilla. Pues lo mismo les da el tufillo humano que se les ha pegado a la pelambre y los dan de lado. Si así fuera, habría que esperar unos meses al celo. La hembra tendría más suerte: en cuanto se ponga caliente, acudirán los machos a montarla y ya no les importará tanto su antigua relación con los humanos ni se andarán con remilgos. ¡Ya se sabe…! Antes de liarse con la comida, ha soltado a los perros. Su turno de descanso ha concluido. Para que vigilen a las cabras que están tan tranquilas

sesteando. Momento que aprovecha el pastor, con la barriga llena, para echar su propia siesta. Hoy, con lo de los corzos, no ha traído la radio. Una cabezada con la almohada de espliego, lavanda o romero, que te mete los aromas del bosque en los sueños. Lo tuyo, Tiresias, va más allá de la tranquilidad. No sé cómo puedes andar con esa pachorra si has pensado en llamar. Levántate, hombre, y parte ligero con tus cabras que se te va a echar la tarde encima.

Cuando se despierta, otea de nuevo el paisaje. Sin prisas, pues sabe que hay que seguir ese compás de la sierra. Abajo, al fondo, en el rebosadero de la Garganta, está el pueblo. Desde esta altura de la cuerda, la aldea se ha convertido en unas motitas blancas y negras, apenas perceptibles, que son las paredes y los tejados de las casas, los cercados, las naves del cereal, la iglesia y el cementerio. No se perciben bien, no sólo por el problema de su vista, sino porque está la aldea envuelta en una nube grisácea del humo de las chimeneas. Dos chimeneas, la de *esos* y la de la tía Remigia. Un humo pesado y pegajoso, que se queda prendido a los tejados, al campanario de la iglesia, a los postes de la luz, porque no quiere subir al cielo sin nubes. Para no ensuciar su azul. Tiresias no ve con claridad el pueblo en la lejanía, pero puede tocarlo a ciegas con la yema de sus dedos, casa a casa, calle a calle, en el mapa de su memoria. Se lo sabe al dedillo.

Mira, hijo mío, los pastores llevamos una brújula en la cabeza. Pues nunca se sabe lo que puede ocurrir en el monte. Los peligros de estos montes. Si se te echara la noche encima, tu brújula serán las estrellas: la Vía Láctea, ese camino de polvo, como de bruma, que no es polvo ni niebla porque son estrellas. Millones de estrellas apiñadas que parecen brillantes limaduras de plata. Ya te enseñé de niño a localizar la Osa Mayor y la Menor, que es donde se aloja la Estrella Polar. El alma de la brújula de la noche. Pero ahora, muchacho, ya que estás en ese alto con este día tan claro, observando el paisaje panorámico, quería hablarte de la brújula del día. Tienes la sierra a tu espalda, estás apoyado en una pared de roca mirando al horizonte. Detrás de ti está el norte, del otro lado de la sierra, con todas esas aldeas a las que nunca fuiste, ojalá vayas pronto. Que enseña más el viaje que la escuela. La primera aldea, volcando del otro lado, ya te lo dije hace meses, es Piedraescrita. A once *kilometros*, siempre buscando el norte, Navaltoril. Pero observa de frente, hijo, todo eso es el sur. El gran sur de las rañas, las inmensas dehesas de encinas. La Extremadura larga y profunda. Tan "extremadamente dura", que hace daño a la vista. Si siguieras en línea recta llegarías a Puerto Rey y después al pantano del Cíjara del que tanto te he hablado, Tiresias. Algún día tendrás que llegar hasta allí. Será lo más maravilloso que veas en tu vida. Tanta agua junta. Rodeada de montañas de pinos,

eucaliptos y jarales. Demasiada agua, muchacho, para estos ojos cansados. Con un muro que la sujeta para que no se escape que da vértigo. Un día, hijo, tienes que llegarte hasta allí y verlo. Yo el mar no lo he visto. Es, según cuentan, grande como un abismo. Pero ya no necesito verlo, porque ese embalse de agua es nuestro mar, aunque sea un poco más chico. No he visto el mar, pero agrando ese pantano y me lo imagino.

Siempre partiendo de la raya de la Garganta, a tu izquierda es el levante, el este u oriente, en dirección a Anchuras. Pero ya sabes que de esa raya no puedes pasar. Igual que *esos* no atraviesan hacia este lado, el nuestro. Aunque no haya partición legal ni escritura por ningún sitio. Lo determinaron nuestros ancestros, mis padres o mis abuelos, que ni yo sé de dónde nació la enemistad y, por tanto, la causa de la división en el pastoreo. Ya nos da lo mismo, la cosa es que no se le ocurra pasarse ni un metro de este lado del arroyo de esa Garganta. Del otro extremo, a tu derecha está el poniente, el oeste. Fíjate siempre en el recorrido del sol, del naciente al poniente buscando su abrigo: Sevilleja, Gargantilla, Mohedas de la Jara, Castañar de Ibor. ¿Por qué lo llamarán oriente, padre? Muy fácil, Tiresias, que parece mentira que estés siempre escuchando ese *arradio* y no lo sepas. Claro que en el *arradio* no van a estar contando estas cosas. Muchas guerras, muchos robos, muchas inauguraciones de los políticos, muchos líos, pero de las cosas hermosas de la naturaleza nada. Canciones y tontunas. Para ellos, todo lo invisible no cuenta. Lo invisible no existe y, salvo el pan de las bocas, debería ser lo que de verdad importa. Pues se llama oriente por el sol. Porque es por allí por donde nace el astro. Por el oriente. Y es tan dorado y hermoso que parece oro. Tan redondo y brillante como una moneda de oro, muchacho. Por eso es el oriente, porque está hecho de fuego y oro. Cuando lo ves aparecer por encima de esa sierra, encendiendo los colores de todos los valles y las morras, es cosa divina. Ver transformar el verde negruzco del monte en amarillo y rojo. Por los rayos de ese astro. Una bola de fuego, de oro, radiante. Cosa de Dios debe de ser, Tiresias. Tan espectacular que te vuelve pequeño, diminuto. Pues tu mente no llega a entender cómo puede aparecer por ahí algo tan portentoso e increíble. ¿Cuénteme, padre, lo de Puerto Rey? Si me obligas, Tiresias, te lo cuento otra vez. Sólo porque me obligas. En Puerto Rey hay un peñón redondo que marca el límite de dos provincias: Cáceres y Toledo. Si te descuidas, podrían haber sido cuatro, pues a escasos kilómetros están también las fronteras de Badajoz y de Ciudad Real. Cuatro provincias juntas. En llegando a Puerto Rey bastará situarte a un lado u otro de la peña para estar en una provincia o en otra. Hay cincuenta vecinos, de los cuales cuarenta son toledanos y una decena extremeños. Si tienes que arreglar papeles o andarte de médicos, unos tiran para el norte, otros para el oeste, camino de Portugal. Buscando el apaño que te corresponde. Si estás tomando un chato en la taberna de la plaza, estás en Toledo. Pero si cruzas la calle, ya estás en Cáceres. ¡Cosa asombrosa, Tiresias! No tanto como la del sol, pero curiosa al menos.

El padre del tío Jacobo ya le contaba esa misma historia. Aunque

la adornaba y adornaba, pues era muy parlanchín y teatrero. Un tipo enreda y alegre, muy coplero, que se llamaba Venancio. Venancio el Guisopero. Pero nunca quiso enseñárselo a su hijo. Estaba lejos, pero hubiera bastado madrugar un día a lomos de la caballería. Para confirmar la existencia, la magia de esa piedra y subirse a ella. Pero no me llevó, hijo mío. Nunca me llevó. Hablaba y hablaba de ella, incitando, pero nunca me llevaba. Quizás porque no existía realmente, pensaba el Jacobillo niño, y era mejor imaginárselo. Efectivamente, era mejor ocultar aquella piedra encantada, antes de que no existiera y que el sueño se metamorfoseara en certeza amarga. Negras verdades que matan la candidez de los chavales. Promesas incumplidas de los padres. Por eso, muchacho, pasé media vida obsesionado con esa piedra. Obsesionado con su existencia. Tanto, que me estaba con su erre que erre machacando la cabeza. Hasta que una noche de insomnio, me levanté y dije: ¡Hasta aquí hemos llegado! Salté de la cama, eché la albarda a un borrico que teníamos y salí de noche buscando el sur. Siguiendo el camino de las estrellas. Con las primeras luces estaba en Puerto Rey. Y cuando ese mismo sol de madroño encarnado asomó gigante por lo alto de aquellos montes, yo ya estaba subido a ese peñón. Un peñón verdadero, mineral. Un pedrusco que existía, que no era fruto de una invención ni de un sueño. Una roca que yo estaba tocando con mis dedos. Algo hermoso y mágico. Hijo mío.

¿Qué querrá decir el viejo con tanta alabanza a los viajes y a la valentía de cumplir los deseos? Viajes que, según él, enseñan más que las escuelas. Viajes que transforman las vidas. ¿Acaso te está animando, Tiresias, a que emprendas el tuyo en busca de tu destino? Anda, anda, déjate de cuentos y de mirar ese sur imantado. Ese sur que atrae. Que parece que te tiene hipnotizado. Es muy bello, sí. Estamos de acuerdo. Esta imagen desde la cuerda de la sierra de Altamira te atrapa y no te deja despegar la vista. Por eso andas melancólico con esos recuerdos y esas ensoñaciones. Con todas esas voces que te hablan dentro de tu cabeza. Pero espabila, muchacho. Hay una mujer en la radio que te está esperando.

Pero déjame que te remate, Tiresias, ya puestos a desovillar la madeja de la memoria. Cuando entré a esa taberna de Puerto Rey, más henchido que un pavo real haciendo la rosca por el hecho de haberme subido a esa piedra, me tomé un chato. Até el ramal del burro a la reja de la ventana y, como un señor, di las buenas tardes y pedí el vino. Blanco, fresquito. Con unas *alcahuesas* de aperitivo. Estaba en Toledo y a medio vaso, salí y crucé la calle, sólo por el gusto de acercarme a Cáceres. Y allí me tiré un rato bueno, recreándome en mi decisión y en mi hazaña de haber llegado a los confines de mi provincia y de saltarme de cuatro zancadas a otra. Cuando volví a mi vino y a la cháchara, pues el ambiente en la tasca era agradable y campechano, un cochecillo aparcó en la puerta. Fíjate, Tiresias, si ahora hay pocos vehículos por aquí, imagínate en aquella época. Tú no habías nacido siquiera. A mí me llamó la atención, pues si te soy sincero, no había visto muchos coches. Caballerías todas las que quieras, que de chico me tocó muchas noches dormir con ellas en los pesebres, pero coches más bien pocos. Te puedo dar los datos exactos, porque todo lo que concierne a esa escapada donde me desvirgué como viajero antes de ir a conocer el pantano del Cíjara, los tengo grabados en la memoria a fuego. Igual que esas marcas que ponen a los becerros con un hierro incandescente. El coche era uno de esos coches huevo, chiquitillo. Un *Seat 600* de color verde. Sería de los primeros que sacaron a finales de los 50. El caso es que descendió un hombre calvete, de pocas chichas, con unos guantes de rejilla en las manos, que deduje serían para conducir el aparato. Sin lugar a dudas, pensé, un aparejo imprescindible para el pilotaje. Bajó renegando de Dios y del diablo, porque el coche, que llevaba el motor detrás, no paraba de echar un humo blanco. Por lo visto, según explicó luego, el motor se calentaba. Y maldecía de los ingenieros que lo habían fabricado porque ¿A quién se le ocurre colocar el motor detrás en vez de delante? Razón debía de llevar el buen hombre porque, desde entonces y mira si han pasado años, siempre que veo un coche me fijo en dónde lleva el motor y todos lo llevan delante. Motor delante y el culo o escape detrás, como todos los animales. ¡Claro, padre, al frente, para que según marcha a velocidad se airee y se refresque! ¡Joder con los peritos!, iba diciendo. Palabra que también me llamó la atención, pues hasta ese momento siempre había oído decir périto. Te aseguro, Tiresias, que el tipo era un hombre listo. Se notaba por sus movimientos y su desenvoltura al hablar. Luego ya en la taberna se presentó y dijo llamarse don Rafael y que era maestro. Antes, había sacado a la señora y a una recua de muchachos del coche. No te lo creerás, hijo, pero te aseguro que no miento. Del coche salió la señora, muy guapa y muy bien vestida, a la que llamaba cariño y María Josefa, el abuelo y seis muchachillos.

Salían como gazapos de la madriguera, uno detrás de otro, sudando, con los pelos alborotados: uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Todos detrás con el abuelo. No me explico cómo cabían ahí dentro. Chico, igual que un juego de esos de magia que sacan palomos, conejos, pañuelos, de la chistera. Lo vi una vez de chico en un circo ambulante que vino a Anchuras, con un oso encadenado y un camello sarnoso. El abuelo, de aire señorito, con su pelo blanco, garrota y sombrero, explicó a la concurrencia que escuchaba atenta, que procedía de un pueblo de Badajoz que llaman Las Casas de don Pedro. Ese era su destino, Las Casas del tío Perico, como repitió el vejete para reírnos. Yo me había acabado mi chato y me disponía a marcharme, pero don Rafael, en un gesto de generosidad inaudito, invitó a toda su familia a unos refrescos y a toda la parroquia allí presente. No éramos muchos: más de tres y menos de cinco. Por no hacerle el feo y porque el hombre no paraba de hablar, me puse a su vera para escuchar su relato. Por lo visto, venían de Torrijos, un pueblo muy nombrado junto a Toledo. Habían parado en Talavera a comprar unas ropas a los chavales, en las galerías Mary, y enfilando la carretera de Badajoz, aunque a ranchos era camino de polvo y piedras, el coche empezó a calentarse. No era sorpresa, pues con tanto calor y la mucha carga, era la manera de protestar del vehículo. Sin disgustarse, sin problemas, explicó don Rafael a su familia: a grandes males, grandes remedios. Paró, sacó su garrafa de agua y, dejando que se enfriara un poco el radiador, echó la mitad. Continuaron la ruta, con un calor del infierno, y a los veinte kilómetros se calentó de nuevo. Por lo que el piloto procedió con el mismo remedio. Lo peor es que el agua de la garrafa se había agotado. Siguieron su camino y viendo el buen hombre que el remedio, la garrafa, se había consumido, iba mirando y mirando esos campos baldíos para localizar un pozo. Y quiso Dios que topara con uno. Quizás puesto milagrosamente por el Altísimo en ese preciso momento, apiadado por las fatigas y las calores de esos chiquillos. Ató la garrafa a una cuerda a la que tuvo que añadir su cinto por la mucha profundidad y escasez de agua, la introdujo en el pozo y la llenó de un líquido anaranjado. Ferruginoso, dijo él, que se aproximaba en su liquidez al agua. En los veinte kilómetros siguientes ya había gastado la garrafa. ¡Qué fatigas, Señor! Cómo no



cabrearse con esos ingenieros. Con el coche humeando como un cohete, consiguió llegar hasta La Nava de Ricomalillo. Nombre curioso para un pueblo. Se metió en un camino, se apeó con su garrafa y se dirigió a una de las casas del pueblo. Llamó, pidió agua y ¿sabes lo que le contestaron, Tiresias? Que de agua nada, ni una gota. Que había mucha sequía y estaban muy escasos. Llamó, con más educación y respeto si cabe, a una segunda y a una tercera, obteniendo la misma respuesta. Incluso más dañina: Estamos hartos de que paren los forasteros en La Nava de Ricomalillo a pedirnos agua en verano. Esto es un secarral, un desierto, y no podemos estar regalando el agua. A mí, dijo don Rafael echándose a la boca su tercer chato de vino, pues estaba animado y contento con la atención del auditorio, se me saltaban las lágrimas. A punto de darme un arrebato con esa mala gente, me llegué hasta el ayuntamiento. Igual que digo una cosa, digo la otra: apareció el alguacil, le conté el sucedido, me llevó a su propia casa y me llenó la garrafa de agua. Un buen hombre, es verdad. Pero uno de cuatro. Que ya sé yo por qué se llama el pueblo del Rico Malillo. Por algún antepasado de esos ruines. Malo no, peor. Tacaño no, avariento. Como son todos los ricos: codiciosos y malos. Ricos Malillos. Entonces intervino el dueño del bar, que se llamaba tío Cáliz, para decir: Pues aquí, don Rafael, lo que nos sobra precisamente es agua. Viene una naciente del pueblo vecino, Las Minas de Santa Quiteria, y sobra agua. Esas aguas que van luego al Guadiana para llenar el pantano del Cíjara. Si no fuera por esas chorreras ¿quién iba a llenarlo? Así que deme usted esa garrafa y dos más que le voy a dar de repuesto, pues me sobran del vino *a mámaro*. Pero déjeme contrariarle, don Rafael, en lo del nombre. Que siendo merecido a

esos bellacos el calificativo que usted dice de avaros y *guarduñas*, el origen viene de Rico Oro Amarillo. Fijaos bien, añadió, reclamando la atención de la audiencia: Las Navas de Rico–malillo son Las Navas de Rico Oro Amarillo. Si lo pronuncias deprisa deprisa, te sale. Por lo que todos los presentes, incluyendo a los niños, al abuelo y a mí mismo, no parábamos de repetir las palabras, hasta que convertíamos Rico Oro Amarillo en Ricomalillo. Es tanta la verdad, don Rafael, que lo mismo usted por ser maestro lo ha leído en algún libro, que existen allí unas cuevas y unas ruinas de un antiguo pueblo minero. Abandonado y remoto. De los romanos, según cuentan. ¿Queréis saber qué mineral sacaban de esas minas? ¡Oro! Lo sacaban de las piedras de cuarzo, donde estaba incrustado. Oro, mucho oro y de gran calidad. Sí, querido Tiresias, La Nava de Rico Oro Amarillo. ¿Quién te iba a decir a ti y a mí, que vivimos sobre unas minas de oro? Esta tierra que nos maltrata y a la que tanto cuesta sacarle una hogaza de pan, resulta que sus piedras están cargadas de oro. Desde que escuché esta historia, hijo mío, cuando veo brillar una de esas piedras de cuarzo, esas blancas que parecen cristales, la cojo, la machaco, para sacar el oro que pueda llevar dentro. Todavía no lo he encontrado, pero no pierdo la esperanza. A ratos pierdo la fe en Dios, pero jamás he perdido la ilusión de dar con una de esas piedras. Cualquier día de estos tropiezo con una y otra al lado y otra más. Me lío a cavar y a cavar y topo con la mina de oro. Sol del oriente, Tiresias. Oro en el sol, oro en la tierra.

Al llegar a la casa, ya entre dos luces, y ordeñar las cabras, Tiresias no se baña. La limpieza del otro día le dura y le basta. Su única concesión es cambiarse de ropa. Hoy no hay mutismo, pues ha de contar en la cena la aventura de los corzos. ¿No me digas que no salieron corriendo como diablos? No, madre. Avanzaron unos pasos y al piar de una *mielra* se asustaron y se vinieron a mis pies. Hasta que no di unas palmadas no salieron atacando. Corrieron hasta el testero, al otro lado del arroyo y ¡cosas de la naturaleza!, igual que hiciera la madre, se pararon en seco a mirarme en el mismo sitio. Di otras palmas y ya sí que si te he visto no me acuerdo. Menuda experiencia, hijo, que lo que no enseña esa sierra no lo enseña *naide*.

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. ¿Qué tal habéis pasado el fin de semana? Largo fin de semana para alejarnos y para luego, de lunes a jueves, unirnos de nuevo. Juntarnos en el sonido de la radio. Sophia Bayker, la voz amiga que te habla. Para hacerte confidencias, para enamorarte, para contarte mil secretos. Para escuchar la mejor música de la radio, para aprender cada día cosas nuevas, temas

interesantes y diferentes, para escuchar las historias que nos cuentan los oyentes. Historias cargadas de vida. Más amigos ya que radioyentes, porque compartís conmigo las mejores horas del día. Esperando que acabe, que se apaguen las luces del cielo, que se echen los telones, que se acueste el sol para acudir a nuestro encuentro. Lo mejor de tu vida, amor mío, es esta cita de la radio que tienes apalabrada conmigo. Con tu Sophia Bayker, esa que Desde la Distancia… Te quiere. Esto es el 96.4 de la FM. Las ondas te llevan mi voz y tú me traes tu alma, tus caricias secretas, tus pensamientos. Mientras suena esta canción, os pregunto: ¿Sabéis adónde van a parar las nubes de algodón que se lleva el viento? Esas nubes que me recuerdan a las nubes azucaradas de la feria que mi padre me compraba de pequeña? Dime: ¿Adónde van esas nubes algodonosas que me gustaría atrapar con mis manos para llevármelas a la boca? Tú que eres tan alto, tú que eres un atleta de los saltos: ¿Puedes alcanzarme una?

¿Hola? ¿Holaaaaa? ¿Estás ahí? La llamada se ha cortado. No, no, no se ha cortado, dice Tiresias cuando las palabras se han ahogado en su garganta. Pero reacciona y se salva. Sí, estoy aquí escuchándote. Perdona, casi te colgamos. Cosas de la telefonía y de la radio. Me dicen que te llamas ¿Tiresias? Es un nombre, digamos… muy original. Es la primera vez que lo oigo en toda mi vida. Soy joven, una muchachilla ciertamente, nunca os diré mi edad, pero es raro que a mis años no lo haya oído nunca. Después el muchacho carraspea, tapándose la boca para que no le oiga Sophia, para desenganchar las palabras de espino que se han quedado ahí clavadas. No sabría explicártelo bien. Sólo sé que mi madre, cuando estaba a punto de parir, dos días antes del parto, soñó que se le aparecía una especie de hechicero o mago para decirle: El hijo que vas a tener se llamará Tiresias. Poco más puedo contarte. Yo tampoco lo he oído nunca; ni nadie, aunque trato con poca gente, ha sabido decirme ni lo que significa ni de dónde procede. Pues que sepas, Tiresias, que uno de mis colaboradores ya lo está investigando en la maravillosa biblioteca que tenemos en esta radio. Pero ya te digo que me interesa mucho eso que cuentas de magia y encantamiento. Soy muy bruja, lo he dicho muchas veces, y ese sueño de tu madre me parece atractivo a tope. Tu madre sueña un nombre… y se lo pone a su hijo. Un nombre que nunca ha oído, pero, como el hombre de Bagdad, cree en los sueños y se lo regala a su ser más querido, a su propio hijo. ¿Porque sois más hermanos, Tiresias, o estás tú solo? Sí, sí, soy el único; y como mis padres son muy mayores, seguiré siéndolo sin remedio. ¿Y por qué dices que tratas con poca gente? ¿Desde dónde nos llamas? ¿Otro desierto? ¿Tú a qué te dedicas, Tiresias? Os llamo desde una aldea de

la sierra que se llama El Enjambre y soy pastor. Pastor de cabras, un rebaño de cien cabezas de ganado. ¡Pero bueno, Tiresias, qué alegría y qué sorpresa, que nos llame un pastor de la sierra! ¿Por dónde cae eso del Enjambre? ¿No sé si me escuchaste la otra noche hablar de las montañas? Pues yo te escucho cada noche en la radio. La radio para mí es la vida, el aire que respiro, la que me quita tanta soledad. Pero justamente esa noche no pude oírte porque estaba intentando conectar con vosotros y no me lo cogíais. Llamaba y llamaba sin parar y nada. Hasta que se acabó el programa. Por eso digo que no me enteré de lo de las montañas. Aquí no somos tan finos y no las llamamos montañas, las llamamos sierras. Sierras, *riscaleras*, gargantas, angosturas, rehoyas y morras, collados y cuerdas Y las llanuras en alto que les decimos rañas. *Venaos*, corzos, *jabalines*, linces y zorras, garduñas, jinetas, meloncillos y tejones, que esos bichos son mi compañía. Estoy alucinando, Tiresias, amigo. ¡Qué despliegue de naturaleza! ¿Es que no hay gente? Bueno sí, están mis padres, como te he dicho, con los que vivo. Tenemos una mula que se llama Candela por el pelo colorado y dos perros, el Corbato y la Trujillana. También unos vecinos con los que no nos hablamos. ¿Qué quieres que te diga, Sophia? En El Enjambre vivimos sólo dos familias y no nos hablamos. No me preguntes, yo tampoco me lo explico. Ni siquiera mi padre sabe la causa de la enemistad. El Enjambre es una pedanía que depende del ayuntamiento de Anchuras, en las estribaciones de los Montes de Toledo, rayando con Extremadura. Y si hablas de naturaleza, aquí tienes toda la que quieras, porque el pueblo está encajonado en una Garganta de agua en el sopié de la sierra de Altamira. Jaras, lo que más abunda, cornicabras, acebuches, brezales y retamas, algún mirto, durillos, romeros, espliegos, almoradujes, lavanda y mil tomillos, si nos referimos a la flora chica. De la grande ni te cuento: encinas, coscojas, alcornoques y quejigos, abedules, acebos, tejos, madroños y robledales en lo más alto; y en los bajos y arroyos, fresnos, sauces, álamos y almeces. Ahora están preciosos, con mil colores que trae el otoño, Sophia. Me estás dejando, Tiresias, con la boca abierta. ¡A–no–na–da–da! Y entusiasmada. Tú eres una mina, Tiresias. Otro fichaje para mi programa de radio: Tiresias, el hombre del bosque. Eso de los vecinos es increíble y me lo tienes que explicar despacio. Pero, por meternos directamente en esas sierras: ¿Puedes contarme qué has hecho hoy a lo largo del día? Entonces Tiresias, totalmente calmo, afianzado ya en el manejo del teléfono y del corazón que le late con normalidad, ha explicado paso a paso lo que aquí ya fue relatado: El ordeño, el aparejo de la Candela y los corzos, el careo de las cabras, la subida a esa cuerda para soltarlos, la belleza del otoño en la sierra y la sorpresa de los animales que no querían marcharse por el miedo a su libertad. ¿Sabes, Tiresias, querido amigo, que las llamadas a este

teléfono a ti no te cuestan? ¿Que corren de nuestra cuenta? Te lo digo y lo repito a todos los radioyentes para que se animen a llamar. Son muchas las llamadas, somos conscientes. Y os pedimos disculpas por no poder atenderos. A ti, Tiresias, te lo digo de manera particular, esperando que no se pongan celosos tus compañeros radiofónicos, porque no es la última vez que vamos a hablar contigo. Si quieres y nos autorizas a llamarte nosotros. Esta noche, Tiresias, es la primera vez que hablamos, pero te aseguro que no va a ser la última. Ni mucho menos. ¿Sabes por qué? Porque me has enternecido. Porque nadie como tú me ha transportado, a mí y a los radioyentes, a esas sierras de hojas caídas. Hojas multicolores que hace volar el viento del otoño, igual que tú has hecho volar nuestra imaginación. Gracias, Tiresias, oírte ha sido lo mejor que me ha pasado en muchos meses. ¡Es tan bello lo que nos cuentas! Esa preciosa historia del miedo a la libertad. ¿Me dejas que te haga un regalo, mientras suena esta canción? Espera ahí, no te vayas, pues pronto vas a saber el origen de tu nombre y quién era ese mago que se le apareció de noche a tu querida madre.

Tiresias es un nombre que viene de la mitología griega. Tiresias fue un adivino ciego que vivió en la ciudad de Tebas. El mismo adivino que se le apareció a tu madre en sueños. Tiresias, adivino y ciego, padre de Manto y Dafne. Fue Tiresias el que ayudó a Edipo a descubrir el enigma de la Esfinge que un día contaremos en este programa. Existen dos versiones sobre su ceguera, a cuál más terrible y bella. La primera versión cuenta que la causante de su ceguera fue la diosa Atenea que lo castigó por haberle sorprendido, siendo un adolescente, espiándola mientras la diosa se bañaba desnuda. Herida en su pudor y en su castidad inmaculada, se acercó al joven indiscreto y poniendo sus manos de diosa sobre sus ojos le dejó ciego. Pobre Tiresias, queridos radioyentes. Sed sinceros: ¿Quién, de joven, no habría espiado a la diosa bañándose desnuda en la fuente Hipocrene del Monte Helicón? Incluso jugándote la vista ¿Ninguno? ¡Qué falsos, qué mentirosos! ¡Con las hormonas desbocadas y sin mirar a esa diosa! ¡*Ja ja ja*, no me lo creo!

La otra versión es más enrevesada, pero preciosa también y más, no sé cómo decirlo, más ardiente. Caliente, caliente, porque nos dará mucho que hablar. Resulta que Tiresias, podías haber sido tú mismo, pastor del Enjambre, sorprendió en el monte a dos serpientes apareándose. En un impulso, cogió su bastón, las separó y se lió a golpazos con la hembra hasta que la mató. En castigo, el joven Tiresias se convirtió en mujer. Pasados siete años del suceso, volvió a encontrase con otras dos serpientes y, actuando del mismo modo, las golpeó matando esta vez al macho. Motivo por el cual, volvió a

convertirse en varón. Este milagroso acontecimiento provocó que cuando los dioses Zeus y Hera tuvieron una discusión acudieran a él para recibir su opinión. Quieras o no, él había sido unos años mujer y otros hombre. Esa doble experiencia, esa dualidad, ayudaría a los dioses a hallar la solución de su disputa. Preparaos, porque el motivo de la discusión puede sonrojaros. Os garantizo que lo abordaremos un día, aunque se bloquee la centralita con millones de llamadas. ¿Por qué discutían la pareja de dioses que mandan en el Olimpo? Os lo digo: discutían muy acaloradamente por saber quién experimentaba más placer sexual: los hombres o las mujeres. ¡La que vamos a liar, Tiresias… por tu culpa! Por eso acudieron al adivino *mataculebras*, para que hiciera de árbitro y pronunciara su sentencia. ¿Y qué dijo Tiresias? Pues habló muy sabiamente diciendo que el hombre experimenta una décima parte del placer sexual del que goza la mujer. Entonces, Hera, muy enfadada por haber revelado su secreto y el de todas las mujeres del planeta, le castigó dejándole ciego. ¡Menudo castigo, por decir una verdad como un templo! Sin embargo, el dios Zeus, tan generoso, le otorgó el don de la profecía y de la longevidad. Vivió muchos años, adivinando el futuro, pero con sus ojos muertos.

¿Qué te parece, Tiresias, te ha gustado el regalo? ¿No crees que quien se le apareció a tu madre embarazada fue el propio adivino que reclamaba su nombre en un niño? Entonces Tiresias, el pastor, quiso contarle que él estaba también un poco ciego, con el problema de sus gafas. Pero no se atrevió, tuvo miedo. El gozo era tan grande por ese encuentro triunfal con Sophia que prefería no hablar, ni contar más para no estropearlo. Placer y miedo. Una maravillosa combinación para seguir acariciando –de manera tan especial tras su encuentro en las ondas– toda la noche a esa mujer de la radio. Mujer mitad de verdad, mitad de ensueño.

Otro milagro de los panes y los peces, Remigia, sin ser dioses: convertir el néctar de las flores en miel. Anda, pregunta a las abejas, animales sin estudios, en qué laboratorio les enseñaron a fabricar la miel. Chupas el néctar de esas flores que compiten con sus colores en llamar la atención, lo transportas en tu vientre, lo metes en la celdilla de cera que te corresponda y en un tiempo, cuando el azúcar pierda la humedad, se habrá convertido en miel. Lo explica el tío Jacobo cuando aparece con su hijo cargados con las dos banastas de miel. Mira, Remigia, vienen a reventar de torteles. Esta es la fiesta del Enjambre, nuestra patrona, la Virgen de la Miel. ¿Sabes que antes de que existiera Anchuras ya existía una aldea de chozos donde se habían asentado los colmeneros en busca de la miel? Esa aldea se llamaba La Nava de los Enjambres. Luego se quedó sin Nava, sin escuela y sin gente. Sólo nosotros, ya viejos, agonizantes, a punto de desaparecer. Nos queda la miel y esta patrona que acabo de inventarme. La fiesta de cosechar este oro líquido que llamamos miel. Panales, de pan. Esa sí que es una palabra bien puesta. El que se la puso, sabía de lo que hablaba y entendía el oficio. Panes de miel, panales de trigo. Una borrachera de miel, mujer. Un manjar exquisito como si no hubiera sido creado para las bocas desdentadas de los pobres. Los desgraciados que no merecen tanta dulzura en sus vidas. Y sin embargo, mira, Remigia, el festín que nos regalan esas abejas. Las abejas que vienen con su trompa y su néctar a hacer justicia entre los hombres. Lo que no hace ni Dios, lo arreglan unos humildes insectos. Oye, Jacobo, me tienes muy harta. Que tú no creas en Dios o que creas a medias, sólo cuando te interesa, no te da derecho a estar continuamente lanzando pullas. Que si el milagro de las cabras convirtiendo la hierba en leche, que si el milagro de las abejas trocando las flores en miel… Pero no ves, pedazo de animal ignorante, que todas esas criaturas las ha creado Dios y el mérito es suyo. ¿No te da vergüenza faltar al respeto al Señor de esa manera? ¿Acaso no tienes temor a que en cualquier momento te lleve y tengas que estar dando ahí arriba demasiadas explicaciones? Abajo, Remigia, abajo. No te preocupes que yo voy derechito abajo. A los hornos del infierno. Cuando veo aparecer cada mañana esa bola de fuego y luego a la noche me quedo embelesado mirando el firmamento, sé que hay Dios. Un Dios poderoso y bueno. Un artista para sacar de sus manos tanta belleza. Pero cuando observo la vida tan arrastrada que llevamos los hombres de estas sierras, digo que no puede haberlo. No puede haber Dios que consienta tanta injusticia. Y demos gracias, Remigia, porque a nosotros no nos falta un pedazo de pan que llevarnos a la boca. Sea pan, leche, miel, queso o un puñado de higos.

Es una sartén gigante, de casi un metro de diámetro, ya abandonada tras un centenar de años de lumbre y guisos. Más negra que un tizón por el bajo y por arriba desportillada y llena de abollones. Con ella, el tío Jacobo se ha fabricado un filtro para miel. Una vez que la Remigia la desechó y se la ofreció a su marido, pues aquí no se tira nada como ya fue mil veces dicho. El laboratorio del tío Jacobo. Esta sartén, Tiresias, es el mejor regalo que me ha hecho tu madre en la vida. Tras raspar y fregar el culo arrancando parte de la capa negra, le había quitado los bollos y agujereado con un buril hasta dejarla como un colador. Más de doscientos agujeros, ni muy grandes ni muy pequeños. El tamaño justo para que la miel destilada de los panales fuera goteando por los orificios hasta caer en el bidón, sin que entrara la suciedad de alguna abeja muerta, ni trozos de cera ni otras impurezas. Porque la sartén, de ahí las alabanzas como regalo perfecto, encajaba impecablemente por encima del bidón. Así iban cayendo sus gotas, con una lentitud pasmosa y a la vez permanente. Una lluvia de oro, con sus gotas gordas y lentas, casi suspendidas en el vacío, similares a las que sueltan los higos maduros. Una gota de oro y miel. Medio flotando en el aire por su trasparencia y belleza. Una lluvia mágica de doradas estrellas. Mira, Tiresias, basta con colocarla encima del bidón e ir poniendo los trozos de panal encima. Los colocas primero boca arriba y con el punzón vas rompiendo el tapón de cada celda, liberando la miel. Una a una, rompiendo esa puertecilla. Luego das la vuelta a los trozos y la miel saldrá sola, por su peso. Para que el panal se vacíe bien, calientas estos dos cuchillos en el fuego y te lías a hacer cortes y más cortes, trinchando, hasta desmigajar los torteles. Te resultará sencillo, porque con el metal caliente en cuanto los tocas se derrite la cera dejando salir la poca miel que ya queda. Es un proceso lento, Tiresias, como todo lo bueno de la vida. Un destile pausado. Un regalo para los hombres de la sierra. Los mantienes ahí varios días o semanas. Igual que se deja caer sobre los árboles la lluvia. La llovizna que cala. Hasta que ese cielo amarillo de cera suelte todas sus brillantes gotas de miel.

Acabada la extracción, pones a calentar una perola y echas los restos que han quedado de los panales troceados. Es cera, Tiresias, y con ella haremos velas. Pero está sucia. Cuando el agua hierva lo echas todo y lo dejas que cueza un buen rato. Así, se separará flotando la cera de las impurezas. Luego sacas la perola al patio para que se enfríe; sin prisa, por lo menos un día. Así podrás ver otro milagro, en este caso de la naturaleza y de la ciencia, entreveradas. La cera se habrá solidificado, amarilla y fría. Aunque se haya pegado la suciedad en la parte baja, sólo tienes que rasparla y saldrá sencillamente. ¿Y las velas, padre? Las velas, Tiresias, que dan mejor luz que esas bombillas

que nos traerán la ruina, se fabrican en un santiamén. Acerca la caja de corcha con las herramientas y busca dos juegos de cañas que hay dentro, uno más grueso y otro más fino. En la tienda de la tía Emilia te venden una bobina de cordón de mecha. Las cañas, como verás, están partidas por la mitad y en una de las piezas, mira en esta, hay una hendidura en cada extremo para meter el trozo cortado de mecha. Haces un nudo en cada punta y la colocas bien tensa, en medio de la caña. Después calientas la cera en esta lata y tras unir las dos partes de la caña la viertes dentro, colocada en vertical hasta que rebose, igual que un canuto o vaso. Cuidado no te quemes, muchacho. Aguantas unos minutos para que se enfríe y se endurezca, separas las cañas y ya tienes tu vela. Para que su olorosa luz de abeja alumbre tus ojos frágiles y heridos.

Madre, cuando tenga usted un rato tiene que cortarme el pelo. ¡Un rato, un rato! Ahora mismo, Tiresias, que desde hace meses vengo diciéndote que hay que cortar esas melenas y ahora que me lo pides no me voy a hacer la remolona. Dejo la olla en el fuego y en un hervor está lista la cena. Vamos preparando una toalla limpia, el peine, las tijeras y la silla baja de anea. Y el espejo, madre, para ir mirando y decirle cómo lo quiero, pues ya no me fío de su vista. *Joé*, Tiresias, si te parece mejor, los ojos los pones tú. Verás cómo no protestas con el resultado. Que cada día que pasa te vas acercando más a tu padre. En las quejas, me refiero. Y en lo presumido. Anda, siéntate aquí a la luz, que voy humedeciéndote esas greñas. El cómo lo quiero da poco juego, pues de lo que se trata es de cortar el cabello. Agarrar esa melena y darle un tijeretazo. Igual que a las crines del mulo.

Cuando llega la hora de la cena y el Tiresias se sienta en la mesa ya es otro. La melena que le caía más de una cuarta por la nuca y por encima de las orejas ha desaparecido y ahora muestra su cabeza despejada que hacía mucho tiempo nadie veía. Clareada y limpia, igual que las rozas del monte. Eso sí, llena de asimetrías y trasquilones. Por lo que el muchacho se mira y remira en ese espejo, estira un mechón para un lado, intentando tapar una calva que deja a la vista el cráneo o recolocando el flequillo cortado en sierra. Su figura, su rostro, han ganado en lustre aunque aparente venir de una guerra o de una pelea. Contento por el alivio de quitarse esos pelos, pero escéptico por lo que le dice el espejo: ¿Imaginas que te viera así Sophia?

Si estando ya coronado en ese alto de la sierra, Tiresias, te hubieras volcado al otro lado, llegarías a Piedraescrita. Sé que ya te lo he dicho, hijo, pero déjame que insista en ello por la curiosidad de lo que vengo a contarte. ¡Cosa de magia también! Las aguas que caen de

este lado de la sierra, la nuestra, van al Guadiana; las que caen del otro, es decir del norte, van al Tajo. Por encima de Piedraescrita hay unas nacientes que sueltan unos chorros más gordos que mi brazo, dando origen al nacimiento del río Jébalo. Según dicen los antiguos, el nombre significa río de los *jabalines*. La aldea está justamente situada en lo alto de un collado, con una iglesia muy nombrada por su azulejería talaverana, y lo más curioso es que está construida exactamente en la divisoria de las vertientes de la sierra. De manera que las aguas que caen al tejado del norte van a parar al Jébalo y luego al Tajo y las del tejado del sur al Guadiana. Para contrariar, muchacho, a esos que dicen que nunca llueve a gusto de todos. Pues en este caso, para no discutir, llueve para dos lados. ¿Qué inteligencia no tendría ese *périto* de la arquitectura para construir la obra más curiosa de estas sierras, Tiresias? Pero la historia que hoy te traigo no acaba aquí. Quizás te hayas preguntado por qué se llama ese pueblo vecino Piedraescrita, si aquí, salvo el cura, el alguacil y el alcalde, nadie sabe escribir. Que no creo yo que cuando antaño, hace siglos, pusieran ese nombre a la aldea, los habitantes de esos montes fueran menos analfabetos que nosotros. Porque si así fuera, es que la historia va a la contra, al revés, y el progreso no existe. Te lo voy a explicar, hijo mío, y lo vas a entender bien porque tú conoces sobradamente esas piedras que dicen fueron animales marinos y que aquí las llamamos cantos *rayaos* y crucianas. Yo no acabo de creérmelo, muchacho, pues sólo creo en lo que toco y veo y lo que no veo o toco al menos me lo imagino. Pero es que en este caso mi cabeza no da para imaginármelo. Dicen los sabios que después de crear el Señor estas sierras, el agua del mar las inundó. Tanto, y esto es lo que no me cuadra, que quedaron sepultadas en el fondo del mar. Ese mar estaba lleno de bichos y de peces, que pienso yo que se alimentarían de todas esas jaras y brezales. Luego, según cuentan, las aguas se retiraron como con el milagro de Moisés y en el fondo de cieno quedaron presos todos los animales. Cuando se secó el cieno, esos animales se petrificaron. Vamos, que se convirtieron en piedra. Algo de verdad debe de haber, padre, pues no es normal que esos cantos rayados que encontramos y guardamos en un bote tengan forma de chirlas y de mejillones. De cangrejos algunos también, Tiresias; cangrejos de tres cuerpos que les dicen trilobites ¿Pero tú crees que en ese cieno pudieron convertirse los animales en piedras? ¿Tú crees, hijo mío, que estas sierras, con lo altas que son y lo lejos que está el mar, pudieron estar cubiertas de agua? ¡De ser cierto, es cosa más de brujería que de ciencia! ¿Y qué pasó en Piedraescrita con el nombre, tío Jacobo? Resulta que en el pico más alto por encima del pueblo que llaman cumbre de Las Moradas hay un risco. Y en el risco, grabado en el suelo, un gusano de más de siete metros. Gordo como tu cuello.

Cuando lo ves por primera vez y sin conocer este cuento, te llevas un susto de muerte, pues crees que es una culebra gigante que se retuerce en el suelo antes de devorarte. Un monstruo, una culebra descomunal escrita en la tierra. Escrita en la piedra. Los primeros hombres que la descubrieron, Tiresias, probablemente pastores como nosotros, acababan de encontrar el nombre para su pueblo: Piedraescrita.

La tarde que el tío Jacobo y el Tiresias fueron a Anchuras, principalmente a entregar una carga de quesos, sacar dinero del banco y a planificar el futuro viaje del muchacho a la capital a por unas gafas nuevas, era domingo. La tía Remigia se había hecho cargo del ganado y de la hacienda bajo la promesa de que en ese viaje a la capital participaría ella. Sin problema, Remigia, iréis tú y el Tiresias. Que no es que me desagrade que te marches, es que me da placer verte envuelta en ese viaje por los muchos años que llevas encerrada en El Enjambre. En la expedición a la capital tú serás la guía y la sargenta.

¿Banco y domingo? Pues sí, ciertamente. En las ciudades estarán cerrados, pero aquí no porque los horarios laborales están a disposición de la sierra. Está abierto, además, porque el banco es un armario que tiene el señor Casiano, cerrado con llave y candado, donde guarda las cartillas de los parroquianos. Dinero poco, para no correr riesgos. Y porque el gasto y el haber de esas cartillas son escasos. Si alguna vez se necesita una cantidad importante por un trato de ganado, una compra de tierras, una casa o un caballo, el señor Casiano da aviso al banco del Horcajo, que ya no es un armario sino un local en condiciones, y se lo tienen preparado en un sobre. Para ir al banco de Anchuras, basta con acercarte, sea lunes, domingo o festivo, a casa del señor Casiano y dar en la puerta, siempre cerrada por precaución, unos buenos aldabonazos. Enseguida se alzará la persiana de la ventana del salón, que al dinero le va mejor la oscuridad que la mucha luz, y el señor Casiano te preguntará asomando el hocico si vienes al banco o al butano. Pues, entre otros muchos oficios o menesteres, también lleva el despacho del butano. En cuanto reconoce la cara del tío Jacobo, ya sabe que vienen a cosa de cuartos y no a butano, pues es el enemigo más acérrimo de ese gas anaranjado. Y no creo que vengan a temas de seguros o defunciones, que también son asuntos suyos, porque lleva los cupones de Santa Lucía, es decir, la cosa de los muertos. Pocos, pero inevitables. Si pagas el cupón, Santa Lucía y el señor Casiano se ocupan de todo el asunto mortuorio: mortaja, ataúd y velatorio. Hasta unas flores te ponen, eso sí, de plástico; pero que dan el pego tan ricamente y duran más que el muerto. Otra amarga paradoja de los hombres y mujeres de esta sierra: vivir y amar ese bosque sagrado para reposar eternamente

debajo de unas rosas de plástico. La sepultura corre por el ayuntamiento, es decir por Aquilino, alguacil y sepulturero. Pues recibiendo la única nómina del consistorio, más le vale ejercer todos los oficios que sean menester. Un hombre muy servicial y muy respetable el señor Casiano, que lo mismo hace a dineros que a muertos que a butano. Aunque por una vez no estuviera en casa y, por tanto, no pudiera asomarse a la ventana, por lo que los pastores regresarían una hora más tarde. Hasta que remataran el otro asunto que nada tenía que ver ni con cuartos ni con quesos. Mucho menos con muertos.

Habían elegido el domingo porque el tío Jacobo quería dar una sorpresa a su muchacho. Venía de cumplir los veintiséis años y se merecía un regalo. Un regalo inesperado y a la vez de buen tino, pues conocido era ya por su padre el amor que sentía el muchacho por las historias del campo. Por las historias en general. Resulta que en Anchuras, todos los domingos, mientras los más jóvenes y los niños se iban al baile, los viejos se juntaban en la taberna de la tía Frasca. Una buena taberna, que casi se podía llamar bar o restaurante. Pues era un negocio que cerraba el círculo de la demanda de la hostelería. También si me apuras del hospedaje. Lo suyo era servir chatos de vino o botellines de cerveza, aguardiente a las mañanas, pero también daba de comer u ofrecía cama al que lo pedía. Los tratantes de ganado y de las fincas, los mieleros de la Alcarria, el señor Conrado de las pieles o los veterinarios.

Cuando digo se juntaban en la taberna es que no cabía un alma. La cosa empezó floja, pero en cuanto se corrió la voz, la audiencia fue a más y a más. Acudían a escuchar al tío Deogracias. Un hombre que fue guarda de joven en Candilejos y cuando se cansó de las humillaciones de los dueños, porque le trataban peor que a uno de los perros de la rehala, los mandó a tomar viento fresco y se fue a Madrid. En su mezquindad y codicia por la caza llevaban un tiempo acusándolo falsamente, pues era un hombre honesto, de que les sisaba alguna cierva. Una acusación muy grave para un guarda. La peor que se le puede hacer al responsable de vigilar la caza, pues era un trueque muy vil: ya no eres guarda, ahora eres un ladrón de la fauna. Un día se presentó en el palacio del dueño y poniendo sobre la mesa la bandolera, el sombrero y el mosquetón con un puñado de balas, dijo: Sí, efectivamente, señorito, llevo toda una vida robándoles lo que es suyo; el agua de su lluvia, la nieve de su nevada y hasta el aire que respiro. Su puto oxígeno. Y dándose media vuelta, el ladrón de viento y agua desapareció de la finca para siempre. En la capital tuvo suerte y encontró trabajo de acomodador en el teatro de La Latina, donde pasó más de treinta años de su vida. Guardapolvos azul, gorra y

linterna, para colocar a los espectadores en sus butacas y luego, con la función comenzada, pasillo para arriba, pasillo para abajo, pidiendo silencio. Qué afición y qué amor tan grande no atraparía este hombre por el teatro, que se aprendió de memoria la mayor parte de las obras que representaban. Y cuando la memoria le fallaba, se lo inventaba. Sin que se notara mucho el parche. Si hubiera sido más joven, solía decir con cierta arrogancia, me habría hecho actor. Si no hubiera quemado lo mejor de mi juventud, hecho un esclavo de guarda con esos señoritos despreciables, me hubiera convertido en actor. Dramático, más que comediante. Aunque reconozco que la sustancia del actor sale mejor en la risa que en el llanto. Hacer llorar es fácil, pues las lágrimas brotan a la mínima que cuentes cuatro desdichas, pero sacar la risa es complicado. Los cómicos son unos valientes. ¿Te imaginas subirte a un escenario, empezar a contar chistes y bromas y que nadie se ría? Tú haciendo el payaso para el público y el público mirándote todos serios y silenciosos. ¡Eso sí que es un drama: los espectadores convirtiendo sin saber el porqué, la comedia en tragedia porque no les haces gracia! Con tantas explicaciones ¿quién podía dudar de que el tío Deogracias entendía el oficio? Cuando ya viejo le dieron la jubilación con una paguita no muy grande pero sí digna, regresó a Anchuras, el pueblo que nunca había abandonado. Y a su sierra que llevaba en el corazón y jamás había olvidado, a pesar de tener siempre la cabeza en la cosa de los libros y de la actuación. Oficio que merecía en esta ocasión el "señor" más que el "tío". Pero entendiendo que toda su juventud y parte de su madurez la pasó en el pueblo donde le endilgaron el "tío", ahora, por mucho que regresara de Madrid con una paga y presumiendo de ser medio actor, el "tío" ya nadie se lo quitó. Pero era todo un señor, un caballero. Un ejemplo de cómo las personas pueden mejorar y transformarse. En este caso, pasando de guarda huraño perdido en una casilla del culo del mundo a intelectual amante de la cultura, el teatro y los libros. ¡Grandiosa metamorfosis!

Los domingos, siempre a las seis de la tarde, abría un telón imaginario delante de sus parroquianos que se sentaban en los taburetes del bar y en las sillas bajas y tajos de corcha que traían de sus casas. Antes al bar nunca iban las mujeres, no estaba prohibido, pero sí mal visto. Si alguna traspasaba esa puerta era para enganchar por la pechera al marido *entorviscao*, porque se le había ido la mano con el aguardiente, para arrastrarlo a su casa a deshora y con la cena bien fría. Sólo hombres, digo, y no jóvenes, pues se iban, como ya se explicó, al baile. A ese baile, sin embargo, sí acudían las mujeres. ¿Con quién bailar si no? Pero según fue corriéndose la voz del éxito de las actuaciones o relatos que contaba el tío Deogracias, las mujeres

comenzaron a acudir a la taberna para disfrutar del espectáculo. Las únicas obligaciones que puso la Frasca fueron dos: la de traer asiento exceptuando a los forasteros, pues no iban a venir cargados con una silla desde vaya usted a saber dónde, y la de tomar una consumición por persona. Del primer requerimiento presumía el tío Jacobo, trasladándoselo a su hijo al que daba con el codo, pues por una vez en la vida tenían un privilegio. No sólo no debían traer silla, sino que les reservaban dos asientos delante. Un lujo, Tiresias, que jamás hemos recibido. Por lo que con alegría pidieron un buen vaso de vino y una gaseosa, mientras el bar se iba llenando de público alborotador.

El tío Deogracias, que había conseguido a última hora el sueño de dedicar su vida a la interpretación, rechazaba el dinero que le ofrecía la Frasca a modo de comisión. No Frasca, con que me invites a un chato me conformo. Yo lo hago por amor, no por dinero. Como un regalo para el pueblo que me vio nacer y crecer. Así me perdonáis los errores, que serán muchos. Si cobrara, ya estarían algunos de estos reclamando. Pero Deogracias era bueno actuando, muy bueno. Y mejor todavía componiendo historias, muy elaboradas, con un nivel en el lenguaje, cargado de descripciones y metáforas, que sería la envidia de cualquier escritor. Unas tardes interpretaba fragmentos o actos de las obras clásicas que había aprendido de memoria, otras narraba historias que había oído por esas sierras, remozándolas, o que se inventaba con una capacidad creativa excepcional. Mérito tenía y mucho. Pues el hombre, como único actor de la sala, se desdoblaba en otros personajes: mujeres, hombres y niños. Cambiando el timbre de voz, de masculino a femenino, grave o agudo, vulgar o fino, y haciendo grandes gesticulaciones para ganar credibilidad en su interpretación. Pues si usted no quiere cobrar nada, tío Deogracias, acepte como un obsequio este altillo de corcho que me ha fabricado Eutimio, el ebanista. Desde ahí arriba, igual que en un escenario, lo verá y oirá mejor el público.

Ni al Tiresias ni al tío Jacobo les hacía falta el altillo del tío Deogracias, pues lo tenían justo delantito. A un metro escaso. Y a pesar de la distancia, el muchacho, quizás por la novedad y por los nervios, no hacía más que removerse y limpiar y limpiar sus gafas rayadas como esos cantos, para no perderse ni una escena de la actuación. Al momento, cuando el tío Deogracias se subió a la plataforma de una cuarta de corcha, carraspeó, pidió silencio y anunció que hoy no sería una obra clásica sino de la cosecha de nuestra tierra. Un homenaje a nuestra sierra, dijo, narrando y recitando lo mejor que pueda esta historia del monte. Cierta o falsa es lo que menos importa. Es una historia de los hombres y mujeres de estas sierras, pastores de cabras como nosotros: amor, abandono, odios

y venganzas, animales y caza. Espero que les guste, en especial a los que han venido de lejos a escucharme, como el tío Jacobo y su Tiresias, del Enjambre. A Jacobo le tengo un cariño especial. Somos quintos y nos tocó hacer la mili juntos en Ciudad Real. En el Regimiento de Artillería del cuartel de la Misericordia. Por eso, en recuerdo de aquellos tiempos… aciagos, voy a dedicarle esta historia. Va por él, por Tiresias y por todos ustedes. Con su permiso, dice así:

La tarde se va haciendo de hielo y todo el valle se llena del tintineo armónico de las esquilas de las cabras que van llegando al pueblo. El *collao* de la Loba corta por medio un sol de naranja. Aunque el cotidiano e idílico cuadro se desbarata, momentos después, cuando el tío Paulino, el de la *Malhuele*, llegando a las huertas, comienza a blasfemar contra Dios, sus cabras, los perros y contra todo el que se ponga por medio. Y no es que tenga dificultad en controlar su ganado, es su manía. Su manera de anunciar: ¡Ya estoy de regreso!

Mujeres, viejos y niños dejan sus quehaceres y salen a su encuentro para evitar que unos animales se mezclen con otros. El alcalde, con más de treinta años de servicio, se sitúa en medio de la estrecha carretera:

–Nunca pasan coches, pero si por un casual…

Perico, el tontillo del pueblo, corre de un sitio para otro gritando largamente: –Mi abuelo *tié* un *motosierro*. Mi abuelo *tié* un *motosierro*…

Todo ocurre en apenas media hora. La aburrida tranquilidad del día se convierte, de golpe, en un hervidero de vida. Los treinta o cuarenta vecinos en la calle, en común *chascarreo*. Los hombres cuentan las pocas incidencias en la sierra; son hombres reservados, taciturnos y de pocas palabras. Las que sueltan, lo hacen obligados por las circunstancias. Las mujeres, cesta en mano, aprovechan para hacer alguna compra en la tienda de la Milagros y los niños pegan patadas a un bote que, en alboroto sonoro, corre calle abajo hasta la fuente, donde alguien que pacientemente llena sus cubos se molesta por el jaleo.

Y después… nada. Otra vez la calma. El puchero que se requema en la lumbre, el ordeño, la cama. De vez en cuando, cruza por la ventana la oscura figura de un mozo hacia el bar de la Encarna. Copas de anís, maldecir contra el ICONA, los pinos, el cabrón del guarda. O que si mi primo de Móstoles se ha comprado coche y vendrá para Santa Lucía a darnos una vuelta, que cuándo viene el de los chivos que se van a pasar de peso, que si las ciervas se están comiendo la

siembra. Mientras, la vieja radio del bar va salpicando el salón con las últimas medidas del gobierno para arreglar esto y lo otro, los conflictos de por allá lejos y demás noticias que tanto Encarna como sus cuatro clientes reciben con absoluta indiferencia.

Floro –Florencio Pedrales, para servir a Dios y a Usted– sale al corral para aliviar el vientre y se queda así, quieto, por un buen rato, como a la espera de que suceda algo. De la Angostura del Manojar, de pronto, se oye agudo, entrecortado y después mortecino, el chillido de una liebre. Abrochándose los pantalones según salta la cerca, desciende hasta el arroyo, lo cruza de cuatro saltos, atraviesa un espeso *jarizo* y, en cuclillas, va desatando el lazo que estrangula al animal. Coloca de nuevo la trampa y se encamina, ladera arriba, hacia su casa. Se detiene al instante, como si una brillante idea le hubiera iluminado la mente y da media vuelta sobre los mismos pasos. Saca su navaja, se sienta, *suella* la piel del animal cortándole la cabeza y la coloca en el lazo: –¡Menuda alegría le va a dar a este mañana cuando la vea! Él pone la trampa y yo recojo la presa– Y su rostro, ennegrecido por el monte y los años, se llenaba de felicidad. Sólo la berrea de un *venao*, pasada de fecha, allá en lo alto, rompía el silencio de las estrellas: ¡*Uuuummmmumm, uuuummmmumm uummm, ummm, uumm*!

Junto a los riscos del cortadero humea una lumbre. Al pie, Mauro, el guarda del término, que, con el largo catalejo que especialmente le trajeron los señoritos de Madrid, otea el valle. Se detiene un buen rato como si viera algún bicho, se sienta; al rato se levanta, agitado, y vuelve a sentarse. Atiza la lumbre, prende un cigarro y torna de nuevo a sus ariscos y sombríos pensamientos, refunfuñando para sus adentros y haciendo resucitar una preocupación honda y amarga, que le tiene absorbido el seso: –A ver qué hago con él, voy a tener un encontronazo, vamos a llegar a las manos y la vamos a liar…

Floro es más bueno que el pan; enjuto, espigado, con la barba de una semana y la boina calada hasta las orejas. De apariencia cincuentón y no llega a los cuarenta. Cerrado y silencioso, como los hombres de estas sierras, pero amigo de refranes y chascarrillos. Si dirigiéndose a sus faenas del campo o a la caza, se le cruza una culebra por la izquierda, se vuelve al pueblo y se mete en la cama. Para evitar la desgracia o el castigo del destino que gobierna esa culebra. Junta unas cincuenta cabras y a todas les tiene puesto un nombre: Perla, Carbonera, *Resabiá*, Mohína. Y según las ordeña, les habla por su nombre y les hace confidencias.

A Florencio Pedrales –para servir a Dios y a Usted–, muerta su

madre, le dio un ataque de soledad. Nunca le embistieron las fiebres Malta y sin embargo ahora esa casa se le venía encima y no soportaba el silencio, las ausencias y la certeza de que al volver de las cabras en esa cocina no le esperaba ni Dios. Ni siquiera el fantasma de la madre –no sé, una sombra, un olor, un susurro– se habían hecho presentes.

Al mes de morir la buena mujer, como no se apañaba solo y ya le acosaba la locura, llegó a sus oídos que Rosario, la de Horcajuelos, había vuelto de la capital. Por lo que un domingo, todo vestido de limpio, se marchó al vecino lugar y le propuso matrimonio. En una mano llevaba un envoltorio de papel de estraza por cuyo extremo asomaban unos solomillos de carne de *venao,* secados con pimentón al calor y al humo de la lumbre; y en la otra unas campanitas amarillas que había ido cortando por el camino.

Rosario, una moza jaquetona, morena y algo corta de luces, había estado en Madrid sirviendo a una familia. Pero regresó a los ocho meses con una enorme barriga de vete a saber quién.

A Floro no le importó cargar con el mochuelo, que tiempo después fue una preciosa niña. Con cierto parecido, según algún espabilado, al señorito de la digna y muy honrada casa donde trabajaba de sirvienta. Pero lo decían por joder la marrana, sin fundamento. Pues ni siquiera conocían al tipo indeseable que le había hecho el hijo.

Floro no hacía caso de habladurías y demostrando el sentido más práctico y provechoso de la vida, contrajo matrimonio. A la niña le dedicó todos sus cuidados, la educó –a su manera– y la quería como si de su verdadera hija se tratara. Que con los papeles firmados, hija legítima era. Una vez que tomaba una decisión era inamovible; aunque no la tomaba a lo loco, sino después de muy juiciosas cavilaciones, obtenidas de su única fuente de sabiduría: el campo y los animales – ¿Acaso al chivo que nació de una cabra cubierta por un macho ajeno es para no quererlo? ¡*Coño,* que así se mejora la especie!

Pero el tema dio mucho que hablar por todo el valle. Aunque pasado un tiempo, las lenguas viperinas se tranquilizaron, a la espera de un nuevo asunto que les diera motivo de conversación.

–Este no escarmienta ¿Sabes la última que me ha jugado? ¡Se ha llevado una liebre del lazo de la Angostura y allí me deja la piel y la cabeza!

–Eso es por lo de la Guardia Civil. Por decírselo al sargento.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarle que me mate las reses en mis narices? ¿Que me tape los oídos por la noche para no oír los tiros?

–Mira, Mauro, lo que haces. Mira bien lo que haces. Que tú tienes cinco bocas que mantener. Pero anda, anda, come. Que vas a caer enfermo por su culpa.

–¡Come, come! La cena ya la tengo yo esta noche. Ahora que este se va a enterar. He hablado con don Alberto y le he comentado lo de la niña, las palizas que le pega. El trato que le da, que es inhumano, y me duele como si… Que con eso de que no es suya, en fin… La manera de quitársela.

–¡Cuidadito, cuidadito! ¡No enredes con los diablos! Mide bien con quién te juegas los cuartos. ¿Y hablando con él, de hombre a hombre?

–Con él no hay razones. Ya viste la noche del jabalí, cuando lo esperé en la vereda y le eché el alto: – Si te cruzas otra vez en mi camino, uno de los dos no vuelve al pueblo. Aquí han cazado de siempre los Pedrales, que para eso es su tierra. Bicho que pise la siembra, bicho que va al puchero.

–Has conseguido que dejen de cazar todos y ¿no vas a poder con ese bravucón?

–Mi trabajo me ha costado, hasta que los he convencido de que la caza no es suya, que es de los de Madrid, que para eso la pagan. No les pertenece, joder. Y si las reses se comen la cebada, pues que pidan daños y *prejuicios*. Pero ni un tiro.

–Pero este es un animal, más bruto que un *arao*.

–Por eso, mujer, verás como con lo de la chiquilla se le van los humos. Don Alberto dice que a la niña ni un pelo, que no se le ocurra volver a levantarle la mano.

La otoñada, terriblemente seca, va dejando paso al frío invernal. El amarillo de los rebollos, caídas las hojas, se torna marrón, casi negro. Sopla el norte removiendo las jaras. Entre dos luces siguen acudiendo las cabras, el alboroto cotidiano, luego la calma.

–Voy adonde la Milagros a por unos fideos, que le gustan a mi hombre en el caldo y me he quedado sin ellos.

–Espera, que te acompaño, mujer.

–¡Tía Milagros, tía Milagros! ¿Se despacha o no?

–¡Va, va! ¿Con qué prisas andamos? ¡Ni que fuerais a perder la viajera, que dejó de pasar hace veinte años!

–¿Te has enterado?

–¿De lo de Floro?

–Eso. Que el Mauro le quiere quitar la niña. Que ha recibido no sé qué papeles y se la quitan. ¡Como desde que es guarda se ha hecho el jefe del pueblo y manda más que un ministro!

–Y nos tiene a todos *amedrentaos.*

–Yo le mataba. Como mataba todas las ciervas que se comen la siembra.

–Y que se amuelen los señoritos.

–Con la de carne que ha habido toda la vida colgada en mi cocina, y ahora, si te descuidas, no la catamos.

–Buenas tardes, noches mejor.

–Buenas, alcalde.

–¿Verdad, usted, que es verdad? ¿Que le quitan la niña?

–¿Pero quién diablos os ha metido esas ideas en la cabeza? ¿Estáis locas o qué? Lo único que ha recibido, que yo se lo tuve que leer, es una citación para el Juzgado. Puede ser por h, como puede ser por b; para que me entendáis.

–Pues el guarda bien segurito lo tiene. Que me lo ha dicho la Justa, su mujer.

–¡Otra *hablaora*! No comprendéis que eso no puede ser. Que hay una ley. Primero ya veis como trata a la criatura, sea suya o de Perico el de los palotes. Si algún coscorrón le da, también he dado yo a los míos. Y lo principal: ¡Ahí está su madre! ¿No cuenta o qué?

La luna, toda llena, se esconde por momentos entre los nubarrones. La luz mengua, crece al instante; se estiran las sombras de los chaparros, se agigantan, desaparecen y surgen de nuevo al clarearse la luna, como si de un juego de marionetas se tratara, dirigido desde los cielos.

Todo esto observa Floro, sentado junto a la tapia de su corral. Está cavilando. Mira a lo alto, se asegura de que el aire viene arroyo abajo y le es favorable. Ventea y le huele a lluvia. Se rasca la barba y vuelve a sus reflexiones: – ¡Que no vaya, que no vaya! ¿Y por qué no he de ir? Pues porque no está el horno para bollos. ¡Cuentos! Qué tendrá que ver.

Sin pensarlo más, se ha echado el zurrón a la espalda. En el cobertizo, del montón de *alpacas* de paja, ha sacado su vieja escopeta del dieciséis. Ha saltado la cerca y embozado en su manta, por el claroscuro, se ha perdido su figura entre las matas.

Si no es Floro, Florencio Pedrales y por la luna; si hubiera sido cualquier otro, por viejo y avezado que estuviera en el arte de la caza, hubiera disparado. No lo habría dudado y habría disparado, cuando vio aparecer ante él aquel bulto negro. Sólo Florencio Pedrales supo reconocer que no podía ser bicho alguno, cuando el dedo, ya tembloroso, se disponía a apretar el gatillo. Parecía que el corazón se le salía del pecho y se aseguró la garganta:

–¿Quién anda ahí?

–¿Que quién anda ahí? Yo, el guarda.

–Ganas tenía de verte. La suerte la pintan calva.

–Más ganas te tenía yo, que tras tus pasos vengo desde que saltaste la tapia.

–¡No tienes vergüenza! ¡Ni dignidad, venderte de esa manera tan ruin a los de Madrid, por cuatro perras!

–¡Lo que tengo es al comandante de puesto esperando en mi casa!

–Pues que espere sentado, han hecho el viaje en balde ¡Y no me alces el tono!

–¡Con burlas encima! ¡Te voy a matar, te la tengo jurada!

–¡Canalla, atreverte a…!

–¡Sí! ¡Y a más me atrevo! ¡Maricón!

–¿Cómo?

–¿A que nunca se te ha *figurao* quién es el padre de la muchacha? ¡Hijo de la gran puta!

–Hasta aquí hemos llegado ¡A mi hija y a mi difunta madre! ¡Serás cabrón y miserable!

Los gritos, destemplando el ambiente, se prolongaron un instante más, hasta apagarse con un disparo seco, profundo, de un eco largamente sonoro. Un segundo para estremecer todo el monte.

Luego, nada, la calma. Sobre la clara escarcha del suelo se recortaba la silueta negra de un hombre muerto.

–Póngase usted en pie y diga su nombre en voz alta.

–Florencio Pedrales, para servir a Dios y a Usted.



Besos soñadores, besos a traición, besos temerosos, arriesgados, besos nocturnos y voladores que espantan a las palomas, besos deseados durante toda una vida, besos torpes, besos de tornillo, besos imaginados, besos ardientes para labios fríos, besos de cine de barrio, besos del atardecer, besos húmedos de la madrugada, besos desbocados.

”

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Aquí estamos una noche más, haciéndote compañía. Abriendo los horizontes desde la ventana de la radio. Abriendo los cristales de la habitación desde donde nos escuchas para ofrecerte la mejor música, las historias más sorprendentes y entrañables, los viajes más alucinantes. Cada canción que escuchas ha sido seleccionada muy cuidadosamente. Pensando en ti. En que llegue directamente a tus oídos. Estamos lejos, es cierto. Pero las ondas nos acercan a ti. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. ¿Estás cansado? Has llegado a casa tras una dura jornada de trabajo y ahora sólo quieres desconectar. Quitarte esa ropa que huele a tu oficina, a tu tienda, a tu fábrica; darte una buena ducha, picar algo y escuchar a Sophia Bayker que es la que te habla. Después dormir la noche entera, muy pegados, al arrullo de mi voz. Pero antes, quiero hacerte una pregunta que suena por encima de esta canción:

¿A dónde irán nuestros besos, esos besos que no hemos dado? ¿Podríamos vivir sin besos? Besos soñadores, besos a traición, besos temerosos, arriesgados, besos nocturnos y voladores que espantan a las palomas, besos deseados durante toda una vida, besos torpes, besos de tornillo, besos imaginados, besos ardientes para labios fríos, besos de cine de barrio, besos del atardecer, besos húmedos de la madrugada, besos desbocados. Los mismos besos con los que despedimos a nuestros muertos. Besos al peso, cuarto y mitad de besos, kilogramos de besos, toneladas de besos que flotarán desnudos por el aire. Buscando como locos sus lenguas, sus labios, sus caras, su piel y sus cuerpos. Píldoras de besos, jarabe de besos, pastillas de besos, cápsulas de besos, sobres con polvo mágico de besos, inyecciones de besos, un frasco repleto de besos… sin marca y genérico. ¿Dónde irán los besos que no hemos dado si antes no han fabricado una vacuna de besos? Una potente vacuna para inocularla en los corazones de todos los que caerán enfermos por falta de besos; muy enfermos, moribundos, casi muertos. Los adolescentes que vivían para su primer beso, los poetas que ya no escribirán poemas de besos, los viajeros sin estación, sin un adiós y sin un beso; los amantes que mandaron la rutina al infierno por abrasarse en un solo beso. Los reconciliados tras años de odio, los que todo lo sellan con besos, los hijos que vuelven a casa, los soldados que van a las guerras, los astronautas que vuelan a Marte, los marinos que navegan por la negrura espesa de los océanos. ¿Qué harán los actores sin besos? ¿Qué

será de Burt Lancaster y Deborah Kerr sin su beso con mar y ola de fondo, en *De aquí a la Eternidad*? ¿Dónde esconderemos la escultura *El Beso*, de Rodin, para no provocar a los apasionados? ¿Y el dorado y envolvente *Beso* del pintor Klimt? ¿Quién quemará los versos que nos regalaron tantos besos? ¿Qué será de los lunáticos sin besos bajo la luna? ¿De los peces sin besos subacuáticos? ¿De las nubes que besan el cielo? ¿Las golondrinas que besan el agua y el viento? ¿El viento que besa tu rostro? ¿Tu rostro de labios borrados? ¿Tus labios ajados y hueros? ¿Tu lengua extirpada y presa? ¿Quién soportará la terrible ablación de tu boca? ¿Qué hará el sol cada tarde, cuando al esconderse, deje de eclipsar con su beso la línea azul y carnosa del horizonte?

¿Quién podrá curarnos de esa maldita tristeza sin besos? ¿Para qué querremos salvarnos ahora, vivir así, si nos condenan al abismo de alientos helados… sin besos, sin abrazos, sin caricias? Ya puestos, si nos quitan los besos y nos obligan a seguir viviendo sin ellos, que nos roben también las puestas de sol, el olor a tierra mojada, el calor de la leña en el fuego de tu mirada. Que retiren del mercado las sonrisas, el tañido de la campana y el canto del gallo. Que expropien la calma tras la tormenta, las primaveras, el arco iris y el acantilado. Que embarguen la lluvia de abril y apaguen las luciérnagas y el sol de mayo. Que impidan los sueños, que lobotomicen las fantasías. Que echen a la hoguera los libros, las canciones; que arranquen las manos a los poetas, y, con ellas, las margaritas, la flor de loto y todos los nenúfares. Que detengan la brisa, que enmudezcan a los ruiseñores, que amordacen a los grillos, que paralicen las olas, que exterminen al abejaruco y encarcelen al martín pescador. Que cierren los parques infantiles, la carrera del niño que viene a tus brazos, las gotas de rocío y las cartas de amor.

Seguro que así, querido radioyente, viviremos muchos más años. Pero será igual que estar muertos. Por eso, antes de que esto ocurra, desde aquí te mando un beso largo y profundo. Por si un día… nos quedamos sin ellos. Yo soy Sophia Bayker. Os hablo desde el 96.4 de la FM y esto es Desde la Distancia Te Quiero.

Quien ha dado la orden de cortarse el pelo, de cambiarse las gafas, de mirarse al espejo con una coquetería desconocida en él, se llama Sophia. Sophia Bayker, una locutora de radio que habla por las noches, de lunes a jueves, desde el 96.4 de la FM en el programa Desde la Distancia Te Quiero. Es un espejo rectangular, de mano, sin marco y con el plomo interior resquebrajado. Agrietado como los afluentes de un río en la tierra. Lo utilizan apoyándolo sobre un estante de tabla que hay por encima del grifo, con un trozo de jabón,

un peine, una toalla, donde se lavan, se afeitan y se peinan. Es el único espejo que tienen, rasgado y nubloso, quizás porque no quieren otro. Otro nuevo que refleje fehacientemente la realidad que no quieren ver. Mejor no verla. Salvo el Tiresias últimamente, que mira, observa, indaga y pregunta si ese rostro de vejez prematura, ennegrecido por el sol y los rigores de la sierra podría ser cambiado, arreglado, mejorado. Quizás permutado en su totalidad. Lo manda Sophia que es la que gobierna sus días. Días que va cosechando el otoño igual que cosecha con su hoz las vidas. Todas, las suyas y las ajenas. Ella está detrás de ese espejo resquebrajado. No la ve, pero se la imagina. Sophia Bayker escudriñando su cara desde el otro lado del espejo que le habla: Tiresias, mira a ver si echando ese mechón hacia tu izquierda puedes taparte esa calva. Tiresias, hay que afeitarse esas barbas de gorrino. Tiresias, el cuello de esa camisa se lo han comido las ratas. No sólo está negro, siendo la camisa blanca, es que ha desaparecido a dentelladas. Tiresias, para seguir hablando conmigo en la radio, hay que cambiar esas gafas. Obraste muy valientemente cuando tiraste esa goma vieja y asquerosa, pero ahora hay que continuar con las gafas. Que sólo se trata de hablar por una radio lo sé, ondas, teléfono y distancia; pero incluso para eso debes estar presentable. ¿Acaso tú no has imaginado mi cuerpo, mi figura, mi cara, llevándome a tu alcoba y haciéndome sin permiso lo que te viene en gana? ¡Pues, desde esa misma distancia, yo te imagino también al hablarme por ese teléfono! Tú lo sabes igual que yo. Sabes que te imagino y que te veo. Por eso quieres estar guapo, limpio, decente. Incluso, si pudieras y supieras, atractivo. ¡Tenías tanto miedo a hablar conmigo! Sin embargo ahora la situación ha cambiado. Nadie se ha reído de ti, nadie te ha humillado. Todo lo contrario, tu presentación en la sociedad radiofónica ha sido un éxito. Has triunfado, chaval. Ni en el mejor augurio del adivino Tiresias el ciego hubieras imaginado una actuación tan memorable. Di la verdad: te conformabas con oír mi voz del otro lado del teléfono. Con eso bastaba. Te valía con soltar algún sí, algún no, cuando te preguntaran. Poco más. La cosa era salir indemne. Salir vivo de ese precipicio al que te arrojabas. Salir vivo de esa hoguera que te estaba abrasando por dentro. Oír mi voz para hacer tuyo mi cuerpo en esa alcoba de los secretos. Con una sola vez te conformabas, Tiresias. Quizás sólo para comprobar que mi voz era real, que estaba ahí, al otro lado del auricular de tu teléfono, tan cerca, tan pegada, y que por un instante te pertenecía. Constatar que tu Sophia Bayker existía tal y como la habías imaginado. Era real. Tal y como la habías soñado. Te conformabas con muy poco, Tiresias, porque sabes que nuestros mundos están a años luz de distancia. Diametralmente separados, inconexos, desunidos, disociados. Porque sabes que yo no puedo pertenecer a esa sierra igual que tú no puedes

entrar en mi vida. En mi vida verdadera. Por eso era necesario constatar que la voz es real, porque con esa voz tú construyes mi identidad a tu manera. Lejos e inaccesible y, a la vez, tuya y muy cerca. Ahora todo ha cambiado. Ahora eres tú el que debe cogernos el teléfono cuando te llamemos. Sin darte cuenta, sin pretenderlo, has cambiado las reglas del juego. Con tu actuación memorable llevándonos de viaje a esa sierra has invertido los términos. Ya no eres tú el que llamas infructuosamente, pues tenemos tanta demanda que no podemos atender a la gente. Ya no tienes que pasarte horas y horas marcando ese número, tonos y tonos de llamada, para que nadie te responda y te vayas destrozado a la cama. Los que llamamos ahora somos nosotros. Sophia Bayker te telefonea a ti. Si das tu autorización y te apetece, te dijimos, te llamaremos nosotros. Y te vamos a llamar, muchacho. Pronto, muy pronto. Mientras tanto, escúchame cada noche. Tenemos nuestro secreto: todo lo que sale de esta voz está en clave, un código secreto que sólo podemos descifrar tú y yo. Yo soy la maga, tú el adivino. La diosa desnuda, tú el adolescente indiscreto. La luz de Sophia Bayker abriendo de la mano el camino a un pastor ciego.

Acabado el espectáculo y tras los aplausos y reverencias de rigor, el tío Jacobo abraza a Deogracias y lo aprieta fuerte, más que si fuera su hermano. En el abrazo va todo el agradecimiento y el orgullo por la actuación memorable que acaba de interpretar. Después el bar se despeja en un momento hasta casi vaciarse y los pastores del Enjambre buscan a la anfitriona. Primero para felicitarla por la representación: Es la cosa más *sentía* a la que he asistido en mi vida, tía Frasca. Le dice Jacobo, como si fuera un espectador habitual de teatros, conciertos, recitales y circos. El tío Deogracias es un artista. Un milagro para estas sierras, tío Jacobo. No lo digo porque me traiga la clientela, mire usted que le quiero pagar cada actuación y no me deja. Lo digo porque es una suerte tener en este rincón del mundo un hombre con ese don y esa cabeza. Ya le he dicho a Valeriano, el alcalde, que sería un buen gesto ponerle el nombre de una calle. En vida, alcalde, en vida, porque a ver para qué la quiere cuando se muera. El problema, me ha dicho Valeriano, es que no hay calles nuevas. Ni la habrá, tía Francisca, ni la habrá. Más le merece quitar uno de esos nombres viejos de generales y ministros que llevan toda la vida y ya nadie se acuerda quiénes eran y ponérsela al tío Deogracias que nos da estas alegrías. ¿Sabe usted que es mi quinto, verdad?

Queríamos, además, tía Frasca, ahora que podemos hablar más tranquilos, fijar fecha y hora para que el taxi del Horcajo venga a recoger a mi Remigia y al Tiresias para que lleguen a tiempo a pillar la viajera de la capital. Se lo pedía a la tabernera porque su

establecimiento, además de bar, casa de comidas, teatro y hospedería, hacía de estación, aunque allí no llegara tren ni autobús. Estación sin apeadero, sin andén, sin vías ni tren. Ni llegaría nunca. Pero era donde paraba el taxi de Horcajo, donde subían y se apeaban los clientes, que, a lo tonto a lo tonto, acaban siempre entrando al bar a comer o a tomarse algo. Esta mujer, Tiresias, es más lista que el hambre para los negocios. Estaban en la ruina hasta que enviudó del tío Atanasio y tomó ella las riendas del negocio. Si digo que las malas lenguas dicen que lo mató el vino, sobra lo de malas, porque era público y notorio que en una mano siempre llevaba una copa y en la otra el cigarro. Coñac preferentemente. No delante de la barra, sino detrás, pues era suya y su oficio de tabernero servir a los demás. Pero te aseguro que bebía más él que todos los clientes juntos. Desde su muerte, y con esto no quiero insinuar nada, no sólo reflotó la empresa la Frasca, sino que la amplió y diversificó en un ejemplo de coraje y progreso. Era ella la que mediaba en la contratación del taxi, al que llamaba por teléfono, y era en el establo de su corral donde quedaba aparcada la caballería, con cebada incluida, cuando, como era el caso, lo necesitaban las gentes de las fincas y de las aldeas. Porque a ellas no llega el taxista por negarse a transitar por esos caminos de muerte. ¿A que la Frasca es *mu* lista, Tiresias?

El señor Casiano abrió el armario dando la espalda a los cabreros del Enjambre, mientras ellos lanzaban la mirada a otro lado para preservar la intimidad antirrobo del banquero. Descerrajó candados, cerraduras, hasta que consiguió abrir la puerta y sacar una caja de madera, muy bien ordenada, donde tenía colocadas con unas lengüetas por orden alfabético todas las cartillas de los parroquianos. Sacó dos y las depositó encima de la mesa, frente a ellos. Una era la del tío Jacobo y la Remigia, la otra la del Tiresias, que estaba a nombre de él y de su padre. Abrió la primera y dijo: Esta cartilla, tío Jacobo, está tiritando. Temblando de hambre y de frío, porque está en las últimas. Moribunda. Por lo que el tío Jacobo, herido en su orgullo, se vio forzado a intervenir: Bueno, señor Casiano, tampoco hace falta que se cebe usted en las explicaciones. Que somos pobres es evidente, pero jode que te lo estén recordando permanentemente. Esa cartilla está tiesa hasta que me paguen los chivos de las Pascuas. Una buena partida de chivos y un dinero que me debe el Machaco, que me pidió el favor de esperar unos meses. Semanas, le dije yo. Machaco, semanas, y que no pasen de cuatro. En eso estamos, señor Casiano; ya sabe lo que son estas cosas. Más no le puedo decir, aunque agradezco que me llame usted la atención como si esta ruina fuera más suya que mía. Pues eso demuestra el aprecio que nos tiene y cómo vigila nuestra economía. La otra cartilla da gusto verla, cortó el banquero,

repasando con unas gafillas enanas las anotaciones manuscritas en la libreta. Nos ha jodido, señor Casiano, como que está sin encentar. Estaría bueno que hubiera menguado. Si acaso habrá parido algunos intereses. Esta cartilla, tío Jacobo, recibe un ingreso de la nómina del muchacho todos los meses. Y como el tiempo pasa volando, a la mínima que echas cuentas la cartilla se va llenando. Sin intereses porque para eso habría que tenerla a plazo fijo. Va creciendo a buen ritmo. Vuelan los días, los meses, los años y el afán de nuestras manos ajadas va dejando un poso en forma de denarios. Lo que sugiero es que el dinero que os haga falta lo saquéis de esta cuenta. De estar a plazo fijo, no podríais hacerlo. Siempre, hasta lo malo, tiene un lado positivo. Lo sacáis de aquí y tiempo habrá de restituirlo, o no, que eso ya es meterme donde no me llaman. Esa *lómina* que usted dice, señor Casiano, es el pan de mi Tiresias. El de hoy, el de mañana y el del día que la Remigia y yo desaparezcamos. Si el muchacho da el visto bueno, aunque no se entere su madre, y dada la urgente necesidad, podemos desvirgar la cartilla. Pero juro por mi abuelo Prudencio que en cuanto me pague Machaco lo reponemos. Lo digo delante de usted, señor Casiano, y del chico, igual que un juramento. Que con lo de los quesos y la miel iremos tirando. Después, con los billetes prisioneros en una goma y metidos en un sobre con otra, emprendieron el viaje de regreso a su pequeño pueblo.

Mucho afanaron, más por miedo de la interfecta que por las dificultades reales de la operación, para subir a la tía Remigia al mulo a *patarrajón*. Que con sus gritos, risas y protestas, asustaba a la Candela. Sobre todo las risas, cuando el tío Jacobo o el Tiresias le pellizcaban el culo y las carnes, para intentar echarla a lomos de la bestia. Le hacían cosquillas y le entraba la risa, espantando a la mula. Cuando lo consiguieron, respiraron aliviados y pudieron emprender la marcha. La mujer muy tiesa, sin moverse, apretando entre sus brazos una talega grande como si eso fuera el agarradero que la sostenía a la tierra, y por delante tirando del ramal el Tiresias. Eran las tres y media de la madrugada y en el cielo una luna llena igual que una moneda de plata. Pensando en ella habían fijado la fecha del viaje, por la luna llena. Que ya no habrá viajeros ni exploradores en el mundo, salvo los pastores del Enjambre, que dispongan un viaje por la luna. La luna llena pasajera y compañera de viaje para alumbrar tu camino. Cuando llegaron a Anchuras eran casi las siete y allí estaba esperando con el cigarro en la boca el señor Cristóbal. Cristobalón, patrono de los conductores. Se conoce que cuando lo bautizaron ya adivinaron el oficio que tendría el muchacho. Ciegos adivinos de estas sierras que predicen el futuro de sus moradores.

A las ocho, en Horcajo de los Montes, hay que subir al autocar

que te lleva a Ciudad Real, la capital de provincia. Así que ya puede usted espabilar, señor Cristóbal, lo apremia la tía Remigia. Pues los viejos están obsesionados con llegar tarde a los sitios y perder la viajera, la cita con el médico o lo que sea. Sin reparar los pobres inocentes en que lo que estás perdiendo de verdad, esfumándose con tantas prisas, es la vida. Vida que se escapa igual que entre tus dedos se escapa el agua. Imagínate la obsesión de la Remigia que no viaja nunca. Para una vez que lo hace, quiere ir y llegar a tiempo de sobra. Además, después de tantos preparativos: lleva una semana organizando el viaje, se ha bañado, se ha lavado el pelo cubriendo luego su cabeza con un pañuelo floreado que ha sacado de un arca y se ha puesto lo más guapa que ha podido. Lo peor es una colonia que se ha echado, de un frasco que lleva siglos en su alcoba, que espanta al que se acerca a ella con su olor dulzón y rancio. Por algo decía el tío Jacobo: Remigia, puñetera, la Candela no se asusta de tus risas, sino de tu colonia. Hay más de ochenta kilómetros y el autocar tarda unas dos horas. Sin precisar. Pues para en todos los pueblos: Alcoba de los Montes, El Robledo, Porzuna y Picón. Si transportan muchos bultos y hay que estar subiendo o bajando trastos de la baca o anotando encargos, la demora es grande. Aunque ahora, caballera en su asiento como una dama, a la Remigia no le importa: nada más arrancar el trasto, que apesta a gasoil y rasca la caja de cambio al meter las marchas, ha echado una cabezada. Ronca, apoya la cabeza sin fuerza sobre el hombro de su hijo y por la comisura de sus viejos labios cae una baba que con su pañuelo le limpia el muchacho. ¿Por qué los pañuelos son tan importantes cuando viaja la gente del campo? Nada que ver con Tiresias, que va observando sorprendido a un lado y a otro, sin perder ni una imagen: los pueblos, la gente, el nido de cigüeñas de la torre, el río, los niños que acuden a la escuela, los tractores. Ya en la capital, lo primero que han hecho es meterse en una peluquería. Pues qué pintas no llevaría el Tiresias con ese pelo desmochado que hasta a la tía Remigia le ha dado vergüenza ir con él al oculista.

Vas a tener suerte, muchacho, porque acaban de sacar unos cristales nuevos que abultan la mitad que los tuyos. Según la ficha, esos ya tienen sus buenos seis años. ¡Te han durado, amigo! Digo suerte porque así vamos a quitarte esa sensación de llevar ahí esos culos de vaso, esos cristales tan pesados y gruesos. Son más caros, pero merecen la pena, señora. Aunque lo primero y más importante es revisarte esa vista, le decía, según se lo llevaba a una salita oscura para estudiar sus ojos y, con ese aparato que a Tiresias le resulta familiar, evaluar las dioptrías precisas para graduar las nuevas gafas. Ese aparato que proyectaba unos aros abiertos para un lado o para

otro, cuadritos de colores y unas ruedecillas. ¿Letras? Letras no, perdone usted, pues el Tiresias no sabe leer. Anda, ha habido suerte, señora, dijo al salir dirigiéndose a la tía Remigia y obviando absolutamente al muchacho, porque el examen oftalmológico revela que sigue igual que hace seis años, ni mejor ni peor, igual. Si esas gafas no estuvieran tan rayadas, con esa patilla rota atada con esparadrapo, le valdrían. Pero, evidentemente, vamos a hacer unas nuevas. Unas nuevas, señora, con esas lentes que van a mejorar su comodidad porque le van a pesar la mitad y, también, por qué no decirlo, su estética. Estas viejas las puedes dejar de repuesto. Le vamos a dar un producto antiarañazos, que no es que vayan a quitarlos porque son muy profundos, pero algo harán. Además, te lo vas a llevar de regalo. Y llamando la atención de su ayudante, una mujer con bata blanca que bien podría ser su mujer, se las entregó para que les aplicara el milagroso ungüento reparador. Esto nos obliga, claro está, a elegir unas monturas. Miren, vengan para acá hasta este expositor donde pueden echar un vistazo. Las que tienen una pegatina con un círculo rojo están al cincuenta por ciento de descuento. A nosotros lo que nos interesa, dijo la tía Remigia, es que sean fuertes y que le duren muchos años. Que no está la economía de los pastores para estar cambiándolas cada dos por tres. Fuertes y resistentes, que no se rompan; porque la sierra, con el ganado y tanto trajín, con todo ese monte, no es el lugar más aparente para llevar gafas. Pues venga, Tiresias, siempre tan callado y tan pensativo, elige la que más te guste. De las *colorás*, por supuesto. Díganos, usted, doctor, cuál le parece más resistente. Y probó unas y otras y muchas más delante de un espejo, inclinando la cabeza, ladeándola, haciendo gestos con la cara. Cosa presumida jamás vista en el Tiresias. Hasta que no regresó la ayudante o esposa con las otras gafas que había dejado relucientes no se decidieron. Estas gafas de la derecha, las de arriba, joven, son las tuyas. Prueba, te van a quedar de muerte. Se las puso, se miró al espejo, se dio la vuelta para que lo viera su madre y los oculistas, y ante su sonrisa y asentimiento decidió quedárselas. Es verdad que entre el corte de pelo y esas gafas el chico ya no parecía el mismo. Pero si pareces otro, Tiresias. ¡Qué guapo, hijo! No te va a conocer ni tu padre, dijo el señor, recogiéndolas y escribiendo en un papel unos garabatos. Que no sabemos con exactitud si era oculista, oftalmólogo o qué tipo de galeno; pero que escribía tan mal como todos los médicos eso sí que es cierto. ¿Y que más nos da a nosotros, Tiresias, si ni tú ni yo entendemos de letras? Después tiró de calculadora, tecleó y les dio una cifra que la tía Remigia llamó la dolorosa. Esto es lo que valen, ya le dije que con esos cristales que acaban de sacar al mercado subiría un poco, pero por ser clientes tan fieles, clientes de siempre, les voy a hacer un descuento del veinte por ciento. Lo que complació a

los cabreros, pues no hay mejor compra que la del trato preferente. Conocido es que hay tres cosas que igualan a los seres humanos: el nacimiento, pues todos venimos de un vientre y salimos por el mismo *bujero*, la muerte y el dinero. Haremos como siempre, señora: cuando las tenga, de aquí a dos semanas, las meto en un sobre y se las entregamos al conductor de… Sí, ayúdeme, que no recuerdo muy bien. De Horcajo. Sí, eso es, muchas gracias, de Horcajo. El autocar que sale de la plaza de las Terreras. Aquí lo anoto.

Aunque las gafitas dichosas, como pensaba la tía Remigia para sus adentros, les habían metido un buen mordisco a la faltriquera, la oportunidad de estar en la capital no podían desaprovecharla. ¿La prioridad? La ferretería. No hay establecimiento más importante para un ganadero que la ferretería. Para comprar los productos que no tenía la tía Emilia en Anchuras y que había encargado el tío Jacobo: un sacabocados para los collares de las cabras, tres galdarras, tenazas para recortar alguna pezuña, unos juegos de tornillos, un rollo de alambre y unos tensores, un colador para el suero del queso, una hoja de hoz chica, que el mango ya lo ponemos nosotros. Y ya metidos en faena, cuatro cachivaches para la cocina de la Remigia: dos pucherillos de esmalte rojo, tres tazones, un juego de cucharillas, una espumadera y esta navaja tan chula para ti, Tiresias. También este espejo, madre, que el nuestro está muy viejo. Un espejo premonición de algo para el adivino ciego. La tía Remigia disponiendo como una señora que va a la capital después de siete años, sin saber que el dinero era del propio Tiresias. De haberlo sabido, ni compras ni hostias. Pero como era un secreto bien guardado entre los hombres de la casa, todavía se animó a comprar ropa. Dos pantalones, tres camisas, un jersey, unas botas, calzones y una cazadora. Con esto, Tiresias, vas apañado para el resto de tu vida. Que más que una compra parece una dote. Para rematar y acordándose de su marido, que a cierta edad no hay mejor muestra de amor que la que entra por la boca y no por otro sitio, le compraron al tío Jacobo media docena de mojicones en una confitería que llaman La Deliciosa y una gorra de postín. En comer ellos hicieron poco gasto, porque a la espera de la salida del autocar para su regreso, se sentaron en un banco de madera, con todos los bultos por el suelo, sacaron su talega y echaron un bocado. De lo suyo, por supuesto. Que el gasto ya había sido un exceso.



Limpiador de pintadas

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. ¿Estás ahí? ¿Me oyes? ¿Estás listo para emprender un nuevo viaje conmigo? Hoy vamos a una gran ciudad: Madrid, Barcelona, Nueva York o Berlín. Tú eliges. Pero no estamos ni en la Gran Vía ni en Las Ramblas. Mucho menos en Manhattan ni tampoco junto al Muro que parte las dos Alemanias. Nos encontramos en las afueras, por los suburbios, en cualquier barriada donde vive la gente que sostiene y da de comer a la ciudad. Acércate, vente conmigo. Soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero. El programa del 96.4 de la FM que te lleva con sus historias a cualquier rincón del planeta sin que pagues billete ni peaje. Escucha esta canción con acordes de trotamundos, échate la mochila a la espalda y ven junto a mí:

Probablemente era el alumno más torpe de la clase. Retraído, huraño, poco sociable. De esos chicos que siempre tienen la puerta atrancada y no te permiten entrar en su mundo, cerrado por derribo. De los que invariablemente prefieren humillar los ojos cuando se enfrentan a una mirada. De los que no dan guerra, de los que sólo son un número y una cruz roja en un expediente; apenas un metro cuadrado allá por el fondo de la clase, muy lejos de la pizarra. Repetía los cursos silenciosamente, como una renuncia obediente, disciplinada. Una resignación callada, taciturna, silente. Hasta que un día desapareció, sin apenas saber leer, sin rebeldía, sin pronunciar una palabra.

Años más tarde, alguien me dijo que lo habían visto trabajando para el ayuntamiento de esa gran ciudad. Que por una especie de azar –la vida es una tómbola–, había conseguido una plaza de peón, gracias a un pequeño favor piadoso a cargo de su discapacidad, en la oferta pública de empleo. Que había conseguido independizarse y realizar una vida normal. Ya se sabe: levantarse cuando el despertador te llama. Ducharse. Ponerse el mono naranja de faena e hincharse a comer como un bruto bollos y magdalenas. Dejar que el día pase, que caiga la tarde y te atrape la noche con su peso de mercurio, para regresar a casa, sucio y molido. Atiborrarse de tele, freírse un par de huevos para la cena, tres o cuatro cervezas… hasta entregarse al sueño, tirado en el sofá como un animal cualquiera. Abandonarse, resignarse a que los días arrastren su monotonía, que las tardes sean sin esperanza, que las noches adormezcan las ilusiones y cabalguen una suerte de tristeza que se va enquistando en tus vísceras.

El capataz le había asignado todo tipo de tareas buscando su ubicación perfecta. Pero parecía no encontrarla, pues siempre terminaba metiendo la pata. Este chico tiene mal encaje. Los compañeros no le querían de pareja, se mofaban, huían de él y se avergonzaban de pertenecer a su misma cuadrilla. Hasta que, sin remedio, le mandaron al destino que nadie quería: ¡Limpiador de pintadas! Nadie lo quería porque era un trabajo individual, en soledad, sin compañía, terriblemente tedioso y aburrido. Te echabas a las costillas una mochila que contenía un aparato de presión. Con esta máquina, un bocata y un bote de cerveza, salías en su busca y captura… Por los arrabales, patrullando la ciudad, por los muros del cementerio, del antiguo campo de fútbol, de la vieja estación sin trenes ni adioses de despedida. Para borrar la pintura de las paredes, los grafitis, las letras de los graciosos, los dibujos obscenos, las frases de los filósofos y los versos de los poetas. Cuando salió la primera mañana en su búsqueda, siguiendo las instrucciones del capataz, y listo para padecer ese castigo impuesto a base de hastío y aburrimiento, se encontró con las letras inaugurales de su nuevo oficio: S, I, C, E, R, R, A, I, S, L, P… De un tamaño tan grande, que si no te separabas del muro más de veinte metros, era imposible leerlas. Por ello, dio unos pasos hacia atrás: SI CERRAIS LA PUERTA A TODOS LOS… Otros pasos más, andando siempre de espaldas: SI CERRAIS LA PUERTA A TODOS LOS ERRORES, TAMBIÉN LA VERDAD QUEDARÁ FUERA. Intentó leerlo de corrido, silabeando un poco SIII CEEERRAAAIS LA PUUUUERRTAA…, hasta completar todas las palabras. No entendía muy bien el significado, pero le gustaba. Le sonaba bien. La leyó más de veinte veces y cuanto más la leía, más le gustaba… aunque no entendiera apenas nada. Por eso, antes de

encender la máquina para eliminarla, sacó un trozo de papel, un lápiz y la escribió con esmero. Cuando acabó con ella, era media tarde y tenía que regresar a casa. De camino, entró en una papelería y compró el más bello cuaderno para escribir su frase de nuevo. Puso la fecha, dejó una línea en blanco y la escribió con sumo cuidado y delicadeza. Esa noche no conectó la tele. Leyó tantas veces su frase hasta que se metió dentro de ella. Para comprender que, seguramente, él también podía ser un error; pero que primero hay que ser un error para, después, conseguir la verdad auténtica.

Al día siguiente, el capataz le felicitó por el trabajo que él mismo había inspeccionado al final de la jornada. Y le mandó para el cementerio. En un muro lateral podía leerse: ES MEJOR VIVIR UN AÑO COMO UN TIGRE QUE CIEN COMO UN CORDERO. Nuestro hombre se sentó de frente, en una piedra. Como si delante de él se proyectara una película en una pantalla gigantesca. Leyó su frase y se rascó la cabeza. La leía de nuevo, mientras meditaba embelesado. Después abrió su mochila, sacó un envoltorio de donde apareció un sobre y dentro del sobre su lapicero y su precioso cuaderno de caligrafía. Se apoyó en las rodillas y con elegancia escribió aquellas letras. En casa, volvió a releerlas, hasta que entendió que él tampoco quería ser un cordero, dócil y manejable, que viviera muchos años; sino un tigre que de un zarpazo removiera sus entrañas y su vida.

Es probable que al otro día, el alba le despertara antes que su despertador. Quizás porque una ilusión le había nacido por dentro y deseaba salir a su encuentro, allá por las paredes de un silo abandonado y cochambroso. LA VIDA TIENE SU VALOR SÓLO CUANDO HACEMOS QUE VALGA LA PENA VIVIRLA, LA RESIGNACIÓN ES EL SUICIDIO COTIDIANO y un poco más alto, junto a una esquina llena de desconchones: UNA VIDA INÚTIL ES UNA MUERTE PREMATURA. Y esa tarde, en cuanto finalizó su trabajo, recogió sus trastos con urgencia y se marchó a la biblioteca. Tenía que buscar en un diccionario la palabra PREMATURA, pues por más vueltas que le daba a su cabezota, era incapaz de comprender qué tipo de muerte era ésa. Hasta que consiguió localizar la palabra: (Del lat. *praematūrus*). 1. adj. Que no está en sazón. 2. adj. Que se da antes de tiempo. 3. adj. Dicho de un niño: Que nace antes del término de la gestación.

Para entender que su vida, hasta la fecha, era una especie de muerte lenta, y que estaba sentenciado –por los demás y por él mismo– sin haber llegado su hora. Pero que a partir de ese momento no habría otra muerte prematura, sino una vida plena; llena de amor, de placer, de libertad, de sabiduría.

Los días fueron devorando los meses y los meses los años. Las pintadas desaparecían de la ciudad, para instalarse en su cuaderno: CAER ESTÁ PERMITIDO, LEVANTARSE ES OBLIGATORIO. PUEDES LLEGAR A CUALQUIER PARTE, SIEMPRE QUE ANDES LO SUFICIENTE. CUANTO MÁS CONOZCO A LOS HOMBRES, MÁS ADMIRO A LOS PERROS. AMA A UNA NUBE, AMA A UNA MUJER, AMA A UN HOMBRE, PERO AMA. LA ARMONÍA TOTAL DE ESTE MUNDO ES UNA NATURAL AGLOMERACIÓN DE DISCORDANCIAS.

Para entonces, su vida había cambiado radicalmente: SEAMOS REALISTAS ¡PIDAMOS LO IMPOSIBLE! Había completado tres cuadernos LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS. NO LLORES POR HABER PERDIDO EL SOL, PUES LAS LÁGRIMAS TE IMPEDIRÁN VER LAS ESTRELLAS. SÓLO LA VERDAD OS HARÁ LIBRES. DADME UN PUNTO DE APOYO Y LEVANTARÉ EL MUNDO. Y ya era el mejor cliente de la biblioteca. Se había matriculado en la Universidad a Distancia, donde estudiaba Filosofía, y estaba enamorado de una de sus profesoras, la de Antropología: ANDÁBAMOS SIN BUSCARNOS, PERO SABIENDO QUE ANDÁBAMOS PARA ENCONTARNOS. Alguna tarde de plomo y nostalgia flirteaba con la literatura escribiendo un poema y, en la soledad de la noche, abrazaba sus cuadernos y soltaba lágrimas de gozo y anhelo.

El problema es que se acababan sus pintadas y la ciudad quedaría pronto enteramente limpia. Era un hombre nuevo, pero se temía un final predecible y viejo. Un final para otra frase, para otra historia, pero no para ésta. Quizás por eso, desde entonces, en las noches cerradas de viento y tiniebla, la sombra esquiva de un hombre recorre los arrabales de la ciudad llenando sus paredes de versos y hermosas sentencias.

La llegada de un coche al Enjambre siempre es una fiesta, una celebración. Mientras no venga a cosa mala, Jacobo. Son tan pocos, que cuando suena y se le ve aparecer por uno de esos cerros, es una sorpresa. Primero se oye el motor, pues de oído andan muy finos. Tanto, que oyendo el ruido casi saben quién es el dueño. Sólo por el ruido. El primer descarte es el avión, porque su ruido ya es sobradamente conocido. El avión suena a trueno, a explosión. Al tío Jacobo le molestan. Los aviones, el humo que sueltan y el *brujío*. Tiene asociado ese chorro de humo –casi siempre dos en paralelo que permanecen por un buen rato en el cielo– a las inclemencias meteorológicas. Si llueve poco es por el humo de los aviones y si llueve mucho es porque el ruido de los motores ahí arriba parte las nubes, las raja, y de su vientre cae la lluvia de golpe. Como si abrieras las compuertas del cielo. Si no hubiera aviones, que hay días que he

contado hasta cuarenta, el tiempo sería como el de antiguamente. No este desorden que se traen ahora las nubes. Cuando yo era niño, llovía con la llegada del otoño, poco en invierno y mucho en primavera. En abril a cántaros. Ahora no llueve nunca y cuando te pilla descuidado, sin esperarlo, cae un diluvio que hace más daño que bien. Con el agua corriendo por los barrancos como ríos, arrancando la tierra fértil y dejándonos sólo las piedras y las raíces. Son esos aviones, Remigia, no te quepa duda. Por eso, el oír el motor de un coche es una alegría. Primero se oye y luego, ya atento al ruido, se divisa en la lejanía. ¿Quién podrá ser?

Son los mieleros, la furgoneta de los cabritos que manda Machaco, el señor Conrado el pielero, el camión del pienso o de las *alpacas*, algún guarda que recorta por aquí para llegarse al alto de la cuerda, el operario de la compañía eléctrica que viene a leer los contadores, los forestales y los carboneros. Los corcheros no cuentan, pues vienen cada diez años. Aunque pronto van a contar porque toca descorche este verano. Igual que el de la luz, que no hace más que protestar: Valen más las averías y la gasolina de venir hasta aquí, que la electricidad que ustedes gastan. Ahora, desde que les han instalado el teléfono, pretende que lean el contador ellos mismos y se lo digan vía telefónica. El ahorro de la compañía, tía Remigia, ya se lo compensaremos por algún lado. La fórmula no la sé, pero algo se hará. Si dependiera de mí directamente, ya estaba hecho, pero son los jefes de Madrid los que toman las decisiones. Y este asunto para ellos es una… minucia. Lo peor es ver venir un coche y no reconocerlo. Son los que menos gustan. Gente que anda de acá para allá, andorreando, de los que no puedes esperar nada bueno. No me fío de los desconocidos. Prefiero, Remigia, incluso a los veterinarios que a los extraños. Fíjate si arriesgo, pues los veterinarios, llueva o nieve, haga sol o esté nublado, siempre vienen a jodernos. Los guardas de las fincas nunca paran ni a saludar. Son gente *orusca*, solitaria, que no desean ser vistos. Pasan de incógnito y a la carrera, no vaya a ser que se entere de su ausencia algún furtivo y aproveche para llegarse a su finca, saltar la cerca y sisarle el mejor *venao* de veinte puntas. ¡Ay, amigo, que el señorito te va a correr a patadas si se entera! Si pasan por El Enjambre es porque no les queda más remedio. Ni tocan el claxon de saludo ni desvían la vista del volante. Casi la agachan un poco para evitar saludar al vecino con el que se cruzan. Circulan a toda pastilla, sin respeto, levantando una polvareda que da miedo. Un polvo que te llevas tú a los pulmones, mientras ellos ni una mota, caballeros en sus *Land Rover* sin mirarnos siquiera. Déjalos, Remigia, que en la próxima lo mismo se tragan un *perulo* gordo que le reviente una rueda. O una buena tabla de clavos por unos de esos altos, a ver si

captan el mensaje y espabilan. Estos desgraciados, que han pasado más gazuza que nosotros y ahora, porque el señorito les ha puesto un coche, un mosquetón y una bandolera, se creen los amos del mundo. Unos *arrastraos*, que se han olvidado de dónde vienen y, si me apuras, son más tiranos que los jefes. Mucho más, dónde va a parar. Dale el látigo al esclavo y verás. Pasan el pueblo a escape, sólo por coger la pista que lleva a la cuerda y que luego se vuelca a Piedraescrita. Para evitar pasar por El Enjambre tendrían que dar la vuelta a la sierra. Recorrer media provincia, Remigia. Mucha tela para sus miedos y sus prisas.

Los forestales, contrariamente, sí que paran. Les gusta platicar un rato con el tío Jacobo o con su mujer. Vienen calmosos, sin prisas, respetando el polvo del suelo y las canas de estos pastores viejos. Aparcan el vehículo, se apean, *enchiscan* un cigarro y se lían de plática. Entra dentro del oficio: hablar con los cabreros siempre dispuestos a darles información. Que un uniforme en estas sierras da mucho respeto y mucha autoridad. Si estando en el palique suena de golpe la emisora y acuden al coche para hablar, el respeto y la autoridad se multiplica exponencialmente. Sin mala intención y sin ánimo de delatar a nadie, los vecinos de las aldeas siempre cuentan algo de interés para los forestales: ¿Qué leñador ha hecho un corte en la solana de las Arripas, de qué rehala era ese podenco blanco que andaba aullando por el sopié del Abulagar, quién hacía picón semanas atrás por Valdelagata, cómo van los espárragos por la raña o los níscalos por el pinar de la tía Juana? ¿Ha localizado el Tiresias por ahí arriba algún nido de águila imperial? Los pastores lo saben todo. No delatan, que entienden mejor que nadie lo que se puede o no se puede decir. Ni delatan ni traicionan, pues hoy por ti, mañana por mí, el silencio o la mentira protegen sus vidas. Pura supervivencia cocinada con mutismo o palabras, según convenga. Ganas de hablar, mire usted. Sin malicia. Con cariño y confianza, después de tantos años. Que en esta sierra ya nos conocemos todos y sabemos de qué pie cojea cada uno. Aunque en este caso ni siquiera conozcan los nombres de pila de la pareja de forestales. Porque se apañan mejor con el mote: al gordito más viejo, que es el cabo, le dicen Tripacana, y al delgado Pichapelá. No les molesta, pues es el apodo de sus ancestros. Según cuentan, unos bandoleros de la sierra de cuando las guerras carlistas.

Los que sí se han presentado a traición han sido los veterinarios. Sin aviso ni cita previa, que a estos no les ha llamado nadie. ¡*Miauuu, sape*! Ahí al tío Jacobo le ha fallado el oído, con todo lo que presume; pues oyendo venir el coche no los ha reconocido. O los ha reconocido demasiado tarde, cuando ya se les han echado encima. Por decirlo para que se entienda, como si fueran furtivos. A los *caceros* los pillan *sollando* la cierva, sacando los lomos y los jamones; al tío Jacobo dando la vuelta a sus quesos en la bodega. Es decir, con las manos en la masa. El Tiresias en la sierra, hoy pastoreando por la morra de la Milagra, la tía Remigia lavando ropa y el Jacobo *encenagao* con sus quesos. De haberlos reconocido, se habría escapado por el corral y se habría echado al monte. Huyendo con razón y sin cobardía. Que la Remigia sabe como nadie hacerse la tonta de lo lista que es. Con decir que mi marido está en la sierra y mi muchacho también, basta. Viaje en balde. A las preguntas, mínimas respuestas: Yo no sé nada mire, usted. Eso lo lleva mi Jacobo que ya no vuelve, según me ha dicho, hasta la noche. Con cinco minutos que hubieran llegado ustedes antes, lo habrían pillado. Hace *na* que se fue, *naíta*. Pero ya es demasiado tarde. Yo ni sé de cabras ni de ordeños ni de quesos. Miren cómo me pillan, que estos dos hombres míos dan más trabajo que un regimiento: lava, friega, cocina. Así que de cabras no me pregunte que ya es bastante con esta carga que me ha caído.

Los veterinarios son una pareja joven, algo más viejos que el Tiresias. Y con más mala leche. No deben de estar casados ni ser de verdad pareja, sólo compañeros. Pero tal y como le habla él a ella y ella a él, con tantas confianzas, me da la impresión, Remigia, que en ese *Land Rover* suyo hay algo más que palabras. Para eso es largo y lleva buena caja. Que yo te respeté hasta que nos casamos y en la vida se nos ocurrió echarnos el brazo al hombro, pellizcarnos la cara y tanto toqueteo y arrumaco como se traen estos. Lo mismo son novios o matrimonio, Jacobo, y nosotros no nos hemos enterado. Que tú les tienes tanta inquina que por criticar ya no sabes qué decir. Anda y que hagan lo que quieran en el coche, para eso son jóvenes. Mira las carnes cómo se aviejan y se pudren, dice, levantándose el faldón negro por encima de las rodillas que el tío Jacobo no quiere mirar de puro miedo y cobardía. No vaya a llevarse un susto a la luz del día. Una lástima no haberlas aprovechado más cuando estaban maduras. Tonto, que eres un tonto. Anda, déjate de cháchara, no seas gallina y atiende a esos señores. Sal a recibirlos antes de que ellos entren directamente a los quesos.

Sepa usted, señor Jacobo, que si no fuera por el respeto y el cariño que les tenemos, la paciencia se nos habría acabado. No la

nuestra, para que me entienda y no crea que es algo personal, la paciencia de la Administración. ¿Y quién es esa, don Ignacio, que a mí no me la han presentado? La Administración es el Ministerio de Sanidad, con unos jefes que nos aprietan las clavijas, con unas leyes que cumplir y unas multas para los que no las cumplen. Iñaki, por favor, no le hables así que parece que les estás amenazando. De amenazas nada, Marimar. Ya he dicho: respeto y cariño. Respeto por los años que llevan en el monte, manteniendo este ganado cuando todos los vecinos han ido claudicando. Quitando las cabras y emigrando a la ciudad. Cariño porque tiene mucho mérito y por eso intentamos ayudarlos, aunque ustedes piensen que venimos a… fastidiarlos. ¡Pues no se nota mucho ese cariño, don Ignacio! Que nos tienen agobiados de papeles que ni entendemos porque no sabemos leerlos. Apiádense ustedes de nosotros, tengan un poco de consideración a estas canas y a estas manos llenas de callos. Ahí quería llegar yo, señor Jacobo, a la consideración que les tenemos. Ya le digo, si fueran otros, su expediente estaba cerrado y este establo precintado. ¿Pero por qué, don Ignacio, por qué? ¿Dígame usted qué estamos haciendo nosotros de malo? ¿Dígame qué hacemos mal que no hayan hecho desde antaño nuestros antepasados? Los tiempos cambian, interrumpe Marimar para destensar el ambiente. La sociedad cambia, señor Jacobo, y debe ir adaptándose a los tiempos modernos. ¿Y qué es moderno, señora veterinaria? ¿Echarle unos polvos rojos a la leche? ¿Envenenar las siembras con eso que fumigan para que luego el grano y los piensos estén también envenenados? ¿Echar cloro al depósito del agua de la fuente de la Garganta? ¿Dejar que esos aviones sigan llenando el cielo de humo? ¿Cocinar con el butano? ¿Comer productos metidos en latas o en plásticos con lo que echarán ahí para conservarlos? No, eso no es lo moderno, señor Jacobo, lleva usted razón. No se enfade. Moderno es que la sociedad vaya adaptando sus normas al progreso. Nuestro cometido como veterinarios es velar por la salud. Es decir, vigilar que se cumplan las normas que evitan las enfermedades. Al grano, señora veterinaria, al grano. Que no sé lo que es velar, pero me suena a estar siempre jodiéndonos, hablando en plata. Jodiendo a los más pobres. No, no, corta don Ignacio, todo lo contrario. Vamos a ponernos razonables. Todavía recuerdo hace unos años cuando usted se negaba a vacunarlas. ¿Recuerda, señor Jacobo? ¿Recuerda cuando decía que no iba a consentir que a sus cabras les metieran medicinas en el cuerpo? Sin embargo hoy, están todas vacunadas, o eso espero, y con sus cartillas en regla que ahora veremos. El tema es la jodida brucelosis, que no acabamos de erradicar. No es nada contra usted, buen hombre. Nada personal. El enemigo se llama brucelosis o fiebres Malta. Hay que acabar con ella o será ella la que acabe con el ganado de todas estas sierras. Primero

ganado y las personas detrás. Mire usted, señor Jacobo, vamos al corralón y se lo explico allí mejor. La bacteria de la brucelosis se contagia cuando las cabras comen alimentos o beben aguas contaminadas. Después, incluyendo a los chivos cuando maman, nos contagian a los humanos por beber la leche cruda o el queso fresco. El mayor cuidado hay que tenerlo cuando paren para no contaminar a las otras cabras con todo lo que sueltan, pues el bicho se queda en la paja de la cama, en los piensos y en el forraje. No sólo es tenerlas vacunadas, es protegerse en esas circunstancias, hacer un ordeño higiénico, fuera de ese establo por si está contaminado, que mire cómo lo tienen. Y por supuesto los quesos a la hora de manipular esa leche y esos sueros. Lo que le estamos pidiendo, señor Jacobo, por escrito y de palabra, reiteradamente, es crear espacios saludables. A ver si me explico: aquí el paritorio, ahí el ordeño, más allá, bien separado, la manipulación del queso. Una zona limpia e higienizada. Si yo le doy la razón, don Ignacio, en que sus intenciones son sanas y sé, de buena fe, que no vienen ustedes a jodernos. Lo digo porque estoy muy disgustado, igual que digo que cualquier día mando las cabras a tomar por culo. Pero no estoy de acuerdo con ustedes en algunas cosas que dicen. Somos un poco atrasados, pero no tanto. Antes de que nacieran sus abuelos y bisabuelos y tatarabuelos, ya estaban los míos pastoreando cabras. Sabían lo de ese bicho, aunque no supieran llamarlo brucelosis ni siquiera fiebres Malta. Fiebre y dolor de huesos, de eso sí sabían. También de los abortos y de las ubres infectadas, de las cabras hueras y de las muertas. Pero ¿qué contaminación de alimentos o de agua van a tener mis animales comiendo y bebiendo en esta sierra que está virgen como un paraíso? ¡Si les oyera mi Tiresias, ay si les oyera! ¿Cómo me dicen eso ustedes que vienen de las capitales donde está todo envenenado, sucio, contaminado, atestadito de escombros, de latas y de plásticos? Yo tengo a las cabras vacunadas y con las cartillas en regla. Para eso me dejo mis buenos dineros todos los años. En cuanto a la leche, le mentiría si digo que no hacemos quesos. Cada vez menos, pues sacamos más provecho de los chivos. Pero los quesos de leche cruda son para nosotros, porque nos gustan así. ¿O acaso no va a tener uno la libertad de comer lo que le venga en gana? ¡Hasta ahí podíamos llegar! A los quesos que vendemos les damos un hervor, eso que ustedes llaman… Pasteurización. Sí, eso mismo. El proceso es relimpio para las condiciones que tenemos. Pues disponemos de agua corriente. Luz eléctrica y ahora hasta teléfono. Recordando a mis padres y a mis abuelos, o a los de la Remigia, que para el caso es lo mismo, me viene a la memoria su imagen haciendo quesos. ¡Madre del amor hermoso! Si los ven ustedes en ese cenagal les da un soponcio. Ahora bien, ni un muerto ni un enfermo. Que desde que tengo memoria ninguno de mis antepasados tuvo necesidad

de ir de médicos. Por eso digo que, sin ánimo de ir contra el progreso que combate esas enfermedades acertadamente, nosotros lo hacemos lo mejor que podemos. En este enclave en el que vivimos, en estas condiciones… lo mejor que podemos. Lo que no voy a hacer ¿verdad, Remigia? es gastarnos aquí un dineral en obras, porque… cuartos no tenemos. Vivimos al día. Comidos por servidos. Hambre no pasamos, es verdad. Trabajamos sin descanso para que no nos falte un bocado que echarnos a la boca. Afanamos como nadie sabe. Sólo Dios, si es que nos ve desde la morra del cielo. Y si nos ve dirá que nos tomemos una tregua, un respiro, antes de reventar. Es duro escucharle, don Ignacio; primero alaba nuestra resistencia por no marcharnos de este rincón del mundo y a la vez no dejan de hostigarnos con sus cartas certificadas y sus lecciones de fiebres Malta. ¿Cómo quieren ustedes que alicatemos hasta el techo, si en mi casa no hay ni una baldosa? Por favor, déjennos vivir. Vivir en paz. O morir, al menos con dignidad. Yo a ustedes los respeto y sé que tienen que ejercer su oficio, no voy a la contra, pero sepan que vamos a tener que elegir: O las cabras o nosotros. Con eso, queda todo dicho. Cuando un día, a no mucho tardar, nada de esto quede, se reirán acordándose de los putos baldosines. Les hará gracia cuando esto sea un erial sin vida. Querrán rectificar, arreglarlo con mil medidas y leyes que se inventen desde una oficina de sus ministerios. Pero ya será demasiado tarde. ¿Lo próximo, don Ignacio? ¿Obligarnos a alimentar a las abejas con algún producto que ingenien los modernos para hacerse millonarios, aunque tengan que arrancarnos las flores y la primavera? Sigan, sigan ustedes por ese camino quebrantando el orden natural, arrasando con Dios y la madre. Cualquier día vendrá una enfermedad, una plaga que acabará con todo. Con nosotros los primeros.

Cuando al mes del viaje a la capital por fin consiguió que le entregaran sus gafas, Tiresias se sintió un hombre afortunado. Se las trajo Machaco, que vino a saldar la deuda con su padre. Las recogió donde la Frasca, pues allí las había dejado el señor Cristóbal, el taxista. Yo, tío Jacobo, soy un hombre legal. Le pedí que me aplazara el pago porque andaba muy apurado y usted no puso ni un reparo. Sabiendo que tienen ustedes más necesidad que yo. Por eso, no me ha importado venir en persona para saldar las cuentas y aprovechar para traerle este paquete al Tiresias. El coche me lo ha prestado Valeriano, aunque yo pague el gasoil, porque me debe varios favores. Ahí tiene el sobre con los dineros, cuéntelo usted a ver si no me he equivocado. No hace falta contarlo, Machaco, que en vez de mostrarte desconfianza te voy a dar mejor un trago de vino con un tasajo. Duro, pero rico; que han cogido el pimentón y el orégano que da gusto.

A la tarde, Tiresias regresa a casa tras el pastoreo. Su madre le anuncia que el tío Machaco le ha traído las gafas y se las ha dejado en la mesilla de la alcoba. En el ordeño, porque no se puede esperar a la cena, el tío Jacobo le relata palabra por palabra la visita de los veterinarios. Que ya se produjo hace cuatro días, es cierto, pero lo tiene que repetir y repetir hasta que explote tu cerebro. ¿Y sabes cómo rematé, Tiresias? Preguntándoles: ¿Lo próximo qué será? ¿Obligarnos a alimentar a las abejas con cualquier producto de fábrica después de robarnos las flores y las primaveras? Se quedaron callados, sin respuesta, y se fueron por donde habían venido. Con el rabo entre las patas. Perdona que te lo repita una vez más, hijo, pero es que esa visita y esa conversación me tienen condenado. Atormentado. Antes del remate, ya les había soltado: ¡Si les oyera mi Tiresias, ay si les oyera! No como una amenaza, que somos gente pacífica. Sino por acordarme de ti, el pastor verdadero, por nombrarte ya que estabas pastoreando por la sierra y debían de estar sonándote los oídos. Rabiando, por lo que estaban diciendo. Le doy vueltas y más vueltas a la cabeza y me arrepiento de no haber añadido en relación a las abejas: ¿También nos van a precintar las colmenas si las corchas están sucias? ¿Acaso van ustedes a multar a las abejas o sólo a la reina? Y Tiresias, aunque harto de soportar durante cuatro tardes seguidas su relato, se sonreía maliciosamente ante las ocurrencias de su padre: ¡Multar a la reina! Mira, hijo, esta gente va a por nosotros. Estamos ya sentenciados y nos están declarando la guerra. Hay que extremar las precauciones, tener este establo requetelimpio, cambiar la cama más a menudo, poner en orden las vacunas y las cartillas. Ah, muy importante: renovar esas tiras de pegue de las moscas, comprar unas

nuevas *encá* la tía Emilia porque estas viejas lo mismo tienen pegadas cada una ya un millón de moscas. Vienen a por nosotros, hijo. Y me temo que son mucho más fuertes. Son los poderosos, Tiresias. No los veterinarios directamente que, si me apuras, son buenos muchachos. Son los que están detrás, los de por encima. Los que no se dejan ver, los invisibles que gobiernan el mundo. Esos son los peligrosos. ¿Y los quesos, padre? Con los quesos habrá que reducir el consumo, sobre todo los de leche cruda. A nosotros nos dan más cuartos los chivos que los quesos, pues entonces vamos a procurar que las chivas se cubran más y cuanto antes. Si te parece, hijo, vamos a dejar un machete, uno que seleccionemos con fuerza y trapío, para que ayude al macho viejo. Esta ganadería cada vez debe ser más de carne que de leche. El negocio, Tiresias, está en los cabritos. Menos quesos y más chivos. Mira el fajo de billetes que te he enseñado del pago de Machaco. Con él, vamos a resarcir tu cartilla y todavía nos sobra. Lo que sobre, muchacho, hay que meterlo en la otra cuenta que el señor Casiano nos advirtió que estaba en las últimas. Si se queda vacía tendría que devolver el buen hombre el recibo de la luz y otros gastos que vengan. Dirás que soy un pesado, un *cancamusas*, Tiresias, pero me alegra que me escuches y te metas en la cabeza todo esto que te digo. Tengo la obligación como padre de ponerte al corriente del tejemaneje del campo, del negocio y del mundo. Si un día faltamos, más tarde que pronto, no podrás decir que de esto no sabes si tu padre y tu madre te dieron aviso.

Cuando han acabado el ordeño, el muchacho ha preparado de nuevo la olla grande de agua. Hace frío, pues el invierno ha entrado con fuerza segando los días con su guadaña de hielo. Hace frío pero no le importa. No le importa que las agujas de la escarcha se claven en sus carnes desnudas, blancas, rosáceas. Si me apuras, da más gusto. Cuando se mete en el barreño y siente correr por su espalda el agua caliente que cae del cazo se estremece de placer. Relaja los huesos, los músculos, la columna vertebral, dejando que el agua corra desde la nuca hasta las nalgas duras y lustrosas.

Mientras el agua se calentaba, ha seleccionado en su alcoba la ropa que piensa estrenar esa noche: un pantalón, una de las camisas y el jersey. Los tiene ya colgados en el clavo de detrás del retrete donde se baña. Un baño abierto en parte al corralón que exhala un vapor envolvente al contraste del agua caliente con la helada. Esa es la imagen del Tiresias desde la distancia, por no ser indiscretos, un joven fibroso, esbelto en su desnudez y envuelto en una niebla que dan a su figura un aire mágico y fascinante. Cuando se viste, ha descolgado de la pared el espejo nuevo que pende de un alambre y se lo ha llevado a su habitación. Allí, en el silencio de la intimidad, ha abierto el paquete

y ha observado de un lado y del otro sus gafas. Se ha acercado hasta el espejo y se ha peinado tal y como le enseñaron en la capital. Apenas ve, es cierto, pero se deja guiar por las instrucciones que le dieron. Después se ha puesto las gafas y ha aparecido en el espejo un rostro desconocido. Para reconocerlo, acerca aún más su cara al espejo. Es el Tiresias, es cierto, aunque también ha dejado de serlo. Algo ha empezado a cambiar por fuera, pero mucho más por dentro.

Esa noche, ya en la cama, escucha la historia del limpiador de pintadas. No se ha quitado las gafas, pues no quiere desprenderse, aunque la luz sea tenue, de esos cristales que le hacen ver el mundo de una forma diferente. Milagrosos cristales para descubrir en la penumbra la realidad oculta. Al oír esas palabras desde la dulce voz de Sophia Bayker se da cuenta que esa mujer le está hablando en clave. Palabras en su código secreto. Son para todos los radioyentes, pero sólo es por disimular. Pues esa historia es propiedad de sus oídos y contiene un mensaje exclusivo para el pastor Tiresias. ¿Quién es si no, ese muchacho que sientan en el abandono del final de la clase? ¿No es esa clase la de Tiresias; la clase llamada sierra? La historia es suya porque ese personaje de las pintadas es idéntico a él. Solitario, taciturno a la fuerza, considerado medio tonto. El retrasado de la clase, el retrasado del Enjambre. Los errores de dos tontos hermanados en el desprecio, el desamparo y la desidia. ¿Para quién son esas frases tan elocuentes y bellas? ¿Acaso no las han escrito para el pastor que no sabe leer y Sophia se ha metido en tu cama a leértelas? SI CERRAIS LA PUERTA A TODOS LOS ERRORES, TAMBIÉN LA VERDAD QUEDARÁ FUERA. Dos errores iniciales, uno en los arrabales de la ciudad, otro en lo más recóndito del bosque. Errores de la ciudad, errores del campo, errores de la vida y de la naturaleza. Pero hay que serlo, tocar fondo, estar sentenciado sin remedio, tragarte las lágrimas mezcladas con sus cuchicheos y sus risas, el desprecio de la indiferencia a los débiles, a los que nunca cuentan. Aceptar con resignación que a ti te cierren todas las puertas. Hay que ser un error, reconocerte en él, curtirte en el dolor, para encontrar la verdad, para que la verdad no quede fuera. ¿Por qué no has llamado a ese muchacho de las pintadas directamente Tiresias? ¿Por qué hermanas nuestro dolor y no nuestros nombres? Me llamo Tiresias, fui pastor de cabras en la sierra y ahora me dedico a limpiar pintadas de las paredes de la gran ciudad. No sufras, mi amor, sigue escuchando, le susurra Sophia mientras le seca con su mano una lágrima: PUEDES LLEGAR A CUALQUIER PARTE, TIRESIAS, SIEMPRE QUE ANDES LO SUFICIENTE.

Muy buenas noches, queridos radioyentes. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia

Bayker. Tu amiga, tu confidente, tu contadora de historias. Tu fuente de inspiración, tu oxígeno para que sigas respirando hasta que llegue la mañana. Esa mañana de luz en la que desaparezco igual que un fantasma. Hasta que vuelve de nuevo la oscuridad y acudo a esta cita de las ondas. La cita que tengo contigo en la intimidad de ese cuarto desde el que me escuchas. La magia de las ondas que acercan a los seres humanos. La magia de la radio que convierte la soledad en compañía. Contando historias como la de esta noche. Primero la música, luego las palabras. Hoy voy a hacer un programa especial dedicado a los ancianos. Sé que son muchos los que nos escuchan, pues no hay mejor compañía que la de la radio. Nosotros somos jóvenes, fuertes, vigorosos. Nuestros cuerpos son bellos. Desde la juventud y la belleza es difícil acordarnos de ellos, de los ancianos. Como si hubieran perdido ya todo eso: la hermosura, el amor, la felicidad, la alegría. Perder, gastar la juventud no significa desperdiciar el resto de valores que nos regala la vida. No, ni mucho menos. Lo demuestra la historia que os voy a leer como recuerdo y homenaje a todas las personas mayores. Gracias, abuelos, por todo lo que nos habéis dado. Música, maestro:

La residencia de ancianos donde vivía mi abuelo era un caserón blanco de sol y cal con las ventanas enmarcadas en una cenefa azul de mar. Mi abuelo decía que, dependiendo de la claridad del día, ese azul se clareaba o se oscurecía igual que el océano refleja en el agua los nubarrones de plomo o las nubes azules y blancas, tiñendo la mar de colores. Mi abuelo, con la vejez, se había doctorado en luz y color. Un experto en caleidoscopios para ojos agotados, pacientes y doloridos. Los ojos que ya lo han visto todo, pero nunca lo importante. Pues ya se sabe que lo "esencial es invisible a los ojos". Aquel azul de ventanas y ese relumbre de cal le transportaban a su infancia.

La entrada de la residencia estaba presidida por una escalinata con dos columnas de granito que soportaban un cartel en el que estaba escrito: RESIDENCIA DE LA TERCERA EDAD: LA ESPERANZA. Nombre que mi abuelo leía con sarcasmo, pues no le gustaba ni lo de Tercera Edad, ni mucho menos lo de Esperanza. No entendía el afán de los hombres por cambiar el nombre de las palabras, en una demostración de cobardía y miedo a no querer llamar a las cosas por su verdadero nombre. Y, a poco que le dejaras, te explicaba el concepto de eufemismo, por el que en vez de escribir en el cartel VEJEZ ponían TERCERA EDAD; igual que a la muerte le llaman defunción, al culo el lugar donde la espalda pierde su casto nombre; para rematar con el mil veces repetido "*Calendas purpúreas*" que, antigua y retóricamente, designaba la menstruación. Expresión que me evocaba a mi abuelo joven, correteando detrás de su mujer que se

negaba a que le pusiera la mano encima por estar con sus *calendas purpúreas*. Aunque peor era lo de Esperanza. Más que un eufemismo, protestaba el abuelo, son ganas de cachondeo y un insulto de humor negro. En el recibidor de la entrada –un patio embaldosado lleno de *pilistras* de relucientes hojas enaceitadas–, un gigantesco reloj de péndulo marcaba las horas como el abominable recordatorio de que el tiempo se acaba. ¡*Ton ton, ton ton*!

Las habitaciones tenían una terraza que miraba al poniente, en la que nos sentábamos en primavera. Cuando no tenía ganas de hablar y se cerraba como los días negros de tormenta, permanecíamos horas en silencio. Mirando el campo que desde allí se divisaba. Observando cómo la luz transformaba los colores y metamorfoseaba las lomas de oro en vieja plata, los álamos blancos en oscuros, las cebadas que ya querían ser amarillas en pardas. Silencio de colores, metamorfosis de sonidos, cuando la tarde caía más allá del horizonte y esos silencios son las mejores palabras. Solsticio de colores, equinoccio de palabras. Alborada de pájaros de luz, crepúsculo de voces calladas. Últimas tardes para recuperar el tiempo perdido, para derrocharlo, y disfrutar de la belleza que a lo largo de una vida vertiginosa pasa inadvertida.

Los vecinos de habitación y terraza eran una pareja de viejecillos entrañables que mi abuelo llamaba “los enamorados”. Porque del otro lado de la mampara de cristal que nos separaba, se les oía hablar con dulzura y se sentían sus arrumacos y carantoñas. Si querías poner al abuelo de mala leche y despertar su genio ya aletargado y entumecido, bastaba con decirle que les llamaba “los enamorados” por pura envidia. Y creo que era cierto, aunque él se justificaba explicando que les tenía mucho aprecio, que eran sus mejores amigos, que siempre estaban pendientes de él; pero que no soportaba tantos mimos y besuqueos. Que era imposible que, después de tantos años, se amaran así. Un amor idílico, inverosímil. ¡Sí, era eso: el viejo gruñón se moría de envidia y de celos!

Cuando ya me cansaba de su silencio, pegaba la hebra con ellos. Charla que siempre comenzaba alabando, a su manera, al abuelo: Lo que tiene de cascarrabias, lo tiene de bueno. Para añadir que me despreocupara totalmente de él, que ya se ocupaban ellos. Después me contaban –siempre hablaba la mujer– cualquier recuerdo de su vida. Tardes y tardes de recuerdos, de evocaciones íntimas. Como si el desahucio decretado por el tiempo atacara la memoria y hubiera que vaciarla con urgencia: los muebles, las ropas, la vajilla, las cartas y los libros.

Una de aquellas tardes azules de sol y confidencias, me confesó

que en toda su vida sólo había regañado una vez con su marido. Una única discusión para toda una vida. Y un único reproche por una promesa incumplida: siendo jóvenes, le había prometido llevarla de viaje a París. Pero después, entre unas circunstancias y otras –los hijos, la falta de dinero, los achaques y los miedos– el viaje se fue aplazando y aplazando hasta dejarlo convertido en un sueño. Pero nunca se lo tomó a mal. Hay anhelos que al cumplirse se desmoronan y se deshacen igual que el hielo.

La discusión se produjo no hace muchos años. Casi recientemente. Unos meses antes de mudarse a la residencia, cuando hacían las maletas y daban la última vuelta y el último adiós a su casa. En la familia, el control económico lo llevaba ella. Cada día, entregaba a su marido un dinerillo para sus gastos: el café, la partida, un chato de vino, unos caramelos. Así, a lo largo de cincuenta años. Sin embargo, cuando revisaba la casa para su traslado a la residencia, encontró en el recoveco de un armario una caja de zapatos repleta de billetes. Y la mujer, que jamás había desconfiado de su marido, se sintió al ver aquello decepcionada y confundida. Cuando le enseñó la caja y le pidió explicaciones, el hombre entró en cólera como si con el hallazgo le hubieran desnudado arrancándole la piel a tiras. Un ataque de ira al ser despojado de su secreto.

En la siguiente ocasión que visité a mi abuelo, el hombre enamorado había muerto. Empezó a encontrase mal y, tras varios días decaído y meditabundo, se durmió y ya no volvió a despertarse. Cuando le registraron su ropa para sacar su cartera, en el bolsillo de su abrigo le hallaron un papel que decía: El dinero de la caja, amor mío, era el ahorro diario porque no tomaba café ni echaba la partida ni comía caramelos. Ese dinero, mi amor, era para llevarte a París, o quizás mucho más lejos. No te demores, estaré esperándote en el andén de los sueños.

¡Desde el interior de ese espejo, te veía tan atractivo, Tiresias! A ratos, el vaho que desprendía el agua empañaba el cristal y tu figura se desdibujaba. Te escondías a mi mirada. Quizás por eso me estaba excitando, al verte y no verte desnudo. No hay cosa más excitante que las miradas prohibidas, secretas, con ese filtro borroso que no te deja ver con claridad, para que tu imaginación añada lo que te falta. Observarte, Tiresias, espiarte si quieres, desde el interior de ese espejo sin que tú lo supieras, me excitaba. Un arrebato metiéndome en la intimidad de tu baño. Ahora soy yo la adolescente que mira a su diosa desnuda a riesgo de perder los ojos. La diosa Atenea convertida en Apolo, un efebo con su espalda y sus hombros esculpidos en mármol por donde se vierte el agua abrasando. No diré que seas un chico atlético, para qué te voy a engañar, pero con tanto trabajo en esa sierra, tanto afán con el ganado, se ha endurecido tu cuerpo, fortalecido tus músculos que se marcan según te enjabonas. No eres un musculitos de gimnasio de ciudad, un tanto artificial; sino que tienes la robustez natural del quehacer diario. Desde luego, olvídate de aquel muchacho de tu infancia, escuchimizado y enfermizo, esquelético, porque ese chico ha desaparecido. ¡*Bye*, *bye*, cariño! ¡Se ha ido! Pero no te abandones, Tiresias. Esto es sólo el principio de tu transformación física. A la mínima que te descuides y te dejes arrastrar por… las circunstancias, volvemos a lo mismo. No te dejes crecer ese pelo. Esa melena lacia y sucia era tan… desagradable. Ni permitas que te lo corte tu madre, que ni ve ni sabe manejar las tijeras. Te corta el pelo a ti igual que a la mula. Cuando vayas a Anchuras te lo cortas donde Matías Esquile que cobra cincuenta pesetas. Ese baño que era de uvas a peras, hazlo una vez a la semana, hombre. No seas tan guarro. Te cortas las uñas y te afeitas esas barbas. Llevas en tu interior tanta energía y tanta rabia contenida que me da la impresión de que te sale por los pelos de la barba. Tan recios y negros que parecen, como suele decirse, escarpias. Te bañas y te afeitas una vez a la semana. Sin bajar la guardia. ¿Te parece bien el sábado al atardecer? Ya sé que para ti no hay sábados ni domingos ni festivos, pues todos los días son iguales y siempre hay que hacer las mismas tareas. Pero, aunque sea simbólicamente, a partir de ahora los sábados y los domingos van a existir. Para romper las inercias de ese calendario monótono y reiterativo. Eso es: para romper la monotonía. ¿No sabes lo que es la monotonía? La monotonía es el aburrimiento por hacer siempre y siempre lo mismo, sin variar. Te bañas, te cortas las uñas, te afeitas y te vistes con la ropa nueva. ¡Estabas tan elegante con esa camisa de cuadros! Cuando tengas que hacer trabajos penosos y sucios como arar con el mulo o sacar el estiércol, te pones las gafas viejas. Si no, en unos meses las nuevas estarán destrozadas. Hechas

añicos desde el principio, y luego a esperar otros siete años. ¿Para qué te regalaron en la óptica ese producto quita arañazos? ¿Cuántas veces lo has utilizado? ¡Ninguna! Muy bien, Tiresias. Así vamos fenomenal. Esas gafas que te han cambiado el rostro hay que conservarlas y cuidarlas, muchacho. También esa ropa nueva, que no te la puedes poner y liarte a hacer cualquier faena con los animales para destrozarla en cuatro días. Y por favor, no te subas los pantalones casi hasta el pecho. Que no pasen nunca de tu ombligo. ¿Pero adónde vas con esa cuerda para atarlos? ¿Te has vuelto majara? Busca un cinturón como es debido y si no lo encuentras, sácate para disimular la camisa o el jersey por fuera. Me pones de los nervios, Tiresias. Sé más cuidadoso, por favor. Porque te voy a decir algo importante. Los cambios, las transformaciones no vienen del exterior. Tú, con esa mente obsesiva, con la obsesión enfermiza que has pillado conmigo, piensas que todo sucede gracias a mí. Que soy yo la que te transforma desde ese programa de radio. Bueno, por no desilusionarte te diré que puedo ser el aliciente, el estímulo, el aguijón que te he clavado para que reacciones y no eches tu vida a perder. Para que dejes de ser un animal salvaje, extraño, solitario, y pueda domesticarte. Es más, muchacho, domesticarte a mi manera, bajo mis principios y mis intereses, que lo mismo en un tiempo no son los tuyos. No sé, lo digo para que no te dejes seducir ni arrastrar por cualquiera. Ante la



novedad, pues ahora todo puede parecerte novedoso, no te dejes llevar porque te van a engañar. Pero no te equivoques, eres tú y no yo. Lo que no hagas por ti mismo no lo hará nadie. Soy tu incitación, tu patada en el culo para que espabiles. Tus ojos, si quieres, para mostrarte el mundo que está ahí afuera. Ojos y voz para contarte historias, para ponerte delante de tu vista ciega de Tiresias la vida de otras personas. La ventana de la radio para que veas el planeta. Sí, efectivamente, lo que cuento en esta radio es para ti. Los otros son la claque, los acompañantes, el público, el escenario que me he montado para llegar a ti disimuladamente. Es verdad, Tiresias, te hablo en clave para que no se den cuenta. Para que no descubran el código cifrado con el que te paso los mensajes. ¿Por qué motivo voy a llevar a los radioyentes al desierto a conocer los cuentos de *Las mil y una noches*? Pues ya deberías saberlo: sólo para que oigas cómo un hombre de Bagdad sueña y consigue realizar sus sueños. Para que entendieras que los sueños existen y si los persigues pueden hacerse realidad. Primero sueña, luego persigue tu sueño. Por imposible que te parezca. Igual

que las cometas bailan y vuelan detrás de las nubes, hasta que se rompe el hilo que te ata y encadena a la tierra y te conviertes en una de ellas. Tú eres una nube, muchacho, no un nubarrón ni una borrasca negra. ¿Para qué voy a subir a antena la vivencia de Zenobia que pasa de limpiadora de váteres a instrumentista de violonchelo? No seas torpe, Tiresias, o no te lo hagas como acostumbras con cierto victimismo, y contesta a mi pregunta: para que veas que la gente, las personas normales como tú y como yo, si ponen empeño y no desfallecen, consiguen convertirse en violonchelistas. Y si me apuras, en profesora de conservatorio o del Teatro Real. A ver qué nos cuenta un día de estos cuando la llamemos, igual que voy a llamarte a ti. Personas con alma, Tiresias, que no permiten que se rompa. Porque en esa alma está la esencia del instrumento y la esencia de sus vidas. Personas nor–ma–les. No son genios. No son superdotados. No son estrellas. Algunos, contrariamente, nacieron estrellados como ese muchacho de las pintadas o, más cerca de ti, el señor Deogracias, pues para mí siempre será señor y no tío, que dejó la vida miserable y la humillación de las fincas con sus amos para hacerse actor. De rebote, por saber enganchar la oportunidad que le daba un pasillo y una linterna de acomodador mientras escuchaba y se embelesaba con los actores y las bambalinas. La vida pasando a tu lado para que la agarres de un plumazo o la dejes escapar de las manos. Tú decides. Ahí lo tienes ahora, leyendo, escribiendo, memorizando y ensayando sus textos para regalárselos al pueblo. ¿Hay algo más bello en esas sierras además de tus corzos y tus abedules? Sin cobrar ni un duro, amigo. Tus padres, Tiresias, por si no lo valoras suficientemente, también me valen de ejemplo. Unos luchadores que combaten todas las adversidades, los acosos, las embestidas para que abandonen su trabajo y su forma de existir. Pero ellos no renuncian, se enfrentan, pelean a dentelladas para preservar su pequeño paraíso de vidas desterradas que, en ocasiones, es un infierno de desolación. Pero se aferran a ella. Es su v–i–d–a. Si un día perdieran la batalla y tuvieran que marcharse, lo harán con la dignidad intachable, con la cabeza bien alta. Sí, es cierto que cada noche te doy la lección en la radio, mi lección radiofónica desde mi universidad de la vida a distancia. ¿Para qué voy a leerte la historia del muchacho de las pintadas si no fuera así? Son todas historias de superación, aunque intercale otras para despistar a mi público. Llevas razón, muchacho. El limpiador de pintadas podía haberse llamado Tiresias y el significado del relato no cambiaría ni una coma. Eres tú mismo buscando tu destino por los arrabales de la ciudad. El destino escrito en esas paredes igual que el tuyo está escrito en el musgo de los quejigos, en los líquenes que cuelgan como racimos de las encinas y en el vuelo en flecha de las grullas. Aunque, ahora, en esta conversación confidencial que tenemos

te diga que no comparto totalmente esa historia, por bella que sea. ¿Qué es eso de un error? ¿De qué mierda de error estamos hablando? ¿Quién es el error, Tiresias? ¿Un muchacho al que no le han dado ni una oportunidad? ¿Un niño que por falta de medios no puede tener siquiera un buen reconocimiento médico para diagnosticar sus primeras dificultades? ¿Un niño dejado de la mano de Dios y de los hombres con el sambenito colgado en su pecho de retrasado? La etiqueta del tonto orejas de burro. Un niño del silencio y el abandono. Un pequeño hombre lobo, más lobo que hombre. Un monstruo, una bestia. ¡Qué casualidad, por desgracia muy minoritaria, que cuando se proporciona ayuda o pillan al vuelo un resquicio del azar siempre salen adelante! La bestia transformada en príncipe. Un día se llama Zenobia, Deogracias, otro limpiador de pintadas, otro hombre de Bagdad. Bestias transformadas en violonchelistas, en actores, en filósofos… No hay mayor error que el de no tener oportunidades. Por eso es tan hermosa la frase de ese muro de no cerrar las puertas, de buscar salidas, de no aceptar los prejuicios, de no darlo todo por hecho y acabado, para que la verdad no se quede fuera. Tú, Tiresias, busca la tuya. Ante tus ojos ciegos, estira la mano y agárrala con tus dedos.

No estoy enfermo. No me pasa nada raro. Me he bañado y he estrenado la ropa nueva porque como me descuide se va a apolillar en el arcón esperando el momento de usarla. ¿Cuándo va a ser eso? ¿Dentro de seis años que haya que ir otra vez a cambiar las gafas? ¿O me la ponen ustedes si caigo enfermo y tiene que venir el médico, así me ve tan elegante con el jersey nuevo pero medio muerto? A partir de ahora, me voy a bañar y cambiar de ropa todos los sábados. Como si tuviéramos algo que celebrar. Al fin y al cabo, el gasto es escaso: el agua de la Garganta es gratis y la lumbre ya está hecha y no incomoda que ponga esa olla en las trébedes. El jabón lo único. Pero es un producto que no hay que comprar, que para algo lo hace usted, madre, con el aceite viejo y un puñado de sosa. No es un regalo, porque sale de nuestras manos. De las suyas, agrietadas y viejas de tanto afanar.

Es lo que va explicando Tiresias al aparecer en la cocina para la cena. Tan relimpio y bien vestido que pareces un señorito, muchacho. Si te invitaran mañana a una montería los dueños y fueras así de bien puesto, nadie iba a pensar que eres un pastor del Enjambre. Darías el pego, vestido igual que un rico. Con estas aclaraciones se ha acabado la conversación. Pues Tiresias quiere que concluya así, sin preguntas ni especulaciones. Una vez que ha dicho que no está enfermo ni piensa huir de la sierra para no generar en sus viejos más preocupaciones de las que ya tienen. Después comen en silencio, más bien rápido, pues el

apetito es bueno. Con las cabezas sobre la sopa y la tía Remigia de acá para allá, poniendo y retirando platos. Pasando un paño al hule de la mesa que un día llevó dibujado un mapamundi y que ahora, del mucho uso, se le han borrado África y Europa por ser los continentes de más roce al estar en el centro del hule y del planeta. Se han esfumado, evaporados, llevándose por delante sus colores y sus países, sus ríos, sus montañas, sus fronteras y sus gentes. Ya sólo les queda visible Asia y América, rodeadas del azul inmenso de los océanos. Silencio que sólo rompe una gata que maúlla, las noticias del parte de la radio y el chisporroteo de la lumbre con el haz de jaras secas que invariablemente echa el tío Jacobo al fuego en ese preciso momento. Para tomarse el tazón de leche en brazos de las llamas, para irse calentitos a la cama y para que el embrujo cautivador del fuego te traiga los mejores sueños. Excepto a Tiresias, que piensa en otras cosas y no se va a dejar seducir por el hechizo multicolor de las llamas: rojo, amarillo, azul, blanco y naranja. A esas horas tiene la cabeza en otro espacio, muy lejos de esa cocina y de esa sierra. Porque sólo piensa en su cita con Sophia Bayker. Sin embargo, sentados los tres en sus respectivos tajos de corcha, bebido el tazón de leche y con la cocina recogida y limpia, Tiresias ha hablado sacando a cada uno de sus respectivas ensoñaciones: Padre, quiero aprender a leer. Me gustaría poder llegar a leer un libro. Por eso le voy a pedir un favor. Para mí un favor muy grande. Se trata de hablar con su amigo Deogracias para que me enseñe. Si usted me autoriza y le parece bien. Mi deseo sería irme a Anchuras los domingos, después del mediodía, dejando el ganado apañado, para llegarme hasta la casa del tío Deogracias. Ya te veo venir, Tiresias, le interrumpe su padre. Primero que te dé la lección y luego le acompañas al teatro. Lo mismo te conviertes, una vez que aprendas, en su ayudante. ¿Sabes lo que te digo, muchacho? ¡Que eres un tunante! ¿Dónde estaba el retraso del Tiresias, Remigia? ¿De dónde coño salió lo de retrasado? No te asustes, hijo, que si digo tunante lo digo en el sentido de listo. Un tunante más listo que un zorro. Porque sólo un hombre inteligente quiere aprender a leer. Los tontos, como algunos creían que eras, dirán que eso de leer no vale *pa na*. Sí, sí, muchos de los hombres de esta sierra lo dicen. Algunos incluso van más lejos y te sueltan que eso de leer es una *mariconá*. Que para un pastor, con saber sacar las cabras a ramonear, ordeñarlas y hacer quesos es más que suficiente. El resto sobra. Tontos útiles, analfabetos para ser engañados por los listos. Así somos los ignorantes: cuanto menos sabemos, más creemos saber. No sé lo que opinará tu madre que tiene voz igual que yo, pero en lo tocante a mí, si tenías alguna duda o reparo y pensabas que te iba a poner pegas, es que no me conoces bien y estabas muy equivocado. Puedo chochear ya de viejo, repitiendo las cosas incansablemente; puedo ser un cascarrabias

reguñón, un malas pulgas, un poco arisco, chapado a la antigua y reacio a las modernidades. Pero todavía no he perdido el norte ni la cabeza para no saber distinguir dónde está lo bueno y lo malo, lo inteligente y lo torpe, lo honesto y lo ruin. Todavía sé distinguir lo que hace la escuela y los libros con los hombres. El valor de la enseñanza de un maestro. Los analfabetos que no han podido disfrutarlo, como yo, suelen despreciarlo. Pero no es mi caso, que no sólo no lo desprecio sino que lo envidio. Si consigues aprender a leer y un día nos lees una de esas historias, lloraré de orgullo y de alegría. Por eso, no es que te autorice, Tiresias, es que alabo tu decisión. La alabo y la bendigo, como te repito. Ahí está la escuela del pueblo, *verahíla*, derruida y a nuestra vista. Ojalá se deshagan esos escombros de una puta vez y entren las zarzas y se la coman entera. Para dejar de verla. Para no verla más. Pues cada día que paso por ahí me recuerda la desgracia de tu madre y la mía de no poder asistir a ella. Me recuerda la ruina. Cuando tuvimos edad de aprender, en El Enjambre no había escuela. Cuando la construyeron, ya era demasiado tarde para nosotros. Justo el año que te tocaba entrar a ti, despidieron al maestro y la cerraron. Después, ya sólo hubo que esperar a que se derrumbara y a que ese maestro envejeciera y se muriera. No lo sabemos de cierto, pues jamás volvimos a verlo, pero estará muerto y bien muerto. Nos robaron al maestro y es como si hubieran matado al pueblo. Se llevaron al maestro, rompieron el paisaje y la aldea. Ojalá, hijo mío, yo hubiera tenido tu valentía. Porque lo que vas a hacer es de valientes, es un grito que nadie se atreve a dar en esta sierra. Un grito que truena por los montes. Un alarido que retumba en el interior de la tierra. Nos darás algo más de trabajo esas tardes, a tu madre y a mí, con las cabras. Pero lo haremos gustosos sabiendo que tú estás aprendiendo. Justo lo que nosotros no pudimos hacer porque nos robaron la escuela y nos robaron al maestro. El esfuerzo será tuyo esos domingos: levantarte más temprano, aviar el ganado, arreglarte como ahora haces, aparejar el mulo y salir a escape para el pueblo. Que a la Candela, sabiendo que es para cosa buena, si le metes espuela te lo agradece. Pues le gusta más ir al trote que al paso. Pero tampoco echemos las campanas al vuelo. A ver qué dice Deogracias, mi quinto. Espero que se lo tome a bien. Cuando digas, hablamos con él. Si quieres lo llamamos por teléfono. Aunque yo creo que estas cosas se ventilan mejor de palabra. Palabra es el teléfono también, ciertamente, pero palabras a distancia. Y entre que se siente lejos la voz y no me apaño muy bien con el aparato, yo opino que lo mejor es ir a hablar en persona. De hombre a hombre, aunque a las letras lo mismo les ha de dar si es para hombres o para mujeres. ¿Tú qué dices, Remigia?

El día que fueron a visitar al tío Deogracias a Anchuras era el último día del invierno y comenzaba la primavera. En cuanto Tiresias ve las primeras matas de tomillo en saliendo de su casa, arranca un manojo y se lo restriega por la cara, por los brazos, por el cuello, mientras piensa: Mi colonia Varón Dandy, para hombres varoniles, elegancia a buen precio. Por un anuncio que escucha a menudo en la radio y ya se sabe de memoria. Aunque el precio bueno es el suyo, pues se lo regala el campo y la primavera. El calor se había adelantado y algunas jaras habían florecido moteando la sierra de pétalos blancos con el interior de la corola amarillo y negro. Cuando soplaba la brisa del levante danzaban en un vaivén igual que mariposas. Si paraba el aire y el sol de la siesta apretaba, cantaban por la raña las tórtolas. Un horizonte de tórtolas invisibles que te acompañan sin poder localizarlas. Un murmullo similar al eco que nadie sabe de dónde procede. ¡Eco secreto de tórtolas!

El tío Jacobo va a lomos del mulo, en silencio, mientras Tiresias tira del ramal de sus cavilaciones. De esa voz interior que no para de hablarle: Ignorar, es darle la razón a los idiotas. Es más cómodo no saber. Hacerte el desentendido, hacerte el tonto. ¿A que comprendes bien lo que te digo? No saber, no pensar, es más placentero. Lo valiente es atreverse a entrar en el mundo del conocimiento, los libros, las lecciones, los descubrimientos. Lo arriesgado es abrir la ventana a la sabiduría. Y que como un torbellino entren de golpe todas las preguntas, todas las cuestiones que jamás te habías planteado, todos los interrogantes que harán volar esas hojas secas dentro de tu cabeza para concluir que efectivamente no sabes nada. Para dejarte angustiado por todo lo que debemos aprender sin el tiempo suficiente. Una gota, Tiresias, del agua de ese pantano gigantesco. Eso es lo que sabemos, apenas una gota, y el resto de agua es lo que desconocemos. Un pantano inmenso por conocer. Que eras feliz, sí, bueno, una especie de felicidad complaciente que te regala la ignorancia. Igual que esa piedra, igual que esa chaparra. La ignorancia que amansa y doma a esa fiera hasta anestesiarla. ¿Y pretendes, Tiresias, llamar a eso felicidad? No, muchacho, no. La felicidad de las piedras, sin voluntad, sin elección, sin alternativa. Puro conformismo sin remedio. La felicidad de los durmientes es impuesta y, por tanto, será otra cosa. Sopor, letargo, modorra de vidas. Mira, muchacho, el saber te da problemas, porque la verdad a veces es amarga. La persigues y, cuando la descubres, te llevas en ocasiones una decepción. Pero la verdad te hace libre. Puede que no seas tan feliz, pero serás más auténtico, más humano, menos piedra, porque serás más libre.

Cuando el tío Jacobo habla, después de dos horas para acabar con el silencio que sólo rompen las tórtolas y el *trole trole trole* de los

cascos de la mula, y tras haber ordenado dentro de su cabeza tantas y tantas enjundiosas reflexiones, es para expresar sentencias de calado. Hondos, arcaicos adagios. Como si durante esas horas las palabras hubieran estado macerándose lentamente en el laboratorio de su mente al trote de la mula. Palabras que se entretejen con recuerdos, que borbotean en el matraz –quizás mejor en el alambique por aquellos de las circunvoluciones– de sus pensamientos. Ideas que se hilvanan a las experiencias y evocaciones de una vida, para aleccionar a su muchacho:

La categoría del ser humano, hijo mío, se asienta en el trato que damos a las personas. A nuestros semejantes, todos hombres y mujeres con el mismo corazón y bajo el mismo pellejo. Respeto a su dignidad. Dignidad y respeto. Un trato que debería ser igual para todos. Hayas nacido en una cuna dentro de un palacio o en el pesebre de una cuadra. ¿Recuerdas cuando fuimos con la Candela a la montería de Robledo Hermoso a cargar las reses para sacar unas pesetas? Claro que lo recuerdo, padre. ¡Cualquiera se olvida! Salimos a las dos de la madrugada, nevando sin parar, y si nos descuidamos nos perdemos en la oscuridad de esas sierras. Así fue, Tiresias, como nevaba no había estrellas y no podía guiarme por la brújula del cielo. La Estrella Polar que te conduce al norte nos había dejado tirados como a perros en medio de la inmensidad de la noche. Gracias a la nieve. Que hasta la negrura se clareaba un poco del blanco lechoso de la nevada. Si no es por ella, la noche de la sierra nos habría tragado como boca de lobo. ¡Noctámbulos nómadas en las entrañas de la sierra buscando un palacio perdido y encantado! Pero a lo que voy, muchacho, cuando conseguimos llegar a la finca, esa finca que tiene las pedrizas más grandes de todos esos montes, nos dirigimos en nuestra ignorancia al palacio; y, en llegando, nos echaron con muy malas maneras, tal que si fuéramos apestados, diciendo que los de las caballerías, los rehaleros, los guías y los postores nos concentráramos en aquella casilla vieja para entrar en calor en una lumbre. No me amueles con tantas explicaciones, guardesa, que lo que de verdad queréis es que no nos crucemos ni nos vean los señoritos. No sé si te fijaste, Tiresias, pues nada quise decirte entonces para no acrecentar la mala leche, pero desde la distancia vi tras los ventanales del palacio un salón alumbrado por las llamas de una buena chimenea, las mesas dispuestas con manteles bordados, un trajín de sirvientas de cofia y delantal, y los señoritos de sombrero y capote que ya iban llegando al convite previo al sorteo de los puestos de la montería. Hasta el destello de las copas y de la cubertería me pareció ver allí dentro. ¡Cómo nevaba, madre mía, afuera! Y estarás pensando, hijo mío, que estoy queriendo comparar el calor y el recibimiento en el interior de

ese palacio con el de la casilla a la que nos echaron. Así es en puridad: nos echaron. Una casilla que más bien era porche de leña y en la que nos permitieron, menos mal, prender una buena *chosca* antes de congelarnos de frío. Pero no, no quiero referirme a eso. El trato igual no es sentarnos a nosotros a esa mesa donde haríamos el ridículo por no saber utilizar tantos cubiertos. A cada uno lo suyo. Yo prefiero mi navaja, un buen cantero de pan y mi tasajo de cabra. Lo que me hizo daño, como una punzada que no acabo de arrancármela, es que cuando el guarda mayor vino a darnos las instrucciones y nos repartió el *taco*, esa bolsita que nos entregan a la servidumbre para el almuerzo, dentro hubiera una naranja medio *podría*, un bocadillo de pan correoso y un botellín lleno de vino tapado con un corcho. El bocadillo de mortadela, para el que te aseguro sólo gastaron uno de esos tubos de latón para todo el regimiento que éramos. La dueña de ese palacio y de esa finca de pedrizas como mares es la marquesa de la Taurisana. En esa finca no se corta una jara si no lo autoriza ella, por lo que vi su mano negra en ese *taco* de mierda. Dicen que si tenemos luz eléctrica es gracias a esa mujer, pues suya es la más grande compañía eléctrica. Eso es lo que cuentan por estos andurriales. Que es el ama de la luz. Casi como Dios. Vamos, Tiresias, que tiene millones a espuertas. Millones y millones. Le llueven los millones igual que a nosotros nos llovían los copos de nieve. Y la muy bellaca y pelleja, todavía tiene la mezquindad y la avaricia de coger unos botellines de cerveza vacíos, vete a saber si los enjuagaron, y rellenarlos de vino peleón con un corcho, para dárnoslos a nosotros, mientras ellos… No es, hijo mío, el *taco* en sí con esa comida, sino lo que nosotros, los pobres, los *arrastraos*, significamos para esa noble señora. No es que piense que somos una escoria, un material de estercolero, comparados con ellos. Es que piensan que nos lo merecemos y que por ese botellín de vino que nos regala deberíamos estarle agradecidos. ¿Comprendes, Tiresias? Por eso, muchacho, cuando ya metidos en faena paramos a echar un bocado por esos valles y me preguntaste si acaso en mi bolsa no iba el vino, confieso que te mentí. Pues apartándome de la vereda para hacer un excusado, pidiéndote que siguieras con la caballería, en realidad cogí el botellín y lo estampé con rabia contra una piedra como si fuera la cabeza de la puta marquesa. Mal hecho, un arrebato, porque luego tuve que entretenerme recogiendo los cristales para no ensuciar ese monte que tanto ensucian y profanan los dueños con su codicia y sus miserias. ¡Hay que ser ruines y roñosos, Tiresias! Otro día, si es que aguantas una más de mis cháchararas, te daré mi opinión sobre la propiedad de la tierra. Si te dejas, muchacho, si te dejas.

El tío Deogracias vive en un caserón de doble planta que heredó

de sus padres y que remozó a su regreso de Madrid. No tiene mujer ni hijos. Encontró el arte del teatro, de los relatos, de la lectura y, cuando se atreve, de la escritura, pero no encontró a la mujer de su vida. Quizás también por eso, todos esos libros y esas obras clásicas de teatro con cientos de personajes son su mejor familia. En el pueblo tiene una sobrina que se llama Águeda, hija de su hermano ya fallecido, que es la que cuida de él. Lo que se deja, suele añadir también Águeda, la sobrina, lo que se deja. Pues le guisa un plato fuerte al día y se lo acerca a su casa en una merendera que introduce en una talega porque no quiere que los que viven de chismes y habladurías se enteren de si le lleva o no le lleva comida. Un plato de lo suyo, de la comida de su casa. Total, es añadir un puñadito de garbanzos, de patatas, de lentejas o de habichuelas. Cuchara y cuchara, por supuesto. ¿Qué me cuesta eso a mí, tío? Déjese usted de darme dineros. Usted que tanto lee, sabrá ese refrán que dice que donde comen cuatro comen cinco. Usted no quiere acercarse hasta mi casa a comer a mesa puesta, yo lo respeto. Somos familia, sí, pero cada uno quiere su intimidad. Cuando se le agote la tal intimidad y le ataque la soledad, se viene conmigo, con mi marido y con mis hijos que tanto lo quieren. Le acerca la talega y le da una vuelta a la casa, pues este hombre está enfrascado en sus papeles y en sus libros, hablando solo, aunque él diga que no es hablar solo sino recitar. Investigando algún asunto y preparando su actuación del domingo. Eso sí que es felicidad, Tiresias. Su sobrina, porque así consta ya en la notaría, va a heredar la casa, dos cercados, los dineros que queden en la cartilla, media fanega de olivas y dos hectáreas de monte en la sierra. Un *mancho* allá por el cerro que llaman de Los Gavilanes.

Cuando les abre, da un abrazo al tío Jacobo, un capón al muchacho diciendo que está irreconocible y los hace pasar a un salón con muebles de madera antiguos que los ojos del Tiresias jamás habían visto. Una de sus paredes está llena de anaqueles y repleta de libros. En el centro hay una mesa alargada, oscura, de nogal, atestada de papeles, carpetas, revistas y periódicos amarillentos, con varios tomos de obras de teatro. Salvo el rincón de un extremo de la mesa donde reposa un plato vacío y sucio, un trozo de pan, un vaso, una servilleta y unos cubiertos, el resto está atiborrado de papeles y de libros. Al fondo, hay otra mesa más pequeña, de escritorio, rectangular con las patas torneadas, con una lamparita encendida que vierte su luz encima, dando a entender que es donde estaba trabajando el tío Deogracias. El techo, en el que en su día hubo pintadas unas nubes y unos angelotes que ahora el tiempo y la humedad van borrando, está presidido por una araña de cuatro bombillas que imitan a las antorchas y ramilletes de lágrimas de

cristal. Ante el asombro de los pastores, les explica que había acabado de comer y no había tenido tiempo de recoger. Me pilláis con todo esto manga por hombros. Estos muebles los traje de Madrid, igual que los libros. Ahí hay miles de personas viviendo y son mis compañeros y mis amigos. Mis compañeros de viaje en esta vida. Pero sentaos, sentaos, si es que sois capaces de encontrar un asiento. Mi sobrina Águeda, la de mi hermano Nicanor que en paz descanse, me ordena los trastos y los pone donde le da la gana. Más de una tarde he tenido que ir a preguntarle dónde me había puesto esto o aquello. Como también es verdad que luego tenía que reconocer que estaba delante de mis narices. Venga, tomad asiento. ¿Qué os trae de bueno? Me habéis pillado en plena faena. Estoy investigando la vida y la muerte de un personaje del maquis. Tú no lo sabrás, Tiresias, pero tu padre sí, aunque nunca te haya hablado de ello. Primero, porque hasta hace unos años que volvió la democracia estaba prohibido hablar de esos temas. Lo prohibieron para que nos olvidáramos de lo ocurrido. Amnesia a la fuerza, bocas amordazadas por el miedo. Segundo, porque son recuerdos muy tristes. Pero yo no quiero olvidarme en absoluto, más bien dejar constancia de algunos hechos. Me estoy refiriendo a la guerra y en concreto al maquis que se refugió por estas sierras. El maquis, muchacho, eran las partidas de los perdedores de la guerra civil que no pudieron huir de España para que no los mataran y se refugiaron en estas y otras sierras convertidos en guerrilleros. Ni pudieron huir ni quisieron conformarse con la aceptación del régimen militar y su dictadura. Sino que siguieron combatiendo como héroes sin admitir la derrota. Una quimera de David contra Goliat. Estoy investigando la vida de uno de los más cercanos pues era de Fuenlabrada de los Montes. Si vas a pie, en línea recta, a menos de cincuenta kilómetros de aquí. Se llamaba Joaquín Ventas, pero era más conocido por Chaqueta Larga. Tan conocido que su nombre aparece en los libros de historia. Este hombre fue uno de los líderes del maquis desde que acabó la guerra en el 1939 hasta que se escapó a Francia en 1947. A la Guardia Civil y al ejército les volvió locos por estas sierras, pero no consiguieron darle alcance. Nada, que por más que lo persiguieron no lograron echarle el guante. Era un hombre valiente, listo y con las convicciones claras. Su pareja sentimental, María Rodríguez Juárez, de apodo Goyerías y natural de Alía, también luchó junto a él en la guerrilla. Era hija de jornaleros sin tierra. Alía está enfrente de Puerto Rey. ¿Cuántos kilómetros habrá, Jacobo, tú que conoces esa zona? Unos cuarenta. Fíjate si estamos hablando de nuestra tierra, de nuestra gente. Pero continúo: Cuánto no afanarían esos guerrilleros, Tiresias, tú que te mueves por los montes, que cuando el Chaqueta Larga dejó preñada a la Goyerías y nació una niña, se la tuvieron que entregar a un pastor mientras ellos se

escondían por esas cuevas y huían. La hermana de María, Paula, alias la Migueleta, guerrillera como su hermana, corrió la misma suerte. Se había enamorado del lugarteniente de Chaqueta Larga, Víctor Roque, de apodo Miguelete. Apodo que transfirió a su novia en forma de regalo, además de dos hijos que también fueron entregados a pastores o familiares. En el año 47, Chaqueta Larga y el Miguelete consiguieron pasar la frontera de Francia, mientras sus mujeres se quedaron en el monte. Su último destino en un valle hondo de La Puebla de don Rodrigo. Cuando abandonaron el maquis se emplearon de sirvientas en casa del jefe de la Falange, ¡tiene cojones!, de Navas del Madroño. Hasta que María, la Goyerías, fue reconocida por un antiguo miembro del maquis, convertido en delator. Con el hambre abundaban los traidores. Un vendido al que llamaban Pedro el Cruel. Las hermanas fueron detenidas y juzgadas. En el Consejo de Guerra, el fiscal, apoyado en los atestados de la Guardia Civil, pedía treinta años de condena, aunque finalmente les cayeron catorce a María y dieciséis a Paula. Y veréis la sorpresa de esta investigación que estoy haciendo. Cuando salieron de la cárcel de Ciudad Real, intentaron buscar a sus hijos. Paula encontró a su niña y resulta que se había casado con un guardia civil. ¡Ole, por ese yerno de capa y tricornio! La vida está llena de sorpresas y de contradicciones. ¡Ay, los hijos!

En cuanto acabe el estudio, escribiré un relato y se lo leeré a los paisanos un domingo por la tarde. ¿Qué te parece, Tiresias? ¿Te gusta la idea? ¡Tiresias, vaya nombre original! ¡Tiresias! Qué bello suena: Tiresias, el pastor nómada de las sierras. Porque tú, muchacho, no tendrás ni idea de dónde viene ese nombre que te endosaron tus padres. Te lo pusieron y ya está, se quedaron tan panchos. Pues con todo el respeto, señor Deogracias –porque en ese momento también había decidido llamarle señor–, debe de ser de las pocas cosas que he aprendido en mi vida, aunque nunca se lo haya contado a mis padres. Mi nombre viene de los griegos. Tiresias es el adivino ciego. Porque aunque sean dos las historias, el resultado es el mismo: ciego y adivino. En una es por mirar a la diosa Atenea bañarse desnuda. Que de memoria no ando mal y se me quedan los nombres a la primera. Por espiar cómo se baña le deja ciego. La otra historia es por la discusión de los dioses Zeus y Hera a cuenta de…, a ver cómo lo explico, a cuenta de… una culebra. ¡Eso, por una culebra! Hera le deja ciego y Zeus, para compensar su ceguera, le hace adivino. Entonces, cuando el tío Jacobo pidió a su amigo Deogracias que enseñara a leer a su hijo, este, con mucha suntuosidad dramática, dijo: ¿Cómo no enseñar a leer a un pastor del bosque que conoce mejor que yo las vidas de los dioses del Olimpo?

Buenas noches, amigos y amigas radioyentes que venís a la cita a la que os convocan las ondas de la radio. Esta radio compañera que jamás te deja solo. La radio que mata la soledad y la tristeza. La radio que siempre está a tu lado. La que nunca te falla porque siempre está ahí esperándote. Basta con sintonizar el dial, basta con que me busques por el espacio de las ondas hasta dar conmigo. Yo no me escondo, yo no voy a fallarte. De lunes a jueves, a partir de las diez de la noche. Cuando se encienden las luciérnagas y muere la luz solar, cuando se prenden fuego las estrellas y el sol se ha escondido al otro lado del horizonte, cuando ya arden los cuerpos que se comen a besos y a caricias, aparece Sophia Bayker con su voz de almíbar. Estamos en el 96.4 de la FM, yo soy Sophia Bayker y esto es Desde la Distancia Te Quiero. Música, por favor.

Hoy hemos programado algo excepcional. Porque tenemos dos invitados muy especiales que ya están esperándonos al otro lado del teléfono. Tan especiales que forman parte de esta radio: Hola, Zenobia, buenas noches. ¿Qué tal estás, mujer? ¿Cómo va ese violonchelo? ¿Y tu trabajo en ese precioso Teatro Real? Buenas noches, Sophia. ¿Cómo quieres que esté? Encantada de hablar contigo. Cuando hace unos días un colaborador tuyo me llamó para decirme que iba a salir a antena y que preparara algo relacionado con la música clásica, me dio una buena alegría. Porque pensé: estos no se han olvidado de mí. Se acuerdan de mí, me quieren. En un tiempo récord he pasado de limpiadora de plumero y escoba, a violonchelista y colaboradora de radio. ¿No te parece impresionante, Sophia? Claro que es impresionante, por eso estás con nosotros. Desde que hablé por primera vez contigo supe que tenías un encanto excepcional, que eras diferente. Por eso te agradezco, Zenobia, que te muestres siempre tan amable y generosa conmigo. ¿Va todo bien con ese novio al que abrazas por la espalda? Este novio, Sophia, se va poniendo muy rebelde y va a su bola. Apenas lo rozo con el arco está protestando. Gruñendo. En vez de soltar palabras dulces y bellas, armoniosas, sólo me da quejidos. No me lo creo, Zenobia. Era broma, mujer. Este violonchelo que me mira y escucha desde ese rincón de mi cuarto, celoso por hablar contigo y no hacerle caso, suena cada día mejor. Pero voy a hacerte una confidencia a ver si reacciona: estoy tirando los tejos a uno de los violinistas del Teatro Real. Hasta el momento no es muy receptivo el tío, estos músicos son siempre muy despistados y viven en su nube, pero dame un tiempo que todo llegará. ¡Qué graciosa, Zenobia! ¡Acabaréis haciendo un dúo de chelo y violín! Si te ayuda, pongo esta radio a tu disposición para que nos deis un

concierto. Ahora te pregunto como asesora musical sin sueldo de este programa: ¿Nos traes alguna anécdota de esos compositores chiflados que tanto placer nos dan con sus creaciones? Claro, Sophia. Escucha, espero que os guste. A ti y a los radioyentes. Lo que voy a contar lleva una carga didáctica en relación a nuestras vidas: ¿Eres feliz? ¿Eres desdichado? ¿Ser una cosa o la otra depende de nosotros, de nuestra actitud? ¿O es cosa del destino? ¿Se puede contrariar al destino o no sirve luchar contra él? Alguien dijo que en esta vida unos vienen a sufrir y otros a gozar. A los músicos les pasa igual. Aunque no lo parezcan, son seres humanos. Entre los vividores hedonistas está el de Scheherezade del que hablamos hace meses, Rimski Korsakov. Él no acepta el sufrimiento y la tristeza como algo determinado. En su ópera *La leyenda de la ciudad invisible*, Fevronia, la protagonista canta: “Dios no bendice las lágrimas de la tristeza, Dios bendice las lágrimas de la alegría”. Por eso en sus composiciones huye de los dramas y las tragedias y escribe sobre cuentos y leyendas populares. Siempre composiciones curiosas y divertidas. Rimski es un optimista y un *enrollao*. Tchaikovski, ruso también y contemporáneo suyo, es sin embargo el lado opuesto: un fatalista. ¿Su música? Una permanente lucha contra el destino que parece que se le ha atravesado. En una de las cartas que escribió a su mecenas, una viuda rica, le cuenta: “Esta noche estoy triste y vierto lágrimas, porque esta mañana, errando por los bosques, no he podido encontrar ni una sola violeta” ¡Vaya tipo triste y amargado! ¿Se puede ser más pesimista, Sophia? Yo también lloro porque nunca me toca la lotería. ¿Cómo me va a tocar si nunca compro un décimo? ¡Qué tío más pesimista! Se casó a la fuerza con una de sus alumnas, Antonina Miliukova, que acabó loca en un manicomio. Piotr Ilich Tchaikovski intentó suicidarse metiéndose en las aguas heladas del río Moscova pretendiendo pillar una pulmonía. Aunque se salvó de milagro, más tarde, con cincuenta y tres años, bebió un vaso de agua, intencionadamente, del Neva en plena epidemia de cólera… y la palmó. Lo suyo, ya se ve, era morir por el agua. Fría o envenenada. ¡Qué interesante, Zenobia! ¡Qué anécdotas más llamativas! Yo estoy con Rimski, me mola ese tío. El otro es un triste. Aunque fuera un compositor excelente. No creo en el destino, Zenobia. Creo que el destino se forja cada día con nuestra actitud ante la vida. Estoy de acuerdo, Sophia, yo opino lo mismo. Para eso he traído estas anécdotas a la radio, para que nuestros oyentes reflexionen y sonrían a la vida que cada uno tiene. Adiós, Zenobia, muchas gracias. Eres un encanto de mujer. Te llamaremos pronto. Besos. Con tu permiso, mientras conectamos con nuestro otro invitado, ponemos un fragmento de uno de estos dos compositores. Lo escucháis con atención y apostad a ver si es de Rimski Korsakov o de Tchaikovski. Adivina, adivinanza: ¿Quién es el compositor de esta

música clásica?

Pues sí, habéis acertado. Era un fragmento de la sinfonía *Patética* de Tchaikovski. Con ese título, ya te digo bastante. Me pasan una nota que dice: A los nueve días de su estreno el compositor murió. No me extraña: del agua infectada del Neva y de tristeza. En fin, preciosa pero muy melancólica. Esperemos que la persona que nos escucha al otro lado del teléfono nos alegre la vida. Es nuestro querido amigo Tiresias. Hola. Holaaaaa. ¿Estás ahí, Tiresias? Sí, aquí estoy. Lo primero, amigo, es pedirte disculpas. Te dijimos que te llamaríamos pronto y han pasado varios meses. Hemos dejado que el tiempo corra, que la vida siga su curso, que los días cabalguen a las noches y el viento sople los meses y se los lleve volando en sus hojas arrancadas del calendario. ¿Todo bien por esa sierra que no te gusta llamar montaña? Sí, sí, por aquí todo sigue igual. Los días se repiten e igual que vienen se van. ¡Qué filósofo estás hecho, Tiresias! Os recuerdo que nuestro invitado es un pastor de un pueblecillo de las estribaciones de los Montes de Toledo en la frontera con Extremadura. Su aldea se llama El Enjambre, viven dos familias y no se hablan. Ahora te preguntaré por ese asunto, Tiresias. Pero antes de eso: ¿Te gustó nuestro regalo de explicar el origen de tu nombre? ¿Se lo contaste a tus padres? Se lo dije el otro día justamente a mi padre, porque estábamos con un amigo suyo que es un sabio y me lo preguntó. Bueno, realmente no lo preguntó. Más bien dio por hecho que yo no lo sabría y entonces lo conté y tanto mi padre como el sabio se quedaron de piedra. Si te digo por qué fuimos a visitar a ese amigo, entenderás la sorpresa que se llevaron los dos. ¿A qué fuisteis, Tiresias? Si esto lo cuento hace meses me habría muerto de vergüenza, incluso habría causado risa, pero ahora ya no: Fuimos a visitarle a su casa de Anchuras para pedirle el favor de que me enseñara a leer. ¿No me digas, Tiresias? ¿Pero tú cuántos años tienes, muchacho? Los que cumpla, veintisiete. No sé leer, soy analfabeto porque nunca fui a la escuela. Ahora entiendo, si en El Enjambre viven dos familias un pajarito me dice que no hay escuela. ¿Y qué os ha dicho el sabio de Anchuras, si puede saberse? Yo estaba un poco asustado, con cierto miedo a que dijera que no, en esa casa llena de muebles antiguos y de libros por todos lados. Pensaba que podía negarse no por hacernos un feo, sino porque siempre anda muy ocupado con sus investigaciones. Cuando mi padre se lo planteó tras explicar yo el origen de mi nombre: Venimos a pedirte el favor de que enseñes a leer al chico; él contestó palabra por palabra: ¿Cómo no enseñar a leer a un pastor que conoce mejor que yo las vidas de los dioses del Olimpo?

¿Estás sugiriendo, Tiresias, que el hecho de explicar ese origen ayudó a vuestro amigo a tomar la decisión de enseñarte a leer? No

puedo asegurarlo, pero creo que sí. Pues en ese momento se percató de que su posible alumno no era un tonto de remate. La sorpresa fue: ¿se puede ser analfabeto y a la vez conocer a Zeus, a Hera o a Atenea? A mí, Sophia, me gustó tanto tu regalo que cuando me lo contaste estuve a punto de intervenir para decirte que yo soy también un poco ciego. ¡Pero bueno, Tiresias, cada vez que hablo contigo alucino más! ¡Dime ahora que también eres adivino! No, eso no, *ja ja ja*. En estas sierras además hay poco que adivinar, pues un día se parece a otro como dos gotas de agua. En ese sentido sí que soy adivino, porque te puedo decir exactamente lo que va a ocurrir aquí mañana, pasado mañana, al otro y al siguiente. Pero nada de adivino; es mi problema de la vista, en eso, por desgracia, sí que me parezco al griego. No tanto, por suerte, pero ahí andamos luchando siempre con las… ¿cómo se dice, esa palabra tan rara?, las… ¿Dioptrías? Efectivamente, las dioptrías. *Muuuuchas* dioptrías. En estos últimos años parece que se mantienen. He sido desde pequeño un niño gafotas. Un niño con gafas de culo de vaso. Y con una goma que me ataba mi padre para que no se me perdieran. Pero ahora llevo unas gafas bien bonitas. Me he cortado el pelo, la melena, y con esas gafas ya no soy el mismo. ¡Qué cosas tienes, pastor del Enjambre! ¡Me encantaría verte ahora mismo! ¡El gran Tiresias que tanto queremos: un poquito ciego, guapo con sus gafas nuevas y adivino de los días en la sierra! Cuéntanos cómo se lleva lo de no hablarse con los únicos vecinos del pueblo. Pues es sencillo, ni nos hablamos ni nos vemos. Como si no existiéramos los unos para los otros. Intuimos que andan por ahí, pero su presencia no afecta. Son y somos invisibles. Desde fuera parece un drama. O como diría mi maestro de Anchuras una tragedia. Pero nada de eso. Lo tenemos tan normalizado, es algo tan natural, que no nos causa ni impresión ni trastorno. Yo salgo todas las mañanas con mis cabras y cruzo el arroyo de la Garganta. Ya ni miro el agua, porque no me llama la atención. Pues lo mismo pasa con *esos*. Sabemos que están ahí, igual que están las piedras y el agua, pero pasan desapercibidos. Cada uno en sus tierras y en su casa. ¿No tienen nombre, Tiresias? Sí lo tienen, pero no nos da la gana de pronunciarlo. Son *esos*. Ellos meten las cabras por una calle y nosotros por la otra. Ellos van al pilón de la fuente al rato de amanecer y un poquillo antes del atardecer, pues nosotros vamos media hora después y media antes. ¿Has visto, Sophia, cómo el sol gira sobre nuestras cabezas sin darnos cuenta? Pues así funcionamos nosotros, a la perfección, como relojes del monte. Sí, sí, ya veo que estáis impecablemente programados. Para cerrar este tema tan… sugerente: ¿No te interesaría saber, aunque sea por curiosidad, cuál es el motivo de vuestro enfrentamiento? No me importa, no. Hace años, cuando dejé de ser niño, me lo pregunté. ¿Conoces esa sensación de haber estado durante mucho tiempo

haciendo algo repetitivo, creyendo o pensando que era obligatoriamente así, y un día te despiertas y te preguntas por qué? Pues eso me ocurrió a mí. Entonces busqué a mi padre y se lo pregunté. Sin mirarme siquiera contestó: No lo sé a ciencia cierta. Por nada. Son ya tantos los años que la memoria me falla.

Tras concertar el comienzo de las clases, que sería al próximo domingo, se fueron a la tienda de la tía Emilia a dejarle una buena carga de quesos y unos tarros de miel. No se los paga en billetes ni en monedas, los paga en especie. Pues tienen una cuenta abierta en una libreta descuartizada que maneja la tía Emilia apuntando en dos columnas el debe y el haber. Se moja la yema del dedo y pasa la hoja, moja y pasa. ¡Así está la libreta! En la columna del haber acaba de apuntar veinte quesos y cinco tarros de miel. En el debe, un cuaderno de dos rayas, una goma de borrar y dos lapiceros. Sacapuntas no, que para algo tenemos navaja. Tal y como ha recomendado el tío Deogracias. También, mirando al suelo por la timidez, el Tiresias pregunta si vende cinturones de cuero. Por lo que su padre se sorprende y mira la cintura de sus pantalones, tapados debajo del jersey, donde adivina que debería estar la cuerda de sujetarlos. La Emilia trastea por la rebotica y después de un buen rato aparece con una tira de cinturones atados con una pita y alguna telaraña. Un manojo de cintos, de donde el muchacho elige uno. El más colorido. Después busca su lapicero, uno gordo que por un lado pinta en azul y por el otro en rojo; pero no lo encuentra, busca que te busca, porque lo tiene colgado en la oreja. Con el azul escribe lo que te dan y con el rojo lo que se llevan. Para saldar cuentas utiliza los dos colores, pues la operación consiste en llenar todo lo anterior de tachones. ¿Necesitas cuartos, Jacobo? Si la contestación es afirmativa liquidan la cuenta para que el pastor del Enjambre pueda llevarse unas pesetas. Algo en metálico. No, no, tía Emilia. Estamos bien, nos queda un fondillo bueno con el que tiraremos muchos meses. ¿Dónde vas a gastar los dineros? ¡Pues en ningún sitio! Son analfabetos, pero de dineros y de cuentas bien que entienden. Nadie puede engañarlos. Igual que el ciego desarrolla una sensibilidad especial en el oído, en el olfato y sobre todo en el tacto, para convertir esos sentidos en los ojos que no tiene, los analfabetos desarrollan un escudo de protección, unas habilidades caseras, un sexto sentido para apañarse con sus cuentas y no quedar desnudos, a la intemperie, ante los desaprensivos que buscan la trampa y el engaño.

Como el tío Deogracias es un hombre sabio y el alma de la sabiduría es la curiosidad, la vocación y el empeño en llegar a la verdad de las cosas, anda toda la semana, tras haber concluido su estudio sobre Chaqueta Larga, indagando en el asunto de la lectura.

Pensando y pensando cuál será el mejor método, rápido y sencillo, para enseñar a leer a ese muchacho de las gafas. Él tuvo la suerte de aprender de niño en la escuela de Anchuras. En El Enjambre por entonces no existía. Todavía resuenan en su cabeza los *ma me mi mo mu* y los *mi mamá me mima*. Pero claro, piensa Deogracias, éramos niños y con toda una vida por delante para aprender. Pero Tiresias es un hombre y no disponemos de tanto tiempo, una vida. Al muchacho media, a mí un cuartillo escaso. Hay que ir veloces y hay que ser eficaces. Total, un par de horas, tres como mucho, cada domingo. Piensa y piensa sobre su escritorio, con la luz de la lámpara enfocando su coronilla calva y enrojecida que se rasca. No sabemos si del mucho cavilar o del picor por el calor de la bombilla. De vez en cuando toma alguna nota. Deja su pluma y se rasca y rasca. Indagando en las honduras de su cerebro. De pronto se levanta y busca un libro en su biblioteca, luego otro y otro más. Pero parece que nada encuentra, porque los deja en su sitio, refunfuñando, y se echa a pasear por el salón, de un extremo a otro, mientras habla en voz alta. Hasta que tras muchos paseos, como si un rayo le hubiera iluminado la mente, vuelve a su escritorio, se sienta, saca unas pequeñas cartulinas blancas y con avidez escribe y dibuja sobre ellas.

Transcurridas muchas horas y gastados varios días concluye la elaboración de su material de trabajo. Si fuera pedante, que no es el caso, lo llamaría su Método de Lectura. En una de las cartulinas, que tienen la medida de una cuartilla, ha escrito como título la palabra *abecedario* con caligrafía limpia y hermosa, un poco gótica, por su retorcimiento y por su tinta negra. Debajo, bien separadas, las vocales en una sola línea y a continuación las consonantes que le ocupan otras tres filas. En total son doce cartones. Tras el del abecedario, va sacando el resto a sus manos, uno a uno, todos numerados. El primer cartón lleva escrita en buen tamaño la palabra *casa* y a continuación un dibujo de una casa. Con su balcón y sus ventanas, la ventana con un geranio, con su chimenea y su humo. Hasta con una golondrina revoloteando por el cielo. Por debajo, las sílabas *ca* y *sa* y en otra línea las letras *c a s a* que componen la palabra. De lo que se trata, dice el señor Deogracias en voz alta, pues vuelve a ser señor con esta demostración de ingenio, es de que Tiresias aprenda las letras del abecedario a través de palabras que significan algo. Palabras de objetos, animales, plantas, que puedan ser representadas por un dibujo que él va a memorizar. Si te metes en la cabeza el dibujo, te metes la palabra. Si te metes la palabra, te metes las letras. Con sólo doce cartulinas te llevas todo el abecedario. Nada de *ma me mi m mu*, ni *ta te ti to tu*, ni infantiladas. Eres un hombre valiente que has tomado la decisión de aprender a leer y te voy a enseñar a leer como a un

hombre. Con todo el respeto que me merece tu valentía y tu hombría. La cartulina número dos es un perro de rabo largo que al señor Deogracias le ha salido regular. Mucho rabo y como hocico, tirando a pachón. Pero con ese perro tiene la *p*, la *e*, la *r* y la *o*. La número tres es un leño, que es más fácil de dibujar; igual que la cuarta que es un bote. *Bo te*, *b o t e*. Idéntico al que dan patadas los chicos a falta de balón. O al bote que casi le cuesta la vida al hijo de César, el lañador, más travieso que un diablo. Un *alipende*. Tan buena gente el padre con sus lañas, tan faenero el muchacho. Un día hace un agujero en el suelo, lo llena del carburo de la lámpara que ha robado a su padre, se mea dentro del *bujero* que dice él, un buen chorro, y se retira a la carrera. Después mete el bote abierto por debajo y lo presiona contra el barrillo del carburo que ya bulle. Se aparta tapándose los oídos, por el miedo a la explosión que va a dar el invento lanzando el bote a los cielos. Como tarda y tarda, cree que algo falla. Por eso se acerca al artefacto. Más, mucho más cerca. Hasta que está encima y en ese justo momento ¡*Puuuummmm*!, suena la explosión y el bote lanzado como un cohete le parte la cabeza. Al impacto, cae al suelo igual que un muerto. De espaldas. Desmayado y sangrando como un cordero degollado. Luego no es para tanto. Un buen susto y un costurón en la frente de quince puntos. Verás, verás, le sermonea César el lañador, verás cómo con esa marca no se te olvida nunca tu fechoría. Y ya puedes estar contento con que hayan sido puntos y no lañas que te habría puesto yo mismo igual que a un cántaro *rajao*. Las siguientes láminas, pues ya se pueden denominar así porque el señor Deogracias ha ido perfeccionando sus dibujos y su letra consiguiendo pequeñas obras de arte, son una mina, un higo, un kilo, un queso y una uva. Las dos últimas llevan unas cuantas letras sueltas, las que faltan hasta completar el abecedario.

Cuando acude Tiresias el primer domingo de escuela y el señor Deogracias le entrega con mucha parsimonia los cartones en una carpeta azul de gomas, el pastor de la sierra los mira uno por uno y, sin poder reprimirse, llora. Porque sólo se enseña y se aprende aquello que se ama con pasión.



Eran tiempos malos para las cartas y las reivindicaciones. A no ser que todas las cartas fueran de adulaciones y alabanzas. Banderitas y cánticos brazo en alto.

El primer domingo de escuela en ese salón donde los personajes de los libros no dejan de observarte, el tío Deogracias explica al muchacho, que está tenso y cohibido, la esencia del método de trabajo. Van cartulina a cartulina, enfatizando en la número uno que es el resumen de todas, leyendo y releyendo el abecedario, primero las vocales luego las consonantes. Visualizando cada dibujo: la casa de la golondrina, el perro pachón, el kilo de bronce de la balanza de la tía Emilia, el bote del carburo, el queso, la uva. Es más práctico y seguro para tu memoria, Tiresias, que asocies cada uno de estos dibujos a algo personal. Como si los hicieras tuyos. No es lo mismo un perro en general, que ese pachón que se parece a su dueño, don Calixto. El verdadero maestro de Anchuras, más cazador que maestro, aunque ya jubilado y viejo. De la escuela, porque de la caza no hay quien le quite. El kilo es el de la tienda, el bote es un cohete asesino, el queso es el de tu bodega. Tras estas explicaciones de la parte teórica se meten directamente en faena con el primer cartón: *casa*. Hasta desmenuzar la palabra en sílabas que el tío Deogracias llama golpes de voz. Son golpes, le dice, porque el aire sale de tus pulmones a golpes. Después coge su mano derecha, le obliga a abrirla estirando sus dedos agarrotados, de sarmiento, y coloca su palma a dos centímetros de su boca. Cuando Tiresias suelta la *ca* y la *sa*, nota cómo el aire choca contra su mano. ¿Ves cómo son golpes de aire? Impulsos en forma de sílabas, muchacho. Después estudian las tres letras: *c*, *a*, *s*. Cuando acaban, el maestro actor le da un descanso, para continuar con lo peor para el pastor del Enjambre: la escritura. Porque ha sacado el cuaderno y ha intentado meter la entre esas dos líneas y es un imposible. Una utopía. Primero, le dice el maestro, porque agarras el lápiz como si fuera un cuchillo que vas a clavar al pobre cuaderno, segundo porque lo agarras tan fuerte que vas a deshacer la madera de la que está hecho y tercero porque vas a acabar agujereando la hoja. No, muchacho, no. Se trata de habilidad, nada de fuerza. Hay que agarrarlo así, le explica, mientras introduce el lapicero en la punta de sus dedos índice y pulgar, y dejar que fluya. Que se deslice como el agua de un río en un tablar. Abre ahora la mano izquierda y pasa la punta sobre tu palma haciéndote cosquillas. Suave, dulcemente, así, círculos y rayas, círculos y rayas, sobre la piel de tu mano. Mansamente, Tiresias, sin apenas tocarla. No, no, tan fuerte no. Venga, ahora en el papel, con la misma suavidad, acariciándolo. Ante la imposibilidad, Deogracias regresa a la escuela de su infancia, donde pasaban las tardes enteras escribiendo puntos, redondeles chiquitos y rayas. Puntos, circunferencias y rayas. Una vida de puntitos derramada sobre aquellas páginas. Es lo que le manda practicar a

Tiresias, para que afiance el pulso y la fuerza de su mano. Cuando vengas el próximo domingo, me traes cinco carillas de puntos y redondeles, tal y como te he enseñado, y otras dos carillas escritas por cada letra, la *c*, la *s*. Si rompes la hoja con la punta del lapicero, mejor que no vengas porque las clases se habrán acabado para ti. Para finalizar, le da unas hojas escritas de una especie de pasquines viejos que ya no sirven, y le pide que rodee con su lápiz esas tres letras. Letras que para los ojos de Tiresias corren por el papel igual que hormiguitas negras. Pero no son hormigas, son letras. No, no, muchacho. Esa es la tarea para tu casa. Ahora nos vamos a la taberna de la Frasca. Les vamos a leer la historia de Chaqueta Larga. El viejo Jacobo, que también anda mal de la vista pero no tiene nada de adivino, había pronosticado el futuro de su hijo: Venga, Tiresias, le ordena el tío Deogracias, coge esos papeles, mételos en la carpeta que la tía Frasca nos espera; ahora dejas de ser mi discípulo y te convierto en ayudante.

Don Calixto tiene ahora ochenta y cuatro años. Ha sido maestro durante más de cuarenta. Y cazador. Que sigue siéndolo, como ya se dijo. Maestro y cazador. Las armas y las letras. Esas son las dos palabras que lo definen. En Anchuras es don Calixto el maestro. Que es grande, muy grande, reverencial, que el apodo que se te haya quedado sea maestro. Incluso, a los del pueblo les sobra el nombre Calixto, porque tienen suficiente con maestro. El maestro. Maestro hasta la tumba. Hace años que se jubiló, lo menos veinte, y desde entonces han pasado por esa escuela otros enseñantes, la última una mujer que se llama doña Angustias. Han pasado unos cuantos, sí, antes y después; sin embargo en Anchuras hay un único maestro. Los que asistieron a sus clases, lo recuerdan sentado en su mesa sobre una tarima, con unos faldones y un brasero de picón debajo, un cenicero atestado de colillas y en sus manos la caña de un hueso de gallina y una pieza de cuero con los que fabricaba un pito reclamo para las codornices. Mientras los alumnos realizaban sus tareas sin rechistar. Ni una mosca. Los problemas de matemáticas eran siempre los mismos: Un cazador mató siete perdices, otro cinco conejos y un tercero cuatro liebres y dos palomas torcaces ¿cuántas piezas mataron entre todos? Parecido al dictado: Por la vaguada de un hondo y espeso valle –recalcando el falso sonido fricativo de las v–, un cazador caminaba despacio, olisqueando el campo, en busca del encame de los jabalíes… En el recreo daba a los alumnos un tazón de leche para atajar la desnutrición infantil. Un tazón de plástico de colorines, algo arañado, renegrido y despellejado en los bordes. Lo hacía obligado por el ministerio, a cuyo ministro llegó a escribir una carta en la que pedía cambiar esa leche por panes. Si su Excelentísimo Señor quiere acabar

en estas sierras con la desnutrición de los chavales, más vale que cambie la leche por panes. La respuesta fulminante del ministro fue abrirle un expediente y sancionarle con dos meses sin empleo y sin sueldo. ¿Su delito? Desacato a la Autoridad. Los alumnos querían a su maestro y ningún mal le deseaban, pero esa carta les dio dos meses más de vacaciones, pues no mandaron maestro de repuesto. Eran tiempos malos para las cartas y las reivindicaciones. A no ser que todas las cartas fueran de adulaciones y alabanzas. Banderitas y cánticos brazo en alto. Aunque para ti los aplausos fueran más falsos que un Judas. La carta era muy razonable y respetuosa, sin mala intención, pues en tierra de pastores no es que sobrara la leche en aquellos años de hambre, pero era lo que menos faltaba. La suya, la del ministerio, para más inri, era leche en polvo y, con toda la lógica de la tradición y las costumbres, a los chicos no les gustaba. La aborrecían. Pero tras la sanción, no quedó más remedio que bebérsela a la fuerza. Si no quieres leche, don Calixto, ahora te tomas dos tazas. Dura elección para los alumnos: Leche y maestro o ni maestro ni leches. Así, por imposición de la Autoridad, llenaba de mala gana un barreño de agua caliente y echaba medio saco de esa leche en polvo jamás vista en la sierra, fina como la harina y amarillenta, más pálida que el azufre, y la removía sin cesar con una pala, hasta acabar con los grumos que a algunos chicos les provocaban arcadas. Después la distribuía en los tazones y se la daba a los alumnos. Muchos, a escondidas, la tiraban. Lo que puso al maestro en alerta ante el miedo a una nueva denuncia y comenzó a obligar a los alumnos a beberla delante de él, en fila, uno por uno. Cuando un alumno vomitó y el vómito salió disparado como un chorro de agua de la Garganta cayendo dentro del barreño, don Calixto decidió que la toma no se hiciera delante de los otros chicos. Que esperaran en el patio de recreo y fueran acudiendo individualmente. No dejaron de vomitar, pero al menos no lo veían, evitando el contagio de vómitos. ¡Mejor no imaginar el contenido de ese barreño!

Cuando los domingos a la tarde regresaba con sus amigos del cazadero por esas tierras libres fuera del coto, se disponían en el suelo de su casa los montones equitativos de las piezas, para proceder al reparto. Inevitablemente, siempre había un lote mejor que otro y tenían que sortearlos. Entonces su hijo Calixtito se daba la vuelta y se ponía de espaldas para no verlos, y su padre, señalando uno de los peores montones, le preguntaba con voz grave: ¿Para quién es este? Y el hijo, raudo y cómplice, decía: Para el tío Eloy. Después, para el tío Eufrasio, para el señor Ángel… Cuando llegaba el lote bueno, cambiaba el tono y el orden de las palabras de la pregunta, un tonillo cantarín para apuntalar su trampa: ¿Y esteeeee para quién esssss? A lo

que sin contención alguna, triunfal y exultante, contestaba Calixtito: ¡Para nosotros! Después el tío Eloy, que era padre de seis hijos con seis bocas gigantes, invariablemente reclamaba: No sé cómo se las apaña, don Calixto, para que siempre le toque el lote grande. Lleva un tiempo escribiendo una especie de memorias, con una caligrafía barroca y deslumbrante, de una belleza y virtuosismo extraordinarios, mucho más que la del tío Deogracias, el maestro del Tiresias, en las que cuenta sus correrías cinegéticas. Las armas y las letras otra vez. No nombra a su mujer ni a su hijo Calixtito, pero cita y describe con memoria prodigiosa y un amor inconmensurable a cada uno de sus perros. Los muchos de los que ha sido dueño a lo largo de una vida. El que tiene ahora que aparece dibujado en una de esas cartulinas, feo de verdad, horrible, le ha puesto de nombre Ministro. Nadie sabe muy bien por qué.

¿A que tú no me explicas, Tiresias, por qué se dice para más inri?, pregunta el tío Deogracias de camino al bar de la Frasca. Lo mismo lo sabes y me das una lección como el otro día. Pues vengo observando que tienes un buen y amplio vocabulario, sin lugar a dudas por escuchar tanto la radio. ¿De qué va a ser, si no hablas con nadie? Si contaran los árboles de esa sierra y los animales, ahí sí que ibas a tener millones de conversadores. Pues en eso me ha pillado usted, señor Deogracias. Es más, si le soy sincero no creo haber oído lo de inri en mi vida. Pues que sepas, muchacho, que suele usarse, aunque el que lo dice no tenga ni idea de lo que significa. La cosa es soltarlo por la boca para hacerte el importante, que a ver quién es el valiente que se atreve a preguntar lo que expresa. Si hubieras sabido leer antes, aunque ya te auguro por las trazas y la postura que vas a aprender rápido, habrías reconocido esa palabra encima de los crucifijos. Pues ahí está justamente su origen. INRI son las iniciales juntas de cuatro palabras en latín, que es la lengua antigua de donde procede el español. Yo, por desgracia, no sé hablarla porque ya nadie la habla, por eso es una lengua que llaman muerta, pero tampoco sé traducirla. Sólo algunos latinajos conocidos, como es el caso: Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum, ahí lo tienes I N R I. Significa Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos. Cuando dices para más inri, estás diciendo, hablando en plata, para mayor cachondeo. Don Calixto y sus chavales, para más inri, no querían leche porque, para mayor cachondeo, la leche no era líquida, sino en polvo. Beber harina amarilla, en vez de leche de sus cabritas, no era muy apetitoso.

Ahora Tiresias clava el talón de los zapatos –para ir a sus clases a Anchuras se ha puesto los zapatos– sobre los ijares de la mula para que trote. La lectura o recital de las aventuras del Chaqueta Larga ha sido un éxito. Nunca me habían aplaudido tanto, dice orgulloso el

señor Deogracias. Se ve que lo que más les gusta son las historias cercanas, las nuestras. Cuestión de orgullo patrio, pues a todos los seres humanos nos complace sentirnos importantes. Si no importantes, al menos sentirte alguien. No ser indiferentes, pues la indiferencia es lo más despreciable del hombre. Puedes quererme o puedes odiarme, pero si me odias, al menos así demuestras que existo. Pero si te soy indiferente, si no cuento para ti, es como si me mataras y dejara de existir. El Chaqueta Larga es algo suyo, como son esas cuevas del monte donde se esconde. El pueblo podía haber tenido un santo o una Virgen que encuentra un pastorcillo en el hueco de un tronco en medio del monte, pero en su ausencia, mira por dónde, Tiresias, el azar les ha otorgado un bandolero revolucionario. Unos llevan aureola o corona y otros llevan navaja y pistola.

Está tan contento, que en vez de uno se ha tomado dos chatos de vino. Aunque sería legítimo recrearse en su éxito, no lo hace y apresura a su discípulo para que se marche. Vamos, muchacho, espabila, que se te va a echar la noche encima. Con los pies espolea a la mula, con la mano derecha sujeta las riendas y con la izquierda su carpeta. Esa carpeta azul con gomas en sus esquinas que es un tesoro lleno de láminas. La agarra con fuerza, se aferra a ella, mucho más fuerte que abraza por las noches a Sophia Bayker en la que ahora piensa. El sol se está echando y el cielo se ha puesto color carmesí. Lo mira sobre la mula, de frente, y le hace daño a los ojos. No por su viveza ni por su luz, que ya es poca, sino por su espectacular belleza. En línea con tu vista, tan cerca. Esas nubes escarlata abriéndose por el medio igual que se revienta por la mitad una granada. El corazón sangrante de una granada. En la sierra canta un cuco y otro le responde con el intervalo de unos segundos. Anunciando que piensan estar así toda la noche. Sin parar. Cu cu, cu cu. Porque si son macho y hembra tienen mucho que decirse, mucho que contarse. Toda una noche por delante de palabras de amor y confidencias. Quizás por eso, por estar rodeado en su soledad de tanta hermosura, se ha puesto melancólico y siente nostalgia de la voz de esa mujer que hoy, por mucho que acelere, no va a llegar a sus oídos ya que es domingo. Aunque sí a mi corazón, porque, según piensa, a esa voz ya no le hacen falta las palabras para llegar dentro de mí. No es necesario que vengan de afuera, porque ya están muy adentro. Tanto, que no para de hablarme. Además, lo ha dicho públicamente, para que lo oigan millones de oyentes. Me lo ha dicho a mí, no a ninguno de ellos: ¡Me encantaría verte ahora mismo! Eso he oído, ni más ni menos. Lo justo, lo necesario. Lo que desde hace años llevo esperando. ¿Para qué más, si ya es suficiente? A ver que las cuente: una, dos, tres, cuatro y cinco. ¡Me encantaría verte ahora mismo! Cinco palabras que son una

borrachera de palabras para saltar de la tierra al cielo, de la sierra al paraíso. Para tocarlos con los dedos. Cinco palabras para dejarlo todo claro: ¡Me encantaría verte ahora mismo! ¿Cómo cinco palabras pueden decir tanto? ¿Quién podría imaginar, ni aunque fuera el verdadero Tiresias el adivino griego, que podía decirme algo así? ¡Pero si hace meses la escuchaba asustado y con miedo! ¿Cómo iba a imaginar que la propia Sophia Bayker hablara directamente, en persona, conmigo, para decirme que quiere verme? No, no es que quiera, es que le encantaría verme. Ya no tengo por qué llevármela a mi alcoba sin su autorización, meterla en mi cama sin su permiso, porque ahora es ella la que me está pidiendo venirse conmigo. ¡Conmigo! No estoy loco, no he perdido la cabeza. Lo han oído millones de personas. ¿Verdad que lo habéis oído? ¿Lo habéis oído igual que yo o era cosa de mi teléfono? Sí, Tiresias, lo hemos oído igual que tú. No es algo de tu teléfono, no es algo exclusivo, no es algo íntimo. Si tienes dudas, puedes llamar a la radio y pedir el número de teléfono de Zenobia. Explicas quién eres, dices que quieres saludarla y comentarle algo, y te lo facilitarán. La llamas y le preguntas: ¿Zenobia, tú oíste a Sophia decir: Me encantaría verte ahora mismo? Te dirá que sí, Tiresias, tal y como te estamos diciendo todos nosotros. Todos los que escuchamos el programa y sentimos unos celos terribles de ti. Enormes celos, una tonelada de celos, toda esa sierra tuya llena de celos, cuando de su boca y de los altavoces de las radios salieron esas palabras. Te queríamos, compañero, pero ahora te odiamos. Nos has robado a Sophia. Nos la has secuestrado con esas historias de tu bosque, los arroyos y los pájaros. De pequeño serías un gafotas. Si no hubieran cerrado esa escuela y hubieras podido asistir, los niños te insultarían y se reirían de ti. Te habrían colocado en una esquina con unas enormes orejas de burro. Pero el gafotas que no sabe leer nos ha robado a Sophia. La ha raptado y se la he llevado a una cueva del monte. El rapto de Sophia. Tiresias y sus corzos, sus cabras, su bosque de hojas lanceoladas, nos ha birlado a la dama de la radio. Además, nos cuentas, como si eso tuviera algún interés para una radio que escuchamos millones de personas, que no sabes leer porque nunca pudiste ir a la escuela. ¡Oh, pobrecillo, qué pena! Toda una estrategia para que te compadezcamos y para, con un victimismo sucio, asquerosito, hagas enternecer a Sophia. Reblandeces su corazón, se pone tierna y está encantada de verte. ¡Ufff, Tiresias, qué buen actor estás hecho! Desde que andas con ese hombre, cómo se llama, el señor Deogracias, más que letras lo que has aprendido es a interpretar dramas. El pastor del agua cristalina y los pajaritos nos ha quitado a Sophia. Nos ha desvalijado la radio. Ha saqueado las ondas. Has perpetrado un atraco a mano armada. A nuestros oídos y a nuestros corazones que ahora vagan por ahí, sonámbulos de la noche, buscando

el amor y la voz de Sophia Bayker que nos has robado.

Luego ha añadido, sigue cavilando el pastor, otras seis palabras que confirman sus convicciones: ¡El gran Tiresias que tanto queremos! Hubiera preferido: ¡El gran Tiresias que tanto quiero! Que quieres tú, Sophia Bayker, no que quieren toda esa gente de la radio. Ese que me llama al teléfono antes de hablar contigo y no se cansa de hacerme preguntas. A mí, que ese y los otros del cristal que tú cuentas me quieran, me da lo mismo. Prefiero que no me quieran, pues mi sueño es que me quieras tú. Tú sola, Sophia. Es más, lo que me hubiera gustado verdaderamente oír por esa radio no es que tanto te quiero, sino que tanto te amo. Así todo hubiera quedado arreglado. Haría la maleta con toda mi ropa nueva, mi cinturón de estreno, los zapatos que son una tortura del daño que me hacen, un jabón, el peine, unos pañuelos, para salir a tu encuentro. ¿Adónde? ¿A Madrid, a Barcelona? ¿A qué ciudad debo encaminar mis pasos en tu búsqueda? ¿Dónde estás, Sophia? ¿Dónde vives, Sophia Bayker? ¿No comprendes que ya no me bastan tus palabras de radio? ¿No comprendes que ahora necesito verte, tocarte, que me hables directamente al oído? No por las ondas, sino a menos de un centímetro. Abrazarte fuerte, tan fuerte que tu cuerpo se meta dentro de mí para poder llevarte eternamente conmigo.

¿Pero estás seguro de todo eso que dices, Tiresias? Por su dirección no habría ningún problema. Quieras o no, ya eres un colaborador de ese programa. Aunque no sé qué decirte, muchacho. Estas estrellas de la radio, estas divas, si me permites decir esa palabra, son muy reservadas. Guardan muy celosamente su intimidad. Son grandes profesionales: una cosa es lo que dicen a un micrófono, tan sensual y provocador a veces, y otra muy distinta es su privacidad. Su vida personal, su mundo secreto e íntimo. De eso olvídate, Tiresias. Ni su teléfono, ni la dirección de su casa, nada de nada. Y hacen bien en mantener todas las reservas. ¿Cuántos chiflados no hay por ahí sueltos que se lían a fantasear porque oyen cuatro palabras cariñosas en una radio? ¡Unos descerebrados, Tiresias, que piensan que esas palabras, por oírlas en el cuarto cerrado de su soledad, van dirigidas exclusivamente a ellos! Hombre, yo creo que la dirección de la radio sí que te la darían. Llama si quieres. Inténtalo. Creo que te la van a dar. Sin problemas, la dirección de una radio es algo público. Tal emisora está aquí y esa otra está allá. No creo que te hicieran el feo de negártela. Vas a estar tú ahí, contando todas tus intimidades, colaborando en el éxito de ese programa, y ahora ellos no te van a dar una simple dirección. ¿Y cuando te la den, dónde piensas anotarla si no sabes escribir? ¡Ni puntitos todavía, amigo, ni rayas! Vale sí, la memorizas, pues de eso como tú dices vas sobrao. Pero ahora mismo

estás absolutamente perdido. No sabemos si es en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla o en La Coruña. ¿Qué sabemos? ¡Nada! Na – da. Eso sabemos. Y tú, que sólo has ido a esa capitaleja, ya ni recuerdo su nombre ¿pretendes lanzarte a una ciudad desconocida que ni siquiera has visto en un mapa? Lanzarte al mundo como un aventurero, ¡hala!, un valiente que no puede llevar ni siquiera un papel con una dirección escrita porque no sabe leerla todavía. ¡Y ya veremos si aprendes algún día! Bueno, también podías someterte a esa horrible humillación de ir con tu papelito en la mano enseñándoselo a la gente por la calle, haciendo un reconocimiento expreso de tu analfabetismo. Vamos a ser sensatos: ¿No sería mejor esperar al menos a aprender a leer para manejarte un poco? En tu estado actual, te perderías en un instante. En la gran ciudad hay que moverse en transporte público, metro, autobuses. ¿Te imaginas el lío que es entender ese metro en las profundidades de la tierra: las líneas, los ramales, las estaciones, los transbordos? ¿No te va a dar angustia introducirte en unas escaleras que bajan directamente al infierno, tú que estás acostumbrado a corretear libre, al aire de tus montes? ¿Y el jaleo del tráfico? No lo soportarías. O te mataría un coche. Venga, Tiresias, baja de esa mula y pon los pies en el suelo. Ese atardecer es algo maravilloso, un prodigio de hermosura, pero baja y toca esa tierra para convencerte de que la realidad es otra. No voy a decirte que dejes de soñar para contradecir la historia del hombre de Bagdad. No, eso no. Porque hay que seguir soñando y luchando para que los sueños se hagan realidad. Pero una cosa es soñar y otra esta obsesión que has pillado con Sophia Bayker. ¿No será que por estar tan aislado en esa sierra sin hablar con nadie se te está yendo un poco la cabeza, muchacho? Sí, es cierto, te ha dicho unas palabras preciosas. Es verdad, lo reconozco. Te ha dedicado cinco palabras de las que puedes estar orgulloso. Sin duda, esta mujer te quiere, te aprecia, te ha tomado cariño. Pero no sé, Tiresias. Yo no estaría tan seguro de sus intenciones. ¿Tú sí lo estás? ¿Vas a atreverte a iniciar ese viaje del que no sabes si regresarás? Tú fantaseas y fantaseas, agarrado a cinco palabras con las que quieres construir la realidad que a ti te interesa. Una realidad a tu manera. Porque yo te diga que es cierto que te quiere, que te tiene cariño, tú ya montas un mundo paralelo. Suponte que llamas y te dan la dirección de la radio ¿Querrá verte Sophia? ¿Sophia Bayker querrá saludarte? Si es educada, que debe serlo; si es humana, que sin duda lo es, accederá a saludarte, a darte las gracias por haber viajado hasta allí. No se creerá, no admitirá, que hayas hecho cientos de kilómetros –ahora no sabemos exactamente cuántos–, sólo por ir a verla. Aunque en ese preciso momento le entregues el hermoso ramo de peonías que le has traído, ahora ya un poco marchitas. Pues entonces empezará a pensar que se te ha ido la

cabeza y que debe tener cuidado ante un tipo tan extraño como tú. Un tipo maniático y peligroso. Pensará que has viajado a esa ciudad por otros asuntos y que ya has aprovechado la visita para conocerla, saludarla y bla, bla, bla… Se tomará un café contigo, charlaréis, te enseñará su radio, mostrándote todos los espacios y los elementos técnicos. Muy educada, muy amable, muy correcta. Para que constates cómo llega su voz de la radio hasta tus oídos a través de esos aparatos llenos de cables y lucecitas. El milagro de la radio. Te preguntará algunas curiosidades sobre El Enjambre y esa sierra que tú no quieres llamar montaña. Por ejemplo, te dirá si merece hacer una visita a la zona, una escapadita romántica, si hay algún hotel rural, un hotelito con encanto. A lo que tú responderás nervioso, temblando, derretido en tu inseguridad y en tu miedo, pensando lo que no es, sin atreverte a invitarla a tu propia casa. No vaya a decir que sí y a ti te dé allí mismo un infarto. Después te despedirá porque tiene que empezar el programa, te dirá que no vais a perder el contacto y te besará en la cara. Mua mua, una y otra mejilla. Pero el último beso se ha desviado un poco y te ha rozado los labios. Cuando sales de allí las piernas caminan sin fuerza, tu cuerpo se estremece, tu vista se nubla. No crees que puedas llegar hasta el portal que te lleva a la calle porque si das un paso más caerás desmayado. Desplomado. Como si ese contacto mínimo con su boca fuera de veneno y tú lo único que quisieras ya es estar muerto.



A Tiresias le gusta esta ruta porque en ella se topa con la encina gorda, a la que siempre se acerca y saluda. Primero la acaricia con sus manos ásperas y callosas, luego la abraza sabiendo que harían falta cuatro hombres para abarcar su cintura. La aprieta fuerte no para cerciorarse de su existencia, sino de la existencia propia.



Del sur vienen las tórtolas huyendo del calor, del norte las grullas huyendo del frío. Unas y otras traen sus noticias con cánticos y trinos, sean del desierto o del hielo. El de la tórtola un *urruu urrruuu urruuuu* para aliviarse de la canícula. El de la grulla un trompeteo *crro crroo crrooo*, porque vienen congeladas desde cerca del Polo Norte. Aquí no hay un periódico, aunque fuera una gacetilla local, ni una emisora de radio. En El Enjambre al menos ahora hay un teléfono. La radio más próxima está en Talavera de la Reina y se oye fatal. Pero las noticias corren que vuelan, saltando las vaguadas y las cuerdas, las angosturas y las riscaleras. Un pastor de Piedraescrita le ha contado la noticia al marchante de los chivos del Robledo del Mazo que a su vez se lo ha relatado al casero de Valdehornos y este al que sirve el pienso por las fincas y los pueblos, un tal Crescencio, que es el que se ha ocupado de extenderlo igual que el viento levanta la parva esparciéndola por todas partes. Ha contado, digo, que el tío Lisardo el de Navaltoril lleva cuatro días perdido, sin rastro de él. Pero no hay que alarmarse, porque lo ha hecho por voluntad propia. Adrede. Ha regañado con la mujer, una buena bronca, y dando un portazo se ha ido de la casa. La mujer que atiende por el nombre de Amelia no ha querido dar parte a la Autoridad, todo lo contrario, pues según va contando los días desde la desaparición anda diciendo: ¡Ojalá no vuelva! Que para el disgusto que me ha dado no me merece la pena, se está mejor sola que mal acompañada. El portazo se oyó en todo Navaltoril y casi en Piedraescrita, aldea con la que linda a once kilómetros como ya se dijo. Lo peor no es repetir las cosas y ser un cansino, lo peor es repetirlas y no darte cuenta. No son muchos vecinos, unos cincuenta, pero ya cada uno está muy bien enterado de la riña. Muy al corriente. Estos, contrariamente a la tía Amelia, según pasan los días sin que aparezca el Lisardo, van aumentando el nivel de gravedad de la bronca: broncazo, gresca, pelotera, reyerta, trifulca. Si supiéramos el motivo, ya sería el acabose. Huida intencionada es y no un arrebato, a pesar del portazo que casi se lleva el marco de cuajo. Pues en el intervalo entre las últimas voces y la escapada, hay unos minutos de silencio en los que el tío Lisardo ha pillado un saco del corral y lo ha ido llenando de bártulos: una soga, una garrafa, unos cepos, los lazos, el hacheja, dos panes que quedaban en la despensa de la última cochura y una libra y media de tocino entreverado. Esto no es una mera enumeración descriptiva, ya que por el análisis de estos elementos del saco se podrá obtener la verdadera intención del escapado. Es lo que llevan haciendo los vecinos el resto del día cuando la tía Amelia les ha informado de todo lo que falta en la casa. Elucubraciones detectivescas. No pudo decirlo al instante, porque tras

las voces ella se metió en la cama y dejó hacer a su hombre, ya menos suyo cada día, respetando su silencio. Pero nada más irse se levantó como un resorte y se dedicó a comprobar los *achiperres* que faltaban en la casa y que ya iban dentro de un saco camino de nadie sabe dónde. Si en el saco hubiera metido sólo la cuerda, date por jodida Amelia, que lo que va a hacer el tío Lisardo es colgarse de una encina. Que aunque ya no le quieras, hay que tener el corazón muy negro para no sufrir con su ahorcamiento. Lo mismo los guardias te llaman para descolgarlo y sólo con verlo ahí arriba colgado, con la lengua fuera y amoratado, te puede dar un telele. ¿Y por qué mete la soga en un saco? Pues porque tiene su pudor y su dignidad y no quiere que lo vean los vecinos. Se monta la trifulca, se da un portazo que casi arranca la puerta y sale un hombre con una soga colgando ya del cuello. Blanco y en botella. No hace falta ser guardia civil ni policía secreta para adivinar lo que va a hacer ese hombre. El blanco es el tío Lisardo y la cuerda la botella. Esa decisión íntima merece un respeto que toma forma de saco. Pero la garrafa y los cepos te delatan, amigo. Donde quiera que vayas con esa idea que te ha atravesado la cabeza como un cierzo seco y malo vas a necesitar agua. De ahí la garrafa. El condumio, panes y tocino, son para el viaje hasta que llegues a tu destino. Donde vas a precisar de los cepos y los lazos para surtirte de carne, sea de pelo o de pluma. La navaja para desollar las piezas no va en el saco porque siempre la llevas en la faltriquera, pero sí que vas a necesitar el hacheja para descuartizarlas. Porque me da en la nariz que vas pensando en cervuno, canalla. ¿Adónde habrá ido este mal hombre que tiene a todo el pueblo en vilo, incluyendo a la tía Amelia por mucho que se haga la desentendida y la dura? Los que le vieron salir, dicen que enhebró carretera arriba en dirección a Robledo del Buey. Pero no te fíes, que lo mismo es para despistar las miradas que bien sabía él le seguían por la espalda. Para despistar, dicen los hombres en la taberna de Malvino

. Que en puridad no es Malvino, sino Balbino. Pero hay que tener mala uva, como a veces tiene el destino para otorgarte el oficio y ponérselo tan fácil a los parroquianos burlones: ¡Regentar una taberna y llamarte Balbino! Eso dicen los clientes con el sopor ya de las copas de aguardiente que espabila sus lenguas pero no sus mentes: En cuanto pilló un rabo de monte se tiró para el alto de la sierra. Ahora vete a saber si giró para el oriente o para el poniente, para la solana o para la umbría. Lo que es seguro, viendo ese saco, es que la huida no es de llano sino de monte. Pues de montuno son las herramientas para su supervivencia. En esas disquisiciones andan los vecinos del pueblo y de sus alrededores, pues como son gratis, ahí van lanzando sus hipótesis y averiguaciones. Al fin y al cabo, la paternidad del suceso es suya pues afecta a uno de sus vecinos, y esa paternidad conlleva el derecho a hablar y a hacer sus conjeturas. Unas más juiciosas y otras menos, que lo mismo te levantas con una ocurrencia y a la noche en la taberna, harto de vino, apuestas por la contraria.

Al tío Jacobo se lo han contado los forestales, Pichapelá y Tripacana, con los que está pegando la hebra mientras echan un cigarro. No es que vayan buscándolo, pues ni tienen órdenes ni son esas sus competencias, pero no es malo decirlo, por cucharetear un poco y por si vieran por ahí algo raro. Algo raro es el tío Lisardo con un saco colgando. En cuanto acuda mi Tiresias se lo diremos que es el que más trasiega por aquí y por allá, por la sierra y ahora también por Anchuras adonde acude todos los domingos. Natural, tío Jacobo, cosas de la juventud. Natural que vaya los domingos al baile del pueblo. La querencia es la querencia. Pero el tío Jacobo no le contradice, porque no quiere dar más explicaciones de las necesarias y por respetar el silencio de su muchacho. Que si alguien tiene que explicar a qué va al pueblo todas las tardes de los domingos, es a su hijo a quien corresponde declararlo. Salió bien temprano, porque aunque ahora haya verde por todos lados hay que ir repartiéndolo y racionando. Las cabras devoran lo que pillan y no hay que cebarse, por comodidad de no echar unos pasos más, con las pasteras más cercanas. Según ha dicho a su padre, porque es bueno comunicar cada mañana adónde se dirige, quería llegarse a las nacientes del arroyo Dornajuelo. Lugar verde y fresco. Sombreado de sauces y fresnos hasta el extremo que en llegándote al arroyo ya no ves el cielo. Porque el cielo es una bóveda verde, más verde que el propio suelo. A Tiresias le gusta esta ruta porque en ella se topa con la encina gorda, a la que siempre se acerca y saluda. Primero la acaricia con sus manos ásperas y callosas, luego la abraza sabiendo que harían falta cuatro hombres para abarcar su

cintura. La aprieta fuerte no para cerciorarse de su existencia, sino de la existencia propia, la del pequeño hombre que apenas es nada ante la majestuosidad de esa encina. Después posa su oreja sobre la corteza y durante un rato escucha el latir del corazón cansado con su savia vieja.

Desde hace unos días no lleva la radio, pero lleva su carpeta azul en el zurrón metida en un plástico. No vaya a pringarse del aceitillo de la morcilla o del queso. No jodas, Tiresias, ¿pero qué son estas manchas? Porque probó la primera mañana desde que empezó sus clases a compaginar la radio con la tarea que le ha mandado el tío Deogracias y no cuadraba. Se distraía con las noticias, los anuncios, las risas, las tertulias, las habladurías, los deportes, dale que te pego con la quiniela y los resultados del fútbol. Que parece que en este país no hay otra cosa que fútbol y más fútbol. No se concentraba y los redondeles salían deformados mientras las rayas se curvaban como alas de pájaro. Se acabó la radio, determinó al segundo día. Si no, el señor Deogracias va a dejar de confiar en mí. No es mucho el tiempo de que dispongo, salvo este rato del sesteo, y hay que aprovecharlo. Lo dice todo esto en voz alta, porque la sierra es su confidente, su madre, su hermana. La compañera con la que habla. Nadie va a oírle metido en esa bóveda arbórea en la que sólo canturrea el agua. Pero si alguien le oyera tampoco le importaría. Es su bosque, su otra casa. Después saca el almuerzo, el suyo y el de los perros. Para ellos siempre unos mendrugos de pan duros como un leño y el queso mohoso que se ha echado a perder. Cuando ha acabado de comer, lava la navaja en el arroyo y también sus manos. En vez de siesta de romero y espliego, que aquí sería de helechos, de menta y poleo pues es a lo que huele y lo que crece en ese arroyo, saca la bolsa con la carpeta, la abre con cuidado, toma las láminas y las hojea complacido y risueño. Repasa sus dibujos y sus letras, las acaricia con suavidad con la yema de sus dedos, rozándolas apenas, con deleite. ¡Esas láminas son tan suyas! Las ha creado para él un hombre sabio y bueno. Tan sabio y generoso que él no va a fallarle. No como una obligación hacia su persona, no, sino porque le ha nacido una ilusión nueva que no puede contener. Por eso guarda las cartulinas y saca el cuaderno, la goma de borrar y el lapicero. Vuelve el zurrón de espaldas y se apoya en él, pero es muy irregular y no le vale de mesa. Por eso busca una lancha fina de pizarra que, cuando la encuentra, se sienta y la pone sobre sus piernas para poder escribir sus puntitos, sus rayas y sus redondeles. Suena la esquila de alguna cabra y suena el correr del agua. Huele a menta en esa cúpula de cielo verde reservado a Tiresias. Las hormiguitas del cuaderno cada día son menos hormigas porque ya quieren ser letras y las letras palabras. ¿Acaso, muchacho,

no es esta la felicidad que andas buscando?

Cuando regresa al pueblo ordeñan, se asean y cenan. El reloj inmutable que marca las horas de esa sierra. *Tic tac, tic tac*. *Cu cu, cu cu*. Ya en la lumbre, pues, aunque estamos en mayo, a la noche sigue refrescando en esta Garganta, el tío Jacobo cuenta lo de la desaparición del tío Lisardo el de Navaltoril. Aquí la lumbre no falta ni siquiera en julio ni en agosto. Que no sé qué tendrá esa Garganta que pilla el aire ardiente del cielo, lo amansa y lo refresca para meterlo en el pueblo. Si en verano dejas la ventana abierta al acostarte, en cuanto entra el relente a eso de las dos o a las tres de la madrugada tienes que levantarte a cerrarla y a echarte la manta. Menuda fresquera está hecha la Garganta. Es probable que el tío Jacobo relate la historia sin errar ni una palabra a lo dicho por Pichapelá. Si acaso, podrá variar el orden, pero no el contenido. De esta manera el Tiresias ya está al corriente del suceso por si se coscara de algo. Quién sabe lo que se esconde a diario por esos collados y los domingos por Anchuras, que es, por si alguien no se ha enterado, donde va el hijo del tío Jacobo a aprender a leer. También ha llamado por teléfono Ulpiano, el Corchero. Por lo visto le han dado el teléfono en el ayuntamiento. ¿Te acuerdas de ellos, verdad? Vienen cabalmente cada diez años, pero no por eso vamos a olvidarnos. ¿Qué son diez años? Si se pasan en un suspiro. Diez años, padre, son los años que tarda un alcornoque en revestirse de nuevo de corcha. Así es, hijo, los descorchan y al instante el árbol empieza a fabricar su corteza, porque es la manera que tiene de protegerse. Dicen los viejos que es para combatir el fuego. Y algo de razón deben de tener porque cuando arde el monte los únicos que se salvan son los alcornoques. Arder arden, como el resto. Pues de madera son por dentro. En ocasiones quedan negros como tizones. Si no entiendes de monte, al verlo dirías que ese árbol está muerto. Hecho carbón. Igual que las encinas, rebollos, quejigos, tejos o madroños que estén a su lado. Carbonizados. Sin embargo, dale al alcornoque un par de años y verás salir un brote, luego otro y otro, igual que si resucitara. El milagro de la primavera. Mientras sus compañeros ya no son ni carbón, porque se habrán tronchado y sus troncos huecos serán pasto de las termitas y de los gusanos. Alcornoques resucitados, alcornoques salvados por su coraza de corcho. ¡Bendita corcha que evita la muerte de los árboles! Lo peor es si te pilla el fuego recién descorchado, Dios no lo quiera, porque entonces vas a correr la misma suerte que el resto de árboles. Ni uno se salva. Si hace calor, está el monte bajo seco y sucio y sopla viento, despídete de los árboles. El incendio se los tragará igual que un dragón de fuego. Peor que un dragón, que hay encinas que dan una explosión y en cinco segundos son una bola de fuego. Si son pinos ya

ni te cuento, Tiresias, porque las piñas salen disparadas a más de cincuenta metros como si fueran bombas envueltas en llamas. Bombas incendiarias. La guerra del bosque, el infierno en el monte. A mí el fuego me da pánico. La temperatura sube tanto que se forma un viento propio, un torbellino que va arrasando con lo que pilla. Terror me da sólo de pensarlo. Ni sirven cortafuegos ni helicópteros ni bomberos. Ya puedes echar agua, que como el fuego coja fuerza es como si te mearas. *Naaa*, ganas de enredar. Si se lía gorda, más vale que te apartes y lo dejes arder hasta que se canse o se quede sin monte. Sin combustible del bueno. No vaya a ser que encima se lleve por delante alguna brigada o a alguno de esos que van de valientes. Y para el fuego no hay valientes que valga. ¿Dónde irá ese *atolondrao* que se lía a dar escobazos con una rama a las llamas de cinco metros? ¡Aparta de *ahi*, *desgraciao*, que te vas a quemar hasta los bofes! ¿Sabes cómo se combate el fuego? El fuego se combate en invierno, no en verano cuando ya no hay remedio. En invierno, sí. Rozando y limpiando el monte, haciendo buenos clareos. Y metiendo valiosas partidas de cabras que se coman todo el matorral, dejando el suelo alfombrado. Dos son las armas para luchar contra el fuego. Una se llama *calabuezo*, la otra cabra. Las dos bien afiladas, sea la hoja de acero o los incisivos de la cabra. No te equivoques, muchacho, el fuego quema por los bajos. Las encinas arden por las patas, no por las copas. El ganado es el mejor bombero que existe. Luego, cuando empiezan a joder los señoritos de la caza con que no quieren cabras en las manchas porque espantan las reses, les enseñas un buen mechero de yesca y les explicas que con eso sí que se acaban las reses, los recechos y las monterías. A los *caceros* lo único que les importa, Jacobo, es matar el *venao* de más puntas para colgar la cabeza en el salón y estar todo el día mirándola mientras se fuman un puro. Te aseguro que miran más al *degollao* que a sus mujeres. Un metro de mecha naranja con unas cerillas en la punta, Remigia. No digo yo que todos los incendios sean intencionados. Siempre puede saltar un rayo de la tormenta y prender el monte. Pero hoy en día, te digo, Tiresias, que son la mayoría. Intereses, venganzas, rencillas. Que aquí a la mínima se tira de cerilla. Sea cosa de la política, rencores añejos de la guerra, el mojón mal puesto de una linde que no te deja vivir, las envidias. Mecha y cerillas para aliviar la angustia que oprime tu pecho. Perjudicando a todo Dios. Luego nos echan la culpa a los pastores. Pero hay que ser tonto para acusarnos siendo nosotros los más dañados. Ahora te tiras un año o dos pagando piensos en vez de comer monte gratis. Aunque por no faltar a la verdad, también hay que decir que los brotes nuevos tras el incendio salen con una fuerza y un verdor que alimentan doblemente. ¡Qué buen abono hace la ceniza, coño! Por eso es cierto que los pastores siempre hemos quemado. Quemaba mi padre, quemaba mi

abuelo, quemaba mi tatarabuelo. Pero con cabeza, leche, y entendiendo el fuego mejor que si fuera tu propia sangre. Hoy no se prende, mañana tampoco, pasado mucho menos. ¿O es que no ves que no hay gota de humedad, que ese pasto es mejor combustible que la gasolina y que el aire sopla hacia la sierra? El pastor quema con conocimiento y con conciencia para renovar el monte. Para sanearlo. Tú *enchiscas*, pero el que manda es el viento. El capitán Viento. Lo prende a ranchos, con el aire a favor, a sabiendas de que cuando llegue al arroyo, a la raña o a la tira de la pedriza se va a apagar solo. Te aseguro, muchacho, que a un pastor de ley nunca un incendio se le ha ido de las manos. Por voluntad, digo, que si es por mala leche ya pueden ir huyendo de la sierra los animales y las personas. Los árboles no, que los pobres no tienen piernas. Si las tuvieran, ya escaparían a la carrera de todas esas fincas y parajes que llevan sus nombres: El Avellanar, El Robledo, La Salceda, El Encinar, El Castañar, La Fresneda, El Quejigar, La Guindalera. O de los valles profundos y morras donde crecen, Valhondo, Navatraviesa, Valcansado, Vallehermoso, y de su relación con los animales: Valdelagrulla, Navalcaballo, Valdelobos, Valdelinces, Navalagarto, Valdelagata.

¿A ver si te crees que el agua, Jacobo, no hace daño? interviene de nuevo la tía Remigia para acabar de una vez con tanto fuego que le está poniendo mal cuerpo. Cuando el Señor abre las puertas del cielo y se lía a soltar barreños de agua arrasando con todo lo que pilla, no es mejor que tu fuego. El agua mostrando su poder. Reclamando las escrituras a todos esos avaricias, a los ansias que aran hasta los arroyos secos y se meten con la reja en el mismo río. Luego cae el chaparrón y el arroyo y el río se llevan todo lo que les pertenece, todo lo que es suyo. Así es, Remigia, muy bien dicho: Reclamando las escrituras. Hazte cuenta de que estás hablando de uno de los cuatro elementos que son la sustancia del planeta: el agua, el fuego, el aire y la tierra. Sólo quería rematar volviendo con los incendios que si esos veterinarios y los que mandan en ellos fueran inteligentes nos deberían alicatar ese establo gratis. ¿Gratis, padre? Sí, gratis: el establo, la cocina si tú quisieras Remigia, y hacernos un baño de lujo. Con un lavabo, una taza y una bañera con grifos dorados. Con grifos de oro. Todo gratis. ¿Sabéis por qué? Por el servicio que prestamos al monte con nuestro ganado. Aquí que se ha ido *to* Dios y ya no queda *naide*, permanecemos nosotros con nuestras cabras saneando el monte para que no haya incendios. Conservando estos campos. Protegiéndolos de cualquier daño. Sólo por eso deberían pagarnos. Una buena *lómina* por prevención de incendios y otra más grande por mantener este paisaje. La primera *lómina* les va a salir barata. Más barata que los aviones con la panza llena de agua, los helicópteros y

los retenes de incendio. La segunda es para cobrar una compensación para cuando vengan los de la ciudad con sus niños y puedan decirles: Mira, bonito, eso es un burro y lo que está encima de su albarda una gallina. Aquello una colmena de abejas para que no pienses que la miel que te comes sale del tarro, ese árbol un alcornoque de donde sale el corcho y esa ristra llena de piedras no la han puesto los albañiles con una máquina, es, naturalmente, una pedriza. Por eso digo, que si no quieren pagarnos esos servicios con dinero, que nos alicaten el establo. Que no va a haber en los almacenes de la construcción suficientes baldosas para pagarnos todo lo que nos deben. Pues mira, Jacobo, lo que te van a pagar: ¡Te van a pagar una poca leche! Cartas, papeles, denuncias, multas… hasta que quitemos las cabras y nos marchemos de aquí si antes no nos hemos muerto. Nos marchamos y se lo dejamos todo a ellos, a los veterinarios y a los de arriba, a los que mandan, a los que hacen las leyes tan buenas para los hombres: ¡Toma, cabrón, nos vamos, ya puedes estar contento! ¡Por fin lo habéis conseguido, hartos ya de pisarnos con la bota el cuello! ¡*Pachasco*, marcharnos porque así ellos lo han querido! Que nos asfalten ese puto camino de una vez para que pueda entrar con facilidad el camión cisterna a llevarse la leche, antes de que se nos pudra leche, sangre y hasta la conciencia.

Entonces se levanta Tiresias del fuego y se dirige a la mesa con su carpeta. Sigan ustedes hablando, que yo escucho mientras hago un poco de tarea para el tío Deogracias. Hablen y hablen todo lo que quieran, pero le recuerdo, padre, que estaba diciéndome que había llamado Ulpiano el de la corcha. Claro, claro, hijo, llevas razón. Es que es sacarme el tema de los veterinarios y se me va la boca. Bueno está que sólo sea la boca… y no se me vayan las manos. Pues resulta que Ulpiano, el Corchero, ha ganado otra vez la subasta y en un mes y medio quieren liarse a cortar. ¿Tú crees, Jacobo, que el chico sabe lo que es la subasta? ¿Y por qué no ha de saberlo, Remigia, si Tiresias ya entiende de todo? Y espérate a que aprenda a leer y a escribir, que según me ha dicho Deogracias la cosa pinta de maravilla. Pues cuando ya aprenda, Jacobo, que te enseñe a ti el muchacho. Así estás entretenido y se te va esa mala leche que tienes. Anda, anda, mujer, no me provoques. La subasta, hijo, es la manera que tiene el ayuntamiento de conceder el descorche de estos montes comunales que le pertenecen. Es un invento muy sencillo y, si no se hace trampa pues sería un delito, muy legal. En la parte del término propiedad del ayuntamiento hay unos dos mil alcornoques, diez arriba diez abajo. Esa corcha vale un dinero que nadie va a regalar ni a dar gratis como nuestro *alicatao*. Es un dinero muy sabroso con el que el ayuntamiento hace obras y arreglos, por ejemplo, una parte chiquitilla de la

instalación de nuestro teléfono. Nuestro y de *esos* que no van a hacer nunca uso. ¿A quién conceden el corte si hay varios interesados? Muy fácil, entregan a la Diputación un pliego para que lo publique en su boletín, que es una especie de periódico para toda la provincia, y así se enteran. El pliego dice las condiciones, los plazos y demás, y pone una cantidad de dinero de partida. Es decir: ¿cuánto vas a pagar por llevarte la corcha de los dos mil alcornoques? La propuesta de dinero se mete en un sobre cerrado con tu nombre que nadie puede abrir, y un día llaman a los subasteros al ayuntamiento y en presencia de todos ellos el alcalde abre los sobres. ¿A quién se lo adjudican, Tiresias? ¡Pues al que haya escrito la cantidad más alta! Si te parece se la dan al más bajo. Lo mismito, lo mismito que hacen con la caza. Para los pastos no, pues los tenemos gratis. ¿Sabes por qué son gratis, hijo mío, los pastos? ¡Porque ya no los quiere nadie! Y ha llamado Ulpiano, que lleva cuatro descorches ganados, es decir desde hace treinta años, para preguntar si les vamos a dejar instalarse en la nave. Pagando, por supuesto.

Al tío Jacobo, que tiene una lucha permanente con la modernidad, a veces se la juega el lenguaje. Se vende al lenguaje. Desde que *ese* construyó una nave moderna, fea para el entorno de casas de piedra, al tío Jacobo, para no ser menos, le ha dado por llamar a unos porches viejos que heredó de su padre la nave. La de *esos* es una construcción muy simple: cuatro vigas altas de hierro, abierto, sin paredes, y un tejado de chapa verde. Menos mal que la puso verde y no es muy aparatosa. Para que no se vea tanto, pues parece un pegote en medio de ese espacio natural. Al poco tiempo el tío Jacobo levantó la altura del tejado de ese porche heredado que está a unos cien metros a la vuelta de su casa. Elevó el tejado ocho cuartas, saneó las tres paredes pues el frontal abre su vista a la raña y arregló la cocinilla que además de la cocina tiene una habitación. Alcoba, si quieres, pues dentro hay un buen camastro. Ancho, pero camastro. La reforma quedó señorial. Si me apuras, una nueva vivienda. Tan soberbia quedó, sin salir de lo rústico, que el tío Jacobo dejó de llamarlo porche, bautizando la obra con el nombre de nave. En la zona abierta guardan las *alpacas* de paja, los sacos de pienso y las pieles de los cabritos. La tía Remigia lava y tiende la ropa pues también se metió el agua corriente, fabrica su jabón, *guisopea* de acá para allá; y en la cocina hacen la matanza o, si se tercia, desuellan un chivo que se haya malogrado por la causa que sea. Para eso llama Ulpiano, para saber si les vamos a alquilar la nave y poder montar allí su campamento. De finales de junio a primeros de septiembre, antes de que empiecen los *venaos* con el concierto de la berrea. Tres meses, más o menos. Instalarse en El Enjambre, en el cuartel general del

descorche, donde antes fue porche y ahora es nave. No nos van a estar jodiendo *esos* con las palabras.

Cuando los padres se despiden y enfilan derechos a la cama, Tiresias busca y busca las letras *c*, *a* y *s* en esos papeles que le han dado. La es la que más abunda, igual que en el monte las jaras y las encinas. Cada vez que encuentra una, sonríe y se alegra. Porque ya está muy cerca de esa *c a s a* para llamar a su puerta. Así va marcando y marcando hasta encontrar todas. Su cabeza se ha ido de la cocina a la sierra, diez años atrás, buscando ese bosque de alcornoques recién descorchados que antes eran grises y ahora son anaranjados. Sus cuerpos desnudos y naranjas. Ha sido arrancarles la corcha para que les brote la savia. Es su sangre, la sangre de su corazón de árbol. No es roja, es naranja. Y allí seguiría en su ensueño, buscando letras, *a*, *c*, *s* en el alcornocal anaranjado. Hasta que se presenta Sophia Bayker con su radio.

2

Pág. 217. “Malvino”. Homenaje al maestro Miguel Delibes con su personaje de Las Ratas.

Al principio de los tiempos, los dioses se reunieron para crear al hombre y a la mujer. Lo hicieron a su imagen y semejanza, pero uno de ellos dijo: Un momento, si vamos a crearlos a nuestra imagen y semejanza, van a tener un cuerpo igual al nuestro y una fuerza e inteligencia igual a la nuestra. Debemos pensar en algo que los diferencie de nosotros, de lo contrario estaremos creando nuevos dioses. Después de mucho pensar, uno de ellos dijo: Ya sé, vamos a quitarles la felicidad. ¿Pero dónde vamos a esconderla? preguntó otro. Vamos a esconderla en la cima de la montaña más alta del mundo, propuso otro diferente. No creo que sea una buena idea, con su fuerza acabarán por encontrarla. Entonces, podemos esconderla en el fondo del océano. No, recuerda que les daremos inteligencia, con la cual, tarde o temprano, construirán un artilugio que pueda descender a las profundidades del mar. ¿Por qué no la escondemos en otro planeta que no sea la Tierra? Tampoco creo que sea buena idea, porque llegará un día en que inventen algo que les permita viajar a otros planetas. Entonces conseguirán la felicidad y serán iguales a nosotros. Uno de los dioses, que había permanecido en silencio todo el tiempo y había escuchado con interés las ideas propuestas por los demás, dijo:



La felicidad está en una nube

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. La musa de la radio, la diosa de tu pequeño Olimpo, la deidad que obra cada noche desde esta emisora el milagro de convertir tu soledad en alegría. Escuchamos esta canción que lleva por título *El día de la Felicidad no es festivo* y empezamos. Quien te habla es Sophia Bayker y esto es Desde la

Distancia Te Quiero.

El programa de hoy, lógicamente, es para todos mis queridos radioyentes, sin distinción alguna. Yo, vuestra Sophia Bayker, sólo puedo sentir agradecimiento porque estéis ahí, al otro lado de la radio. Cada noche, siempre fieles. Pero quiero dedicárselo especialmente a una persona de cuyo nombre no quiero acordarme. Podíais ser cualquiera de vosotros, por supuesto, porque todos os vais a sentir aludidos e identificados. Ese radioyente es anónimo, no tiene nombre. Sólo él sabe que me dirijo a él, a ti, a través de nuestro código cifrado. Y lo hago porque ha llegado el momento. El momento de entender este mensaje. De interpretar con inteligencia mis palabras a través de esta voz que te llega navegando por las ondas. Estoy a tu lado y a la vez muy lejos. Cercana y remota. En tu oído y a kilómetros de distancia. El programa de hoy está dedicado a la felicidad. Todas las canciones que van a sonar hablan de la felicidad. La siguiente se titula *La Felicidad está en una nube*. Relájate y piensa por qué la felicidad puede estar en una nube. Escucha… y calla. Si lo sabes, me llamas. Soy Sophia Bayker y espero tu llamada.

Hola, buenas noches. ¿Estás ahí? Tu nombre es Carlos y nos llamas desde Sevilla. Hola, Sophia. Efectivamente, soy Carlos y te hablo desde Sevilla. ¿Mucho calor ya a las puertas del verano? Mucho, mucho, insoportable. Aquí se asfixian hasta los pájaros. Querido Carlos, en Sevilla los pájaros no se mueren porque no respiran aire, respiran el aroma de la flor del azahar. Dime, ¿te han gustado esas canciones? Sí, una preciosidad. Me han emocionado. Y llamo precisamente para contestar a la pregunta que nos haces. ¡Adelante, entonces, la radio es toda tuya! *El día de la felicidad no es festivo*, tal y como explica un poco la letra, aunque hable más de amor que de otra cosa, quiere decir que el día de la felicidad puede ser un día normal, un día laborable. ¿Por qué festivo si la felicidad puede hallarse en cualquier sitio? Y lo de la nube, más de lo mismo. A ver si sé explicarme bien. Sigue, sigue, Carlos, lo estás haciendo perfecto. *La Felicidad está en una nube* se refiere a…, a la felicidad de las pequeñas cosas. Sencillas, humildes: una mirada, un abrazo, una nube, una sonrisa. ¡Pero qué bueno, Carlos, me estás haciendo el programa gratis! ¡Qué bien os explicáis los sevillanos y con qué arte, mi *arma*! Muchas gracias, un placer que hayas llamado a esta radio. Gracias, amigo. Decía John Lennon, del que en diciembre se cumplirán tres años de su muerte, que la vida es aquello que te va sucediendo mientras estás ocupado haciendo otros planes. ¡Qué sabia reflexión! Haz planes, espera a que se cumplan o no en un futuro, mientras vas dejando que la vida se escape de tus manos cada día. Cada instante, cada segundo. Siempre esperando algo. Esperando a ser feliz cuando

llegue tal fecha y nunca antes: el viaje que tanto deseas, la compra de esa casa, de un coche, el inicio de un trabajo, la llegada de tal persona. Como si la felicidad siempre estuviera ahí afuera. Como si algo grande, algo extraordinario debiera ocurrir, debiera cambiar, para que llegue la felicidad verdadera. Felicidad de calendario, ajena a tu propia vida. Ese es el gran error de nuestra existencia. Esperar a que la felicidad venga a ti igual que vienen cada año las aves migratorias: las tórtolas, las grullas. ¿Me estás comprendiendo? Os leo un cuento oriental muy aleccionador, escuchad:

Creo saber el lugar perfecto para esconder la felicidad y que nunca puedan encontrarla. Todos le miraron asombrados y le preguntaron: ¿Dónde? A lo que respondió: La esconderemos dentro de ellos mismos. Así, estarán tan ocupados buscándola fuera, que nunca la encontrarán. Ante tal propuesta, todos estuvieron de acuerdo y desde entonces el hombre se pasa la vida buscando la felicidad sin darse cuenta que la lleva dentro, en su interior, consigo mismo.

Cada mañana te levantas y decides: hoy voy a ser feliz. Porque la felicidad es una actitud que requiere una predisposición. La felicidad es el aquí y el ahora. No está ni lejos de ti, ni te espera mañana, ni en el futuro. La tienes ahí junto a ti, a tu lado. Por favor, no busques fuera. No emprendas ese viaje en su búsqueda. Tu felicidad, muchacho, la llevas dentro. Nos despedimos con el mismísimo Charlie Parker al saxo y su *The happy bird blues*. Le llamaban El Pájaro, como ya contamos un día, y así suena el *Blues del Pájaro Feliz*. Mientras tanto voy poniéndome mis cinco gotitas de *Chanel*… y te espero en la cama. Adiós, felices sueños.

Cuando la primavera había recogido sus flores y el verano secaba y pintaba de amarillo los pastos, Tiresias ya había aprendido a leer. La primavera milagrosa que hace brotar los tallos de los alcornoques carbonizados y muertos y las clases del señor Deogracias, lo habían conseguido después de tres meses de trabajo. Sol, agua, tierra, ingenio, paciencia y esfuerzo. Mira, amigo Jacobo, el chico de tonto no tiene ni un pelo, más bien lo contrario. La uva de la última cartulina que cerraba las consonantes había madurado. Antes era verde, ahora dulce y dorada. Catorce domingos seguidos, más las horas empleadas en el monte y en la cocina, habían dado ese fruto. El silabeo estaba desapareciendo y leía de corrido. No para echar un discurso, pero sí para defenderse. A la escritura, sin embargo, le faltada todavía bastante práctica. Esa mano puñetera estaba como agarrotada. Al menos ya nunca firmaría con el dedo, si es que tuviera que firmar un papel alguna vez, cosa dudosa. Si sigues practicando, muchacho, conseguirás una letra tan bonita como la de esas cartulinas

que tanto te gustan, dice el señor Deogracias, mientras él está pensando en ese oculista que nunca le preguntaba las letras en el aparato. A partir de este momento ya depende de ti. Yo doy un paso atrás, me retiro, me echo a un lado para que tú camines solo. Te aseguro, Tiresias, que enseñarte a leer y a escribir elaborando esos cartones ha sido uno de los placeres más grandes de mi vida. Es verdad, chico, no es un cumplido: ¡Cuánto he disfrutado! Fui guarda de joven, fui acomodador, ahora he sido tu maestro. Es que no se trata sólo de aprender a leer, señor Deogracias. Haberle acompañado todas esas tardes a sus teatros y recitales compartiéndolo conmigo, abrirme las puertas de su casa y, sobre todo, las de su corazón, ha sido y seguirá siendo algo inconcebible para mi vida. Acompañarle tantas tardes, escucharle, aprender todo lo que me ha enseñado, me ha cambiado, señor Deogracias. Hace unos meses era un pastor analfabeto. Ahora soy pastor a secas. Usted es mi maestro y nunca podré pagarle lo que ha hecho por mí. La pasión que le pone a lo que hace, las ganas de saber cada día más investigando en esos libros, la alegría y la calma que usted transmite, son verdaderamente admirables. Usted, señor Deogracias, ha conseguido la felicidad que todo hombre anda buscando. Pues sí, muchacho, en eso te doy la razón, he conseguido esta calma, esta tranquilidad de espíritu, que no sé si es la felicidad, pero por ahí debe de andar rondando. Así, felicidad sin salir de casa. Felicidad a secas, sin aditivos. Felicidad interior. Sin ambiciones, sin grandes deseos, más allá de preparar esa actuación de los domingos y que la gente disfrute. Poco más, estoy en paz conmigo mismo y con todos ellos. Después Tiresias sale al portal donde ha atado el mulo y de las alforjas saca una esportilla con varios quesos, unos botes de miel y unos tasajos. No es domingo y ha venido expresamente a dar las gracias y a entregar sus obsequios. Tome usted, no sabía cómo agradecérselo y le he traído estos presentes. Nada valen, comparado con lo que me ha dado. Anda, anda ¿estás loco? Seguro que detrás de esos regalos está la mano de tu padre. Por cierto, que como me falla la memoria llevo muchas semanas para decírtelo y nunca me acuerdo. Cuando llegues a tu casa, le pides al tío Jacobo que te cuente la historia que ocurrió hace más de treinta años en una finca que llaman Valdeniebla. No muy lejos de aquí, hacia el norte, del otro lado de la sierra. Que te explique lo que le aconteció al dueño, un ministro que le decían don Casto. Con el palacio que se construyó y las aventuras de un guarda que se llama Ezequiel. Que te cuente, que te cuente. Yo no sigo por no destripártelo. El Ezequiel rondará ya los sesenta años. Si es que sigue vivo. ¡Menudo personaje! ¡Un personaje de libro! Oye, Tiresias, sé que para ti ha sido un esfuerzo venir hasta aquí durante tantos meses, ahora toca leer y descansar. Reposar para que la simiente se asiente bien y enraíce. La

lectura hay que cultivarla; si no lo haces, tu cabeza se llenará de malas hierbas igual que un huerto abandonado de donde no se saca provecho. Pero lo que quería pedirte es que vengas de vez en cuando a las actuaciones de los domingos. Cuando a ti te cuadre, muchacho. Para mí, vengas o no vengas, seguirás siendo mi ayudante. Un domingo cualquiera que se te crucen los cables te montas en el mulo y para el pueblo; nos damos un abrazo y nos vamos al espectáculo. Ahora pasa, que yo tengo también un regalo para ti.

Llegando al salón se ha dirigido directamente a la cocina de donde coge un paquete que ha estado envolviendo en papel de periódico y al que ha puesto un lazo de cuerda. Toma, hijo, espero que le saques buen partido. Por favor, no lo abras hasta que llegues a tu casa. Por nada en especial, simplemente para que cuando lo desenvuelvas tengas tiempo para verlo despacio. Anda, ven, dame ese abrazo apretado. Te he llamado hijo y no me he equivocado. Compra unos cuantos cuadernos y provéete bien de lapiceros. Los libros te los prestaré yo. Será algo muy especial en nuestra relación. Porque los libros, muchacho, y los instrumentos musicales, tienen alma. El alma que se ha ido dejando el propio autor al escribirlos o al ser construidos. Manos tallando la madera, destilando un goteo incesante de letras, hilvanando las palabras, tejiendo las historias. Como si en esa transmisión se le fuera poco a poco parte de su vida que entrega al lector y al instrumentista. Alma y vida que entran directamente en el corazón del lector. Igual que una transfusión de sangre. Por eso estos libros que te iré prestando son mucho más que hojas de papel impresas. Tú no te abandones, practica lo que puedas. ¿Quién sabe si algún día, con toda la transfusión hecha, serás mi heredero? Porque esa es la ley natural: desprendernos de la vida para entregárosla a vosotros, los jóvenes, para renovarla con más fuerza.

De regreso a la aldea, ha tardado menos que nunca. El de la mula ya no era trote, era galope. Del ansia que lleva por ver el contenido de ese paquete. Vamos Candela, que se nos echa la noche encima y no hay luna llena. Cuando llega, los padres no se han acostado y les da las novedades. Ahí está la cena en un plato sobre otro océano, la lumbre consumida con unas cuantas brasas humeantes, la gata que maúlla, la radio con el parte de noticias de esos países borrados del mapa y de sus vidas. Cuando se acuestan, recoge y limpia la mesa. No hace falta navaja para cortar la cuerda, pues con tirar del lazo basta. No la echa a la lumbre, sino que hace un rollo y la pone sobre un vasar de la pared. Para algo servirá. Después abre el envoltorio y aparece un libro grueso, antiguo, en cuya portada Tiresias puede leer la palabra *Enciclopedia*.

La portada lleva un marco rojo y en su interior hay dos jóvenes en la orilla del mar. Un chico y una chica, ella rubia, él castaño, con sus respectivos libros en las manos. Leyendo en el mar. Ese mar que Tiresias nunca ha visto y es inmenso. Está saliendo o poniéndose un sol amarillo, cortado por la mitad, y en sus aguas navega un blanco velero. Un mar que podría volcarse de la portada de su enciclopedia e inundarlo todo: la cocina, la casa, el monte, la Garganta. Enciclopedia de Tercer Grado que Tiresias acaricia con sus dedos, suavemente, tomándose todo el tiempo del mundo. Cuando la abre hay una dedicatoria: A mi mejor discípulo Tiresias, esta enciclopedia vieja con la que yo todo lo aprendí. Firmado, tu maestro Deogracias, actor sin teatro. Después va hojeando las distintas materias, lecturas, mapas con ríos y montañas, rectángulos y trapecios, catedrales, reyes barbudos y un tal Pitágoras. Cuando acaba, la aprieta contra su pecho para meterla muy adentro, sin percatarse de que una tal Sophia Bayker está diciendo adiós en su programa de radio. Soy Tiresias, el pastor del Enjambre, sé leer y tengo una enciclopedia en mis brazos.



¡Qué sabia es la naturaleza! Esa cueva llamada de Malamoneda llevaba años esperando la llegada de ese hombre, para dar sentido y razón a su nombre: ¡Malamoneda!

¿Parece, Tiresias, que últimamente tienes mucha querencia a los riscos de Malamoneda? No dudo que con lo altos que están esos picachos, por los postueros haya buen forraje. Que en ese terreno tan abrupto y escondido parece que el tiempo se ha parado y no hay verano, siempre primavera e invierno. Lo digo porque cuando te pregunto adónde encaminas tus pasos, ya varias mañanas me has dicho que a las cuerdas de Malamoneda. Si te soy sincero, yo hace años que no piso por esos cerros. Cerritracos más bien, que subiéndolos se te atragantan las cuestas porque ya me falta el fuelle y me fallan los remos. Vas muy alto y muy lejos, hijo. El ganado, tu madre y yo te lo agradecemos. Así ahorramos en pienso, porque con estas calores, por los bajos no hay ni una brizna de hierba. Lo que coman las cabras es en seco. Y lo seco tiene mal rumiar. Pajas de las rastrojeras, cuatro pinchos, espiguillas, abrojos, *cardicucas*. Siempre alimenta, pero no es lo mismo. Porque los pajitos reclaman suplemento de pienso. Y el pienso cuesta dinero. El verde hay que buscarlo en la frescura de los arroyos y en los altos. Lo que no sabe ni puede imaginar el tío Jacobo, es que en una cueva de los riscos de Malamoneda vive un fugitivo. No de la justicia, pero sí de su mujer y de su pueblo. Un vagamundo barbudo, renegrido de no lavarse, del sol y del frío, del abandono, que se llama Lisardo. Ya va para cuatro meses desde que tomó posesión de ese palacio. ¿Y por qué no se lo has dicho a tu padre, muchacho? Porque me ha rogado que por el amor de Dios no se lo diga a nadie. Que si lo digo y van a por él, antes de volver al pueblo se tira por un barranco. Ahora, Tiresias, por si tienes tú pocos líos, te has cargado con una responsabilidad que no te corresponde. ¡Menudo mochuelo! Si le ocurriera algo a ese hombre vas a sentirte culpable. Tanto es así, que cada semana subes a la cueva con las cabras llevando en tu zurrón lo que puedes sisar de queso y pan duro. Queso que se ha malogrado o queso que te echas de más en tu ración para que nadie lo note. Las sobras que robas a las gallinas y a los cerdos y que escondes para el encuentro con el forajido. La culpa verdadera la tuvo una tormenta. Tan propicias en el cambio de estación, de la primavera al verano y del verano al otoño. En cuanto se adelantan las calores por no corresponder a la fecha, la atmósfera se dilata del ardor y revienta en forma de tormenta. El cielo se raja, cruje y lanza rayos, truenos, chispas, relámpagos y centellas. ¡*Trrraaaaakkkkk*! Todo lo que pilla, de la mala leche que le entra. Un cielo *encabritao* con los dioses. En esos altos, con tanta vegetación y con el ganado, las tormentas son peligrosas. Si no lo fueran, no se verían enormes árboles descuajaringados y negros como tizones. Igual que algunos peñones, resquebrajados y negros también. Negros y

abiertos como melones, con la firma del relámpago. Dicen los viejos que a los rayos los atraen el pelo de las cabras y de las caballerías, algún tipo de roca mineral del interior de la tierra que hace de imán y los árboles altos y picudos. Si se lía la tormenta, Tiresias, sepárate lo que puedas de los animales, busca refugio y, si no encuentras protección, túmbate en el suelo de una *clarera* sin monte, a lo largo, tieso y bien estirado. Metes la cara en la tierra, te tapas los oídos y aguantas como puedas. Que a veces cae el rayo, *¡Trrraaaaakkkkk!*, y aunque no te toque ni te queme la chispa, la explosión te deja sordo. Y no estás tú, Tiresias, para sorderas. Alguno que se ha salvado porque el relámpago ha caído a unos metros sin fulminarlo, cuenta que el rayo al impactar en el suelo te atrae a su centro, a su entraña, envolviéndote en piedras y con una humareda que huele a azufre y a pólvora. Huele y asfixia. Si el rayo te absorbe, te quedas inconsciente por un rato; no sientes las piernas ni los brazos porque la electricidad ha entrado en tu cuerpo dejándolo paralizado y mostrándose por tu piel como un tatuaje. La electricidad corriendo por tus venas y tus capilares como las raicillas de los árboles. Si el corazón no te revienta de la descarga *¡Trrraaaaakkkkk!*, en unos días la electricidad se gasta y desparece. Te deja molido, igual que si te hubieran apaleado, pero seguirás vivo. Eso es lo que ocurrió justamente ese día, que se desató la tormenta llegando a los altos de Malamoneda, y sabiendo que debajo de la pared de la *riscalera* hay una cueva bien hermosa, Tiresias consiguió llegar a ella. Llovía a cántaros y el cielo estallaba con sus relámpagos. De nada servía, como le enseñó su padre, contar el tiempo que transcurre entre el destello de la culebra de luz del rayo y el bombazo del trueno. Porque uno y otro se producían al mismo tiempo. Pidió a los perros que agruparan a las cabras y las sujetó en la base de una oquedad que no llega a ser gruta pero protege con una especie de visera, mientras él se metía en la cueva aledaña. Iba tan sofocado, estaba tan oscuro, con las gafas empañadas, la ropa chorreando, que al entrar no se apercibió de que la hospedería estaba ocupada. Ya bien dentro, le vino un sospechoso olor a zorruno y, a la luz de un rayo que iluminó la cueva, vio en el suelo restos de lumbre, huesos, la piel de una *gabarrona* y un haz de leña reciente. Cuando al instante otro relámpago alumbró el cielo y parte de la gruta, le pareció ver un bulto en la oscuridad del fondo. Un ser o un animal acurrucado. Joder qué miedo, muchacho. ¿Qué prefieres? ¿Qué te mate una chispa o que te maten de un susto? Entonces llamó a los perros y los azuzó contra lo que pudiera ser eso. Un ser de masa tenebrosa. La Trujillana, en vez de tirarse a la sombra, enganchó el costillar de la gabata y empezó a mordisquearlo; pero el Corbato enseguida se percató de que ahí había algo. Algo misterioso y, en su incorporeidad, espeluznante. Avanzó unos metros y se puso a ladrar

enrabietado, igual que cuando ladraba de parado al jabalí en su encame. ¿Quién anda, ahí? ¡Habla, si no quieres que te devoren los perros!, gritó Tiresias empuñando en una mano la navaja abierta y en la otra un palo. Hasta que el bulto se hizo presente, se estiró con todo lo grande que era su figura y acudió al muchacho con las manos detrás de la nuca. Igual que un preso. Sujeta a los perros, sujétalos antes de que me muerdan, dijo entre aullidos y palabras incomprensibles el hombre monstruo, pues eso parecía, un hombre o animal de las cavernas. Muchísimo peor que el antiguo Tiresias, el de años atrás, antes de que se produjera el milagro de su transformación. Olía que apestaba. A algo corrompido: cebollas, vinagre, estiércol, leche fermentada. Todo en uno. La chaqueta ya no era chaqueta, pues se había acartonado y tenía en las solapas un brillo negruzco de suciedad. Los pantalones estaban rotos, llenos de rajas y costurones de engancharse en el monte, y las botas no llevaban trencillas porque, probablemente, las estaría utilizando para otro menester. El pelo largo, sin fuste ni nervio, parecido al que se va desprendiendo de los muertos. La barba espesa y recia le cubría la cara, de donde sólo se clareaban la boca chica, la nariz y unos ojos diminutos alojados muy al fondo entre un cerco morado. Si este hombre no se ha muerto, pensó Tiresias, es un milagro. Un milagro de la supervivencia. Quiso hablar y balbuceó unas palabras, torpemente, pues de no usarlas se le habían atorado en el pecho y en la garganta. Por eso, quizás, y para dar credibilidad a su relato, se tiró al suelo y se puso de rodillas delante del muchacho. Suplicando. Por favor, hijo, por favor te lo pido, no me hagas daño. Soy Lisardo el de Navaltoril. Tú debes de ser el chico del tío Jacobo del Enjambre. Por favor, no me delates. Te pido por el amor de Dios que no me delates.

Así es como transcurrieron varias semanas de incertidumbre: el fugitivo en su cueva de los riscos de Malamoneda comiendo sobras, tubérculos, frutos del bosque y algo de caza, y el Tiresias dale que te pego a la cabeza para arreglar el entuerto. El follón en que se había metido, sin quererlo ni beberlo. Porque según fueron hablando y hablando, Tiresias se ganó la confianza del tío Lisardo a base de pan y queso, hasta que un día le confesó el motivo de su huida. ¡Qué sabia es la naturaleza! Esa cueva llamada de Malamoneda llevaba años esperando la llegada de ese hombre, para dar sentido y razón a su nombre: ¡Malamoneda!

El día que acudieron los corcheros era domingo. Venían de su pueblo, Navalvillar de Ibor, en la provincia de Cáceres. A medio camino entre El Enjambre y la raya de Portugal. Lo digo porque todo lo que sea corcha y tenga relación con Portugal es buena cosa. No hay en el mundo gente más entendida en alcornoques que los portugueses.

Gente brava, seria, de corazón noble. Para ser exactos, más cerca del Enjambre que de la frontera. Según dijo el tío Ulpiano al descender del coche: Hemos hecho cien kilómetros y hemos tardado más de tres horas. Más de la cuenta, porque venían en un *Land Rover* que conducía Ulpiano y en un camión *Barreiros, colorao*, al volante un tal Justino, donde traían dos mulas y un montón de cachivaches. Cuando lo han descargado todo, el camión se ha marchado. Se ha quedado el *Land Rover* y la cuadrilla, que la componen cinco hombres y una muchacha joven. Ulpiano es el jefe, el empresario de la corcha, y los otros cuatro hombres sus empleados. Saturno, José, Jeromo y Ciriaco. A los tres primeros ya los conocen de la última corta, la de hace diez años. Ciriaco es el nuevo y el más joven. La chica es la hija de Ulpiano, se llama Paula. Aunque ahora se ha convertido en una mujer, también la conocían pues vino en aquella ocasión acompañando a su madre. Entonces era una muchacheja por lo que, según calcula la tía Remigia al darle dos besos, ahora debe de rondar los veinticuatro o veinticinco. Cuando pregunta por su madre, la Evelia, dice que ya no está para los trotes de la corcha ni para lidiar con tanto hombre, y que desde hace unos años ella es su sustituta. Para poner el campamento en orden, para apañar las comidas, para controlar el peso y la carga cuando venga el camión a por la corcha y para mil menesteres difíciles de determinar. Por ejemplo, conducir si es necesario el *Land Rover* que lleva acoplado un remolque. No se ha sacado el carnet, pero lo maneja igual que su padre. ¿No me digas que la Evelia se ha retirado del negocio? ¡Toma nota, Jacobo, que yo también estoy deseando jubilarme! ¿Cuándo va a tocarme a mí? Ahora hay que llevar todos los trastos y las caballerías a la nave que en los días precedentes han acondicionado el tío Jacobo y la Remigia. Han recogido sus *achiperres*, han limpiado, han jalbegado la cocina y la alcoba y han colocado las *alpacas* aparentemente, dejando preparados en un hueco cuatro camastros, a modo de habitaciones con las paredes de paja. Cuatro para los hombres, excepto para Ulpiano que, si ha de dormir, lo hará en el poyo de la cocina, porque para la Paula es la alcoba. No vendrán mucho al pernocte, pues prefieren hacerlo en el tajo. Así no pierden tiempo en desplazamientos. Sobre todo si el corte pilla lejos, por los altos. La Paula les prepara las viandas, las garrafas de agua si no hay arroyo o manantial cerca, para varios días. Cuando se agotan, se las sube en el *Land Rover*. O más bien se las aproxima, pues por donde ellos andan no hay caminos, apenas unas trochas de las cabras y de la caza. Por eso el primer trabajo de un corchero no es liarse a reventar alcornoques, lo primero es abrir veredas para que puedan subir y bajar las caballerías. Subir al corte y bajar la corcha. De los cinco hombres, todos ellos talluditos pasando ya de los cincuenta salvo Ciriaco, tres son cortadores y dos sacadores. ¡Hombres de otra estirpe! ¡Corcheros

destripadores del bosque! Que no sabe uno qué es más sufrido con el calor que hace. Lo canta la chicharra siempre invisible: *Chiii chiii chiii chiiiii*. Quejándose de estas calores. Si me apuras, los sacadores afanan más que los cortadores. Hay que ir agrupando las piezas alargadas de corcha, quitando algún callo o defecto con el hacha, en medio de esos jarales pringosos de miel que no hay quien se maneje y llevarlas a las eras del pueblo. Lo que jode es que no haya caminos, pues estas sierras están dejadas de la mano de Dios y de los hombres. Más bien de los hombres, no vayamos a pretender que Dios te entregue las sierras con las pistas hechas, los caminos, los cortaderos y las veredas. Como no los hay, no puedes hacer un montón en un apartadero y subir poco a poco a por ellas con el remolque. Nada, salvo en casos muy contados, la saca hay que hacerla con las caballerías. Para eso llevan una armadura metálica con sendas uves donde se colocan las corchas. Una pila de corcha en cada lado que abultan tres veces lo que la mula. Para eso hay que rozar el monte con el *calabuezo* y trazar buenas veredas, para que las mulas tan cargadas no tropiecen ni se enganchen con el monte. En las eras se van acumulando, convirtiendo el empedrado del suelo en una montaña de corcha. La catedral del corcho. ¡La madre que parió a Panete! ¿Cómo es posible que esos árboles den tanta corcha? Cada semana, aproximadamente, viene un tráiler y se la lleva. El conductor del tráiler siempre protesta: A ver si dicen al alcalde que asfalte ese camino, que este trasto es muy grande y lo voy a destrozar. La Paula es la que supervisa la carga y la que va guardando los recibos. Los vales, dice el camionero. ¿A ver si te crees que la muchacha tiene poca tarea? Pero como ha mamado el oficio desde chica, pues se ha criado en los campamentos corcheros, lo hace con gusto y de maravilla. Los hombres bajan al campamento cada cuatro o cinco días. Se asean, se cambian de ropa, más bien poco o lo justo, comen bien, descansan y renuevan las fuerzas. Siempre a las órdenes de la Paula, que en lo tocante al campamento es la que manda. Si no fuera por ella, aquello sería una pocilga. Bien está que en lo alto de la sierra durmáis en una cama de romero, con los trastos por doquier, sin orden ni concierto; pero en esta nave hay unas normas que respetar si no queremos salir tarifando antes de regresar a Navalvillar de Ibor. ¡*Joéeee*, qué bien aprendió la lección de dar órdenes de su madre, la Evelia!

Como es el primer domingo tras haber acabado las clases, Tiresias se da un respiro y acude al pueblo antes, a media tarde. Ha decidido que ese será el nuevo horario para los sábados y los domingos. Igual que ha decidido que uno de esos dos días saque el ganado su padre. Que él tiene mucho trabajo con los cuadernos y con esa enciclopedia. Tantos mapas, tantas historias, tantos teoremas; incluso ese ojo divino

que te mira dentro de un triángulo equilátero y te da cierto canguelo. Cuando aparece ante el grupo que anda negociando los preparativos de la instalación, Ulpiano lo saluda: ¿Pero, tú eres Tiresias o te han cambiado por otro? Me da en la nariz, tía Remigia, que le han dado el cambiazo. A mejor, por supuesto, que este muchacho está más joven, más fuerte, más guapo. Ven para acá, chaval, dame un abrazo. Que ya nos íbamos a los porches… Nave, Ulpiano, se llama nave. Pero hemos oído las esquilas y hemos decidido esperar para saludarte. Mira, ven que te presento a mi gente, por si no te acuerdas de ellos. ¿Qué edad tendría el chico, tío Jacobo, la última vez que estuvimos en el Enjambre? Ahí andaría por los dieciséis o diecisiete años. Acércate, no te dé vergüenza, hijo. Estos son Saturno, Jeromo, Ciriaco y José. Los mejores corcheros de España y de Portugal. A falta de subida de sueldo, bien está echarles unos piropos. Y esta es mi Paula, lo más florido de la cuadrilla. ¿Te acuerdas de ella, Tiresias? A esta le ha pasado como a ti. Se nos ha retirado mi Evelia y a ti el tío Jacobo, y habéis entrado al relevo vosotros, los jóvenes: La Paula y el Tiresias. Anda, muchacho, dale la mano. O dos besos si se deja, que a ratos es más *orusca* que un gato montés. No te enfades, hija, era una broma. Tiresias, ya te puedes llevar bien con ella. Porque esta mujer está llamada a llevar este negocio en unos años. ¡Qué leche en unos años, si ya lo lleva ella! Después los del Enjambre se han retirado a su casa, para dejar a los corcheros que se acoplen y coloquen los trastos a su gusto. Agua corriente hay y bien fresca, porque viene derechita de la Garganta. El tío Jacobo y su muchacho se lían con el ordeño. La tía Remigia con los preparativos de la cena. Patatas revolconas con sus tropezones de panceta, bien surtidas de ajo y pimentón. ¡Menuda *sartená* has hecho, Remigia! ¡Has echado el resto! ¿Cómo no echarlo, Jacobo, si estos hombres vienen cada diez años? Para cumplir la tradición de comer en casa de quien les da cobijo el día que llegan y el día que regresan. Natural, mujer, pues vienen cansados del viaje, tienen que acuartelarse y esas patatas y estos tomates del huerto les van a saber a gloria bendita.

El tío Lisardo es leñador de oficio. O lo era, porque ahora es vagamundo fugitivo, desertor, prófugo, escapado de su casa y refugiado en una cueva en el hueco de unas *riscaleras* que llaman de Malamoneda. Se dedica a cortar leña formando cuadrilla con su hermano y un primo. Agapo, que es el apócope de Agapito, y Polo, que es el recorte de Polonio. Cuando no hay leña, cada uno se busca la vida por su cuenta. Porque la leña no se corta ni cuando a uno le da la gana ni mucho menos donde tú quieras. Los plazos y las zonas de corte los determinan los forestales. Buscarse la vida es ir a la aceituna, al carboneo, a rozar monte, a los pinos, de secretario a las monterías

o, si tienes caballería, a cargar la carne de las reses. Lo de secretario es más cómodo aunque peor pagado, porque los de la carne son dos: el hombre y la mula y el salario el doble. El secretario se carga el rifle y el zurrón del señorito, lo acompaña al puesto, le corta las jaras y los *berezos* para que tenga buena visión y le prepara un asiento. Si es que no lo trae él, que algunos de ellos se llevan al campo hasta la silla como si no hubiera piedras y troncos. No vaya a ser que se les dañe o infecte el culo de naturaleza. Si entiende de armas, le carga el rifle y prepara balas de repuesto. Después guarda silencio y aviva la vista y el oído para chistar al señorito si viene el bicho. Si lo mata, baja el secretario a rematarlo y a contar las puntas que tiene si es un ciervo o los colmillos y amoladeras si es un cochino. En ocasiones, aunque sea un secreto, el señorito dispara y dispara errando todos los tiros, hasta que a la desesperada pasa el rifle al secretario que con un solo disparo se lo carga. En ese momento el señorito se echa el dedo índice a la boca diciendo chitón y le mete un billete en el bolsillo. ¡Vaya navajero que acaba de matar usted, don Florentino! Si conoces bien la finca, las armadas y las posturas, puede que te contraten de postor. Tantos postores como armadas. Reúnes a los señores de tu armada tras el sorteo de los puestos y los vas colocando a cada uno en su sitio. Cuando acabe la montería y los rehaleros toquen las caracolas llamando a los perros, te vuelves por los mismos pasos recogiendo los puestos. Pero el oficio verdadero de Lisardo el fugitivo es leñador. Porque la leña no es para él, es para venderla. La cortan, la dejan secar unos meses en el monte, la recogen con las caballerías y la llevan a su corralón. Ahí está la clave del asunto, en ese maldito corralón. Porque los corrales del Agapo y del Polo son pequeños y no están techados. Por eso la llevan al de Lisardo. Unos buenos montones cada año, no tanto como los de la corcha, pero unas cargas bien magras. El marchante de Los Navalucillos que es el que se la compra, ya les indica el tamaño del corte. Hay dos modalidades, la leña chica y fina para las estufas, digamos… de adorno. Las que no necesitan calentar la casa, sino que son el decorado con esas llamas tan bonitas. Y los troncos gordos y largos, hermosos, de no más de sesenta centímetros. Estos ya para dar calor de verdad. Aunque siempre hay que meter también palotes para prender. Lo fino va para las capitales, explica el de la leña que se llama Niceto y viste un mono azul de peto, y lo gordo para los pueblos y las casas de campo.

El corralón del Lisardo y ser el único que sabe de cuentas en comparación a su hermano y a su primo, son los causantes del lío. Resulta que cuando anuncia Niceto que va a venir a por una carga, el tío Lisardo no dice nada a su hermano ni a su primo. No les da aviso. Sin mala intención, todo lo contrario: ¿Para qué va a molestarlos si lo

mismo andan a bellotas, a castañas o a níscalos? Cuando Niceto le entrega los billetes, ni el Polo ni el Agapo le piden cuentas. ¡Estaría bueno, desconfiar siendo hermanos y primos! ¡Si además no entendemos de números! ¡Por mi primo Lisardo pongo yo la mano en el fuego! Pues no la pongas tanto, Polonio, porque desde hace cuatro o cinco años tu primo os está engañando. Y no reparte por igual las ganancias. Si Niceto, por poner un ejemplo, le paga cuatro billetes, él se queda dos y a los otros les da uno. Una sisa en una carga no hace mucho, pero si las vas sumando ya no es ratería sino hurto. Que un grano no hace granero, pero ayuda a su compañero. Hasta que la tía Amelia ve en la pared de las gallinas que una piedra está un poco hacia afuera, tira de ella, la saca y en el hueco descubre un buen fajo de billetes. Hechos un canuto, enrollados con una goma negra que procede de una tira de la cámara vieja de la bicicleta. Igualito igualito que la historia de aquellos abuelos. Aunque el dinero de aquel viejo provenía del ahorro y aquí es del robo. Sin violencia, pero con engaño y mala fe. Entonces la tía Amelia lo coge, coloca la piedra y busca a su marido. Lo encuentra en la cocina pelando unos pájaros que ha cogido con los cepos, *crujas* y *arringatrojes*, y poniéndole los billetes en la cara le pregunta: ¿Este fajo de billetes, Lisardo, de dónde ha salido? Ante la evidencia, el tío Lisardo se echa a llorar. Se desploma, sin coartada, igual que si te arrancaran la ropa y te quedaras en bragas. Llora por haber sido descubierto y porque ya lleva un tiempo que la conciencia, la mala conciencia, no le deja ni dormir ni vivir. Pero a nadie le gusta que le descubran sus secretos, los secretos que todos los hombres y mujeres tenemos. Te puede hablar la conciencia. Si es la buena mejor, como le habla constantemente al Tiresias. Pero al Lisardo no le gusta que su mujer le hable así, sobre todo porque le habla mejor que esa jodida conciencia: ¿No te da vergüenza hacer eso a tu propio hermano y a tu propio primo? Mal está robar, pero que se lo quites a tu familia eso es de ser mala gente, de tener el corazón podrido. Ellos tan confiados, dejándote hacer, y tú aprovechándote de su confianza, de su honra. ¡Eres un mal hombre y ahora mismo vas a ir a echar las cuentas y a devolvérselo! Por supuesto que le ha hablado mejor que su propia conciencia, y por eso le molesta. Le ha hablado en plata, clarito, en plata de ley. Cuando le dice: Si no se lo devuelves ahora mismo, ya estás yéndote de mi casa. Al oírlo, Lisardo monta en cólera y se pone a dar gritos como un loco. Son gritos más contra él mismo que contra su mujer. ¡Se lo daré cuando me salga de los cojones! ¡Así se lo voy a devolver, cuando me salga de los huevos! Grita y vocea como un energúmeno. Tan fuerte que da miedo. De pronto se calla, porque esa mala conciencia ya le ha dicho lo que debe hacer, busca un saco, echa cuatro cosas, da un portazo terrible y se marcha de casa. ¿Ahora qué hacemos, Tiresias? ¿Qué hacemos, muchacho, con tu

fugitivo de Malamoneda?



Cuando ya suena la música del programa hay estrellas que titilan con destellos azules y rojos. Se llama firmamento. Está siempre ahí, pero sólo algunos tienen la suerte de verlo. Al resto, o no les interesa o no tienen tiempo.

”

Cuando han pasado ya apenas cuatro semanas desde la llegada de los corcheros, Paula necesita ir a Anchuras para echar una carta con los vales de las cargas de corcha. Son para el banco. No importa que sea domingo, le explica la tía Remigia, pues los sobres y los sellos los venden en la tienda –que es tienda, estanco y lo que se tercie– de la tía Emilia y está abierta a todas horas y todos los días. Llueva o nieve. Si está cerrada, llamas, entras y te atienden. Tiresias le ha explicado que los domingos hay una especie de espectáculo en un bar y Paula desearía conocerlo por romper la monotonía de ese campamento. También hay baile, hija mía, por si te interesa más. Tú menos historias y más mover el esqueleto. El muchacho, que lleva días pensando que tiene que ir a hablar urgentemente con el señor Deogracias de un asunto de fugitivos, ve la oportunidad y le pide a Paula si puede acompañarla. ¿Cómo me pides eso? ¿Cómo te atreves, si era yo la que daba por supuesto que ibas a acompañarme? ¿Acaso no es amigo tuyo el hombre que cuenta las historias y has sido tú el que me ha animado a ir? Venga, Tiresias, prepárate, ponte guapo, que salimos después de comer. Para entonces esas palabras no le asustan, le resultan familiares, porque ya han gastado muchas horas de conversaciones a lo largo de las últimas semanas. ¿De qué hablarán tanto estos *jodíos*? Al tío Jacobo y a la tía Remigia les da no sé qué que esa muchacha esté ahí sola cuando llega la noche. Por el día no, pues anda siempre muy ocupada de aquí para allá, trasteando de arriba para abajo, recibiendo a los muleros que bajan a descargar la corcha a las eras, cocinando y preparando los avíos para que a los hombres de la sierra no les falte de nada. Y pasando con el *Land Rover* a toda velocidad, como si fuera uno de esos guardas esquivos. ¡Me *cagüe* en la leche, Paula, ten cuidado con la polvareda! ¡Que pareces uno de esos guardas con tantas carreras! Pero a la noche, aunque sea verano y esté el cielo estrellado, da penilla saber que esa mujer se queda sola en la cocina de los porches. Perdón, quiero decir de la nave. Por eso la Remigia, que parece que estas cosas son más de mujeres, manda al Tiresias, una vez que se ha lavado y arreglado, a buscar a la muchacha. Que para este asunto el chico es muy bien *mandao*. No des muchas explicaciones, hijo. Le dices simplemente que la mesa está puesta y la comida se enfría. Aunque no sea plato caliente, porque estamos en julio y lo caliente sobra. Ajoblanco, gazpacho o pipirrana de patata con cebolla, pimiento verde, ajo, un par de huevos duros y una lata de sardinas. Siempre de lo suyo, del huerto, menos las sardinas que proceden del barco de la tía Emilia. Pistos y ensaladas de tomates, judías verdes, calabacines, berenjenas. Queso, miel y leche que no falten. Y mil postres que se inventa la Remigia para no

desaprovechar la leche: puches, arroz con leche, flanes, natillas. También golfos, a base de huevos, pan duro, leche y canela. De las treinta noches, salvo seis que han bajado los corcheros a dormir, el resto ha cenado en la casa del tío Jacobo. Una de las noches, le dice a la tía Remigia que ya no vendrá más si no le deja que cocine ella. ¡Estaría bueno, dice la mujer! ¡Dime lo que necesitas! Pues nada, tía Remigia, que ya hice el otro día un buen acopio de comida en el pueblo. Esa noche les prepara *zorongollos* de su tierra, de Cáceres y de la Vera. A base de pimientos rojos asados, cebolleta, ajo, tomate crudo de pera, pimentón y huevo picadito. De postre leche frita. Un invento moderno, desconocido en esas sierras, que ha aprendido a hacer la Paula y que después enseña a la Remigia, una vez que concluye la larga conversación con su prima de Cataluña. Cuando acaban la cena, el tío Jacobo pide a su Tiresias que acompañe a la muchacha, no vaya a pasarle algo por esas calles oscuras. El tío Jacobo es un bromista y tiene un humor socarrón, con mucha retranca: ¡Como si hubiera que obligar a su muchacho a acompañarla cuando está deseando! Igual que lo de las calles oscuras, que pareciera que viven en una gran ciudad llena de peligros. ¡Un Manhattan, tío Jacobo, no te jode! Si los porches están a la vuelta de su casa y hay una calma que ya quisieran las ciudades. Entonces Tiresias coge la radio y les dice que no se preocupen si tarda un rato porque van a escuchar un programa. Un programa que se llama Desde la Distancia te Quiero. Después desaparecen entre risas y bromas por la puerta, con la radio a todo volumen mientras la Remigia da varios codazos a su marido según se van a la cama. ¡Cómo me das esos *jinchonazos*, mujer, que me vas a reventar el hígado! ¿Qué he dicho o he hecho de inconveniente? Anda, tonto, que no te enteras de nada. Más tonto que Abundio, que se fue a vendimiar y se llevó uvas de postre. Tú ni catarlas, Jacobo, que para ti las uvas ya no están maduras. Para ti, pedazo de animal, uvas pasas.

Paula ha cumplido veinticinco años. Si se indagara en sus orígenes le saldría algún bisabuelo o tatarabuela portuguesa, pues tiene su fisonomía. Algo tendrá que ver la cercanía de esa frontera. Que para el amor o, si me apuras, para un buen revolcón, no hay lindes de países ni cotos privados ni banderas: amor sin fronteras. Muy morena, con los ojos negros, muy negros. Tan negros que si te miran fijamente tienes que apartar los tuyos para que no se quemen. Igual que su pelo, que lleva recogido en lo alto con unos alfileres por higiene en ese campo, pero cuando se lo lava y se lo suelta parece una reina. Una mata de pelo como el carbón que se desparrama sobre sus hombros desnudos igual que si hubiera reventado el manantial de la Garganta inundando el pueblo y los corazones de agua. Al menos es lo

que va pensando Tiresias, que se ha quedado embelesado mirándola. Como un pasmarote al que sólo le haría falta que se le abriera la boca y se le cayera la baba. Es más que guapa, es decidida, valiente, resuelta, con las manos en ese volante, cambiando las marchas y hablando sin parar. Contando historias de su pueblo, de sus amigas, que el muchacho no escucha porque todos sus sentidos se han atrofiado de golpe, el olfato, el gusto, el tacto, el oído; para que todas las terminaciones nerviosas y sensitivas se concentren en la vista. En los ojos como platos al mirar a esa conductora. Es una belleza animal, felina. Relacionada sin duda con ese bosque encantado, escondido, oculto y fascinante, inaccesible, donde crecen los alcornoques de cuerpos desnudos anaranjados. Belleza de lince invisible, belleza silente de pantera negra, belleza furtiva. Aunque es de estatura media, Tiresias le saca una cabeza. Es corpulenta, sobre todo de caderas para abajo y en el cuello se ha puesto una gargantilla de la que pende un colgante que se introduce en medio de sus hermosos y turgentes pechos. Ahí no se mira, Tiresias. Terreno vedado, prohibido. Que está mal que te quedes embobado mirándome a la cara, pero no al pecho.

Mientras ella arregla lo de sus cartas, el muchacho se acerca a casa de su maestro. ¡Paula! Cuando acabes, te vienes a casa del señor Deogracias. Allí te espero, es esa casa del balcón. El maestro está cerrando los últimos flecos de su intervención de esta tarde. Está distraído y nervioso. Ha hecho una pequeña adaptación del clásico que él sabe de memoria *Fuente Ovejuna*, de un tal Lope de Vega. Ha escrito el argumento de la obra y ha ido intercalando algunas interpretaciones como la de Laurencia. Escucha, muchacho:

Llevome de vuestros ojos

a su casa Fernán Gómez;

la oveja al lobo dejáis

como cobardes pastores.

Esta obra, Tiresias, es una de las más famosas obras teatrales de todos los tiempos. En mis años de acomodador, que fueron treinta, la representaron más de trescientas veces. Pero dame un abrazo fuerte, que ando siempre liado con mis papeles y no te hago caso después de venir a visitarme. ¿Te quedarás a la actuación? Sí, sí, nos quedaremos. No se preocupe, señor Deogracias. Ya veo que está usted igual de bueno que siempre, sin perder su energía. ¿Acaso va de pastores la obra? No, no, qué va. Hay algún pastor, porque es la historia de un pueblo llamado Fuente Ovejuna. Oveja, ovejuna. Los vecinos son

pastores y labriegos y por el tamaño bien podía ser Anchuras. La obra cuenta la rebelión de Fuente Ovejuna contra el comendador que es un tirano. Un hombre cruel y sin escrúpulos. Hasta que el pueblo no puede soportar más sus injusticias y lo matan. ¿Quién lo mató? No se sabe. Cuando los reyes mandan a un juez para que investigue la muerte y detenga al asesino, todo el pueblo se une y a la pregunta de quién mató al comendador, la respuesta es unánime: ¡Fuente Ovejuna, señor! Los amenazan, los torturan y siempre responden lo mismo ¡Fuente Ovejuna, señor!

¿Tú crees que les gustará, Tiresias? Me la sé de memoria y, sin embargo, en cada actuación me pongo nervioso como un chiquillo. A mi edad, igual que un aprendiz:

A Fuente Ovejuna fui

de la suerte que has mandado,

y con especial cuidado

y diligencia asistí.

Haciendo averiguación

del cometido delito,

una hoja no se ha escrito

que sea en comprobación;

porque conformes a una,

con un valeroso pecho,

en pidiendo quién lo ha hecho,

responden: ¡Fuente Ovejuna!

Perdona, hijo, perdona, que se me va la cabeza con la emoción de estos versos. Cuéntame cómo va la lectura de esa enciclopedia. No te agobies, no pretendas aprenderlo todo de golpe. Hay asuntos en ese libro muy complicados. Tú, muchacho, pasito a paso. A ver si lo que no has aprendido en una vida quieres aprenderlo ahora en un rato. ¿La escritura qué tal? Vas a hacer un ejercicio consistente en apuntar en el cuaderno todas las cuestiones que no entiendas. Después te vienes un domingo con tranquilidad y las explicamos. ¿Por qué dices que os vais a quedar a la actuación, acaso tengo el honor de que te

acompañe mi amigo Jacobo? Y cuando acaba su pregunta llaman a la puerta y aparece la mujer más hermosa de todas esas sierras. Esta es Paula, señor Deogracias, ha venido aposta para escucharle. Entonces el señor Deogracias extiende su mano cuando ya Paula con mucho desparpajo le ha plantado dos sonoros besos, diciendo en tono elevado, como si estuviera hablando a un viejo sordo: Soy la hija de Ulpiano, el Corchero, venimos de Extremadura, de Navalvillar de Ibor. Tiresias me ha hablado tanto y tan bueno de usted que tenía ganas de conocerle y de comprobarlo. Me conmueve el cariño y la admiración que Tiresias siente por su maestro. Yo te lo agradezco, mujer, pero vas a hacer que me sienta más nervioso todavía por no saber si voy a poder cumplir con tus expectativas. Pues si no tenéis más que contarme, nos vamos organizando. Ahora en vez de uno, tengo ya dos ayudantes. Esta humilde compañía de recitales y teatro, nuestra compañía de comedias, va aumentando, *ja ja ja*. ¡Anda!, casi se me olvida, añade, dirigiéndose a la mesa y tomando un sobre en el que ha escrito: Para Tiresias. *Manual para beberse la Vía Láctea*. Mira, muchacho, es un pequeño regalo. Humilde, como siempre. Dentro van varias hojas de una historia que estoy escribiendo para explicársela a los vecinos el próximo domingo, a estos pastores del bosque. Trata sobre la importancia de su trabajo, el careo con el ganado, la leche de sus cabras. ¿Dime un producto de estas sierras que defina a estas gentes, a ti mismo, Tiresias? ¡La leche! Efectivamente, la leche. Pues ahí la tienes también: La Vía Láctea. La leche elevada a categoría de estrella, de millones de estrellas. Porque "*láctea*" en latín significa "leche". ¿Comprendes, querido discípulo, adónde quiero llegar? Piensa, hombre, piensa. Pues quiero subirles la moral, hacerles comprender que su trabajo ha sido y es vital. Humilde, pero vital. La leche que amamanta a las crías, sean chivos o personas, es un elemento esencial en la historia de los seres humanos. De los griegos a los romanos, de los egipcios a los persas, todos han venerado ese oro blanco que nos da la vida. ¿Y por qué te he escrito una copia, Tiresias? Por tu nombre, amigo, por tu nombre. También porque sigues siendo mi alumno y debo seguir instruyéndote hasta que me muera: hacerte pensar para que busques las respuestas. Pero es por tu nombre griego, por el origen de tu nombre con esa preciosa historia que me contaste sobre los dioses del Olimpo. Aquí te encontrarás, te toparás, de nuevo con ellos: Zeus, Hera, Hermes o Mercurio. Hermes para los griegos, Mercurio para los romanos. Pues los romanos lo único que hicieron fue tomar los dioses griegos y cambiarles el nombre. Pero este regalo conlleva una obligación: leer esas cuartillas mirando a la Vía Láctea. Leerlos en otro lugar nunca será lo mismo. Bajo el paraguas de la Vía Láctea, a la luz de una vela o de una linterna. Con cuidado no vayas a ensimismarte con las letras y prendas un fuego. Se te va el santo al

cielo leyéndolo y nos lías un incendio. Es hermoso que las letras, las palabras, prendan los corazones… pero no las jaras. Mejor linterna. Sí, sí, mejor a la luz de una linterna. ¿Lo entiendes, Tiresias? Claro que sí, maestro. No sé lo que cuenta su historia, pero puedo asegurarle que los pastores de esta sierra estaremos tan agradecidos y orgullosos porque la leche sea por una vez la protagonista. ¿Cómo no estar orgullosos de usted que busca siempre historias que tienen que ver con nuestras vidas, cuando siempre nos hemos sentido en el muladar de la tierra? Arrojados al estercolero del mundo. Florencio Pedrales, el Chaqueta Larga, los pastores de Fuente Ovejuna,… Lo que no entiendo es la palabra Manual. La asocio con manos: ¿Quizás las del ordeño? No, no, Tiresias. Bueno, sí, sí, muchacho. Sí y no. Manual debe de venir del latín "*manualis*", es decir "manos". Pero yo he puesto ese título a la historia en el sentido de "anotaciones", incluso "instrucciones". *Manual para beberse la V*ía Láctea son las anotaciones que voy a explicar a los pastores para que entiendan la relación de las estrellas con ellos. Su hermanamiento de estrellas. Cuando lo leas, o lo leáis, dijo, mirando por educación a Paula la corchera, lo entenderéis a la perfección. Mirando a Paula y sin hacer un guiño, ni una mueca de sonrisa, pues el maestro del Tiresias se había elevado ya a una altura intelectual, la del mundo de las ideas, el mundo de lo abstracto, donde no caben picardías o bromas sobre la cosa amorosa tan al margen de su cabeza y de su vida. Venga, chutando, vámonos; que aunque nos sobre tiempo, siempre es bueno ir por delante de los relojes.

El caso es, señor Deogracias, que traigo un asunto importante que tratar con usted. También con Paula, pues quiero que lo escuche y que esté al corriente por si puede ayudarnos. ¿De qué se trata, muchacho? ¡Me asustas con esa cara! Entonces Tiresias comienza su relato. Al detalle, con su hablar limpio y pausado. Empezando con la tormenta y la entrada a esa cueva, el susto al ver aparecer a ese hombre monstruo, las penas que está pasando, el hambre, su salvajismo y su desesperación. Ahora, la que escucha embobada es Paula. Como si las palabras tan descriptivas y elocuentes de ese hombre, porque ahora ya es un hombre, su valentía, la expresión de la ternura que muestra hacia el fugitivo, el corazón gigante para su ayuda desde meses atrás, todo ello junto y revuelto estuvieran haciendo un nido en su pecho. Un avispero. Las palabras revoloteando en un punzante avispero. Fabricando un enjambre de emoción y de miel. Cuando acaba el relato no sabe qué decir porque está asombrada. Como si la actuación teatral a la que van a asistir fuera esa y no la otra. Como si esa historia mágica de cuevas y desaparecidos no fuera real, sino un cuento que se escucha en ese falso teatro. ¡Es un asunto muy grave, Tiresias! Has

hecho bien en contármelo. ¿Dices que no lo sabe nadie, sólo Paula y yo? Es grave y delicado, por lo que hay que dar una solución urgente. En cuanto acabe la actuación vamos a buscar a Valeriano, el alcalde, para pedirle ayuda. Te agradezco que me lo hayas contado dándome tanta muestra de confianza, lo peor es que me he quedado un poco bloqueado. *In albis*. Ahora no sé si me va a salir Fuente Ovejuna o el fugitivo Lisardo.

Después se supo que el alcalde y el señor Deogracias se levantaron temprano al día siguiente y se marcharon a Navaltoril. No quisieron dar parte a la Guardia Civil porque temían que al aparecer los guardias por la cueva el tío Lisardo se asustara e hiciera una locura, tal y como había amenazado al principio. Probablemente ya no, porque sus humos, su genio y su orgullo los habían rebajado el hambre, la soledad y los miedos.

Cuando Tiresias y Paula regresaron a su aldea era temprano. Pues alguna diferencia habrá entre ir en coche o en caballería. En el camino de vuelta, Tiresias, que entiende de mecánica tanto como de física cuántica, apoya su mano sobre la palanca de la caja de cambios. Como si no tuviera otro sitio donde ponerla. Lo que obliga a Paula, la conductora, a agarrar su mano y a apartársela. ¿Cuánto se tarda en retirar una mano puesta sobre esa palanca? ¿Dos segundos? Pues sea por uno o por otro –ojalá por los dos– la retirada tarda cuatro. Cuando Tiresias vuelve a la misma posición, por esa ignorancia suya en la mecánica o por la socarronería que ha heredado de su padre, Paula le dice: ¿Eres tonto o te gusta hacértelo? ¡No ves que así no puedo conducir y nos vamos a meter un leñazo! Al tiempo que se la retira nuevamente, pero ahora ya no son cuatro, sino seis segundos lo que tarda en apartarla. Tantos, como los que dura la sonrisa del muchacho.

Lo primero que hicieron, según entraban por la puerta, fue contar al tío Jacobo y a la Remigia el suceso. ¿Pero, hijo, cómo no nos lo has contado desde el principio? ¡Menudas fatigas habrás pasado estos meses guardando ese secreto! Claro que conozco bien al tío Lisardo, el mejor leñador de estos montes. ¡No ves, Remigia, cómo en cualquier momento se le puede ir a uno la cabeza y hacer un disparate! Sabíamos que estaba desaparecido, pero que andaría por ahí lejos, por Madrid, por Valencia o Barcelona.

El señor Deogracias y Valeriano, el alcalde, localizaron la casa de la tía Amelia, entraron, se presentaron, tomaron asiento y le comunicaron el hallazgo de su marido. Relataron el meollo, la sustancia, sin entrar en detalles del estado del hombre para que no se

asustara. Al acabar, le pidieron que buscara al hermano y al primo, Polo y Agapo, y los trajera a la casa. Uno estaba en la suya, al otro hubo que buscarlo en el huerto. Cuando estuvieron todos sentados a la mesa, el señor Deogracias, por edad y sabiduría, habló relatando el sucedido y proponiendo un plan. El plan se trazó una vez que, de manera concluyente y acabado el relato, Polonio dijo: ¡Anda y que le den por culo al dinero! Con la apostilla del Agapito: ¡Lo que importa es la vida de mi hermano! Que lo que ha hecho tiene enmienda y por nosotros queda perdonado. Hasta el mejor escribano como usted, señor Deogracias, echa un borrón. Entonces a la tía Amelia se le saltaron unas lágrimas y cuando se las enjugó con el delantal preparó unas ropas limpias y en una talega metió dos chorizos y un buen cantero de pan. Se llama amor, aunque le dicen comestibles. Echa también las tijeras de esquilar, que si es verdad que tiene las barbas de cuatro meses habrá que cortárselas antes de meterlo al pueblo. No vaya a ser que los vecinos se asusten y nos corran a pedradas. Si se deja, primo, si es que se deja cortarlas. Con los preparativos del rescate listos subieron al viejo trasto del alcalde y tomaron una pista muy pina, luego otra, para llegar a un camino muy estrecho que remataba en unos peñones en lo más alto de la sierra.

¿De verdad que sabéis llegar hasta esa cueva? Les preguntó Valeriano, el alcalde. ¡Cómo no hemos de saber, alcalde, si hemos echado los dientes por estos montes! Hace años que no voy por allí, pero ustedes tranquilos que la cueva de Malamoneda no se la ha llevado nadie. Quédense sosegados, que aunque hayamos ganado mucho trecho con el coche llegando a estos altos, más de una hora no te la quita nadie. A ver si no se pone muy cerril este hermano mío, porque a *borricáncano* no hay quien le gane. Con el disgusto que nos ha dado en estos meses. Lo dicho, échense una buena siesta que en tres horas estamos de vuelta.

¿Y acudieron con él? Por supuesto que acudieron con él. En cuanto se acercaron a la cueva empezaron a vocear: ¡Lisardo, Lisardo, soy tu hermano Agapito! ¡Lisardo, soy tu hermano querido! ¡Sal de ahí, hombre, que yo soy tu primo! ¡Polonio, tu primo! No tienes que darnos explicaciones. ¡El asunto está zanjado y en cuanto… nos repartas esos billetes estás perdonado! Eso iban gritando desde la distancia, para que el tío Lisardo lo oyera y se le fuera ablandando el corazón. Las carnes no, porque ya se le habían reblandecido y casi desaparecido en los cuatro meses de cueva. Que esa gruta es muy fresca, pero de luz y condumio anda más bien tiesa. La cosa es que antes de llegar a la boca, el hombre ya estaba fuera y se tiró a ellos, abrazándose los tres un buen rato. Tan largo abrazo, que el barbudo no quería soltarlos. Sólo apretar fuerte y llorar como un niño. Cuando

consiguieron deshacerse de sus brazos abrieron el paquete. Al ver el pobre hombre el contenido, no se tiró a la ropa ni a las tijeras, se tiró al chorizo y lo devoró igual que una fiera. Por lo que los dos primos se miraron a su espalda haciendo gestos que venían a decir que el Lisardo se había vuelto loco. Finalizada la comida a bocados, lo desnudaron y lo vistieron, le cortaron las barbas y el pelo. Ya ni quiso entrar en la cueva. De tan mal que lo había pasado ahí dentro ni la miró siquiera. Ni un adiós, ni mucho menos un hasta la vista. La cueva de *Malosbilletes*, la cueva de Malamoneda. Lo que venía a probar de manera fidedigna su arrepentimiento. Iba un poco renqueante, le fallaba una pierna, pero el olor del pueblo donde hay una casa, con una cocina y una mujer que te espera, le hacían andar deprisa aunque con una notable cojera. ¡Se habrá despeñado por uno de esos riscos! Pensó su primo, en cuyo hombro se apoyaba, perdiendo del golpe la cabeza y vete a saber si no se ha tronzado un hueso. El resto al llegar al pueblo, ya lo podéis imaginar, le dice el alcalde por teléfono al Tiresias: Mucho pedir perdón, mucho abrazo, mucho lagrimeo. El reparto de los billetes, cucharón de las gachas con tropezones de panceta que ha cocinado la tía Amelia y unos buenos tragos de la bota de vino. Un buen vino de pitarra. Que no todos los días resucita y te aparece el marido pródigo, dado por desaparecido y muerto. Lo importante, Tiresias, y te lo digo como máxima autoridad del pueblo, es que si no es por ti, ese hombre habría fallecido. Muchacho, apúntatelo en tu cuaderno ahora que has aprendido a escribir: ¡Has salvado la vida a ese hombre!

Pegados a ese teléfono y a la espalda de Tiresias –ese teléfono que ha transformado su existencia– está el tío Jacobo, la tía Remigia y la Paula. Hechos un *pegotón* para no perderse ni una palabra de lo que cuenta el alcalde. Del desenlace de la cueva de Malamoneda. Se apretujan, se empujan, se dan codazos, y obligan al muchacho a ir repitiendo cada frase que dice el alcalde. Sí, madre, se abrazó también a la mujer y estuvieron los dos llorando. Sí, padre, tocaron a veinte billetes de mil cada uno. No, Paula, no lo llevaron al médico porque en Navaltoril ni hay médico ni cura. Tan nerviosos que cuando cuelga, los tres lo abrazan. Primero la madre, que para eso lo he parido, dice adelantándose. Luego el tío Jacobo, que no sabe abrazar porque se le ha olvidado y porque es un tímido, por lo que deja los brazos colgando en el aire como un espantajo. Para rematar con el de Paula, que es otra cosa, un abrazo muy especial. Un contacto que corre por su espalda en forma de calambre igual que aquel rayo caído de la bóveda celeste.

Una de esas noches claras, cuando el tío Jacobo pide a su hijo el inmenso favor de acompañar a la muchacha, se llevan el sobre con el

regalo del señor Deogracias y una linterna. Tumbados en la cama de paja, su refugio y guarida, mirando el cielo en busca de la Vía Láctea, abren el sobre y sacan dos cuartillas escritas por las dos caras. Con la hermosa letra del maestro y paginadas. Ya han encendido la linterna y cuando Tiresias se dispone a comenzar a leer, tartamudeando de vergüenza y de miedo, Paula se las quita de las manos, diciendo que la que lee es ella. Y añade medio en broma: será más rápido y se entenderá mejor. Después se moja el dedo corazón –¿a ver para qué?– con la lengua y comienza la lectura:

Tenía que llamarse Vía Láctea para asociar la extraordinaria belleza de millones de estrellas blanqueando de luz la oscuridad de la noche, con el acto más entrañable, hermoso y emotivo, como es dar de mamar a tu hijo. Sea humano, un cordero o un chivo. Todos los que nos llamamos mamíferos. Un paralelismo de dimensiones galácticas: la inmensidad inexplicable de ese Universo que te deja atónito, con el amor inconmensurable al amamantar al recién nacido. Sincronía de planetas y estrellas ante la perfecta armonía de los cuerpos, la madre que pare y cría; el retoño, sea de la especie que sea, que mama su leche materna. Un potrillo, una ternera. La belleza infinita: camino de luz, constelación de vida, divina leche derramada por el cielo, guiño de estrellas, de caricias de piel, de miradas planetarias, oro blanco, oro líquido, despensa imperecedera, inagotable savia de cometa. Y dos protagonistas para esta historia que os cuento: las madres y los pastores de la sierra. Espero que con estas palabras sepáis valorar vuestros oficios, unas y otros, para sentiros muy orgullosos de lo que hacéis. Vosotras, madres; vosotros, pastores, sois gente humilde, pero sois a la vez la vida de esta tierra. Escuchad con atención:

Cuenta la mitología griega que Zeus, padre de los dioses del Olimpo, descendió a la tierra en un arrebato amoroso y haciéndose pasar por el marido de la mortal y bella princesa Alcmena –"Poder de la luna"–, que se había marchado a la guerra, se unió a ella. Para disfrutar de su encuentro, mandó que se detuviera la noche y la prolongó hasta las setenta y dos horas de placer amoroso. Noche eterna de amantes para los que nunca sale el sol ni giran las agujas de los relojes de los planetas.

Cuando la esposa de Zeus, la poderosa diosa Hera, supo de la infidelidad de su marido, intentó vengarse de Alcmena evitando que naciera el hijo que llevaba en su vientre y alargó su embarazo hasta los diez meses. Y cuando, finalmente, nació un niño fuerte y vigoroso al que llamarían Hércules, no cejó en su empeño de acabar con su vida, por si su venganza pudiera aplacar los celos de mujer herida. Al tiempo le envió dos serpientes venenosas sobre la cuna, que Hércules

estranguló antes de ser mordido, demostrando su fuerza de semidiós y héroe entre los héroes.

Hermes, el mensajero de los dioses, que había recibido el encargo de Zeus de cuidar del niño, habló con Alcmena para expresarle su temor de que la celosa Hera matara a Hércules. Mientras la madre lloraba, abatida y temerosa ante el poder de la diosa, Hermes dijo: –La única manera de salvarlo sería hacerlo inmortal. Pero la inmortalidad solo es posible si este niño es amamantado por la propia Hera, madre de todos los dioses.– A lo que la bella princesa Alcmena añadió, impasible y desesperada: –¿Cómo quieres que amamante a mi hijo si nos odia a muerte?– Pero Hermes, dios de las fronteras y los viajeros, espía nocturno y dueño de los sueños, tomando al niño en brazos, contestó: –Déjame hacer a mí, que soy el dios de la astucia y el ingenio–, mientras ya volaba por las nubes del cielo.

Llegado a su destino, aguardó a que la diosa Hera se durmiera y, una vez dormida profundamente, acercó la boca del niño al pecho hermoso y turgente de la diosa y Hércules mamó con fuerza de su leche divina. Con tanta fuerza, que la diosa se despertó y al ver sorprendida al niño en su pecho, lo apartó bruscamente. Al apartarlo, un chorro de leche blanca y luminosa se derramó por el espacio sideral creando la Vía Láctea.

Leche que da la inmortalidad a Hércules, leche de estrellas que da luz, que da vida a la galaxia. Salpicadura de asteroides, raja rebosante de fluorescencia en la sombra del agujero negro de la noche, río de luminosa leche, arteria blanca del Universo que solo podía llamarse –por ti, por él, por todos los amamantados, por las madres y los pastores de esta sierra– Vía Láctea.

Cuando Paula acaba de leer apaga de inmediato la linterna para que Tiresias no vea que llora. Está mal de la vista, ciertamente, pero es un animal del bosque y huele las lágrimas como se huele la lluvia antes de caer. Hubiera preferido ver esas lágrimas, tocarlas con sus dedos, para justificar el poder meter su brazo por detrás de su cuello y abrazarla. Fuerte. Acurrucarla en su pecho. Lágrimas que piden abrazos, que piden consuelo. Pero no se atreve. Para eso ha apagado la linterna, piensa, para que no vea que llora y no pueda abrazarla. Mejor dejar que esa Vía Láctea nos arrope en silencio con sus millones de estrellas.

Tres noches más tarde –es un domingo sin radio–, dolido por la broma de su mala lectura, la invita a las eras, más allá del camino de la vieja escuela, a escuchar el canto de las aves nocturnas. En eso es

un experto y quiere demostrar sus conocimientos, su relación con la sierra, su hermanamiento. Hablando en plata: pavonearse ante ella a cuenta de los pájaros. Aunque nada más llegar a las eras y sentarse en un extremo hacia el norte, sobre un viejo tronco de castaño que lleva ahí cientos de años, le suelta descaradamente: Si piensas que por traerme aquí a hacerte el chulito con tus lecciones de pájaros vas a llevarme al huerto, estás muy equivocado. Y el muchacho, que entre sus rarezas una de las más evidentes es que no sabe captar la ironía y todo lo que oye lo interpreta de manera literal, le contesta: Nada de huerto, Paula. Al huerto hay que ir de día. Aquí hemos venido a escuchar a los pájaros de la noche. Por lo que ella refunfuña con un *buffffff*, que deja a Tiresias un poco desarmado. Pues no conoce su significado: ¡*Buffffff* !

Menos mal que cuenta con algunos aliados. Algunos viejos amigos que no fallan. Se llaman cuco y autillo. El cuco no se hace esperar con su *cu cu, cu cu,* ya tantas veces citado en esta historia, que, sin embargo, esa noche tan especial en la que su hermano Tiresias se la está jugando, suena de manera más profunda como ahondando el valle. Un eco que parece venir de la oquedad del bosque, profundizándolo y dándole un aire irreal y mágico. Sí, Tiresias, ya sé que ese es un cuco. No hace falta ser un experto. Esa lección me la sé. Llevo años escuchándolo. Canta el macho y responde la hembra. Y el pastor guarda silencio pues se queda sin respuestas. Eso queda, el silencio. Porque los pájaros de la noche han enmudecido y no quieren ser cómplices de Tiresias. El pastor abandonado por sus aves nocturnas. Espera mirando el firmamento de una noche tan bella y no sabe si cambiar de estrategia para enamorar a esa mujer que no se deja querer, pasando de los cánticos de los pájaros a las estrellas. Explicar, mirando el firmamento, todo lo que le enseñó su padre y la enciclopedia, ante la traición del ruiseñor, del zorzal y del mirlo. Por no citar al búho real que vive en la Garganta, pues si este cantara bastaría: no hay nada más bello que el cántico nocturno del búho real de la Garganta de las Lanchas. ¡Con una sola vez que cantara, se arreglaba el asunto! Hasta el miserable y feo chotacabras le ha dejado colgado ante Paula, pues todas las noches canta más de cuatrocientas veces y esta puñetera noche calla. Pájaro esquivo con su runruneo que dura varios minutos: *cruuuuuuuu, cruuuuuuu*. Electrizante como el de un grillo, que asemeja al motor de un coche, cuyo tono se eleva y desciende de golpe. Dando la impresión de que se aleja o cambia de lugar para despistar a sus enemigos. ¿Pero por qué no cantas, coño? ¡Pájaro feo y de mal agüero! Cuando ya se marchan, un poco decepcionados ante el silencioso concierto bajo ese escenario espectacular de la negrura de la sierra y el centelleo colorido de las

estrellas, ha sonado un autillo. *Aluuuu, aluuuu, aluuuu*. Reclamando su espacio en la sierra, aunque sea más pequeño que un puño. Con sus orejitas o penachos que pone tiesos cuando siente el peligro y esos ojos de un amarillo intenso. No debería decírtelo, Paula, para que no te crezcas conmigo, pero el autillo es el único animal de estos montes cuya hembra es más grande que el macho. Natural, dice ella, así debería ser siempre, al menos en inteligencia; mientras le da unas tortitas cariñosas en la mejilla, apretando los dientes, no se sabe si por su fracaso con las aves nocturnas o para que continúe contándole historias. Tiresias, amigo: ¡Ahora ya sabes lo complicado que es interpretar las manifestaciones del amor! ¿Acaso es amor, o qué es esto? ¡Un lío! No te agobies pensando que son trastornos tuyos de bicho raro, es así siempre. Universal. El sonido se llama ulular. Y se parece un poco al del lobo ¿Verdad? ¿Lo escuchas? No tanto parecido, cosas de los cabreros que tienen demasiado respeto al lobo y lo sacan a relucir en cuanto pueden. Aunque ya no existan. Pero como verás, es un cántico triste. Todas las rapaces tienen un aire encantador, de misterio. En ocasiones dan miedo, dice ahora, a ver si la muchacha se asusta en la oscuridad y acude a sus brazos. Si no por deseo, que sea por miedo. Cuentan que este autillo de iris amarillo tiene la capacidad de presentir la muerte. Hace cientos de años murieron miles de autillos, casi se extinguieron. En principio parecía que habían muerto de hambre porque ese año habían desaparecido las larvas de las cigarras que eran su alimento principal. Pero cuando un científico alemán lo investigó, descubrió que habían muerto unos meses antes, por una enfermedad que les secaba la sangre. Una especie de suicidio colectivo al predecir la hambruna que se les venía encima. No los mató el hambre, sino el miedo al hambre que acabaría con ellos y con sus crías. Mejor morir cuando tú quieras, que morir de hambre y sufrimiento. Autillo que ululas adelantándote a la propia muerte que busca tu iris amarillo. Para chuparte la sangre y zamparse ese iris amarillo ¿No te da miedo, mujer? Cuando de nuevo suena el *aluuuu, aluuuu, aluuuu* de la sierra, Paula se acerca, agarra su nuca con las manos y le besa en la frente. Con tanta fuerza, que lo habrá oído hasta ese autillo por el que no siente ni una pizca de miedo. Un beso casto, fuera de peligro, que, una vez más, el pastor de los pájaros no sabe cómo interpretar. Después regresan a la casa, él a su alcoba, ella al camastro junto a su cocina de los porches, y dejan que suavemente pasen los días y las noches. A la espera de algo, o de nada, que transforme sus vidas.

¿Y a Sophia Bayker dónde la has dejado, Tiresias? ¿Sigue contigo? Sí, está ahí. La escuchamos cada noche Paula y yo, tumbados en los camastros de paja. Mirando las estrellas. Está ahí, no se ha ido. Más

que nunca Desde la Distancia me quiere, nos quiere. De otra manera que he descubierto ahora, quizás la manera que siempre tuvo ella de quererme. Esta noche me va a llamar y voy a salir en antena. No sé qué voy a contarle. Ya no me pone nervioso. Ella era la brisa dulce, embriagadora, que salía de esa radio, y de pronto ha venido un vendaval, un torbellino, un huracán, que me ha llevado por los aires. Me ha arrancado de la tierra y me ha subido a los cielos. Así estoy ahora, volando. Por las nubes, cuando mi voz interior me pide que baje al suelo, que no me equivoque de nuevo, que no confunda las cosas. Baja, Tiresias, de tu nube y ándate con pies de plomo. Igual que el tío Lisardo, tú también te estás jugando el pellejo. No por billetes, sino por corazones rotos.

Minutos antes de que suene el teléfono, Tiresias ha llevado la radio a Paula a los porches para que pueda escucharlo. Él se vuelve a la carrera, no vaya a sonar y a sonar y despierte a sus padres, mientras ella se queda tumbada sobre la cama de paja. No hay luna, ni falta que hace. Porque en ese cielo hay millones de estrellas que alumbran, sin una nube. Raso y despejado, más limpio y brillante que nunca. Cuando ya suena la música del programa hay estrellas que titilan con destellos azules y rojos. Se llama firmamento. Está siempre ahí, pero sólo algunos tienen la suerte de verlo. Al resto, o no les interesa o no tienen tiempo.

Buenas noches, radioyentes. Mis queridos radioyentes que acudís a la cita de las ondas. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero y yo soy Sophia Bayker. Para ti, puedo ser lo que tú quieras. Lo que desees, lo que tú decidas. Para algunos que admiran el cielo estrellado, hoy soy menos amante y más amiga. Estamos aquí cada noche contigo, de lunes a jueves, a través de la distancia y las frecuencias. Bajo ese cielo cuajado de estrellas, la vida se ve de otra manera. Es verano, por aquí el calor es agobiante. Si te desnudas, no me engañes. No digas que lo haces por mí, sino porque el cuerpo, la piel, las venas, el corazón, te arden. Soy Sophia Bayker. Os hablo desde el 96.4 de la FM. Esto es Desde la Distancia Te Quiero. Empezamos en un instante. No te vayas. Escucha y mira el cielo. Las estrellas van a traerte algo bueno. Música, maestro.

Hola, Tiresias. ¿Qué tal estás, amigo? Siempre ando pidiéndote disculpas. Porque prometo llamarte pronto y cuando quiero hacerlo han pasado muchas semanas. En la preciosa película *Love Story* el protagonista dice: Amor significa no tener que decir nunca lo siento. Ahí lo dejo. No es algo personal, Tiresias, por supuesto, porque estaría faltándote al respeto. Lo dejo ahí como máxima para todos los oyentes. ¿Entonces todo bien por esa sierra? ¿Han pasado muchas

cosas o todo sigue imperturbable? La verdad es que hay algunas novedades. La sierra sigue igual, los arroyos se secan, las encinas se llenan de racimos de flores que se convertirán en bellotas, los corzos ladran porque están en celo y se dejan ver fácilmente pues el celo los atonta… Perdona, Tiresias, un inciso: ¡Esos bichos se atontan igual que los hombres! Y otra cosa: ¿Las encinas tienen flores? Claro, mujer. Flores colgantes. Las hay macho y hembra, quiero decir masculinas y femeninas. Al principio son amarillentas, luego anaranjadas y finalmente cenicientas. ¡Qué interesante, Tiresias! ¡Siempre aprendiendo contigo! ¿Y la novedad qué decías? Tengo dos novedades, la primera es un poco larga si quieres que la cuente al detalle. Entonces Sophia Bayker dice que tienen todo el tiempo del mundo y Tiresias cuenta la historia de la cueva de Malamoneda. Al acabar, Sophia suspira: ¡Ahora eres un héroe, Tiresias! ¡Un héroe, un hombre valiente y bueno que salva vidas! ¡Un luchador capaz de poner la existencia, el mundo, el globo terráqueo, patas arriba! Incluyendo la lectura. ¿Te importa si digo alguna cuestión personal? Di lo que quieras, Sophia, yo a ti y a tu radio sólo puedo daros mil gracias. Aunque me haya confundido en algunas cosas. Me quitasteis la soledad de la sierra, me abristeis una ventana a la vida. Me enseñasteis a valorar todo, lo mío y lo ajeno. Todo lo que los hombres tenemos ahí afuera. A eso me refiero, amigo. ¿Recuerdas cuándo leíamos historias de transformaciones, de cambios que te hacen buscar la esencia? El hombre de Bagdad, el limpiador de pintadas, nuestra querida Zenobia que estará escuchándonos, esos viejitos que tanto se aman… Vidas que se transforman cuando encuentran la verdad. Esa felicidad que llevas dentro, la que no necesita alforjas ni viaje. Y creo, Tiresias, que esa serenidad, ese sosiego que transmites, es el reconocimiento de que estás en ese lugar donde debes estar, donde te quieren y te necesitan. No tus padres solamente, sino ese bosque; porque tú eres parte de él, lo amas y lo cuidas. La sierra es tuya y tú perteneces a la sierra. Eres bosque y el bosque quiere que te quedes con él. Gracias, muchacho, por todo lo que nos has dado en estas horas de radio. Gracias por enseñarnos tanto. Se me acaba el tiempo, Tiresias. ¿Nos cuentas la segunda novedad rápido y te decimos adiós? De acuerdo, gracias. La otra novedad es que hace meses llegaron los corcheros. Una cuadrilla de cuatro hombres y una mujer. Llevan varios meses con nosotros, rajando los alcornoques y sacándoles la corcha. La mujer se llama Paula. Es la joven más bella que hay en la tierra. Un milagro de la naturaleza. Un rayo de luz que ha reventado mi corazón. Yo no soy nada comparado con ella, un humilde pastor. Pero sé que me está oyendo, por ahí, muy cerca. Se acabaron las distancias, Sophia. Se llama Paula y es la mujer que yo quiero. Paula, escucha: ¡Te quiero!

Cuando cuelga, sale corriendo a los porches donde todavía suena la voz de Sophia Bayker despidiéndose. Llega a la carrera, jadeando, se repara, tiene miedo. Mira el cielo buscando la complicidad titilante de las estrellas. El miedo le paraliza, le acobarda y se da la vuelta, huyendo. Entonces unos brazos agarran su espalda, se enredan suavemente a su vientre hasta que se gira y se ponen cara a cara. Mirándose sin aliento, con la respiración entrecortada. Después le toma la mano y le lleva hasta la cama de paja. No la de dentro, porque desde allí no se ve el cielo, ni la Vía Láctea, ni las constelaciones de Perseo con su lluvia de Perseidas, ni siquiera Casiopea. Se tumban y le besa. Un beso que dice todo, más que millones de palabras. Tiresias se estremece, tiembla, no sabe besar pero ella le enseña. Después le quita las gafas con ternura, le seca unas lágrimas de esos ojos doloridos y le acaricia con un amor infinito. Van despacio, siguiendo ese ritmo que marca el corazón de la sierra: *tac tac tac tac*. Se desnudan, indagan en sus cuerpos, descubren los secretos. Lentamente, palpando con sumo cuidado, revelando los misterios, igual que con aquellas manos que tuvo de ciego. Ahora canta el búho real por encima de la Garganta, *buubuuu, buubuuuu*, anunciando el mejor presagio de los pájaros y los adivinos. Hay dos cuerpos desnudos y entrelazados en el suelo. Sobre el suelo pajizo. Él la abraza por los hombros para que no escape y desaparezca, ella apoya la cabeza sobre su pecho. Respiran hondo, en silencio. No piensan en nada, en nada de lo de ahí afuera. Se bastan ellos solos, sus almas, sus cuerpos, sus manos, sus caricias y sus besos. *Buubuuuu, buubuuuu*, el amor, la felicidad, la armonía, la vida… se han colado dentro de ellos.

FIN

Glosario

Glosario

Vocabulario de la Jara y los Montes de Toledo

ABULAGAS (Pág. 108): Aulagas.

ACHIPERRES (216) Trastos.

ADOBE (25): Torpe, poco ágil, que tropieza fácilmente.

AGUACHINAOS (11): Cansados de lluvia y de agua.

AGUINALDAS (102): Planta de flores parecidas a las del romero.

AJOCANO (75): Comida a base de ajo, pan y leche.

ALCAHUESAS (117): Cacahuetes.

ALIPENDE (201): Travieso, enreda.

ALPACAS (77): Pacas de cereal o alfalfa.

ARRINGATROJES (244): Pájaro, pinche.

ATOLONDRAO (221): Irresponsable, loco.

BARRUTOS (67): Despistados, perdidos.

BEREZO (102): Brezo.

BORRICÁNCANO (256): Bruto, animal.

BRUJÍO (161): Ruido de explosión.

CACEROS (164): Cazadores.

CAGANVILO (90): Cobarde.

CALABUEZOS (91): Hoz con mango largo.

CANCAMUSAS (171): Insistente, reiterativo.

CARDICUCAS (235): Hierbajos de pinchos.

CLARERA (236): Hueco sin monte.

CORRÍA (13): Persona viajera y con muchas vivencias.

CRUJAS (244): Cogujada, ave con un moñito.

CHOSCA (101): Lumbre.

ENCÁ (170): Abreviación vulgar de “en casa de”.

ENCENAGAO (164): Metido en faena.

ENCHISCA (38): Conecta, enciende.

ENTORVISCAO (135): Borracho.

ESPESINAR (75): Monte intransitable, cerrado por la mucha vegetación.

GABARRONA (237): Gabato, cierva de unos meses.

GUARDUÑAS (120): Avaros, tacaños.

GUISOPEAR (26): Curiosear, meterse donde no te llaman.

HASTASAHORA (26): Hasta ahora.

HUELLERÍO (60): Rastro, jaleo.

JARIZO (138): Monte de jaras.

JINCHONAZO (67): Pinchazo, golpe.

JIPIDO (35): Ladrido.

MÁMARO (120): En abundancia, que sobran.

MANCHO (189): Porción de tierra sin cultivar.

MIAJA (36): Migaja, porción pequeña.

MIELRA (109): Mirlo.

MISTRANZO (102): Planta parecida al tomillo.

ORUSCA (162): Arisca.

PACHASCO (224): ¡Faltaría más!

PATARRAJÓN (152): A horcajadas de la mula.

PEGOTÓN (257): Personas u objetos muy juntos.

PENAERO (74): Cúmulo de desgracias e injusticias.

PERULO (157): Piedra grande.

PILISTRAS (174): Plantas. Aspidistra.

PINGARZA (107): Largo y tieso. Cuello estirado como el de una garza.

RAYAOS (131): Se refiere a los fósiles, en especial a los trilobites.

REGUÑE (61): Protesta, se queja.

RISCALERA (14): Pared rocosa, picuda y afilada.

RUMIETEO (28): Pensamiento obsesivo.

SOBRAOS (20): Tienen suficiente, bastante.

SOLOCHO (48): Tonto.

SUELLA (138): Desuella.

TACO (181): Bolsa de comida –bocadillo, fruta y vino– que se da en las monterías a los perreros, ojeadores y demás personal a jornal.

VERAHÍLA (183): Mírala, ahí está.

ZORONGOLLOS (248): Plato típico de Cáceres y La Vera.

Table of Contents